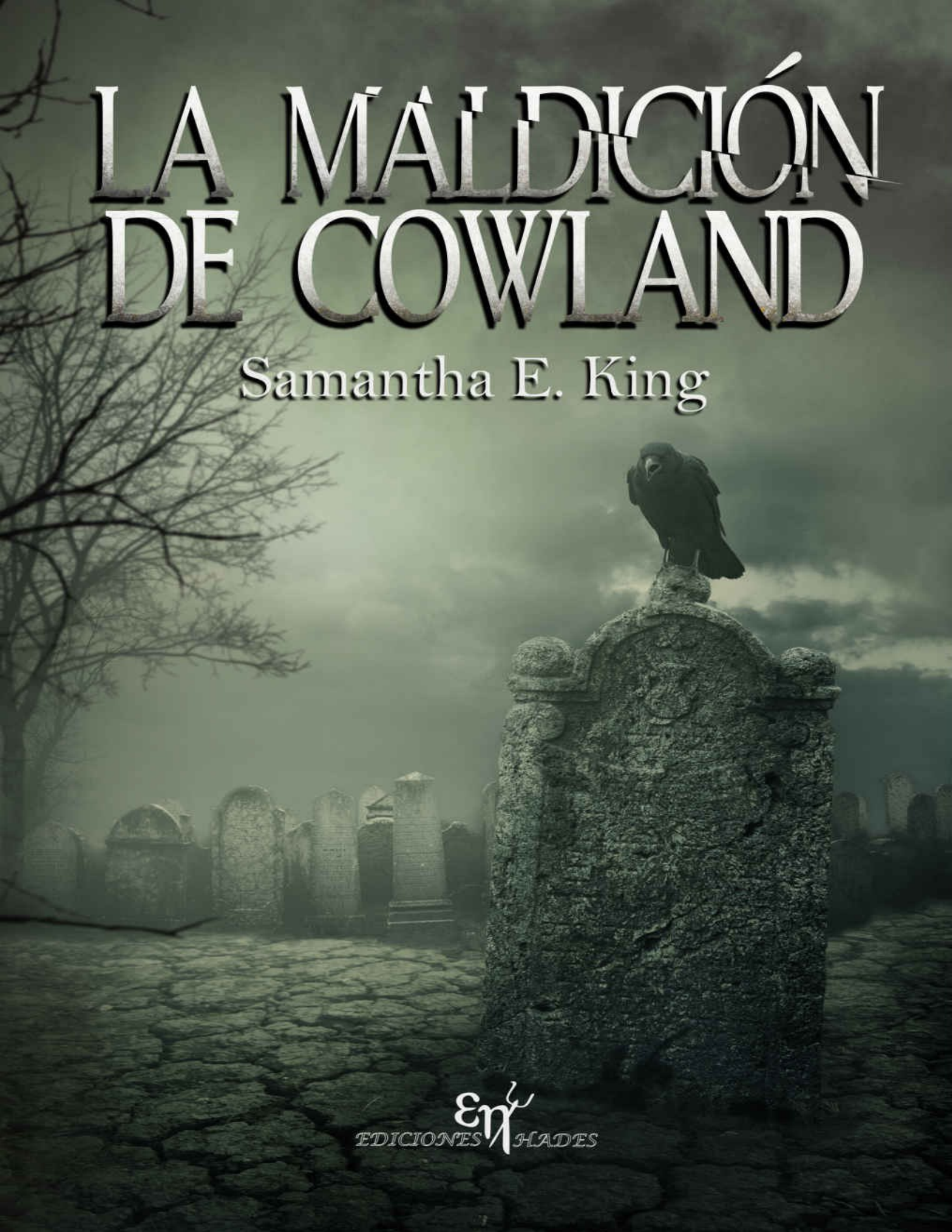


LA MÁLDICIÓN DE COWLAND

Samantha E. King



EDICIONES *en* HADES

*La maldición
de Cowland*

Samantha E. King

EDICIONES HADES

“Novela”

© Eba Martín Muñoz
© Ediciones Hades
12163 Culla (Castelló)
info@edicioneshades.com
www.edicioneshades.com

ISBN – 978-84-949932-2-0
Depósito Legal – CS 248-2019

Diseño Portada – Juanma Martín
Imagen Portada – Hitdelight

*La maldición
de Cowland*

*Para ti. Siempre para ti.
Mi pequeño, mi vida, mi todo.
Mi Leo.*

Prólogo

Como algunos de vosotros ya sabéis, esta novela surgió en el verano de 2016 de forma más que accidental. Estaba aún convaleciente por el ataque de un perro que me había desgarrado la muñeca al ir a salvar al mío y, dado que no podía escribir, fueron unos meses en los que leí muchos libros (como nunca) y vi muchas pelis (como nunca también, jejeje). En una de esas, vi la imagen de una mano blanca que caía lánguidamente al suelo. Esa imagen echó raíz en mi cabeza hasta florecer en forma de historia: esta.

Originalmente, la novela fue publicada en autoedición ese mismo otoño-invierno de 2016 con el título de *La condesa muerta* y mi nombre real como autora, sin pseudónimos. Esta obra supuso el primer éxito en mi carrera literaria como escritora profesional y me dio a conocer a cientos de lectores.

Ahora os la vuelvo a traer bautizada con el título de *La maldición de Cowland* en una segunda edición, de mano de la editorial Hades, revisada de pies a cabeza con todo lo que eso implica: reescritura de frases y fragmentos, corrección de alguna errata, revisión del estilo y la puntuación, etc. Pero, además, contáis con una escena totalmente inédita entre sus páginas, una escena sorpresa que no os dejará indiferente porque... porque no digo nada, ¡tendréis que descubrirlo vosotros!

No, venga, os lo cuento, va: además de los cambios en varias escenas como las del capítulo final, ¡tenéis un segundo final alternativo que hará las delicias de muchos! Sí, has leído bien: vas a tener dos finales y tú podrás decidir con cuál te quedas, cuál es el bueno para ti ??.

Capítulo 1

Cowland (Inglaterra). Sábado, 2 de abril de 1707.

—¡Apresúrate antes de que me enfríe! —le urgió ella con la voz teñida por el deseo.

—Señora condesa, nunca he quitado una pieza como esta... —confesó lleno de vergüenza el joven mientras contemplaba las complejas lazadas del corsé sobre la espalda.

La condesa se giró hacia él con la confusión nadando en sus ojos. Luego, los abrió desmesuradamente al reparar en ello.

—Algún día le preguntaré a una de las criadas cómo hacen ellas para sujetarse los bustos y las figuras sin estos artefactos... ¡Déjalo, jovencito, y ven aquí! —exigió ella dirigiéndose al lecho conyugal y levantándose las enaguas.

El chico bizqueó ante la invitación y la visión de las blancas piernas de la condesa. No podía creerse su buena fortuna. Él, un simple jardinero, en los aposentos de la mujer más bella, rica y deseada de todo el condado. Todo su vello se erizó al imaginar el tacto y el sabor de su piel al anticipar cómo sería yacer con la criatura más hermosa e inaccesible del lugar. Tragó una mezcla de saliva y nervios mal disimulados, y se acercó a ella entre tímidos temblores.

La condesa enroscó sus piernas anhelantes sobre las caderas de él con una sonrisa traviesa.

—¡Sois tan bella...! —exclamó él, todo deseo y fascinación.

—¡Los calzones, aprisa! —le apremió ella mientras sus manos exploraban los jóvenes pectorales.

El grito les sorprendió en ese punto en el que nada habían hecho pero pretendían hacerlo todo.

—¡Mujer del demonio! ¡No sois mujer, sino perra infiel! —bramó el conde desde el umbral de los aposentos matrimoniales.

Ella desvió la mirada hacia el lugar en el que se hallaba su esposo, fusil en mano, y los ojos se le llenaron de horror al intuir los planes del recién llegado. El joven jardinero, que luchaba por subirse de nuevo los calzones, apenas tuvo tiempo de erguirse. Ni ella de protegerlo. El conde disparó a la

pierna derecha del muchacho, que se dobló de inmediato, besando el suelo entre gemidos de dolor y olas de sangre.

William, apodado «el conde Sangre», sonrió con satisfacción al ver la pierna destrozada del gusano que se había atrevido a tocar a su esposa. El dolor que sentía en ese instante con la femoral atravesada no sería nada en comparación con los lúdicos planes que imaginó para él.

—¡No te muevas, estúpido animal! —lo amenazó apuntándole a la cabeza ante el intento desesperado del chico por huir reptando.

—¡Por el amor de Dios, haz lo que te dice! ¡No te muevas! —rogó ella en un hilo de voz—. Y vos, William...

—¿Osáis dirigirme la palabra, mala pécora, puta infiel? —rugió él clavándose con rabia sus propias uñas en las manos hasta provocarse heridas sangrantes.

La condesa bajó la mirada buscando apresuradamente algo que pudiera salvarles la vida, tanto a ella como al joven que se desangraba lentamente bajo sus pies. Entonces, reparando en que nada de lo que dijera podría lograrlo, recuperó su aplomo y valentía. Alzó los ojos hacia él, desafiante.

—¿Putas infiel me llamáis? No, no lo soy. ¿Y vos podéis, acaso, decir lo mismo? —le escupió.

El conde se sorprendió ligeramente por la respuesta de su esposa pero, como cazador experto que era, conocía de sobra el comportamiento de las alimañas cuando estas se sabían en su hora final. Morían atacando. Siempre.

—Tenéis razón, Elisabeth —replicó él bajando el arma—. Técnicamente, no habéis llegado a serlo, así que no puedo imponeros el castigo correspondiente si no ha habido tal afrenta, ¿no creéis? ¿Qué haríais vos en mi lugar? ¿Acaso debo dejaros con este mequetrefe una media hora para que os dé tiempo a culminar el acto y que yo pueda lucir mi flamante cornamenta? Hummm, pero no creo que os aguante, mi señora condesa. Miradlo: está lívido y no tiene muy buen aspecto...

El conde sádico avanzó unos pasos hacia el lecho, quedándose a mitad de camino para poder contemplar la estampa a placer. El charco de sangre se extendía libertinamente por el suelo.

—Ya que me preguntáis, señor mío —habló Elisabeth alzando la voz mientras clavaba sus ojos grises y desdeñosos en él—. Debo daros la razón en todo. Ojalá hubierais entrado media hora más tarde, mas ni eso me habéis dejado. Entonces sí podríais acusarme de infidelidad y, al menos, me habría ido sabiendo qué es el placer carnal, querido William... Porque todo el

condado conoce vuestros secretos de alcoba. Las prostitutas con las que yacéis hablan, mi señor. Y todos sabemos qué hacen tras un encuentro con vos: lloran. Unas, de asco; otras, de dolor por las salvajadas que les hacéis; y, las más afortunadas, de risa...

—¡Basta! —chilló el conde, rojo de ira—. ¡Sois mi esposa y os he sorprendido tratando de copular con este criado! ¡No necesitaría más para aplicaros el castigo por infidelidad! No obstante, hoy me siento magnánimo y, en esta ocasión, recibiréis un castigo proporcional a vuestros actos.

William retrocedió unos pasos, sin girarse, hasta situarse junto a un arcón sobre el que había dejado apoyado el fusil. Luego miró a su esposa con una sonrisa sucia y cruel que arañó la piel de esta. Ella aguardó.

—¿Qué vais a hacerme? —balbuceó ella intercalando miradas entre la bestia que tenía por esposo y el joven que se desangraba junto a su lecho.

—Ohhh, querida... Siempre tan impaciente. De momento os quedaréis aquí, en vuestras habitaciones, pensando en ello hasta mi regreso...

De nuevo esa sonrisa horrible en su rostro que provocó en la joven condesa intensas náuseas. William acarició el fusil apoyado con veneración y sensualidad, y se volvió hacia el muchacho, que temblaba mientras la vida se le escapaba en litros.

—Levántate, mequetrefe. ¡Estás manchando los aposentos del conde! —exclamó con una furia fingida que apenas podía ocultar su sonrisa maliciosa.

El muchacho siguió temblando, ajeno a su sangre y a las palabras del conde. William le propinó un puntapié moderado en la espalda, que provocó el regreso temporal del jardinero al mundo de los vivos. Levantó los ojos vidriosos hacia su ejecutor e, incapaz de pronunciar palabra, acercó sus manos implorantes al rostro. Los ojos del conde brillaron de satisfacción, quien se arrodilló junto al moribundo.

—¿Sabes qué vamos a hacer, jardinerito? —preguntó el conde Sangre con una voz inusitadamente dulce que aterró a su esposa más que cualquier otra cosa que hubiera hecho.

William se sacó un pañuelo de algodón del bolsillo de la chaqueta y rodeó con él la pierna herida. El chico se dejó hacer con los ojos llenos de absurdo agradecimiento.

—¿Qué le vais a hacer? —inquirió Elisabeth, presa del pánico ante el súbito cambio de actitud del conde.

—Le estoy haciendo un torniquete para detener el sangrado y que pueda incorporarse —explicó él—. Aguarda...

Se levantó del charco de sangre con las perneras chorreantes y teñidas de rojo, y se dirigió al aparador situado en la pared frontal. Asió el aguamanil y la jofaina de plata dorada con una sonrisa mientras acariciaba el escudo de armas familiar grabado en el conjunto, y se acercó con ellos al muchacho.

—Bebed. Habéis perdido mucha sangre y el agua os hará sentir mejor.

—¿QUÉ LE VAIS A HACER? —repitió Elisabeth, histérica, desde la cama.

No había vuelto a ver a su esposo tan tierno y solícito desde el día de sus nupcias, momento en el que abandonó para siempre su representación de hombre enamorado y galante.

—¿Yo, querida? —respondió él agitando las pestañas con pretendida inocencia—. Nada. Absolutamente nada. Os juro que no le tocaré un pelo. No como a vos...

La estancia parecía repentinamente fría, gélida. Hedía a dolor y muerte. La voz del conde compitió en crueldad con su mirada de depredador. Ambas le auguraron un intenso sufrimiento. Elisabeth se removió en el lecho con timidez, por temor a que la Muerte la apresara antes de tiempo.

—¿Qué vais a hacer con él? —preguntó en un susurro mientras las lágrimas huían despavoridas sobre su rostro.

El conde bajó la mirada hacia el herido, ignorando a la estúpida mujer que lloraba en silencio. Este se había bebido toda el agua.

—¡Venga! Incorpórate, jardinero, que vamos a salir de aquí... —le animó William al tiempo que lo asía de las axilas y cargaba con él hasta levantarlo del todo.

El joven emitió un gruñido de dolor, pero logró ponerse en pie y caminar hacia la salida, apoyándose para ello en su asesino.

—No tardo nada, querida. Esperadme... —dijo el conde a su esposa girándose una última vez hacia ella antes de abandonar la estancia—. Y tú, muchachito —se dirigió ahora a él—, ¿has visto alguna vez a mis cuatro preciosos perros? ¡Son unos ejemplares en verdad magníficos! ¡Excelentes cobradores de caza!

—¡Los perros nooooooo! —clamó Elisabeth llorosa mientras la puerta de su improvisada prisión se cerraba tras ellos y escuchaba la doble vuelta de llave.

Elisabeth se derrumbó en la cama rogando por una muerte rápida para el pobre muchacho.

«Henry, se llamaba Henry...», pensó sin sentido, repitiendo el nombre una

y otra vez, como si así fuera a salvarlo de aquella terrible muerte.

Enterró la cabeza entre las sábanas y sollozó hasta sentirse seca y vacía por dentro.

Capítulo 2

Nápoles. Lunes, 11 de julio de 2005. 8:30 a.m.

El tarro de mermelada bailó entre sus manos una vez más. El cabrito se le estaba resistiendo y él estaba perdiendo claramente la batalla. Miró el *croissant* a la plancha que acababa de traerle el servicio de habitaciones. Empezaba a enfriarse, burlándose de él. Volvió a la lucha y lo cogió de nuevo con un «Ahora te vas a enterar», pero este se le resbaló de las manos y cayó al suelo, estallando en una lluvia de mermelada y cristales.

Mermelada 5 - Hombre 0.

Soltó una maldición ignorando que aquello no era, ni de lejos, lo peor que le sucedería ese día.

Pero volvamos al «terrible» momento.

La camisa blanca, perfectamente planchada, lucía folklóricos lunares de mermelada de fresa y el suelo era un estropicio. Nuestro aguerrido hombre corrió al baño para aplicar uno de sus remedios de soltero cuarentón: ocultar la porquería. La estrategia era clara. Arrojaría una toalla sobre la gran mancha acristalada rosa y que la camarera de hotel se las apañara.

Y en ello estaba cuando un alarido espantoso atravesó puertas y tabiques alcanzando hasta los rincones más ocultos del hotel. Era un grito horripilante, desgarrador, que maltrató sus tímpanos y los de todos los turistas que allí se alojaban. Durante unos segundos eternos, el chillido se enredó en sus oídos acuchillándolos. Luego se fue apagando hasta convertirse en un sordo estertor, apenas audible.

Los huéspedes, movidos a partes iguales por la curiosidad y el espanto, comenzaron a salir de sus habitaciones y a asomarse al pasillo, semidesnudos la mayoría. Hacían excitados comentarios entre ellos, más por morbo y cotilleo que por preocupación en sí.

El grito regresó, lleno de un pánico y una furia angustiosos. Solo un par de segundos esta vez y a un volumen mucho más bajo. El hombre de la mermelada volvió la cabeza y tocó la pared que separaba su habitación de aquel terrible alarido. Salió de allí, resuelto y a la carrera, cargando contra la puerta del cuarto contiguo, armado únicamente con su hombro y la fuerza bruta. La

cerradura saltó y la puerta se abrió invitándolo a pasar mientras él trataba de ignorar el sordo dolor que nacía de su hombro y se extendía a lo largo de su brazo derecho.

Se adentró en la habitación dispuesto a socorrer a la propietaria de tales gritos, a defenderla de un posible agresor, pero su cuerpo se detuvo en seco ante el impactante espectáculo. En la cama, debatiéndose con desesperación, yacía una mujer que se agitaba y curvaba de modos imposibles, como si estuviera sufriendo una grave crisis epiléptica o una posesión demoníaca. A esta visión se le unieron unos gruñidos que brotaron de la garganta de aquella, más propios de un animal que de un ser humano. De pronto, todo su cuerpo sufrió una fortísima convulsión y, tras un par de espasmos más, se quedó completamente inmóvil.

El hombre la imitó horrorizado desde el centro de la habitación, sin saber cómo actuar. Acababa de ver morir a esa mujer y su cerebro se negaba a procesar lo que había presenciado.

«Me largo de aquí», pensó ahogado por la cobardía.

Retrocedió unos pasos sin dejar de observar el cadáver ni de darle la espalda (por si acaso) y cerró la puerta desencajada tras él en un desesperado intento por ocultar la porquería, como había hecho momentos antes en la batalla de la mermelada.

«Que se ocupe la policía...».

Capítulo 3

Nápoles. Mismo día. 17:10 horas.

—Veamos... Entonces usted declara que la víctima todavía vivía cuando echó abajo la puerta de su habitación. ¿Es correcto? —preguntó Segreto, el inspector de policía, mientras hacía garabatos en su gastada libreta.

—Así es —confirmó el hombre con los ojos puestos en los manchurroneos secos de mermelada que decoraban su camisa—. Cuando entré, emitía sonidos inhumanos y se retorcía de forma espantosa. Parecía que..., que...

—¿Qué, señor Rodríguez? —preguntó Segreto enarcando una ceja con curiosidad.

Nuestro Hombre Mermelada, también conocido por Fernando Rodríguez, tragó con esfuerzo y contuvo el aliento como si las palabras que estaba a punto de pronunciar le desgarraran la garganta.

—Bueno... Yo diría que..., que la estaban estrangulando. Pero eso es imposible, me temo. En esa habitación no había nadie más. Solo esa mujer y yo.

—¿Entiende usted lo raro que suena eso? —le interrogó Segreto apuntándolo con el bolígrafo—. Luego volveremos a ese punto. Ahora, dígame, ¿por qué tiene la camisa llena de lo que parecen ser manchas de sangre? La señora Olivares no presenta ningún orificio sangrante...

—¡Por Dios! ¡Se ve claramente que esto no es sangre! ¡Huela! —se revolvió el interrogado, enfadado y temeroso—. Tuve un percance con un tarro de mermelada en el desayuno de esta mañana. Después, escuché el grito y... ya sabe el resto. No he tenido tiempo de cambiarme —añadió con vergüenza evitando la mirada sardónica del policía.

El tórax del inspector se agitó visiblemente. Adoraba su trabajo.

—¿Se está riendo de mí? —preguntó atónito el español.

—La camarera nos ha informado debidamente, no se preocupe —contestó el otro conteniendo una carcajada—. Quería escuchar su versión. Y, dígame, ¿qué hace en Nápoles? ¿Negocios? ¿Placer?

—¿Soy sospechoso de algo? —dijo Rodríguez después de dar un nuevo respingo sobre la incómoda silla de plástico.

—No. Relájese, señor Rodríguez. Son datos para el informe... Burocracia. Y por si tenemos que contactar con usted de nuevo.

—Soy representante de una empresa de diseño en Barcelona y estoy aquí por negocios para cerrar un acuerdo con unos nuevos clientes —se explicó el español sin relajarse ni un ápice mientras se limpiaba los océanos de sudor de la cara.

—¿Quiere un vaso de agua? Se nos ha estropeado el aire acondicionado esta mañana y toca aguantar este calor asfixiante. Ya sabe, los técnicos... —se disculpó el otro jugando ahora al «poli bueno»—. ¿No? Está bien. Volvamos a esa habitación... —añadió buscando la mirada de su interrogado una vez anotados sus datos—. ¿Sabe que la fallecida es, casualmente, de su país?

—No entiendo adónde quiere llegar... —respondió Rodríguez en un susurro desesperado.

—Nada, nada... Pero no deja de ser curioso, ¿no? Una señora española, tan famosa y rica en su país, muriéndose en la habitación de al lado con usted como único testigo... —añadió Segreto con voz de fingida sospecha y los ojos entrecerrados.

Quería ver hasta dónde podía llegar.

—¿No conocía a esa mujer de nada! —lloriqueó el hombre—. Es decir, todos conocemos a la señora Olivares de los medios de comunicación por ser de la aristocracia española, pero ni siquiera sabía que se alojaba aquí ni que fuera ella. Yo... no la reconocí. Solo pude fijarme en... en... —un temblor nervioso sacudió su organismo.

—¿En qué se fijó, señor Rodríguez?

—En la mano, la mano que parecía formarse alrededor del cuello de esa mujer —reconoció, por fin, aterrado antes de enfrentarse a los ojos acusos del policía.

—¿Una mano? —repitió el otro con la voz teñida de incredulidad y algo más que Rodríguez no supo discernir—. Pero usted ha afirmado hace un momento que no había nadie más en esa habitación.

—Así es —reconoció el otro, abatido.

—¿No cabe la posibilidad de que hubiese alguien escondido en el cuarto de baño?

El hombre se encogió de hombros.

—Yo solo avancé un par de pasos desde la puerta —respondió—. Le he dicho todo lo que vi, inspector...

—¡Bahhhh! —exclamó el inspector, más para sí mismo que para su

interlocutor—. ¿Sería posible que alguien la hubiera estrangulado antes y que usted llegara a tiempo de ver las convulsiones de su agonía final? Porque la señora Olivares fue estrangulada, señor Rodríguez. Sobre eso no nos cabe la menor duda. ¿Se topó con alguien en el pasillo? ¿Vio algo o alguien extraño?

—Mire, inspector, lo único que pretendía yo era ayudar a una persona en peligro. Al menos, por sus gritos parecía estarlo. Ni siquiera me paré a meditarlo. Solo corrí, abrí la puerta como pude y entré. En la habitación de la señora Olivares no había nadie. Al menos, nadie a la vista. Es todo lo que puedo decirle. Pero, si quiere mi opinión... —el testigo se inclinó hacia el espacio que ocupaba el inspector buscando la cercanía necesaria para la confidencialidad.

—Se lo agradeceré —sonrió el poli—. Las opiniones de los testigos son tan valiosas como sus declaraciones acerca de los hechos.

—Pues bien, inspector. Esta es mi observación, mi duda... Si, cuando yo vi a esa mujer, no había nadie en su habitación y ella seguía viva, agitándose, ¿cómo es que luego se murió? Porque yo me imagino que, cuando a uno le aprietan el cuello con las manos y luego aflojan esa presión, se puede seguir viviendo. Te recuperas... ¿O no es así?

Segreto guardó silencio e hizo un gesto ambiguo con la mano.

—Normalmente es lo que sucede —habló al fin—. A menos que la presión de las manos haya causado lesiones internas irreparables: rotura de tráquea, un derrame interno... esas cosas. Pero, en cierto modo, este no es el caso de la señora Olivares.

—¿No murió estrangulada?

—Sí, sí. El informe del forense es contundente en eso: estrangulamiento y fallo cardíaco posterior —dictaminó el inspector.

Rodríguez recordó con disgusto los horribles pataleos de la víctima y cómo estos habían finalizado de ese modo tan brusco.

—Sí. Puede que tenga razón y se muriese de un ataque al corazón —concordó.

—Pero lo más curioso e intrigante de todo —prosiguió Segreto—, es que no hemos hallado rastro de nadie más en su habitación aparte de usted. La camarera asegura que estuvo la noche anterior. Desde entonces, ni ella ni nadie del servicio de habitaciones entraron en su cuarto para nada. Ni siquiera para servirle algo de comer o beber. Y todavía hay más...

El italiano dejó que la sílaba final se arrastrara teatralmente por el silencio de la sala de interrogatorios. Rodríguez contenía el aliento sin

atreverse a tragar saliva ni a pestañear.

—La señora Olivares murió estrangulada por una única mano.

El testigo sonrió con una tristeza que inquietó al italiano.

—¡Cómo! ¿No se asombra usted de que la señora Olivares muriese estrangulada por una persona que empleó únicamente una mano?

—No, no me asombra, inspector —contestó el español—. Ya le he dicho que me pareció ver una mano.

—¿De verdad vio esa mano? ¿Era de mujer? —preguntó el policía.

Rodríguez se sobresaltó visiblemente ante las palabras del inspector y miró asustado a ambos lados de la habitación como si temiera algo. Segreto analizaba cada gesto y palabra pronunciada con la precisión de un experto cirujano sin dejar de garabatear en su vieja libreta de anillas.

—Creerá usted que estoy loco... —murmuró Rodríguez encogiéndose en la dura silla.

—Suéltelo, venga —lo animó el inspector, cada vez más intrigado.

—La mano que vi sobre el cuello de la señora Olivares era de una mujer, como usted ha señalado, inspector. Pero solo era eso: una mano —habló el testigo aferrándose a la mirada atónita del inspector.

Los ojos de ambos se analizaron unos segundos buscando verdad y compromiso en los del otro. Segreto asintió y, por primera vez desde aquella prostituta a la que había atendido en el caso del «psicópata de los suburbios», cogió una silla y se sentó frente a él permitiéndose una proximidad inusual con su testigo. Los hombres se estudiaron una vez más. Fernando echó un nuevo vistazo a la sala de interrogatorios. Necesitaba comprobar que, efectivamente, estaban ellos dos solos. Exhaló un suspiro de derrota y dijo:

—No estoy loco, inspector, pero le juro que aquella mano no tenía brazo ni cuerpo que la acompañaran. Se agarraba a la garganta de la mujer con una fuerza extraordinaria. La estrangulaba sin piedad.

—Esa... mano... ¿la vio todo el tiempo? ¿Pudo ser una alucinación? —preguntó Segreto dejando su inseparable libreta a un lado mientras la frente se le perlaba de sudor.

—Quizá. Sí. No. No lo creo... —confesó el hombre, que había ido bajando el volumen de su voz hasta hacerla inaudible, de forma que el policía se vio obligado a acercarse aún más. Las cabezas de los hombres se rozaron—. No me lo quito de la mente. Cuando entré en esa habitación, la señora Olivares estaba luchando por liberarse de algo que le oprimía el cuello. Al principio pensé que se estaba estrangulando a sí misma. Solo cuando dejó de

batallar y los brazos le colgaron a ambos lados del cuerpo, la vi... Era una mano amputada con sangre sobre la abertura.

—¡Eso es imposible, por el amor de Dios! —exclamó Segreto, luchando en su interior por rechazar esa historia, en apariencia inverosímil, pero que, inexplicablemente, casaba a la perfección con el informe preliminar del forense.

—¡Lo sé! Me tomarán por loco o por culpable, ¿no es así? ¡Pero la vi! ¡La vi como le estoy viendo a usted ahora mismo! —gimoteó como un niño chico.

—No sé qué decirle. Las huellas dactilares de la mano que estranguló a la víctima corresponden, según el forense, a una mujer o a un muchacho, por su tamaño. ¡Pero estrangular a una persona sana con una sola mano requiere mucha fuerza! —exclamó Segreto mientras se levantaba exasperado del asiento. Su olfato de sabueso le gritaba que el único sospechoso con el que contaban era inocente—. No, no fue usted. Pero, dígame una cosa más, ¿cómo sabe que se trataba de una mano de mujer?

—¿De verdad quiere saberlo, inspector?

Segreto dibujó un gesto en el aire con la mano que pretendía ser un «adelante». Fernando se enderezó en su silla y el inspector volvió a ocupar la suya. Sus cabezas chocaron de nuevo en una intimidad pasajera acrecentada por los susurros y los latidos inquietos de ambos, que subrayaron el silencio.

—Como le decía, hasta que la señora Olivares no abrió los brazos, no reparé en esa horrible mano mutilada. Era una mano fina y delicada, de piel muy blanca, por lo que la sangre reseca sobre ella destacaba. Una mano con una enorme sortija en su dedo anular. La sortija estaba rematada con un rubí imposible de ignorar, no solo por su tamaño, sino porque parecía hecho de sangre. Brillaba con vida propia, como si absorbiese la luz y la energía de todo cuanto hubiera a su alrededor. Entonces... —la voz del español se quebró y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Segreto apartó la vista, incómodo, hasta detenerse en la libreta olvidada sobre la mesa. Estaba habituado a ver llorar a cualquiera que entrase en esa sala y sufriera las embestidas de su interrogatorio. Era su marca de la casa. No obstante, las lágrimas de ese hombre le provocaban una mezcla extraña de vergüenza ajena y angustia. Le dio un tiempo para que se rehiciera y carraspeó.

—¿Qué ocurrió entonces? —preguntó el inspector en un murmullo.

—La mano se detuvo un instante, como si se supiera descubierta, como si me hubiera percibido.

—¿Cómo?

—Sí. Por un segundo, dejó de estrangular a la señora Olivares y me señaló con el dedo. Estoy seguro de ello. Luego desapareció.

—¿Cómo que desapareció? —repitió el inspector, incapaz de hacer otra cosa que no fuera convertirse en el eco de la historia más descabellada que había escuchado jamás.

—Sí. No se fue corriendo ni nada de eso. Solo me señaló y desapareció. ¡Paffff! ¡Invisible! Unos segundos más tarde, la señora Olivares estaba muerta.

—¡Me cago en todo! ¡Lo que se van a reír mis compañeros si pongo toda esta historia de mierda en el informe! —reaccionó al fin el policía, alzándose nuevamente y dando una patada furiosa al aire.

El hombre de la mermelada calló y permitió que las lágrimas bañaran su cara sin pudor. Luego dijo algo ininteligible.

—¿Cómo? ¿Qué ha dicho, Rodríguez?

—Voy a morir, ¿verdad? —habló más alto buscando la verdad en la mirada del policía—. Lo noto en los huesos. Siento cómo me ronda la Muerte. Esa mano... me ha visto y vendrá a por mí.

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Una mano asesina! —bramó el policía, dejando con la palabra en la boca a su testigo, que rompió en un llanto desesperado.

Segreto miró al hombre derrumbado que tenía frente a él y supo que sus destinos se habían ligado de alguna manera retorcida.

«¿Por qué cojones quiero ayudar a este hombre y mandar al traste mi carrera?», se preguntó maldiciéndose en su interior.

Capítulo 4

Cowland (Inglaterra). Sábado, 2 de abril de 1707.

—¡Corre, por el amor de Dios! —siseó la cocinera con las manos cerradas en un puño sobre los pechos que lo habían amamantado.

Henry, que había vuelto a caer, se arrastraba por el camino de tierra y maleza dejando a su paso un reguero de sangre. Samantha observaba el macabro espectáculo a través de los grandes ventanales de la cocina, con el corazón quebrándose en más y más trozos.

—¡Samantha! Calla o el Conde Sangre nos oirá —le suplicó Judith, su joven ayudante, mientras trataba de apartarla de las ventanas y de ese sufrimiento innecesario.

—¡Pero es mi hijo! —gritó desgarrada y aniquilada por dentro—. ¡Es mi hijo! —repitió entre sollozos inconsolables sobre los hombros de su compañera.

—No mires, por favor. No mires —rogó Judith al ver cómo la distancia entre Henry y los canes famélicos del conde se iba empequeñeciendo a pasos agigantados.

Henry había logrado alzarse y corría entre renqueos mortales aferrándose desesperadamente a cuanto encontraba en su camino y le sirviera de apoyo. Unos cuantos pasos más y conseguiría alcanzar ese álamo negro. Con un poco de fortuna, reuniría las escasas fuerzas que le quedaban para escalar por él y protegerse del ataque de los perros.

«¡Voy a lograrlo!», pensó con la sonrisa triunfal del que, de pronto, siente renacer la esperanza después de haberlo dado todo por perdido, «¡Voy aaaaAAAAAAAAAAAA...!».

—¡AHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHH! —gritó el joven jardinero al sentir la primera dentellada en la pierna mellada.

La sangre brotó en cálidos manantiales. Henry se giró hacia el punto de su dolor. Un perro bretón, famélico y tozudo, desgarraba y abría su herida en grietas imposibles, buscando en ellas la vida mientras a él le llegaba la muerte. En un último esfuerzo, el chico trató de encaramarse al árbol con el perro colgando de su pierna.

—¡No mires! —volvió a decir Judith a Samantha, pero esta se había librado de los brazos que trataban de sostenerla y estaba de regreso junto a la ventana desde la que vería a su hijo por última vez.

—¡Nooooooooooooooooo! ¡Dios mío! —gritó ella con todo su cuerpo desgarrado, como quedaría el de su vástago.

Tres perros más se reunieron junto a su compañero canino. Dos de ellos le inmovilizaron las piernas al tiempo que le propinaban furiosas y hambrientas dentelladas que le desgarraron piel, carne, músculo y tendones. El tercero, una pointer a la que él había alimentado a escondidas siendo un niño, se quedó en la retaguardia, dubitativa.

Los perros tiraron de él en varias direcciones y Henry cayó finalmente desfallecido al suelo. La pointer se situó encima de él, olfateó su cara, le regaló un tímido lametazo en el rostro y, acto seguido, calmó su hambre destrozándole la garganta.

—¡Mi pequeñoooooooooo! —susurró la cocinera con la voz seca por el espanto y el dolor, y la cara pegada al cristal, que se había trocado en velatorio improvisado de su único varón.

Samantha se tiró al suelo arrancándose hebras rojizas de su cabello mientras lloraba y gritaba sin voz. Porque sentía que se la acababan de arrebatarse. La voz y la vida. Jamás volvería a pronunciar una sola palabra. Ni siquiera cuando la Muerte la visitara en su lecho, pues se limitaría a sonreír agradecida por una espera tan corta.

Los perros continuaron en su ataque frenético. Henry trató de decir su última palabra en este mundo, de expresar su dolor, mas de su boca solo brotó un chorro de sangre burbujeante que ahogó aquel último lamento. Los cuatro canes se alimentaron de él hasta quedar saciados y contemplaron el cadáver del joven, que había muerto con la boca tan abierta como los ojos, como si aún le quedase mucho por decir. Como si aún hubiera mundo que debiera ver.

—¡Betsy, Linda, Theo, Flash! ¡Aquí! —gritó la voz del conde en la distancia.

Los perros olisquearon el aire, miraron una vez más los despojos sangrientos y corrieron en alegre trote hacia su dueño. Esa jornada habían comido bien.

«Juro que vos también moriréis entre dolores, señor conde, igual que mi pequeño», prometió en su interior Samantha mientras clavaba las uñas en el suelo frío y árido.

Capítulo 5

Nápoles. Miércoles, 13 de julio de 2005. 16:35 horas.

—¿Está seguro de querer volver a España, señor Rodríguez? Ahí no podré hacer nada por usted —afirmó Segreto desviando la mirada hacia la pista del aeropuerto.

—Sí, inspector. Debo regresar a casa y a mi puesto de trabajo. Como usted mismo me ha dicho, estoy libre de toda sospecha y aquí ya no hago nada —respondió el español antes de ofrecerle la mano en señal de despedida.

—Comprendo... Pero, después de lo que me contó sobre aquella habitación, ambos sabemos que el trabajo es lo que menos le importa ahora mismo —apretó el policía—. Venga, sincérese. ¿Por qué se marcha tan de repente? Ayer mismo seguía preocupado por su integridad física y me pedía protección. Hábleme, hombre.

El hombre mermelada echó un rápido vistazo al avión de Iberia, miró al policía italiano, comprobó la hora en su reloj y regresó a los perspicaces ojos verdes del policía, que lo contemplaban con interés genuino. Volvió a confirmar la hora en su reloj, más por ganar tiempo que otra cosa mientras tomaba una decisión, y respondió:

—Está bien, inspector. Aún tengo media hora antes del embarque. Acérquese... —le susurró al oído al tiempo que lo tomaba del brazo y lo apartaba del corrillo de gente cercana—. Debo... necesito irme de aquí o moriré.

Segreto contuvo un suspiro de desagrado. Odiaba no tener el control de la situación y, por primera vez en su vida, se sentía confuso y perdido ante un caso.

—¿Por qué no se queda un par de días más? Quizá descubramos algo que desmienta toda esta locura: lo que vio, lo que los informes del forense afirman... Usted regresaría más tranquilo, ¿no cree? —dijo al fin sin mucho convencimiento—. Le prometí que le protegería y yo soy hombre de palabra. Si se va, no podré cumplirla.

—Lo único que usted no puede hacer es protegerme porque no hay defensa ante lo que no puedes matar ni herir. Esa mano... —su voz se deshilachó en el

aire.

El hedor del miedo maltrató las fosas nasales de Segreto, confirmándole que todo cuanto dijese ese hombre en aquel instante sería verdad. O, como mínimo, que este lo creía así.

—Dígame, ¿qué sucedió ayer para haber cambiado de idea e irse hoy mismo tan de repente?

—Yo... —titubeó el otro.

—Fernando... Puedo tutearte y llamarte por tu nombre de pila, ¿verdad?

El español tragó una saliva densa que le supo a cuchillas de afeitar. Se agarró las manos trémulas, tratando de disimular su temblor, y asintió con la cabeza.

—Me gusta mi trabajo, ¿sabes? Me permite ser todo lo capullo que quiera con los «malos» (y jugar con los no tan malos, es cierto), pero soy legal y siempre he sabido cuál era mi lado, el de la ley, y a quién debo defender. Por eso soy tan jodidamente bueno como poli. Por eso y por mi gran intuición —explicó Segreto tocándose la sien con el dedo índice—. Tú y yo, Fernando, estamos en el mismo bando. Lo supe desde el momento en que te vi con esa camisa repleta de mermelada de fresa temblando como un crío perdido en la noche.

—¿Entonces, todo aquello...? —parpadeó el español, perplejo.

—Ya te lo he dicho: me gusta jugar un poco y dejar salir a pasear al cabrón que hay en mí. Jugar con el ratón un poco, ya sabes..., para hacer los interrogatorios más divertidos e interesantes, y extraer información que, de otro modo, no obtendría.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque quiero que sepas que te creo, maldita sea. Porque mi nariz me dice que esto que está pasando es tan real como surrealista. Porque yo también he visto algo... —reconoció el policía con incomodidad.

La sorpresa amaneció en los ojos y en la boca de Fernando. El temblor de sus manos se hizo más visible y su garganta se convirtió en cartón-piedra.

—¿Túúú... también?

—Sí, pero no te preocupes por ello ahora. Por favor, confía en mí y cuéntame qué ha pasado, por qué te marchas —pidió el policía con la bilis protestando en su estómago al pronunciar palabras a las que su cuerpo no estaba habituado.

—De acuerdo —concedió finalmente este después de consultar la hora una vez más—. Anoche tuve una pesadilla tan horripilante y real que, si no llego a

despertarme por caerme de la cama, creo que habría muerto. No sé si de un ataque al corazón o asesinado por ella, pero ahora mismo no estaría aquí hablando contigo.

—¿Ella? —repitió el inspector reduciendo todo su discurso a una pregunta cuya respuesta temía acertar.

—La mano...

Un silencio tenso los envolvió y la sala de espera del aeropuerto se tornó más fría pese a las altas temperaturas estivales.

—Por favor, continúa —volvió a rogar Segreto.

Su estómago protestó de nuevo con la amenaza de propinarle una úlcera. ¡Él, suplicando, cuando su concepto de pedirle algo a alguien consistía en decirle a la camarera que le pusiera su copa ya!

—Sí... No me queda mucho tiempo ya. Soñé con una especie de castillo o mansión. Un casoplón antiguo, vaya. Yo me encontraba fuera tocando la madera de las puertas y prometo que el tacto era cien por cien real. Enseguida supe que ese sueño no era como los demás. Cada sensación era más intensa que la propia vida. El viento silbó a mis espaldas, amenazador. No me hizo falta girarme para saber que había algo o alguien acechándome detrás. Un cuervo graznó en el cielo, como si se estuviera burlando de mi miedo, y entonces un objeto, una especie de tablero, cayó de la nada cuando me estaba volviendo. El dolor se hizo insoportable. Mira, casi me destroza la mano...

Fernando dejó de cubrirse la mano izquierda con la derecha y se la tendió al italiano para que contemplara la hinchazón con cardenal a juego que lucía en esta.

—¡Me cago en la leche! ¡Me cago en todo! —exclamó Segreto sin poder contenerse, lo que provocó que varias personas se giraran hacia él con curiosidad y un rictus de desaprobación en sus caras—. ¿Pero qué cojones es todo esto? Hay más, ¿verdad? —añadió convirtiendo su voz en un susurro.

El otro se acarició la mano dolorida y musitó un «sí» mientras echaba una última mirada a su reloj: le quedaban apenas diez minutos para marcharse o perdería su avión y, seguramente, la vida.

—Cuando conseguí darme la vuelta, esa horrible mano amputada estaba apoyada sobre la rama de un árbol. Me señaló con el índice, igualito que la otra vez, e hizo el gesto de cortarme el cuello. El tablero que me había golpeado bailó a mis pies. Lo miré solo un segundo, lo justo para leer unas letras talladas en su superficie: COWLAND COUNTY^[1]. Apenas me dio tiempo a levantar la mirada hacia el lugar en el que había dejado a la mano

porque esta había saltado sobre mí para aferrarse a mi cuello y estrangularme con una fuerza sobrehumana. Fue entonces cuando me despertó un dolor sordo. Creo que debí de precipitarme de la cama en mi forcejeo con la mano asesina, con tan buena suerte que caí de lleno sobre el hombro herido con el que abrí la puerta de la señora Olivares. Estoy totalmente seguro de que fue ese dolor lo que me despertó y me salvó la vida.

—Comprendo —acertó a responder Segreto sin comprender absolutamente nada—. ¿Y crees que, si te marchas, la mano no se volverá a aparecer?

—No lo sé, pero no pienso tentar más a la suerte quedándome aquí. Esa cosa sangrienta me quiere fuera y yo me quiero vivo, así que no hay más que discutir. Inspector... —finalizó Rodríguez tendiéndole de nuevo la mano—. Me gustaría poder decir que ha sido un placer, pero mentiría. Tienes mi teléfono, así que puedes llamarme para lo que necesites, aunque no estoy muy seguro de querer saber qué te ha sucedido a ti...

—Estaremos en contacto, te lo aseguro —respondió con tozudez el policía mientras le estrechaba la mano—. Jamás he roto una promesa. Cowland, ¿eh?

—Cowland... —repitió el español a modo de despedida antes de coger su maleta de ruedas y dirigirse al mostrador.

Segreto se mantuvo de pie mirándolo en la distancia hasta que el hombre mermelada acabó convertido en un punto negro y lejano. La acidez de su estómago se intensificó y agitó la cabeza de izquierda a derecha al intuir que la persona a la que acababa de decir adiós era ya un cadáver ambulante.

Capítulo 6

Cowland (Inglaterra). Sábado, 2 de abril de 1707.

—¿Me habéis echado mucho en falta, querida? —irrumpió en la estancia el conde Sangre asomando la cabeza por la puerta como si realmente temiera incomodar a su rehén.

—¡Dejad ya vuestros juegos, William, y acabad de una vez! —gritó Elisabeth con todas sus fuerzas, conocedora de que nada importaría más al conde que ocasionar un escándalo y que el servicio los escuchara gritando.

La condesa se alisó las arrugas del vestido y se alzó de aquel lecho matrimonial donde había comenzado todo. Un lecho que, le prometieron, sería de alegría, de amor e hijos, pero en el que únicamente había conocido el dolor y la soledad. Se enfrentó a los ojos de aquel ser que una vez creyó amar y supo que jamás saldría de allí. El que antaño fuera su lecho nupcial se tornaría ahora en su lecho de muerte.

—A su debido tiempo, no os sulfuréis... —replicó este oscilando entre el enojo y el placer de ver a su pieza de caza presentando batalla de nuevo—. Estaba dando de comer a los pobres perros. ¡Pobrecitos, ya les tocaba! Y hablando de alimentarse... Ahora vendrán a tomar nota de vuestra cena y mañana regresaré a vuestros aposentos. Estoy exhausto por la jornada intensa de caza y, si os atendiera a vos ahora, mujer, no disfrutaríamos ninguno. Creedme. Cenad lo que gustéis, descansad y mañana retomaremos donde lo habíamos dejado, ¿no os parece?

—¿Qué me ofrecéis ahora, mi señor conde —escupió ella con desdén—, una última cena como si fuera un reo en prisión y una noche por fin liberada de la proximidad de vuestro hediondo cuerpo? ¡Podríais haberme contado antes cómo lograr una noche sin vos ni vuestro pestilente aliento a sangre! Lo habría hecho de inmediato, pues considero poco pago la muerte a cambio de no teneros cerca de mí.

El conde entró, esta vez sí, de cuatro zancadas tan apresuradas como furiosas y le cruzó la cara con la fusta que portaba en la mano. La carne del pómulo se abrió como una flor ante la calidez del sol y de ella brotó un pequeño manantial de sangre. La condesa se llevó la mano al rostro con objeto

de presionar la herida mientras esbozaba una sonrisa altanera.

—¿Por qué sonreís ahora? ¿Habéis enloquecido, mujer? —preguntó él, asediado por la perplejidad e incapaz de moverse.

—Oh, querido... Solo pensaba en lo rápido que habéis sido siempre en asuntos de alcoba, ya sea golpeando o aliviándoos... —le espetó Elisabeth tratando de provocarlo.

«Con suerte, lo enfadaré tanto que acabará conmigo desde la furia, rápidamente, sin pensarlo demasiado ni recrearse en mi dolor. No soportaría una tortura. Todavía resuenan en mis tímpanos los gritos del pobre Henry...»

El conde alzó nuevamente la fusta dispuesto a descargar su ira sobre ella, pero, cuando estaba a punto de asestarle un nuevo latigazo, su brazo se detuvo en seco.

—¡Ay, Elisabeth! Siempre habéis sido muy inteligente a pesar de vuestra condición de mujer. ¡Qué lástima! Puede que hasta os llegue a echar de menos —se lamentó este después de darle la espalda al tálamo en el que volvía a yacer su esposa—. Por hoy he tenido suficiente sangre. Ahora os enviaré a una criada para que tome nota de vuestra cena. ¡Hasta mañana, amada mía! —se burló lanzando un beso al aire mientras daba alcance a la puerta.

—¿Sabéis cómo os llaman? —le increpó ella agotando una última tentativa.

El conde, con el pomo de la puerta ya entre sus manos, se ladeó ligeramente para observar a Elisabeth y, con un evidente deje de orgullo en su voz, respondió:

—El conde Sangre, por supuesto. Nadie osa decírmelo en persona, pero conozco bien el apodo —remató hinchándose como un pavo.

—¡El conde Flácido os llaman! ¡Y el conde Rápido! ¡Y os puedo asegurar que ambos son reales! —gritó la condesa a la vez que le arrojaba uno de los almohadones.

—Mañana, querida. Mañana hablaremos de ello y de lo que queráis. Y os mostraré lo duro y lento que puedo ser... —concluyó él masticando una mezcla de odio, rabia y placer anticipado por la jornada prometedora después de sortear el proyectil de plumas—. Descansad y comed cuanto queráis. ¡Quién sabe cuándo tornaréis a cenar o si volveréis a hacerlo!

—¡Conde Flácido! —gritó ella ahogada entre lágrimas mientras la puerta se cerraba al otro lado con varias vueltas de llave que la separaban para siempre del mundo, de la vida.

Capítulo 7

Sobrevolando Europa, en algún punto entre Nápoles y Barcelona.
Miércoles, 13 de julio de 2005. 17:25 horas.

—Dígame, caballero, ¿qué se le ofrece? —preguntó la azafata con tanta diligencia como precaución, agachada sobre ese hombre ojeroso que no dejaba de temblar—. ¿Está enfermo?

—Seguramente —respondió Mermelada haciendo un esfuerzo por fijar la vista en ella—. ¿Sería tan amable de hacerme un pequeño favor, aunque de vital importancia?

—No sé... —titubeó ella mientras buscaba con la mirada a alguna de sus compañeras.

—¡Oh, tranquila! Sé que le resultará una petición extraña, pero le aseguro que no le costará nada. Se trata solamente de hacer llegar este sobre al destinatario que indica —se explicó antes de entregarle la carta que sus manos febriles acababan de concluir.

—A Nicola Segreto, Inspector de policía en Nápoles —leyó ella con los ojos llenos de preguntas—. ¿Por qué no se lo envía usted mismo cuando aterricemos? Llegaremos en poco más de media hora.

—Hagamos una cosa, ¿quiere? —le preguntó el hombre de tan extraño comportamiento—. Usted me custodia la carta y, si no sucede nada malo, me la devuelve cuando hagamos tierra. ¿Le parece bien?

—Sí... No sé... Supongo —respondió la azafata palmeando el sobre con inquietud.

—Muchas gracias entonces, señorita. Ahora trataré de mantenerme despierto para que me la pueda devolver en un rato y esto se quede simplemente en una chaladura más de otro pasajero. Otra tonta anécdota para contar...

La azafata asintió debatiéndose entre la amabilidad que venía en el *pack* de sus obligaciones laborales y las ganas de mandarle un poquito a la mierda. Optó por sonreír silenciosamente y se fue con el sobre entre las manos. El contenido parecía inofensivo, solo papel, pero el papel no siempre era inofensivo...

—María, ¿sabes qué me acaba de pasar? —preguntó la mujer a una de sus compañeras, sentada en el área de descanso para azafatas.

—Espero que no sea como lo del loco de la semana pasada que le tocó a Inés —respondió María riéndose ante la cara de desconcierto de su compañera—. Ahhh, ¿que no te has enterado? Pues chica, es la comidilla de la semana y seguro que del año... Un tarado le enseñó la...

—¡María, por favor! ¡No quiero saberlo! —exclamó la otra escandalizada.

—Hija, Bea, ¡qué mojigata eres! Deberías ser monja, no azafata. Claro que, con ese cuerpazo que tienes, sería un desperdicio que te dedicaras a acariciar un rosario...

Beatriz puso los ojos en blanco, suspirando con los brazos en jarra en una posición tan teatral que hizo reír a su compañera a carcajadas.

—¡Eres una abuela reencarnada en el cuerpo de una joven! —dijo finalmente cuando se cansó de reír y de picarla—. Cuéntame tu gran anécdota, venga.

—Pues bien... —comenzó la azafata, que no dejaba de acariciar compulsivamente la carta.

* * *

El cuervo regresó graznando y volando en círculos sobre su cabeza una y otra vez. Fernando se levantó el cuello de la camisa para buscar algo de calor en ese paisaje hostil y ventoso maldiciéndose a sí mismo por hallarse de nuevo allí. Se había quedado dormido, estaba claro, pese a su firme intención de no hacer vigilia y seguir con vida.

Como ya sabía lo que vendría a continuación, dio un pequeño respingo a la derecha y el letrero con el nombre de Cowland cayó al suelo sin alcanzarlo esta vez. Lo miró apesadumbrado mientras el objeto bailaba en el suelo como endemoniado. Aunque se había preparado mentalmente para girarse y enfrentarse al muñón sanguinario sobre el árbol, el mismo cartel se lo impidió. Trató de cerrar los ojos para escapar de la imagen, pero esta se había adueñado de su mirada. Un chorro de sangre espesa, oscura y burbujeante brotaba de sus letras talladas. Primero, con suavidad, en un hilillo hambriento y débil; luego, con urgencia y a borbotones hasta empaparle los zapatos y formar un caótico charco que le hizo retroceder asqueado.

El cuervo planeó unos segundos sobre él, le rozó amenazante los cabellos y se decidió por fin a atacar picoteándole la sien con avidez. Fernando se sintió mareado y débil, incapaz de seguir erguido ante un viento cruel que se obstinaba en mandarlo al suelo. A trompicones, consiguió alcanzar el árbol en el que se había aparecido la mano en su sueño anterior. Quería apoyarse, buscar refugio bajo sus ramas, pero la corteza del árbol comenzó entonces a llover sangre. Petrificado y con la voluntad anulada, el hombre se limitó a observar las pegajosas letras que se empezaban a formar en la superficie arbórea.

«¿Henry? ¿Quién es Henry?», se preguntó tontamente antes de que la palabra se desdibujara.

El pájaro de plumas negras emitió un nuevo graznido que sonó a placer y a victoria. El hombre llevó sus ojos al cielo para localizarlo, pero solo logró captar un borrón que se movía en lo alto con inquietante velocidad. Su visibilidad había quedado reducida al mínimo, pues la sangre le cubría el ojo allí donde el pájaro le había atacado. Augurando un nuevo ataque furioso del bicho, trató de limpiársela con el dorso de la mano para defenderse.

Entonces la vio.

Se movía ralentizada, a cámara lenta. Caminaba obscenamente sobre sus dedos, dando pequeños saltos sobre la sangre del letrero como un niño que chapoteara en un charco bajo la lluvia. El corazón de Fernando se aceleró al verla: una mano amputada, bañada en sangre, jugando a jugar... El miembro detuvo su macabro entretenimiento y le saludó casi con júbilo. El brazo de Fernando se levantó inconscientemente. Aterrado, observó cómo su propio brazo se agitaba en un «hola» para devolverle el saludo y supo que ya no habría escapatoria. Su cuerpo había dejado de ser suyo.

—Pero yo... —acertó a decir, agradecido por poder hablar—. ¡He hecho lo que me has pedido! ¡Le he hablado de Cowland! ¡Le he hablado de Cowland! —chilló.

La mano negó con su mortífero índice y, acto seguido, inició una frenética danza entre la hojarasca vestida de rojo. A su término, una frase destacaba en el suelo: YOU'VE TRIED TO SAVE HIM^[2].

—¡No sé inglés! —gritó él con desesperación—. ¡Pero he hecho lo que me pediste! ¡He dejado Nápoles y le he hablado de Cowland! ¡Le he hablado de Cowland!

El cuervo salió de su escondite de nubes y descendió en picado hacia él siguiendo las instrucciones de la mano asesina. Fernando gritó cuando la

bestia alada se aferró a su cara, todo garras, pico y plumas.

—¡Hice lo que me pediste! ¡Lo he dirigido hacia ti! ¡Lo he dirigido a Cowland! ¡Me dijiste que eso me salvaría la vida!

En un desesperado intento por zafarse de ese animal que le estaba abriendo la cara en múltiples meandros, el español se llevó las manos al rostro y clavó sus uñas en el cuerpo plumífero, aunque únicamente logró que el bicho picoteara su carne con más furia aún. El cuervo, aferrado a ambos pómulos, alzó la cabeza hacia el cielo y graznó en un sonido estridente y enloquecedor que barrió toda la cordura que le quedaba a la víctima.

—Nooooooooooooooooo —gritó este mientras el pájaro negro se alimentaba de sus ojos con gorjeos extasiados.

Pánico y dolor.

Dolor y pánico.

Es lo que sintió Fernando mientras repetía, en su agonía, aquellas palabras a las que se aferraba con desesperación como si repetirlas lo fuera a expulsar mágicamente de ese sueño de pesadilla del que nunca despertaría.

—¡Le he hablado de Cowland! ¡Le he hablado de Cowland! —gritó una última ocasión antes de que el mundo se convirtiera para él en una masa roja y, finalmente, negra.

* * *

—¡Le he hablado de Cowland! ¡Le he hablado de Cowland! —gritaba el extraño hombre de la carta revolviéndose en el asiento y clavándose sus propios dedos en los ojos hasta reventárselos.

—¡Dios mío! —gritaron los pasajeros cercanos a él entre vómitos y llantos—. ¡Auxilio, por favor! ¡Vengan!

Dos azafatas acudieron a la carrera provistas de material de primeros auxilios. Pensaban atender un posible caso de infarto, no a un hombre que se hubiera hecho estallar a sí mismo los globos oculares y que ahora se mostraba inerte en su asiento. Las dos mujeres intercambiaron miradas de horror. Una de ellas corrió hacia la cabina del piloto, la otra se mantuvo en la escena conteniendo con profesionalidad una arcada mientras evitaba mirar de frente la cara arañada y abierta de aquel hombre sin ojos. A cierta distancia, una tercera azafata golpeaba un pequeño sobre caligrafiado con letras temblorosas.

«Ese hombre lo sabía; sabía que nunca llegaría a tierra y por eso insistió

tanto en dármele», pensó ella.

Beatriz se enjugó las lágrimas y se escondió la carta en el sujetador al tiempo que se hacía la firme promesa de mantenerla en secreto, a salvo de la policía que los aguardaría al aterrizar. La haría llegar a su destinatario costara lo que costara. ¿Qué otra cosa podría hacer si era la última voluntad del hombre que había confiado en ella?

«Esta carta llegará a su destino, lo juro», remató mientras contemplaba al cadáver desde la distancia con un extraño pensamiento germinando en su mente, una horrible asociación: las manchas de sangre que adornaban su camisa blanca le parecieron desafortunados lamparones de mermelada o de tomate frito.

Avergonzada ante esa idea disparatada, apartó la mirada con brusquedad y se dispuso a atender a los pasajeros aquejados de un ataque de ansiedad.

Capítulo 8

Cowland (Inglaterra). Sábado, 2 de abril de 1707.

—Señora, me manda el conde para que anote qué queréis de cenar y me encargue de que os la sirvan debidamente —dijo el ama de llaves según entraba en la prisión-dormitorio.

Elisabeth se alzó apresuradamente del lecho y corrió a los brazos de su empleada de confianza.

—¡Aprisa, Margaret! ¡Tienes que ayudarme a salir de aquí! —exclamó la condesa, desbordada por la desesperación.

—Pero... ¿cómo? ¿Y por qué habríais de marcharos? —preguntó el ama de llaves inquieta, tratando de liberar su brazo de las manos de su señora.

—¿Que por qué? ¿A estas alturas debo explicarte por qué? —se indignó ella mientras se señalaba el rostro mancillado—. No. No es necesario que lo haga porque todos los empleados conocéis cuanto sucede en este castillo, dentro y fuera de él. Aunque finjáis estar desprovistos de ojos y oídos, todos lo sabéis. ¡Y tienes que ayudarme o me matará!

—¿Y qué podría hacer yo? —preguntó la acosada sin atreverse a enfrentarse a sus ojos suplicantes.

—Sé que siempre llevas un juego extra de llaves bajo los faldones. Dámelo y, cuando vayas a encargarme mi cena en cocina, yo las utilizaré esa llave para abrir la puerta desde dentro y huir.

—¿Y luego? —inquirió Margaret siempre evitando sus ojos.

—De esa parte me encargo yo y es preferible que no lo sepas por si... —la condesa se detuvo en seco.

Las palabras volaron amenazadoras sobre ellas hasta reducirse a la nada. Acababa de cometer un error imperdonable. Lo vio en el lenguaje corporal de su ama de llaves, que comenzó a buscar la salida con la mirada. El miedo la había traicionado.

—Por si me tortura para averiguar cómo habéis podido salir de una estancia cerrada con llave —completó Margaret la frase que había muerto en el aire sin ser pronunciada—. O para sacarme a golpe de látigo adónde habéis ido, dónde os resguardáis, ¿verdad, señora?

Esta vez los ojos de ambas se encontraron. Elisabeth no halló compasión en los de la que creía su amiga y confidente, solo terror. La condesa se preguntó si ese sentimiento pertenecía realmente a la empleada o era simple reflejo de los suyos, un espejo en el que contemplarse.

—¡Te lo suplico! Me matará si no me ayudas a escapar ahora mismo. ¿Podrás vivir con eso? Dime. Sabiendo que has sido cómplice de mi asesinato. ¿Podrás?

Elisabeth le cogió las manos con cariño apelando a su conciencia, a su amor por ella. El ama la observó con tristeza y, dominada por un temblor insoportable, por el frío abrasador del pánico, negó con la cabeza.

—¿Qué os gustaría cenar? —pronunció la criada como una sentencia de muerte.

Elisabeth soltó las manos traidoras de su carcelera y se las limpió con dignidad en la falda del vestido. El tacto de su amiga, antes tan buscado, le resultaba repulsivo ahora. Se dio la vuelta y regresó a acomodarse en la cama, abatida y ya sin esperanzas.

—Me has matado, Margaret —dijo al fin la condesa cuando sintió, a sus espaldas, cerrarse de nuevo su celda.

«Y vos habéis asesinado a Henry», le dijo su conciencia.

Se llevó las manos al rostro ardiente con intención de limpiarse las lágrimas y se sorprendió al descubrirse la piel seca. Ya no le quedaban lágrimas. Las había derramado todas.

Capítulo 9

Nápoles. Miércoles, 13 de julio de 2005. 21:16 horas.

—¿Segreto? ¿Inspector Nicola Segreto? —sonó una voz femenina al otro lado del teléfono.

—Sí, al habla. ¿ Quién es? —respondió el policía mientras se preguntaba cómo demonios había conseguido una desconocida su número personal.

—Mire, le va a resultar extraño lo que voy a contarle —dijo la mujer—. Mi nombre es Beatriz, Beatriz García, y soy azafata.

Segreto sintió un súbito mareo. El bar en el que se encontraba tomando unas cervezas comenzó a dar vertiginosas vueltas alrededor de él. Se apoyó en la barra, tambaleante, sin atreverse a abrir los ojos por si experimentaba, de nuevo, aquella sensación tan potente y desagradable. El móvil se le resbaló de los dedos y cayó al suelo.

—¿Hola? ¿Me oye? —gritó el teléfono desde lo que a él, en ese momento, le pareció las profundidades del Infierno.

El inspector se obligó a abrir los ojos y a mirar hacia el suelo, donde su Nokia lo esperaba emitiendo preguntas, rodeado por una gran mancha de sangre. Observó el charco creciente entre asqueado y fascinado, con la certeza de que a su hombre Mermelada le había sucedido algo terrible. Segreto maldijo entre dientes y deseó con todas sus fuerzas que, al menos, no hubiera sucedido del modo en que lo había soñado la noche anterior.

—¿Está bien, inspector? —gritó aún más la voz.

Parpadeó confuso y se inclinó hacia delante para recoger el móvil. La sangre se evaporó ante su contacto. Segreto meneó la cabeza, más cabreado que asustado, sin saber cómo actuar frente a aquello.

—Estoy aquí, perdone —respondió él finalmente.

La voz al otro lado carraspeó perdiendo su seguridad y el silencio dominó la conversación durante unos segundos.

—Ha muerto, ¿verdad? —sentenció él en una oración que era, en realidad,

más afirmación que pregunta.

—Sííí... —dijo la voz arrastrando la vocal final hasta enroscarse en su cuello.

Segreto se llevó con urgencia la mano a la garganta. Necesitaba aliviar esa sensación de asfixia, como si una mano le estuviera oprimiendo el cuello. Al igual que con el charco de sangre, el efecto desapareció en cuanto puso sus manos encima.

—Dígame una cosa... —pidió Segreto entre toses—. ¿Cómo ocurrió? ¿Tiene los ojos intactos?

La azafata emitió un gemido de sorpresa. Ella, que se había preparado para darle una terrible noticia, para contar lo que habían vivido en el avión hacía unas horas, no había previsto ser ella la sorprendida.

—¿Cómo... cómo lo sabe? —preguntó la mujer—. Lo de sus ojos, me refiero.

—¡Maldita sea! —vociferó el policía—. ¿Entonces es cierto? ¿Un pájaro se los comió?

—Noo... no... ¿Qué dice? —respondió ella confundida—. Él... Bueno... No sé... Es como si le hubiera dado un ataque o algo... Se desgarró la cara y se hizo... —la azafata enmudeció.

—¿Se lo hizo él? ¿Se explotó a sí mismo los ojos? —colaboró el otro con incredulidad.

—Exacto —corroboró ella, agradecida por no tener que volver a describir en voz alta aquella imagen que la perseguiría de por vida en sus pesadillas—. Pero no le llamaba por eso. O sí. Aunque aún hay más...

El pulso del italiano se aceleró. Lo que le dijera esa mujer a continuación lo cambiaría todo, presente y futuro. Lo sabía de la misma forma en que sabía cuando tenía delante a un criminal, a un sociópata, un inocente o a un pringado. Su instinto, sus huesos se lo gritaban.

—Dejó una carta para usted. De algún modo sabía que iba a morir y me hizo prometer que se la haría llegar. ¿Sabe? No creo que se...

—¿Suicidase? —terminó él.

—Exacto. ¿Quién acabaría con su vida así, con tanto dolor y entre tanta gente? Es... extraño. Un suicida busca acabar con su sufrimiento, no provocarse más y, por lo que yo sé, lo hacen siempre en la intimidad —reflexionó la joven—. Pero, si no era un suicidio, ¿qué era? Porque él estaba convencido de que no llegaría a su casa.

Segreto dejó que se expresase sin interrumpirla ni una sola vez, igual que

hacía en los interrogatorios con aquellos que parecían necesitados de confesarse. Nada había tan valioso para él como las primeras declaraciones de un testigo; eran comentarios y divagaciones genuinos sin contaminar ni por el transcurso del tiempo ni por preguntas que irrumpieran su libre discurrir.

—Y por eso no le he dicho nada a la policía española de esta carta — continuó Beatriz—. Creo que, ya que es usted también es policía y el destinatario de la misma, tomará la decisión correcta sobre qué hacer con ella. Así sentiré que no estoy incumpliendo mi promesa —la voz de la joven amenazó con romperse y perderse entre hipos llorosos.

—Comprendo. No se preocupe. Ha hecho lo correcto. Anote mi dirección personal, por favor, para hacérmela llegar cuanto antes.

—De acuerdo.

—Y no le mencione a nadie más esta carta. Créame, podría ponerse en peligro... —le aconsejó el policía cada vez más inquieto ante una nueva corazonada que olía a muerte.

—Ohhh, claro, claro —titubeó la voz femenina—. No se lo mencionaré a nadie...

«Buena chica», pensó él ignorando que alguien más sabía ya de su existencia.

—Anote mi dirección, por favor. Mejor le doy la de la comisaría... —dijo él con la convicción de que aquello no acababa más que empezar.

Capítulo 10

Cowland (Inglaterra). Sábado, 2 de abril de 1707.

—¡Samantha! —anunció su llegada Margaret en cuanto se adentró en la cocina—. ¡Samantha! ¿Me oyes?

La cocinera se giró lentamente. Mostraba varias calvas en la cabeza y arañazos recientes sobre su rostro, empapado en un llanto quedo, silencioso.

—¿Qué sucede? —preguntó el ama de llaves mirando alternativamente a las dos cocineras.

—Lo ha visto todo. Lo hemos visto todo. A Henry... —explicó Judith agachando la cabeza en señal de duelo.

Margaret se persignó varias veces seguidas con intención de alejar el horror de ella, de repeler a la Muerte. Luego se obligó a pensar en su propia supervivencia por encima de sus afectos. Por muy buena y cariñosa que hubiese sido siempre con ella su señora, no arriesgaría su vida a causa de un tonto sentimiento de fidelidad. Se aclaró la garganta y se obligó a decir en tono frío e imperativo:

—Vosotras no habéis visto nada, ¿de acuerdo? ¿Tenéis preparada la cena de la señora?

—Sí, Margaret —contestó solícita la joven Judith, que luchaba por tragarse unas lágrimas tan amargas como un limón sin madurar—. Hemos cocinado un poco de todo por si se le abre el apetito: pastel de cordero y queso, empanada de carne y verduras, y un poco de caldo.

—¿Le has preparado a la condesa un *Shepherd's Pie*^[3]? —preguntó atónita el ama.

—Fue... idea de Samantha, señora. Si queréis, también hay preparado un guiso —se disculpó ella, enrojeciendo por momentos.

Margaret desvió la vista hacia la cocinera, que sonreía bobaliconamente observando los despojos de su Henry a través de la ventana. El ama de llaves meneó la cabeza, preocupada. Ahora se vería obligada a buscar una nueva cocinera, pues a esta se le había ido por completo la cabeza.

—Bueno, no creo que llegue a comer, ciertamente, ni que repare en la ironía —se forzó a decir una vez más, haciéndose a la idea de que su señora

estaba muerta—. De modo que preparadlo todo en una bandeja junto a una botella de vino, una jarra de agua y una porción de bizcocho o pudín. Algo dulce, por si se anima... ¡Aprisa!

Samantha no se movió ni un milímetro del sitio, pegada a los cristales mientras su joven ayudante corría de un lado a otro de la cocina para cumplir con las comandas. En un momento dado, la oronda cocinera rompió a reír. Primero, con una risa susurrada e inquietante. Después, con estruendosas carcajadas histéricas combinadas con el llanto.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Judith llena de miedo y angustia.

La mujer se carcajeó otra vez. Era una risa hiriente, alocada y aterradora. Judith le tocó el brazo olvidándose por un instante de la bandeja. La cocinera dio un respingo ante ese contacto y se giró hacia ella. Sus ojos la estudiaron durante un par de segundos y sonrieron al reconocerla. Luego la locura los empañó de nuevo y emitió un alarido espantoso antes de arrancarse nuevamente hebras de su cuidado cabello de fuego.

—¡Dios mío! —se santiguó de nuevo Margaret—. Aparta, muchacha, no vaya a clavarte un cuchillo. Y ven conmigo a los aposentos de la condesa. No puedes quedarte a solas con ella.

La joven asintió conforme, aunque una parte de ella quería quedarse con su maestra, consolarla y recuperarla a base de abrazos y palabras de alivio y ternura.

—¡Vamos! Coge la bandeja y salgamos de aquí.

Judith se apresuró y salieron a los corredores del castillo, donde trató de seguir el baile de faldas del ama de llaves sin derramar una gota de caldo ni una lágrima más.

En cuanto ambas salieron, la cocinera reemplazó sus lamentos por una extraña sonrisa, sacó de sus faldas un frasco vacío que había permanecido lleno de arsénico hasta la fecha y lo arrojó al fuego. Satisfecha, pensó que aquella había sido su mejor y última receta.

Capítulo 11

Nápoles. Lunes, 18 de julio de 2005. 10:20 a.m.

Segreto corría de un lado a otro de la comisaría como un león enjaulado buscando con la mirada a una presa a la que devorar y con la que saciar su malestar.

—¡Maldita sea! —rugió por cuarta vez.

Tanto subordinados como compañeros se encogieron ostensiblemente tratando de desaparecer de su campo de visión. Desde que había recibido aquella carta, no hacía ni media hora, no había dejado de vociferar e insultar al aire. Segreto se sacó el sobre del bolsillo y negó repetidas veces con la cabeza.

—¡La madre que me parió! —gritó una vez más sin dejar de sobar el extraño sobre—. ¡Francesca!

La mujer de recepción saltó de su asiento preguntándose por qué siempre le tocaba a ella y se encaminó de mala gana hacia su superior.

—¡Sígueme! —le dijo este sin mirarla directamente, hecho que ella agradeció profundamente.

Prefería mil veces una mirada de Medusa^[4] que ser atravesada por los fieros ojos de Segreto. Ella corrió tras él armada con una libreta y un bolígrafo como únicos escudos hasta que llegaron a la sala de interrogatorios preferida por el inspector. Este inspiró varias veces seguidas, se sentó en la mesa e invitó a la mujer a que hiciera lo mismo.

—Tú dirás... —dijo ella, incómoda ante la atenta y silenciosa mirada de su jefe.

—Voy a cogermé esas vacaciones que llevo demasiado tiempo posponiendo —habló una vez se hubo tranquilizado y sacudido la ira de encima—. Necesito que me reserves el primer billete de avión disponible a Inglaterra.

—¿Algún aeropuerto en especial? —anotó ella esforzándose por ocultar su

sorpresa.

La última vez que Segreto había faltado al trabajo o se había cogido un día libre se pagaba en liras y la gente se desplazaba en simpáticos corceles.

—El más cercano que exista a un lugar llamado Cowland —pidió él—. Y, Francesca, necesito que sea para ya mismo. Si puedo tomar el vuelo hoy mismo, mejor.

—Entendido. ¿Se lo ha dicho al comisario? —preguntó ella, introduciendo su cabeza entre las fauces del león en un alarde de valentía suicida.

—No. ¿Sabes por qué estamos aquí en esta sala y no ahí fuera? —inquirió el inspector.

—¿Me... estás interrogando? —dudó ella entre la guasa y el temor.

—¡Qué cojones! Estamos aquí porque todo lo que hablemos en esta sala es tan confidencial como una conversación entre abogado y cliente, Francesca. Lo que quiero que hagas es lo siguiente... —sonrió, pero era una sonrisa gastada y gris—. No le dirás a nadie adónde me he ido. Ni siquiera al comisario jefe, ¿de acuerdo?

Francesca asintió sin mucho convencimiento.

—¿Entonces?

—Entonces... te limitarás a comunicar que he tenido que irme. Invéntate el destino si quieres... ¿España, por ejemplo? A mi regreso —su cuerpo tembló involuntariamente al pronunciar esas palabras—, ya rellenaré el papeleo correspondiente. Tú lo único que debes hacer es asegurarte de que todos me crean de vacaciones en cualquier otro destino y procurarme los billetes del vuelo cuanto antes. ¿Sí?

La mujer volvió a asentir con rapidez a pesar de no entender su comportamiento mientras se cuestionaba si iba a ser capaz de resistir las preguntas curiosas del resto de compañeros de la comisaría.

—¿Algo más?

—Sí. También quiero que recabes toda la información que encuentres sobre Cowland, presente y pasada. Lo quiero TODO, mapas incluidos. Y que me dibujes una ruta para llegar hasta ese pueblo de mierda desde el aeropuerto.

—¿Coche de alquiler? —propuso Francesca.

—Sí, por favor. Y, Francesca, lo quiero todo para ya. Deja todo lo que tengas que hacer para mañana y dedícate a esto hasta que lo tengas todo —remató mientras le lanzaba una de sus famosas miradas de cazador reservadas para sus sospechosos.

La mujer empequeñeció en su asiento y sintió compasión por todos aquellos interrogados que habían ocupado esa misma silla.

—¿Puedo...? —preguntó ella apuntando la salida con la testa.

—Por supuesto —respondió él con un leve gesto desdeñoso con la mano—. Pero, recuerda, por favor: nadie, ni siquiera el comisario, debe saber adónde he ido.

—¿Y qué digo si me preguntan cuándo volverás? —quiso saber la secretaria, cada vez más extrañada e inquieta, después de alzarse de la incómoda silla.

Segreto se levantó a su vez con intención de acompañarla hasta la puerta y quedarse más tiempo entre esas paredes donde el pensamiento se le aclaraba y agudizaba.

—Respondes que me he cogido las vacaciones acumuladas de los últimos diez años —remató él a modo de despedida antes de cerrarle la puerta en la cara.

Entonces regresó a la mesa, sacó de nuevo el sobre y jugó unos segundos con él hasta que volvió a abrirlo.

Al inspector Segreto:

Me arrepiento de mi cobardía. Me arrepiento. Y esta carta es el único modo que se me ocurre de compensárselo y de tratar de salvarnos a ambos.

La noche anterior, como le he contado hace un rato antes de subir al avión, soñé con la mano, sí. Es cierto. Pero...

No es verdad que me salvara la vida una estúpida caída de la cama. De hecho, si continúo vivo es porque ella lo ha querido así. Buscaba algo de mí y se aseguró de que lo hiciera. Por eso me dejó con vida, para que cumpliera con mi parte. Y yo acepté como un maldito cobarde. Perdóneme. Me arrepiento. No podría vivir sabiendo que le ha pasado algo por mi culpa.

Así que escúcheme ahora: ¡No vaya a Cowland, por lo que más quiera! ¡No vaya! ¡Olvide ese nombre y jamás ponga un pie en ese sitio! Eso es lo que ese trozo de carne asesina quería de mí: que le descubriera a usted el nombre de esa población maldita para que anide en su mente, que lo dirija hasta allí como por casualidad. No sé por qué ni con qué intención lo hace, pero no se acerque a ese lugar, ¿me ha entendido?

Cuanto más lo pienso, más miserable me siento por habérmelo callado. Olvídese a partir de ahora de todo este extraño asunto. Archive el caso y siga con su vida. De no hacerlo, el número de muertes se extenderá como la peste.

No se puede matar a lo que no tiene vida.

Lo noto... Moriremos. Morirá mucha gente. Y yo moriré el primero. La Muerte ya ha puesto sus garras sobre mí y desea bailar conmigo. ¿Por qué entraría en esa habitación? ¿Por qué? ¡Yo solo quería un poco de mermelada en mi *croissant*!

Ahora que he cumplido con lo que me pidió, ya no me necesita... Puede que hasta sepa de esta carta y de mi «traición» al tratar de ponerle en aviso. Aunque usted lo sabía también. Lo vi en sus ojos. Sabía que estaba hablando con un condenado a muerte, ¿verdad? Pensaba que podría librarme, pero no. No podré esquivarla. Me esperará para atraparme en mis sueños, lo sé.

Cúidese, por favor. Hágalo por los dos y disfrute de su bello país. No salga de él.

Fernando Rodríguez.

Segreto se levantó del asiento y correteó por la habitación masticando el amargo nombre de Cowland una y otra vez. La rabia y la vergüenza le corroían. Él también había callado lo que había visto del español, el sueño que había tenido la noche anterior, y no había hecho nada para evitarlo. Lo dejó marchar sabiéndolo muerto pese a su promesa de protegerlo.

Regresó a la mesa y leyó por tercera vez la carta que amenazaba con aprenderse de memoria. Iría a Cowland y atraparía al asesino como había hecho siempre. Era su especialidad: cazar al malo. ¡Qué más daba si era un trozo de carne! ¿No lo eran siempre? ¿Escoria y sacos de mierda que debía limpiar y alejar de la sociedad? Iría allí e impediría que esa cosa volviera a matar. Ya pensaría cómo más adelante.

Dobló la carta con cuidado, la devolvió a su sobre y se la guardó de nuevo en el bolsillo interior de su chaqueta mientras abandonaba la habitación que tantas satisfacciones le había dado.

—¡Voy a tomar algo! ¡Regreso en un rato! —dijo a todos y a nadie en especial antes de salir de la comisaría.

No reparó en el periódico que se encontraba en la mesita auxiliar junto a la puerta. De hacerlo, se habría tomado tres copas en vez de una en el bar de la esquina. Una por cada alma que se había perdido...

**AVIÓN MALDITO EN ESPAÑA.
MISTERIOSAS MUERTES
DE DOS AZAFATAS**

Los cuerpos de dos azafatas han sido hallados en sus respectivos hogares con signos evidentes de violencia y estrangulamiento.

Se da la circunstancia de que ambas, compañeras de trabajo en la misma compañía aérea, habían compartido vuelo el día anterior, durante

.....

Capítulo 12

Cowland (Inglaterra). Domingo, 3 de abril de 1707.

Elisabeth, que no soportaba ser una simple rehén que acepta su triste destino sin más, había pasado la noche en vela buscando un modo de ganar tiempo, de alargar el morboso juego de su esposo a fin de que mantenerse más tiempo con vida.

No pretendía hacerle cambiar de idea en realidad, ni de engañarlo para poder escapar. Conocía demasiado bien la demencia del conde Sangre para creer que cualquiera de esas posibilidades fuera factible. Ella no era la Sherezade de *Las mil y una noches* ni William el malvado sultán que al final se enamoraba de ella. Él jamás la perdonaría ni dejaría marchar, pero cada hora o día que ganara a la Muerte sería un triunfo moral. No se lo pondría tan fácil, no. Moriría luchando.

Así pues, maquinó diferentes planes durante aquellas horas de vigilia, suicidas unos, ingenuos otros, pero que lograron mantener activa su mente y viva su resolución. Se aferraría a su existencia con uñas y dientes.

Se aseó como pudo aplicándose todo tipo de aceites, de perfumes y de polvos embellecedores y, por último, mudó su elegante vestido por otro espectacular. Ella lo llamaba su vestido «atrapamiradas», pues era consciente del efecto que provocaba en los demás al llevarlo: deseo y admiración en los hombres, envidia y celos en las mujeres. Confeccionado en raso violeta, perfilaba sus curvas en una insólita mezcla de elegancia y erotismo. El color acentuaba su marmórea belleza y convertía en protagonistas a sus ojos grises.

Después se contempló en el espejo con una mueca satisfecha. Sabía que, en su situación, solo contaba con su belleza e inteligencia, y debía jugar con ambas si quería permanecer con vida tras la visita conyugal. Ensayó una sonrisa complaciente y cándida ante el espejo, y este le devolvió la imagen radiante y majestuosa que esperaba.

Intranquila, se dio la vuelta al escuchar los pasos apresurados de unas

botas masculinas al otro lado. Era él. Dejó caer la mirada con desdén hasta toparse con la bandeja de comida que la Traidora le había entregado la noche anterior y que se había negado a probar. En un primer momento, el olor de la carne recién preparada, de las verduras y el queso había estimulado su apetito y mimado su olfato, pero cuando se acercó a la comida y comprobó atónita que le habían servido un *Shepherd's Pie*, se sintió tan humillada por esa broma de mal gusto que su estómago se cerró furioso de un portazo y decidió que no tocaría nada de esa maldita bandeja.

—¡Menospreciada y asesinada por la apatía y la cobardía de mi propia servidumbre! —exclamó sin poder contenerse experimentando olas de furia en su interior.

—¿Decíais algo, mi señ...? —habló el conde mientras asomaba su sarcástica sonrisa por la puerta.

La sonrisa se le congeló en el rostro al verla de pie junto al umbral tan altiva y orgullosa como arrebatadora. Permitió que la pregunta expirara entre ellos y se sintió súbitamente pequeño ante ella. Confundido, dio dos pasos tímidos hacia el interior de la estancia.

—Estáis... simplemente exquisita esta mañana, querida —dijo él notando cómo su entrepierna se despertaba con celeridad.

—¿Qué otra cosa podía hacer, si no, para entretenerme? —respondió ella con su sonrisa ensayada y un pestañeo de coquetería inocente.

Alargó el brazo para que su marido lo tomara y este obedeció de inmediato. La observaba extasiado, bebiéndola con la mirada, y se acercó con ella al lecho conyugal. Ella se dejó guiar mientras lo obsequiaba con dulces risas traviesas. El bulto y la tensión bajo sus pantalones aumentaron dolorosamente. William la arrojó a la cama sin mimo, y ella reprimió un gemido de sorpresa y disgusto.

—Levantaos las faldas, querida —exigió él a la par que se bajaba los pantalones a manotazos desesperados.

Notaba cómo la rabia le bullía por dentro como una cacerola de aceite hirviendo. Ella le estaba manejando y él no podía evitarlo. Deseaba poseerla, entrar dentro de ella y hacer que gritara de sufrimiento.

«Bruja. Crees que me tienes, pero después recibirás tu castigo...», pensó con furia antes de lanzarse contra sus suaves carnes en una embestida tan violenta que les hizo gritar a ambos.

William sonrió, sabedor del dolor que le estaba causando y que ella trataba de tragarse entre sonrisas desganadas. Unas estocadas más tarde se

sintió derramarse dentro de ella. Suspiró de satisfacción al verla tan abierta y expuesta para él entre esas telas opulentas, y negó con la cabeza.

—¿No, mi señor? —se obligó a preguntarle ella apartando los ojos de la puerta y centrándolos en aquel gusano.

El conde había olvidado cerrar la puerta con llave al entrar en los aposentos, un error que este jamás volvería a cometer y que ella debía aprovechar. En aquella ocasión apenas había notado el dolor de las flácidas estocadas de su esposo, pues sus pensamientos estaban puestos en la puerta, esa puerta abierta que podría alcanzar si era lo suficientemente espabilada y rápida.

«Una oportunidad. Tengo una oportunidad...», se dijo conteniendo la curvatura de sus labios.

—No —sentenció él.

Ella lo miró confusa, pues no recordaba la pregunta. En su mente solo existía esa puerta, esa salida a la vida.

—No —repitió él—. No será tan fácil.

—¿El qué, mi señor esposo? —preguntó ella, reuniendo toda la docilidad que le quedaba mientras luchaba por serenar los latidos del corazón al creerse sorprendida.

—Mataros, querida... ¿qué si no? —respondió él con una gran sonrisa torcida que reflejaba cualquier estado excepto diversión—. No digo que no vaya a ser fácil en sí, pero...

—No lo hagáis entonces —sugirió ella, que seguía luchando por evitar mirar de frente a la puerta y ser descubierta.

El conde salió sin previo aviso de ella, tal como había entrado y tal como acostumbraba, sin llamar a la puerta. Se subió los pantalones riendo de buena gana.

—¿Sabéis qué sucede? Que un hombre debe cumplir su deber, hacer lo que tiene que hacer o dejará de ser un hombre. Y vos, querida, habéis mancillado mi honor y tratado de traicionarme. No puedo pasar por alto eso ni permitir cuchicheos de los criados o las gentes del pueblo. ¿Qué pensarían de mí, de mi honra y de mi cuna si no os hago pagar por esta afrenta intolerable? ¿Me comprendéis? ¿Entendéis que no tengo otra salida en realidad y qué soy una víctima más de tu adulterio? —arguyó William tomándola de la mano, que en él era el gesto más cercano a una muestra de cariño.

—Quizá no lo sepan... —apuntó ella, errando el tiro.

—¡Oh, querida, claro que lo saben! Los despojos del piojoso jardinero

también han dado lugar a ello... ¡Con un jardinero! —exclamó con renovada ira.

Elisabeth se bajó a su vez las faldas reprimiendo el asco por el contacto de la semilla pervertida del conde, que descendía, corrosiva como el ácido, por sus piernas desnudas. Se incorporó hasta quedar sentada en la cama y aguardó a que el instante de furia de su esposo se aplacara por sí mismo.

—Elisabeth, querida —volvió a mirarla mientras cabeceaba negativamente—. Mataros va a ser incluso divertido, lo confieso. Pero tengo un problema con vos y no sé qué hacer al respecto...

La condesa calló, tal y como se esperaba de ella.

—Mi problema es que sois absolutamente bella y me irrita tener que desprenderme de los objetos bonitos. Nunca más podré volver a usaros, a tener nuestros encuentros. Me inquieta echaros de menos, inclusive a vuestras insolencias y agravios. Sois un placer para la vista... y para otros sentidos —sonrió como una hiena—. Y, claro, me hallo ahora en un grave conflicto de intereses —se explicó él al tiempo que daba pequeños paseos frente a ella y a la cama.

«Seis pasos largos, siete a lo sumo, y podré alcanzar la salida», calculó ella.

—Hablando de intereses... Dadme un momento, os lo ruego —siguió el conde en su soliloquio mientras extraía de su bolsillo la llave que la estaba condenando a muerte—. He reparado en que se os iba la vista hacia mi espalda... A no ser que me hayan salido alas o cuernos (culpa vuestra, desde luego), intuyo que mirabais la puerta que he olvidado cerrar con vuestro ritual de seducción. ¿No es curioso? —finalizó él con su sonrisa más perversa antes de dar tres vueltas de llave.

William le mostró el objeto con suma teatralidad. A continuación, lo guardó en su bota con una mueca extraña que desfiguraba su cara y le hacía parecer todavía menos humano. Elisabeth dejó caer la vista, junto a sus esperanzas, hasta la bota del conde. Ahí se escondía la llave de su libertad. ¿Cómo podría hacerse con ella?

Capítulo 13

Cowland. Martes, 19 de julio de 2005. 19:30 horas.

El coche de alquiler, un Xsara Picasso de color blanco, se detuvo en la dorada luz del atardecer. Nicola Segreto abrió la portezuela y brincó al suelo para contemplar el paisaje con detenimiento, un paisaje al que nadie (ni siquiera él) era inmune. Inspiró el aire limpio del lugar y sonrió abiertamente al compararlo con el aire viciado de su Nápoles natal. Llenó sus ojos del espacio que le estaban regalando y se permitió disfrutar de él igual que si fuera una buena cerveza fría.

Montañas envueltas en suave luz, hilillos de tenue neblina por los pequeños valles, riachuelos hechos de plata, el pequeño lago de las inmediaciones... y el indecoroso sonido de los golpes de martillo junto a las voces gritonas de varios obreros que trabajaban en las ruinas de un castillo a unos seiscientos metros de él.

«Sí. Aquí es. Este es el castillo, sin duda», se dijo el italiano observando el lugar con el corazón intranquilo.

No le hizo falta ver el tablero con las letras de Cowland talladas en él, clavado en la tierra con la inclinación de un girasol agonizante. Con ver el castillo era más que suficiente: era el sitio.

Segreto sacó un Marlboro de la cajetilla y lo encendió distraídamente sin apartar la mirada de ese edificio monstruoso que había reconocido por su sueño a pesar de lo poco que quedaba en pie: solo algunas piedras y una portalada de estilo gótico Windsor desmontada a medias.

Los obreros trabajaban sin pausa para despedazar la portalada separando las piedras que habían numerado previamente con el objetivo de reconstruirla más adelante en cualquier otra parte. La portalada quedaría así recompuesta de nuevo adornando Dios sabe qué horrible mansión de pretendido estilo antiguo, decorada con imitaciones de cuadros famosos y muebles antiguos para el recreo y la ostentación de algún nuevo rico con el gusto en el culo. Segreto movió la cabeza asqueado.

—El dinero está destruyendo este puto mundo —masculló el inspector con filosofía irritada.

Volvió la mirada hacia las montañas para que actuaran de bálsamo tranquilizante y luego cerró los ojos, permitiendo que los últimos rayos de sol de ese día bañaran su piel. Los ladridos de un perro irrumpieron su búsqueda del nirvana. Abrió los ojos y se giró hacia el sonido. Una voz femenina, joven y vivaracha sonaba tras él pidiéndole al perro que se detuviera.

—¡Para, Sugar! —le gritó ella sin ver la raíz enemiga que tenía bajo sus pies y que le hizo caer de bruces.

La chica quedó tendida en el suelo gimoteando, con su perro saltando sobre ella a modo de juego improvisado. El gen de caballero italiano se activó de inmediato en Segreto, quien corrió en su auxilio.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó al llegar a ella ofreciéndole la diestra para izarla.

La joven tenía cara de cualquier cosa menos de estar bien. Escupió unas cuantas hojas de árbol y se llevó las manos a las rodillas ensangrentadas. A pesar de la situación, ella le obsequió con una radiante sonrisa que competía en belleza con aquel paraje. Segreto se sintió repentinamente confuso.

—Estoy bien. Muchas gracias —respondió la muchacha antes de aceptar su mano y el impulso necesario para levantarse—. ¡Un día de estos vas a matarme, Sugar! —regañó ella a su bicho peludo saltarín en un tono poco convincente.

—Debería desinfectarse esas heridas cuanto antes, no vayan a darle problemas —añadió Segreto mirando los raspones mientras se preguntaba por qué carajos se estaba comportando como una enfermera con ella.

El bicho, un foxterrier blanco y negro que no callaba ni debajo del agua, ladró furioso hacia el castillo. El policía desvió la vista de la joven para dedicarle un momento al perro y acabó sonriendo. Hasta ese instante, se había estado reprimiendo las ganas de soltarle una patadita educativa al peludo chillón, pero acababa de congraciarse con él al ver la antipatía compartida hacia las ruinas del castillo. El chucho también lo notaba.

—¡Calla, Sugar! —volvió a reñirle la joven—. Disculpe. Le prometo que no es siempre así, pero lleva unos días enloquecido y empeora cada vez que nos acercamos a esta zona. Extraño, ¿verdad? —le explicó ella con una sonrisa que, por un segundo, hizo creer a Segreto que la luz volvía a hacerse sobre ellos.

«¿Qué cojones me pasa?», se preguntó mirando de reojo los despojos del edificio que estaban desmantelando.

—Sí que es extraño, sí —concordó el otro sintiéndose tonto e inseguro—.

Soy Segreto... —se presentó él mientras le tendía de nuevo la mano.

Ella se la estrechó con una sonrisa en los ojos.

—¡Vaya! ¿Un italiano en estas tierras? ¿Vacaciones? ¿Negocios? —le interrogó ella, adoptando la pose de un detective que a Segreto le encantó por ser una deliciosa coincidencia.

El inspector rio con ganas mientras grababa en sus retinas la imagen de la joven con esos ojos claros llenos de vitalidad. No era realmente una belleza, pero desprendía magnetismo puro, atracción insorteable. Bajó los ojos hacia el resto de su anatomía en un discreto barrido y le agradó encontrarla tan bien proporcionada. El pelo rubio, abundante y recogido en una larga cola de caballo, tenía la tonalidad del trigo y el brillo del sol. Se echó una triste mirada a sí mismo, sabiéndose perdedor incuestionable en comparación con ella, y maldijo la ligera curvatura que se había empezado a formar en su abdomen.

«Los treinta y cinco no perdonan», le dijo su cerebro con maldad.

—Perdone, señorita, pero no acostumbro a hablar con bellas señoritas inglesas cuyo nombre desconozco. ¿Y si fuera usted una asesina en serie? —respondió el otro con un guiño de ojo para ganar tiempo mientras buscaba una historia convincente que omitiera su profesión sin llegar a mentir.

«¿He dicho yo eso? ¿Qué me está pasando?», pensó para sus adentros, sorprendido pero encantado a la vez de dejarse llevar.

—¡Ohhhh! Le ruego que me perdone. No me he presentado, ¿no es cierto? —preguntó llena de confusión mientras Segreto negaba, divertido, con la cabeza—. Mi nombre es Victoria Roberts y vivo a unas dos millas de aquí en Lake Farm^[5]. Bueno, más o menos...

—¿Más o menos millas?

—No —respondió ella entre risas de cascabel—. Más o menos vivo aquí. En realidad, es la granja de mis padres. Durante el curso estudio y resido en Londres, aunque regreso siempre que tengo vacaciones. Y ahora, señor Segreto... —añadió con una cómica mueca que trataba de imitar la mirada dura y suspicaz de un policía—. ¿Me dirá ahora qué le ha traído a estas tierras tan poco turísticas? Ya le he dicho mi nombre, y todo el mundo sabe que eso le inmuniza de ser descuartizado si yo fuera una psicópata.

Segreto hubiera querido continuar aquella conversación surrealista y macabra tan de su gusto, pero no pudo evitar un escalofrío al recordar la mano amputada.

«Céntrate, que has venido a eso, no a tontear como un adolescente con una

jovencita a la que sacarás diez años como poco...», se dijo, tratando de recuperar su aplomo habitual.

«No solo es ella, no. Este castillo, este lugar, hacen que me sienta diferente, que me transforme...», pensó y supo que era cierta aquella revelación.

—¿Y bien, señor italiano misterioso? ¿No me responde? ¿O acaso está tratando de localizar mi kit de armas que todo buen asesino en serie debe tener? —siguió ella con la broma mientras el Fox terrier ladraba sin descanso a las ruinas.

—Estaba valorando si podía hacerme con su kit, ya sabe... para sumarlo al mío del asesino perfecto —dijo él al final con los ojos entrecerrados—. Me llamo Nick, Nick Segreto...

El nombre nació en su estómago y viajó hasta sus labios sin que su cerebro pudiera evitarlo.

«¿Qué coño estás diciendo, policía chalado? ¿Por qué no le has dicho tu verdadero nombre?»

—¡Nick! ¡Otro «vaya»! ¿Y ese nombre tan inglés? —se sorprendió ella, aunque no tanto como él.

—Sí... Tengo antepasados británicos. De esta zona en particular, según tengo entendido. De ahí el nombre.

«¿Qué estoy contando? ¡Eso no es lo que yo quería decir! ¿De dónde sale todo esto?», protestó Segreto en su interior, asustado por unas palabras que su cerebro no había creado ni aprobado.

—Comprendo. Y eso nos lleva a... —continuó ella, ajena a la batalla interior del policía.

—Nos lleva a este mismo punto —remató él.

«¡Me cago en la puta! ¡Eso no es lo que yo quiero decir!»

—Era hora de conocer las tierras de mis antepasados. Tenía curiosidad por ver mis raíces... Y aquí estoy —finalizó con una sonrisa de la que él no era dueño.

El perro aumentó la intensidad de sus ladridos y gruñidos lanzando dentelladas al aire.

«Tú también notas esta presencia, ¿verdad, amiguito?», pensó Segreto al sentir una opresión intensa en el estómago que crecía y se expandía dentro de él.

—¿Qué le sucede, señor Segreto? ¡Ahora es usted el que no tiene buen aspecto! —apuntó ella sosteniendo con preocupación al italiano, que

empezaba a tambalearse y a coquetear con el suelo.

—Yooooo —jadeó el inspector, abriéndose paso entre el dolor y el mareo —. Yo... no sé qué me pasa.

Trató de fijar la vista en los ojos violeta de Victoria, hechos de las flores de las praderas y valles que los rodeaban, pero los suyos se emborronaron. Entonces quiso decir algo más y abrió la boca sin éxito. El pánico lo amordazaba. El dolor le devoró por dentro como un animal hambriento y se desmayó en los brazos de la joven inglesa, que gritaba su nombre sin cesar a pesar de que él ya no podía escuchar nada.

Capítulo 14

Cowland (Inglaterra). Domingo, 3 de abril de 1707.

—Como os decía, querida, me encuentro en una disyuntiva, en un atolladero. Sois como Black. ¿Os acordáis de Black, esa perrita negra de porte exquisito y gran tomadora de presas? —le preguntó el conde Sangre mientras se acomodaba junto a ella en la cama después de lacrar la puerta.

Ella asintió de mala gana. Oh, sí. Se acordaba de Black y de su agonía durante tres largos días, balanceándose bajo el árbol frente a su ventana. El cruel conde no había querido ahorcarla, no. En su lugar, había amarrado su cuerpo a una rama del árbol sin permitir que nadie la alimentara ni rescatara. Y allí había muerto hasta deshidratarse y consumirse. Sí, por supuesto que la recordaba.

—Pues Black y vos poseéis varios puntos en común. Ella me mordió aquel día, ¿lo sabíais? Tuve claro, desde el inicio, que debía ser castigada. Esa perra, al igual que vos, me proporcionaba verdaderos momentos de placer. En cierto modo, le había cogido cariño. Era preciosa y el resto de cazadores me envidiaba al verla en acción. Si la mataba, malo porque me quedaría sin ella. Si no lo hacía, peor... Tornaría a morderme o bien mis compañeros de caza bromearían al respecto. De modo que decidí no tomar ninguna de esas opciones.

—Pero... si la matasteis... —apuntó ella, incapaz de callar esta vez.

—Ohhh, no. De eso nada, querida. No lo hice. Le di una tercera vía: una esperanza o posibilidad de salvarse. Tuvo tres días para ganarse su libertad o lograr que alguien se apiadara de ella. En cualquier sentido... —respondió él encantado mientras le acariciaba juguetonamente la mano.

—De sobra sabéis que la perra no se habría podido liberar, ni en mil años, de las sogas que la amarraban al árbol. Y aún menos a esa altura y sin hacer pie —dijo ella indignada, cambiando su estrategia al ver cercano su final y retirando su mano de entre las del conde, asqueada ante su contacto—. Sobre lo de ser salvada, ya os encargasteis vos de amenazar a los sirvientes y a mí misma si tratábamos de ayudarla.

—Bueno... Es cierto. Pero nadie puede decir que yo la maté, como no

podrán decirlo de vuestra muerte, amada mía. Fue Dios el ejecutor. Yo la dejé en sus manos y Él decidió no intervenir, no salvarla. Permitamos que Dios decida también vuestro destino, que tenga Él la última palabra —añadió, levantándose de nuevo y alejándose de ella para observarla desde lejos como se contemplan las obras de arte, como se admira la belleza.

Elisabeth le devolvió una mirada airada cargada de desprecio. Solo entonces William reparó en la bandeja de comida, intacta sobre la mesa auxiliar junto al tocador.

—¡Pero bueno! ¡No habéis tocado la comida! —exclamó disgustado el conde.

Entre la larga lista de hechos que le contrariaban o enfurecían sobremanera destacaba, por encima de todos ellos, el despilfarro. Avaricioso por convicción, había convertido la ruindad y mezquindad ahorrativa en su religión. No existía cosa en el mundo que odiara más que el derroche y así se lo había hecho saber (con su propia sangre) a muchos criados que cometieron la estúpida osadía de tirar pan duro o sobras de la comida. Sin lugar a dudas, y aunque los libros de Historia no lo reconozcan como tal, el conde William de Cowland fue el inventor del reciclaje.

—Seguramente fuisteis vuestra la idea de la receta —dijo desdeñosa mientras buscaba alternativas de escape en su mente.

Él la miró sin comprender y, movido por la curiosidad, se aproximó a la bandeja en la que descansaban los tres platos, cubiertos ya por una fina capa de grasa helada. Entonces estalló en carcajadas estridentes y sinceras.

—¿Qué os hace tanta gracia? —preguntó Elisabeth a pesar de conocer la respuesta.

Su objetivo era prolongar la conversación lo máximo posible, que no decayera en un momento de silencio o sería letal para ella. Si la conversación moría, ella también. Debía entretenerlo como fuera.

—Encantador... Sencillamente encantador... —respondió él sin dejar de observar los platos—. Admito que podría haber sido idea mía, querida, pero os prometo que esta vez no he tenido nada que ver —añadió, regresando sonriente junto a su esposa como si en su cabeza no albergara el pensamiento de acabar con ella—. ¡Un *Shepherd's Pie*! ¡Qué deliciosa ironía!

—¿No fue idea vuestra? —volvió a preguntar ella con interés fingido.

—No, y me habría encantado atribuirme el mérito, de verdad que sí. Tendré que ir a cocina a celebrar su ingenio. Como sabéis, no soy de meterme en asuntos domésticos y mi deseo expreso fue que os prepararan cuanto

gustarais. Deduzco que no se lo pusisteis fácil y ellas tomaron la decisión por vos.

—Comprendo. Si gustáis, señor conde... —contestó ella mientras se incorporaba de la cama para alejarse de él con el pretexto de acercarse a los víveres—. Quizá podamos compartir esta comida. No recuerdo cuándo fue la última vez que comimos juntos... —añadió adoptando una pose de esposa complaciente y abnegada cuyo único objetivo en su vida es satisfacer al consorte.

La mujer se acercó hasta él con la bandeja balanceándose ligeramente en las manos. Era mucho el peso de una y el miedo de la otra para impedir ese baile delator. El conde sonrió complacido. Aunque era muy consciente de que Elisabeth estaba representando un papel, disfrutaba siendo mimado y agasajado de ese modo.

—Quizá me anime a probarlo, ¿por qué no? El sexo mañanero me abre el apetito —respondió esbozando su desagradable sonrisa ladeada.

Ella se estremeció. Quizá, si comiera lo suficiente, querría echar una cabezadita después. Entonces se apresuraría a recuperar la llave de su apestosa bota y escaparía de allí como alma que lleva el diablo. La condesa agitó la cabeza como si quisiera sacudirse todas esas absurdas ideas que le surgían por mera desesperación. El conde jamás se quedaría a dormir con ella en esas circunstancias. Y, si lo hiciera, sería una trampa sin lugar a dudas. Elisabeth apoyó la bandeja sobre la cama y se arrodilló servilmente frente a ambos.

—¿Gustáis entonces? —le ofreció ella, removiendo los tres platos y regalándole su rostro más angelical.

—¿Por qué no, maldita sea? Probaré de todos ellos. Así pasaremos un ratito más juntos y se tornará más divertido todo con el estómago lleno... —sentenció él. Sus palabras se clavaron en ella convertidas en dagas punzantes.

La condesa caldeó con sus propias manos el primer plato, el del caldo, y se lo ofreció con la cuchara como si fuera un niño pequeño. Eso le excitó de nuevo y sintió crecer la burbuja en su bajo vientre.

—Tomad, mi señor —le dijo ella mirándolo fijamente a los ojos mientras le hacía llegar a la boca la primera cucharada.

Elisabeth supo que, por un breve lapso de tiempo, quien volvía a tener el control era ella. Miró incómoda el bultito famélico que se adivinaba bajo los pantalones masculinos y transformó su mirada en otra que pareciera llena de deseo.

—¿Más, mi señor? —preguntó solícita, asegurándose de que sus pechos firmes se vieran con facilidad desde arriba.

—Quizá más tarde. Ahora quiero que comáis vos otra cosa... —dijo él con la voz ronca a la par que se despojaba de los pantalones.

La mujer prisionera en su propia alcoba cerró los ojos y pensó en un pequeño pastel de carne para no vomitar.

Capítulo 15

Cowland. Martes, 19 de julio de 2005. 22:10 horas.

Una cosa húmeda y pegajosa lo despertó. Abrió los ojos, se sentía mareado y desubicado. Entonces, esa cosa rosada y viscosa vino a él de nuevo para atacarlo vilmente y sin piedad, lamiéndole el rostro.

—¡Sugar! —dijo una voz cantarina—. ¡Deja de lamerle, anda, que vas a desgastarle la cara!

Segreto enfocó la mirada hasta que logró ver, a través de una cortinilla de saliva perruna, a la propietaria de la voz y de esa máquina de babas peluda.

—Victoria... —susurró él.

—¡Buena memoria! —apuntó ella con una sonrisa radiante—. ¡Me has dado un susto de muerte! Este tipo de desmayos no son compatibles con nuestro gremio, ¿eh?

—¿Qué gremio? —dijo él con una sonrisa atolondrada.

Aunque no había comprendido a qué se refería la joven, sí había reparado en el reciente tuteo de ella.

—¡Cuál va a ser, hombre? ¡El gremio de asesinos en serie! ¡Mira que ponérmelo tan fácil y quedarte inconsciente delante de mí! Yo así me niego a matar, ea... —dijo ella alternando risas y caras de fingido enfado.

—Ohhh —susurró él de nuevo mientras se incorporaba de la cama en la que se encontraba—. Entiendo. Creo que has caído en mi trampa —añadió él con una sonrisa pícaro precedida de un guiño de ojos.

Ella pareció no inmutarse ante el tuteo recíproco de él y el corazón del inspector celebró una fiesta improvisada con confeti.

«Contente, policía chalado. ¿Qué te pasa con esta chica y con este lugar? Vete, ahora que puedes», le dijo su cerebro.

Pero el resto de su cuerpo se ocupó de ahogar a esa vocecita molesta e impertinente y lo sustituyó por un «¡A vivir, que son dos días!». Segreto se dijo que ya iba siendo hora de disfrutar de la vida y decidió, por vez primera, seguir otras pulsiones (más primarias) en lugar de a su instinto. Ignoraba cuánto se arrepentiría de ello.

—¡Una trampa! —repitió ella entre ademanes teatrales y palmadas—.

Enséñeme, maestro...

—He fingido un estado de inconsciencia para que me llevaras a tu casa. Y, por lo que veo, ha funcionado —remató él, echando un exagerado vistazo a la habitación y al cubrecama de flores sobre el que se encontraba—. Ahora podré matarte a gusto y sin testigos. Por cierto, ¿no tendrás un cuchillo? Me lo he dejado en el coche —le informó él con un encogimiento de hombros y cara de inocencia.

Victoria rompió a reír con ganas. Finalmente, cuando el ataque de risa se calmó, le dijo:

—Lo reconozco, me has ganado. Ha sido muy hábil por tu parte simular ese desmayo para entrar en mi habitación, sí señor. Y lo has hecho a conciencia: ¡más de hora y media!

—¿Tanto tiempo he estado inconsciente? —preguntó el italiano, súbitamente serio.

—Sí. De hecho, mi padre ha cogido el coche para traer al médico cuando hemos visto que no despertabas —le informó ella—. En realidad, más que desmayado, parecías profundamente dormido. Estábamos perplejos porque tu respiración, tu pulso y el color de tu piel eran de lo más normal. Y luego está Sugar, que no se ha despegado de ti en ningún momento... Ladraba al aire y te lamía. Y vuelta a empezar. Como el médico rural estaba atendiendo un parto en la granja de los Thomson, mi padre ha salido a buscarlo para ganar tiempo. En serio, nos has asustado bastante.

—No sé qué decir, salvo que muchas gracias. Jamás me había sucedido nada similar porque tengo una salud de hierro. Soy inmune a catarros y a todo tipo de problemas de salud.

—¿Y qué crees que ha sido?

«Una mano estrangulándome el estómago y el diafragma. Un intenso dolor que no me dejaba respirar y una sensación de que mi interior reventaría de un momento a otro».

—¡Cualquiera sabe! Notaba cierta presión interna y que se me iba la vista. No recuerdo más —contestó el policía en su lugar mientras se ponía en pie.

Sugar dio alegres trotes alrededor de él.

—¿Cómo me has podido traer tú sola? —preguntó Segreto al reparar en ello—. ¿O me has traído en mi coche?

—¡Nada de eso! El coche ya lo he vendido, junto a tu riñón, hará cosa de una hora —dijo ella volviendo a la carga—. No me mires así. Debía darme prisa antes de que despertaras.

—No había conocido a nadie con un sentido del humor tan negro y peculiar. Salvo cuando me miro al espejo... —señaló él atónito.

—Sí, y menos en estas tierras. Lo sé. Mis padres dicen que soy un caso. Perdóname —se disculpó ella adoptando el gesto sincero de una niña reprendida por mal comportamiento—. Lo cierto es que solo me sucede cuando estoy nerviosa o preocupada. Digo tonterías sin fin y no puedo parar.

«Es encantadora. “Cuando está nerviosa o preocupada”, dice. Me encantaría tenerla en mi sala de interrogatorios. Tiene que ser un espectáculo...»

Te encantaría tenerla en otro sitio, ¡viejo verde!, dijo una voz dentro de él.

Una voz que no era suya y que le dejó un rastro de hielo en el corazón. Segreto dio un respingo y trató de recomponerse para no inquietar a la joven.

—¿Y, ahora, estás nerviosa o preocupada? —disimuló él.

—Las dos —reconoció ella con deliciosa franqueza sonrojándose—. Pero, respondiendo a tu pregunta de antes, tu coche se ha quedado allí. Peter nos ha acercado hasta aquí con el suyo. Es uno de los obreros que trabajan en el castillo. ¡Pobre condesa Elisabeth! ¿Dónde descansará ahora su fantasma?

Segreto respingó nuevamente. La mención de ese nombre le hizo sentirse enfermo.

—¿Su fantasma? —repitió él con cautela.

—Bueno, es lo que se cuenta por aquí. Ya sabes..., cada localidad tiene su leyenda. Nosotros tenemos la nuestra.

—¿Y cuál es la vuestra? —quiso saber él.

—La del conde Sangre y su pobre esposa.

Sugar abandonó su postura relajada, se levantó del suelo y empezó a propinar mordiscos enrabiados al aire.

—¡Sugar! —exclamó la chica para calmarlo, aunque el animal siguió a lo suyo.

La puerta del dormitorio se abrió en un agónico chirrido que se mezcló con los ladridos del perro, cada vez más incontrolable. Victoria se acercó para recibir a su padre, pero al otro lado no había nadie. Una ráfaga helada golpeó la cara de ambos.

—¿Qué diantres ha sido eso? —preguntó la joven mientras retrocedía hacia Segreto llena de pánico.

—Tu leyenda... —respondió él, recuperando su aplomo y acogiendo a la joven en sus brazos.

Capítulo 16

Cowland (Inglaterra). Domingo, 3 de abril de 1707.

—No ha estado del todo mal. Aunque he compartido lecho con muertas que le ponían más entusiasmo que vos —dictaminó el conde en cuanto se hubo alzado los calzones.

—Imagino que es el único modo de que se queden con vos o acepten tener la cosa esa en sus bocas —dijo Elisabeth entre dientes mientras se limpiaba los labios.

—¿Decíais algo, querida? —preguntó el otro.

—Sí, esposo. Decía que, de pronto, se me ha abierto el apetito... —«Cualquier cosa que me quite este sabor de la boca. Me niego a morir con él»—. ¿Compartimos esta comida o habéis trocado de parecer?

Elisabeth se incorporó del suelo y, sin aguardar una respuesta por su parte, acudió a la mesa auxiliar a la que había devuelto la comida. No pudo evitar mirarse en el espejo del tocador contiguo a la mesita con la impresión de que aquella sería la última ocasión en que se viera. Sonrió con tristeza despidiéndose de su imagen y tornó hacia el tálamo-prisión donde la esperaba su verdugo.

—¡Condesa, no estéis triste! ¡Si aún no os he contado en qué consiste vuestro castigo! —se regocijó él, disfrutando como una araña que sabe atrapada a su presa—. Venid aquí, junto a mí, y os lo relataré con detalle. Dejad la bandeja, que luego comeremos. No os preocupéis —añadió él, dando suaves palmadas en la cama.

Elisabeth puso los ojos en blanco. Para el conde, el juego de persecución acababa de comenzar realmente en ese instante. Consciente de que su tiempo se estaba agotando de forma inexorable y de que al conde le agradaba más la parte de la persecución que cobrarse la presa, se dispuso a prestar batalla dialéctica. Cuanto más escurridizo era el animal que quería capturar, más disfrutaba él.

«Si lo hago bien, si se divierte, quizá se muestre magnánimo. Quizá presente piedad en mi muerte», pensó ella, descubriendo con horror que ya se imaginaba muerta.

—¿Mi castigo, decís? ¿Habéis traído varios metros de soga para atarme al árbol en el que agonizó Black? —le retó ella con una sonrisa cargada de aversión.

—Encantadora, sois encantadora. ¡Os juro que será una lástima todo esto! —se lamentó el conde entre risas guturales—. Sentaos conmigo, venid. Pero, antes de nada, me gustaría aclararos que, como en el caso de Black, nadie os ayudará. Por mucho que gritéis, lloréis o pataleéis, nadie entrará jamás en estos aposentos para auxiliaros. NADIE.

Sentándose en el otro extremo de la cama y con la fija vista en la bota que contenía la llave de su salvación, Elisabeth replicó:

—¡Vaya! ¿Y si sois vos el que acabáis gritando, mi señor conde? ¿Tampoco en ese caso?

—¿Me estáis amenazando o retando de algún modo, mujer? —inquirió asombrado.

Su gatita de ojos grises siempre le sorprendía, pero tenía que reconocerse a sí mismo que él era más de perras complacientes que de gatas de uñas afiladas. Suspiró ante la evidencia y dijo, meneando la cabeza:

—Si yo llegara a gritar, tampoco acudirían, no. Pero acabáis de darme una magnífica idea: os propongo un juego, un juego a vida o muerte.

—¿Queréis decir que, si os venzo, saldré con vida de aquí? —quiso saber ella, aunque la palabra del conde Sangre valiera menos que una gargantilla de oropel.

—Exacto, mi condesa. Es un juego sencillo. Si vos ganáis, os regalaré la llave que tanto buscáis con la mirada y seréis libre. Si perdéis, pues... Bueno, ya lo sabéis. Os explicaré vuestro castigo mientras picoteamos de esos platos como si estuviéramos de *picnic* —el conde rio ante su ocurrencia—, y procederemos a ello, que no querría que os murieseis de vieja o aburrimiento.

—¿Y en qué consiste el juego, querido? —pronunció la última palabra con desdén.

El conde se relamió, divertido, viendo cómo renacía la esperanza en ella. Durante unos segundos, los ojos de ambos se enredaron, desafiantes, en duelo. Elisabeth le mantuvo la mirada, dura y escéptica, pero también soñadora. Aquello solo hacía más cruel la situación. Finalmente, ella bajó los ojos hasta sus manos y los fijó en el enorme rubí engarzado a la sortija que él le había regalado en la petición de mano; lo único bonito que le había dado.

—¿Qué pensáis, señora condesa? —preguntó William, cada vez más excitado por la proximidad del olor y la visión de la sangre.

«Que os odio. A vos y a mí misma por permitir que me ilusionéis de este modo con la vida cuando, con toda probabilidad, no volveré a ver un nuevo amanecer. Y aun así... la esperanza ha germinado».

—Pienso... —contestó ella, volviendo a enfrentarse a esos ojos sucios y vacíos—, que vos jamás plantearíais ningún juego o competición sin estar plenamente seguro de que vais a ganarlo.

—Es cierto, querida. Pero, pese a ello, os da más posibilidades que antes, ¿no es así? ¿Qué perdéis?

Elisabeth asintió de mala gana en un esfuerzo por ocultar su expectación.

—Vos diréis...

—Os dejaré chillar hasta diez veces, pudiendo ser incluso frases, sin ningún tipo de censura. Las que queráis. Si alguien acude a socorreros, la llave es vuestra.

—Bien sabéis que nadie acudirá, maldito bastardo —replicó ella sin poder contener su indignación.

—Aguardad... ¡Estas mujeres impacientes! —dijo él con su maldita sonrisa ladeada que le desfiguraba el rostro—. Todavía queda la parte más interesante... Una segunda posibilidad de salvaros.

Elisabeth se levantó del tálamo, incapaz de soportar por más tiempo su cercanía, y comenzó a recorrer el dormitorio en pequeños paseos circulares. Necesitaba estar alerta y despejada.

—¡Miradme o se acabó el juego! —bramó el conde mientras ella insistía en darle la espalda.

La condesa se dio la media vuelta, furiosa por el papel pasivo al que había quedado relegada: el de ratón atrapado ante la atenta mirada del gato que se afila los dientes y las uñas sin prisa por rematarlo.

—Contadme entonces —dijo ella con la voz amarga.

—Vuestra verdadera oportunidad de salvaros se halla en mi turno de gritos. Si, tras vuestros diez gritos (de dolor, de pánico, amenaza..., lo que se os ocurra), nadie ha acudido a abrir la puerta, disponéis de otros diez intentos más, pero esta vez saldrán de mis labios.

—No comprendo... ¿vuestros labios? —susurró la condesa, atenta a cada movimiento de su predador.

—Sí. Es un gusto que quiero daros antes de... por si perdéis, quiero decir. Al menos os iréis con la satisfacción de haberme gobernado una vez. Diez frases... diez frases, las que vos gustéis. Pensadlas bien porque podrían daros la libertad. Yo las gritaré según me las dictéis. Si vienen en mi busca y tratan

de entrar en los aposentos, podréis marcharos. Diez frases.

—¿Las que yo elija y las diréis a pleno pulmón? —resumió ella estudiando la propuesta.

—Así es. Os doy unos momentos para que meditéis sobre las frases, las mías y las vuestras. Y, para hacerlo aún más interesante... —añadió el conde Sangre al tiempo que extraía la llave de su bota—, nos desharemos de la tentación de abrirla o de robarla.

Acto seguido, la introdujo en su boca y la hizo desaparecer, directa hacia el estómago. El rostro de Elisabeth se iluminó con una sonrisa sincera, la primera desde hacía tiempo.

—¿Por qué sonreís? —preguntó él atónito después de su fanfarronada.

—Jamás pensé ver cosa igual ni poder decíroslo a la cara, pero sois estúpido, mi señor conde —dijo ella mientras realizaba una irónica genuflexión.

El conde se alzó de un salto de la cama y le cruzó la cara con toda la fuerza que pudo imprimir. Ella se tambaleó hacia atrás y, aun con la herida del día anterior abierta y manando sangre de nuevo, respondió sonriente:

—Decidme, señor conde, ¿cómo vais a salir de aquí ahora si resultáis ganador en vuestro juego y yo muero? —continuó ella creciéndose—. ¿Qué dijisteis? Ohhhh, sí... Ya recuerdo: que nadie acudiría a abrir esta puerta por más gritos que diésemos...

Elisabeth echó a reír con ganas, limpiando con cada carcajada todas las lágrimas vertidas desde el día en que había puesto un pie en ese condenado lugar. Rio y rio hasta quedar afónica, con lágrimas en los ojos, sin percatarse de que el conde se acercaba a ella como un vendaval furioso portando un objeto entre sus manos alzadas al techo.

Capítulo 17

Cowland. Martes, 19 de julio de 2005. 23:20 horas.

—¡De verdad que no hace falta, señor Roberts! —protestó una vez más él—. Tengo reservada una habitación en la posada Adams.

—¡No se hable más! —contestó aquel con una sonrisa afable, pero sin dejar lugar a la discusión—. Mi esposa me mandaría a dormir a la habitación de invitados si le permitiera marchar a estas horas a oscuras y con lo que le ha sucedido.

—Así es —corroboró la mujer, pellizcándole la mejilla a su esposo mientras se intercambiaban miradas cómplices—. Por no hablar de soportar el enfado de Victoria si no le hospedamos, ¿verdad?

Victoria adoptó la pose completa de niña buena: morritos, manos entrelazadas como si estuviera rezando y piernas ligeramente cruzadas. Debía de ser una broma privada de ellos porque los señores Roberts comenzaron a reír sin pudor. Segreto los miraba fascinado como si fueran de una especie distinta a las que conociera hasta entonces, y pensó que eran los seres humanos más excepcionales y agradables que se había topado nunca. Súbitamente, se llenó de vergüenza al comparar su negro universo, lleno de pecado y crimen, con el de ellos, y se sintió a la par como un intruso y un recién nacido que acabara de llegar al mundo.

—De acuerdo, pero ya han visto que el doctor me ha dicho que estoy bien. No es necesario... —dijo él, que no quería contrariarlos ni ofenderlos tampoco rechazando su hospitalidad.

—¡Hombre, por Dios! ¿Nos vamos a quedar tranquilos porque el doctor le haya tomado el pulso y la presión arterial unos segundos y le haya mirado los ojos con una lucecita? ¡De ninguna manera! —exclamó la señora Roberts, una rolliza y rubicunda mujer que pasaba de la sonrisa más cálida a una expresión de enfado en cuestión de milésimas de segundo.

—Lo que mi mujer quiere decir, con su peculiar forma de decir las cosas, es que sabemos de sobra que nuestro buen amigo, el doctor, no tiene los medios que tienen ustedes, los de ciudad, y que, sin una analítica u otro tipo de pruebas, no se puede saber qué le ha pasado y si usted realmente está bien por

dentro —explicó el señor Roberts mientras su señora esposa alternaba sonrisas con muecas serias.

«Tengo que agenciarme una de esas caras que pone, con esos ojos tan fríos y duros, para mis interrogatorios». Segreto sonrió al imaginarse a la señora en su lugar interrogando a un sospechoso y volviéndolo loco al verla ejercer de *poli* bueno y *poli* malo a la vez. «Sería un gran fichaje», reconoció dentro él sin reprimir una franca sonrisa. Se sentía a gusto allí. Se sentía como... como...

En casa, habló la voz gélida dentro de él hasta quebrar su sonrisa, que se derramó sobre la comisura de sus labios.

—Ya has oído a mis padres. Te quedas —intervino Victoria con una sonrisa que hacía honor a su nombre—. Al menos esta noche... ¿Cuántas noches habías reservado?

—De momento, una semana —respondió el italiano, preocupado por esa horrible voz que surgía desde su mismo interior pero que no le pertenecía.

—Bueno, Victoria... No adelantemos. Ya se verá mañana. De momento, esta noche se queda con nosotros, caballero —zanjó el padre.

—Les quedo muy agradecido, de verdad —contestó Segreto tendiéndole la mano.

—Nada que agradecer —dijo el otro mientras le daba un cariñoso apretón de manos—. Ya nos ha contado Victoria que acudió a ayudarla en su caída. Es un buen hombre, lo sé. Los huelo —dijo tocándose la aleta de la nariz con su dedo índice—. Tengo olfato de policía.

—Nuevamente, gracias. Mi nombre es Nicol... —fingió una tos repentina y aparatosa, consciente de su metedura de pata—. Nick, mi nombre es Nick. Y, si quieren que nos tuteemos ahora que estoy bajo su techo, por mí encantado.

—¡Un italiano llamado Nick! ¡Que me aspen! —exclamó el padre de Victoria.

—Tiene ascendentes ingleses por lo que se ve, papá —dijo la chica.

—Así es —confirmó él, sorprendido por tener la sensación de que no estaba mintiendo en absoluto.

—Caballero... —anunció la señora Roberts al volver de algún punto de la casa al que se había escurrido como una anguila—. La habitación de invitados está lista. Victoria, acompáñalo para que se instale y mañana por la mañana que traiga sus pertenencias del coche, que es demasiado tarde para eso ahora.

—En quince minutos os quiero a los dos aquí. Nos tomaremos un té juntos y luego a dormir, ¿de acuerdo, pequeña? —dijo el padre, estableciendo la

jerarquía y las reglas con pocas palabras.

—Sí, papá. Sí, mamá. ¡Vamos, Nick! —le dijo ella.

Victoria cogió con familiaridad de la mano a Segreto, el cual sintió una suave y deliciosa descarga eléctrica que nacía en el punto de piel que la joven le rozaba y se extendía por toda su espina dorsal. Él se dejó conducir por ella y por la suavidad de su piel mientras el padre decía a sus espaldas:

—De acuerdo, Nick. Llámame Andrew. Mi esposa se llama Victoria también.

—¡Muchas gracias, Andrew! —gritó a su vez Segreto.

—¿Crees en lo sobrenatural? —le preguntó ella mientras le mostraba su habitación.

—¿Crees en lo que hemos visto y sentido? —preguntó él, a su vez, sin atreverse a compartir sus opiniones sobre ese asunto.

—Siempre he pensado que eran supersticiones de viejos y pueblerinos de aldeas como esta. Es más, pensaba que la leyenda de los condes había sido creada con algún propósito turístico. Pero, ya no sé qué pensar... —dudó ella.

«¡A mí me lo vas a contar!», pensó él.

La irritación que sentía en Nápoles en referencia a aquel caso había sido sustituida de forma abrupta por un batiburrillo de sentimientos: incredulidad, consternación, preocupación, dolor, rabia y, finalmente, miedo.

—Victoria... —siseó él con temor a que sus padres oyeran su conversación—. ¿Puedes contarme la leyenda de los condes? Todo lo que sepas de ellos por muy raro, estúpido o inverosímil que parezca, ¿por favor?

—Quizá mis padres puedan contarte con más detalle la historia. Pero lo que yo sé es que ambos vivían en el castillo que están deconstruyendo ahora mismo, hará unos trescientos años. El conde era famoso por su crueldad y bestialidad con todo ser vivo, tanto que se ganó, ya en vida, el apelativo de conde Sangre. La condesa tuvo que soportar muchas bestialidades. Entre ellas, la amputación de su mano derecha con un mandoble de... No recuerdo bien el arma que empleó para ello, pero se la cercenó de un único tajo.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Segreto después de calcular la fuerza necesaria para llevar a cabo una amputación así—. ¿Le cortó la mano? ¿Y de un solo golpe?

«¡Estupendo! Ya sé de quién es la mano. Caso resuelto... Ahora solo tengo que ir a su tumba y pedirle, por favor, que deje de matar gente de este siglo o

que la meto en la cárcel. ¡Me cago en la puta!»

—Era un hombre de un genio terrible, déspota y celoso —siguió contando ella, haciendo memoria—. El servicio lo temía y moría bajo sus manos, a partes iguales. Hay quien opina que lo que quería hacer era cortarle la cabeza a su esposa, pero su salvajismo llegó a tal extremo que...

—¡El té está listo! —voló la voz de Victoria senior hasta ellos—. ¡Venid!

—¡Vamos, Nick! Seguramente, con el té en las manos y en el salón, mi padre se anime a contarnos la historia completa. ¡Adora esas historias de fantasmas!

Victoria se apresuró hasta el corazón de la casa con un Secreto detrás conmocionado que se preguntaba cómo actuar y resolver ese caso: el caso de su vida.

Capítulo 18

Cowland (Inglaterra). Domingo, 3 de abril de 1707.

Abrió los ojos al sentir una sombra moviéndose frente ella a tiempo de ver un enorme puño furioso estrellándose contra su cara. Su tabique nasal emitió un crujido estridente que le informó de que se había roto por varios sitios. Elisabeth cayó a plomo al suelo bajo la airada mirada del conde. Un riachuelo de sangre nació de su nariz segundos antes de que el mundo comenzara a emborronarse ante ella.

«¿Qué es eso que lleváis en las manos? ¿Vuestra hachuela?», se preguntó la condesa tratando de enfocar la mirada en el objeto borroso que el conde izaba sobre su cabeza. Pero perdió la consciencia antes de hallar la respuesta y el mundo se tiñó de negro para ella.

* * *

Ploc, ploc, ploc, ploc, ploc.

—¡Eliiiiiiiiiisabeth, despertaos, querida!

«Ploc, ploc, ploc, ploc, ploc.», insistían en decir las gotas, «Ploc, ploc, ploc, ploc, ploc...»

—¡Eliiiiiiiiiisabeth! —volvió a decir una voz gutural y primitiva.

Ploc, ploc, ploc, ploc, ploc.

La condesa tuvo que realizar un esfuerzo titánico para volver a abrir los ojos. La cabeza le daba vueltas y el estómago amenazaba con hacer las maletas y salirse de ella.

¡Ploc! Una gota cayó con estrépito sobre su cara.

Ploc, ploc, ploc, ploc, ploc.

Más gotas.

Y, tras la cortinilla de agua, la cara demente del conde.

—¡Finalmente os habéis despertado! —anunció el conde, empuñando un objeto que la mujer no logró reconocer en un primer momento.

—¿Qué lleváis ahí? —preguntó ella aterrorizada al comprender que, si

aún continuaba con vida, era porque el conde buscaba hacerla sufrir.

—¿Esto? —replicó divertido él con aire inocente—. Es simplemente vuestro aguamanil, querida mía —dijo mientras dejaba de arrojar agua sobre ella y le colocaba el objeto a la altura de sus ojos.

Elisabeth se aferró al suelo, dejándose las uñas en él en su intento por no desmayarse otra vez. La cara le ardía. La nariz, hinchada y deformada sobre su rostro, le atormentaba con afiladas punzadas de dolor; la boca le sabía a sangre y sentía las frías caricias de la Muerte sobre ella.

—Me ofendéis, esposa mía —habló de nuevo ante el silencio de ella—. ¿Acaso me consideraréis un bárbaro? ¿Creíais que os cortaría en pequeños pedazos mientras estuvierais inconsciente y que luego se los arrojaría a los cerdos para que se alimentaran de ellos?

Depositó el aguamanil y la jofaina en el suelo, junto a ella, se irguió con parsimonia y, con la voz aparentemente tranquila, dijo desde arriba:

—Elisabeth, querida, no habéis ganado. ¡Cuánto lo lamento!

—Pero si no he gritado ni una sola vez, me parece. Ni vos... —respondió ella, tratando de zafarse del aturdimiento y del dolor que le nublaban la visión y el pensamiento.

—El tiempo ha expirado, señora condesa. Y el vuestro, también —contestó él, excitado.

—¡Maldito bastardo! Aunque no importa mucho, ¿no? ¡Porque vos tampoco saldréis de aquí jamás! —vaticinó ella agotando la poca fuerza que pudo reunir—. ¡Cobarde, embustero y flácido! ¡Eso grabarán en vuestra lápida!

El conde Sangre se giró de forma brusca, pero del lado inverso al que ella esperaba, dándole la espalda por completo. Aquel gesto provocó en Elisabeth más miedo que cualquier otra acción suya. Él ya no respondía a sus ataques porque ella ya no era su condesa, sino su presa. William se había despojado de la careta de conde para mostrarse en su apariencia real de hiena. Era hora de cobrarse su víctima, de alimentarse de ella.

Este se alejó del reducido campo de visión de la condesa, que se tambaleaba incluso postrada en el suelo mientras se esforzaba por sobreponerse al mareo.

—Quizá no salga de aquí, como decís, aunque lo dudo. Al fin y al cabo, son mis órdenes y mi voz dictándolas. Ninguno será tan estúpido como para contravenirlas y no abrirme —dijo el conde con una serenidad angustiosa—. Pero lo que yo sí os puedo asegurar, estúpida mujer, es que vos jamás

cruzaréis esa puerta.

—¿Qué lleváis ahí? —repitió la condesa cuando reparó en que la mano izquierda de su esposo se escondía pérfidamente tras él.

Elisabeth intentó incorporarse. Sin embargo, solo consiguió quedarse a mitad de camino y mantenerse sentada en el suelo. La debilidad, la sensación de mareo constante y la impresión de descubrir el objeto que portaba el conde la dejaron sin capacidad de reacción.

—Creo que ahorraremos palabras si os lo muestro, en efecto. Me he hastiado de hablar con vos y esta habitación comienza a asfixiarme. Procedamos... —dijo con la mirada trastornada, permitiendo que todo tipo de imágenes cuajaran en la mente de ella al ver la hachuela.

—¿Me descuartizaréis, asegurándoos de que estoy consciente, y alimentaréis a los perros con mi cuerpo? —preguntó ella en un hilo de voz.

—Demasiado trabajo —negó el conde con un movimiento rápido de cabeza—. Y los perros ya han comido. ¡Pobre jardinero!, ¿verdad?

Elisabeth le escupió en el rostro ignorando que aquel sería su último acto reivindicativo antes de que su cruel marido le despojara de su dignidad y existencia.

—Debería haber traído la espada, o el hacha, para arrancaros esa cabeza de serpiente que tenéis —dijo él mientras se limpiaba asqueado el salivazo que se había estampado en su boca—. Pero, bueno, seguiré el plan original. ¿Recordáis qué estabais haciendo cuando os descubrí con ese plebeyo?

—¿Besarlo? —respondió ella titubeante sin saber si había una respuesta correcta para aquella pregunta.

—Tocarlo... Tocabais su pecho con adoración, como si fuera un arpa o un piano del que extraer notas. ¿Aunque sabéis qué es lo más insultante?

La condesa negó con la testa. ¿Qué podía hacer? Ni siquiera sabía adónde pretendía llegar ese monstruo.

—¡Lo tocabais como jamás me habéis tocado a mí! ¡Y lo acariciabais con la misma mano en que lleváis mi anillo de pedida! ¡El rubí con el que aceptasteis nuestros votos matrimoniales, con el que jurasteis respetarme y serme fiel todos los días de vuestra miserable existencia! —exclamó. Luego, hizo una breve pausa para tomar aire y serenarse—. No sois digna de él y quiero que me lo devolváis.

—Devolvedme a mí la mano entonces —dijo ella sin pensar.

—De eso se trata, Elisabeth. Ya no quiero vuestra mano, la mano que tocó a otro hombre.

—¿Me vais a repudiar? —preguntó su esposa desde el suelo subiendo los ojos hasta él.

—Os la voy a devolver como castigo por haberla posado en un cuerpo que no era el mío —contestó el conde con la vista fija en la mano de la sortija antes de izar amenazadoramente la hachuela sobre ella como la bandera de un barco pirata.

—¡Nooooooooo! —gritó Elisabeth al comprender, por fin, sus intenciones.

—¡Tomadla! ¡Es vuestra para siempre! —gritó poseído mientras descargaba con furia la hachuela sobre la muñeca de esta.

El horror se mezcló dentro de Elisabeth con un indescriptible dolor. Contempló su mano con la hachuela clavada en ella al tiempo que rezaba por desmayarse una vez más. El conde Sangre desclavó el hacha de la mano y se maldijo por no haber podido cortarla de un único tajo, sencillo y limpio. ¿Acaso esa perra tenía que poner en duda su hombría hasta el último momento? Izó de nuevo el afilado instrumento y asestó un nuevo golpe que, en aquella ocasión, separó la mano del brazo al que pertenecía. Elisabeth profirió un chillido terrible, un chillido que aunaba sufrimiento, pánico y angustia. Un chillido que atravesó las gruesas paredes del dormitorio y voló por el castillo hasta los oídos de todos sus habitantes. Un chillido que jamás olvidarían los sirvientes y que permanecería con ellos hasta el día de su muerte.

Entonces el dolor se apiadó de la condesa y permitió que se desvaneciera.

Capítulo 19

Cowland. Martes, 19 de julio de 2005. 23:50 horas.

—Victoria, se va haciendo tarde. ¿No crees que es hora de acostarse? Mañana no te levantas ni con un tractor —respondió el señor Roberts mirando los posos de té de su taza y haciendo ademán de levantarse.

La joven volvió hacia Segreto sus ojos violeta, que había heredado de su padre, le sonrió con calidez y atacó a su progenitor:

—¡Papá, espera! ¿Qué hay de nuestra hospitalidad? ¿Un té en el salón mientras hablamos del tiempo y a la cama sin más?

—¡Victoria! —le reprendió su madre—. Tu padre lleva en pie desde las seis de la mañana como cada día. Y el despertador volverá a sonar a la misma hora de siempre, en breve.

El padre se levantó de su butaca, se ajustó las lentes, más propias de un bibliotecario que de un labriego, y aguardó a que el resto se alzara tras él.

—¡Ohhh, no quería decir eso, papá! Solo que... Nick estaba interesado en escuchar nuestras leyendas locales. Particularmente, la referente al castillo de Cowland porque le ha llamado mucho la atención al verlo.

Segreto, siempre en silencio y sin intervenir, se maravilló de su perseverancia y de las dotes de Victoria para ocultar información relevante. El padre, que ya se estaba dando la vuelta para abandonar la habitación, se quedó clavado en el sitio al escuchar a su hija.

—¿Te interesan las leyendas locales? —dijo Roberts emocionado dirigiéndose al italiano—. Si no hubiera sido granjero, creo que lo mío habría sido ser historiador, arqueólogo, mitólogo o similar —explicó mientras regresaba a su asiento con la sonrisa invadiendo su cara.

—Sí. Me encantaría saber todo lo referente a ese castillo y a su leyenda, pero... —dudó el policía con cierta incomodidad—. Quizá es demasiado tarde ya para todos y prefieras contármelo mañana.

«Esta chica parece que siempre consigue lo que se propone», pensó él al ver la sonrisa triunfal de Victoria.

—Prepararé otra tetera —anunció la señora Roberts entre bostezos y meneos de cabeza, pues conocía demasiado bien a su marido y no dejaría

escapar así como así su tema de conversación favorito—. No sabes qué has hecho. Ahora que ha encontrado nueva víctima para contarle la Historia de Cowland, no te dejará marchar —le avisó la oronda mujer con un guiño jovial de ojos.

Segreto correspondió a su gesto de complicidad con una sonrisa y se dirigió a Roberts, que había adquirido la expresión académica de un profesor que se dispone a dar una clase de Historia.

—Victoria me ha hablado por encima de las crueldades del conde, que incluso llegó a seccionarle la mano a su mujer —le contó Segreto para dirigirle hacia los interrogantes que le bailaban en la cabeza.

—Así es. Cuentan que fue una muerte terrible la suya: desangrada y sin recibir atención. Aunque lo más curioso es que él murió incluso antes que ella, apenas con unas horas de diferencia. Hay muchas versiones sobre el asunto, pero la que yo tengo por buena es la que cuenta que el conde murió repentinamente después de amputarle la mano y estando encerrado con ella en el dormitorio. Elisabeth, la condesa, se negó a morir hasta comprobar que su esposo estaba muerto y hasta que no hubo echado todo tipo de maldiciones tanto al castillo como a estas tierras y a sus gentes.

—Pero ¿cómo pudo morir él? —quiso saber Segreto, que estaba prestando a cada palabra y gesto de Roberts la misma atención que si hubieran estado en su sala de interrogatorios.

Sugar, que hasta entonces se había mantenido tranquilo y dormitaba a los pies de Victoria, alzó la cabeza de repente con el lomo erizado.

—¡Sugar! ¿Qué ocurre? —dijo su dueña.

La chica lo cogió en brazos para tranquilizarlo, aunque más bien buscaba tranquilizarse ella. No se le iba de la memoria lo que habían vivido hacía unas horas y sabía que Sugar estaba alerta porque percibía algo amenazador. Segreto y ella intercambiaron una mirada nerviosa.

—¡Qué fresco hace de repente! —exclamó el padre.

Todos lo notaron: el frío y algo más denso, invisible a los ojos y a los oídos, pero que pesaba en el aire y los aplastaba con su fuerza. Sugar saltó del regazo de su joven ama y gruñó con la cabeza levantada hacia el techo.

—¡Sugar, ven! —lo llamó Victoria con miedo, pero este salió corriendo como una exhalación.

—Déjalo un poco a su aire. Ha habido un instante en el que yo también quería irme de la sala, como si me faltara el oxígeno... —reconoció el padre poniendo palabras a lo que el resto había sentido.

Ellos asintieron.

—Voy a buscar a Sugar, papá —dijo ella con la cara contraída por la preocupación antes de abandonar su asiento.

La señora Roberts entró en ese momento con la tetera en la mano.

—¿Buscas a Sugar, cariño? —preguntó la madre mientras les servía el té a los cuatro—. Ha salido como un rayo por la gatera ladrando al aire.

—¡Ohhhh! —musitó ella sin saber si salir tras él.

Segreto adivinó sus dudas y agitó su dedo en el aire de derecha a izquierda con una mirada implorante. Victoria, con la vista amarrada a la puerta, ocupó su sitio en el sofá retorciéndose las manos de preocupación.

—Ahora vendrá, pequeña —comentó la madre—. Ya sabes que a veces le gusta hacer sus excursiones cuando olfatea a un conejo o un hurón.

—¿Continúo, Nick? —preguntó el padre, deseoso de compartir con él el relato.

—Oh, sí, por favor... —rogó Segreto con un ojo puesto en él y otro en Victoria.

—A raíz de la muerte del conde, surgió la leyenda de la maldición de Cowland y de la venganza de la condesa —dijo Roberts, bajando la voz para causar más efecto y misterio.

—¿Su... fantasma?

—Su fantasma exactamente, no. El fantasma de su mano, que se vengó de cuantos ella creyó culpables. Todos los años, desde entonces, reaparece en vísperas de su asesinato, el 3 de abril, según decenas de personas que juran y perjuran haberla visto: una mano amputada agarrada a algún cortinaje, apoyada en un mueble y hasta en la garganta de alguien para asfixiarle. Inquietante, ¿verdad?

Segreto notó cómo aumentaba la velocidad de su flujo sanguíneo y el pulso le palpitaba en las sienas de forma dolorosa. Era lo que buscaba. Y lo que no. Lo que quería y no quería hallar.

«Estamos en julio, no en abril», le dijo su cerebro, arrinconado más allá del dolor y de las pulsaciones machaconas que le agredían sin cesar.

—Lo es —balbuceó al final.

Victoria parecía ajena a la conversación y a ellos, como una madre preocupada que intuye que su retoño está en peligro.

—Si vas a preguntarme si yo, o alguien cercano a mí, la hemos visto, la respuesta es que no —añadió Roberts, complacido al ver el efecto del relato en su oyente—. No obstante, desde hace un año, justo cuando comenzaron las

obras de desmantelamiento, las historias sobre la mano de la condesa son cada vez más numerosas. Hay quien dice que su fantasma está irritado por violar su reposo y su hogar, y que ha regresado de su tumba para tomar venganza contra aquellos que han osado molestarla.

Unos ladridos histéricos se oyeron fuera de la casa, lo suficientemente cerca para que todos los escucharan. Victoria, sin contenerse por más tiempo, corrió hacia la salida mientras la intensidad de ladridos y gruñidos subía. Segreto salió tras ella al detectar el aroma familiar del peligro. Los ladridos de Sugar fueron sustituidos por un quejido lastimero que duraron apenas unos segundos. Luego, un horrible aullido que se cortó de forma brusca, y el silencio más absoluto y aterrador.

—¡Sugar! —gimió Victoria cuando vio el cuerpecito de su pequeño inerte en el suelo.

Se arrodilló junto él incrédula con la vista fija en el cuello partido de su mejor amigo, de su segundo hermano.

—¡Dios santo! —exclamó Segreto entre dientes al entrever una cosa blanca a lo lejos que se movía serpenteando en las tinieblas a poco más de un metro del suelo.

—¡SUUUUGAR! —gritó Victoria abrazada a él, rompiendo el aire.
Pero Sugar no respondió.

Capítulo 20

Cowland (Inglaterra). Domingo, 3 de abril de 1707.

—Oh, querida mía. Empezaba a dudar de que os despertarais —dijo el conde en algún punto de la habitación.

Elisabeth abrió sus ojos, llenos de bruma y de dudas. Estos corrieron hacia su mano derecha, sin dilación y con angustiosa premura. Ya no estaba ahí, como atestiguaban la sangre, el muñón y el dolor que sodomizaba su cuerpo. Apartó los ojos de su brazo mancillado y buscó a su verdugo.

—¿Dónde os halláis? —preguntó débilmente ella.

—Detrás de vos, querida —se rio él—. Pero no os conviene daros la vuelta. Habéis perdido mucha sangre y ese tipo de movimiento puede hacer que os vayáis con más celeridad de la que os gustaría.

—Y vos no queréis eso, por supuesto...

—Decidme, Elisabeth, ¿creéis que duraréis más tiempo que Black o menos? —dijo la voz miserable a sus espaldas.

—Mmmmmmmmmmmmmmmmm —respondió ella, que volvía a notar que el mundo giraba endemoniado a su alrededor.

—No, no os desmayéis. ¡Así no es divertido! —se lamentó el conde—. Aguardad un segundo...

El conde Sangre abrió el pequeño maletín que había traído consigo y rebuscó en él. Sonrió triunfal al hallar lo que buscaba y se acercó a la condesa con el maletín bajo el brazo.

—¿Qué lleváis ahí? —preguntó ella entre murmullos agónicos—. ¿Algún tipo retorcido de instrumental para torturarme? ¿Arrancarme los ojos quizás por haber mirado el torso desnudo de Henry?

El conde Sangre ahogó unas risas guturales de placer ocultándose la boca con la palma de la mano.

—Francamente, querida, me sorprendéis. No sé cómo os quedan fuerzas siquiera para hablar. Y esos conatos de ataques verbales son tan... adorables y estimulantes. Sois, sin duda alguna, la mejor pieza de caza que me he cobrado nunca —le dijo, ignorando la pregunta sobre el misterioso maletín.

Ella bajó la cabeza abandonando todo esfuerzo de sostenerle la mirada,

pues todas sus fuerzas estaban concentradas en seguir respirando con toda la dignidad que pudiera reunir. No le daría el gusto de que la escuchara suplicar por su vida o gritar en demasía, aunque sus lágrimas corrieran salvajes y libres como corceles en las praderas.

—¡Eureka! —exclamó el conde después de extraer de la valija unas telas blancas—. Con estos vendajes, detendremos un poquito esa fea hemorragia y prolongaremos vuestra...

—¿Agonía y sufrimiento? —interrumpió ella aun sabiendo que sus esfuerzos eran estériles, que simplemente daba coces al aire mientras la vida se le escurría.

El conde celebró nuevamente la broma con estentóreas carcajadas y procedió a vendar el muñón anegado en sangre con dedicación de enfermera vocacional.

—Vuestra existencia, mi señora condesa. Prolongaremos vuestra existencia —finalizó—. Lo que me recuerda que debéis beber... Desafortunadamente, ya no queda agua en el aguamanil. ¡Qué imprudencia por mi parte haberla malgastado antes de aquella manera!, ¿verdad?

Y tornó a reír con una risa de chacal que le hirió casi tanto como la amputación de la mano. Elisabeth tragó saliva (o sangre, no estaba segura) y siguió con la vista fija al suelo preguntándose cuántas horas le quedaban antes de morir y cuándo se iría de allí el maldito conde. Aborrecía la idea de que fuera testigo de sus últimos segundos, que se excitase viéndola partir y escuchando su estertor. Rezó dentro de ella para que Dios no lo permitiese y poder fallecer en paz, sin asistentes depravados que disfrutaran con ello.

—¿No tenéis que iros a comer, a asearos o a forzar a alguna doncella? —preguntó la condesa, aferrada a su orgullo—. ¿No pensáis gritar para que os saquen de aquí?

—Pshhhhh. Quizá, cuando me aburra de veros... ¡Por los clavos de Cristo! —blasfemó él cuando sus ojos se encontraron con la bandeja del día anterior—. Estáis de suerte, querida mía, porque podré daros agua. Yo me tomaré el vino y la comida, por supuesto, que no es cuestión de malgastar los víveres en alguien que no está muy vivo, ¿no creéis?

Elisabeth murmuró algo mientras se revolvía de sufrimiento en el suelo y se mordía los labios para contener los gritos que nacían con cada latigazo de dolor. William no la escuchó, o fingió no escucharla, y se aproximó a ella con la bandeja en las manos. Colocó la comida en el suelo y se sentó frente a su mujer para disfrutar del espectáculo.

—Verdaderamente, sois una mujer excepcional —dijo con sincero reconocimiento y admiración—. He contemplado a varones llorar como muchachitas por el corte de una simple oreja o dedo. Y vos... Os extrañaré mucho, mi amada condesa.

Acto seguido, le acercó a los labios el vaso con agua de la bandeja y lo sostuvo para ella mientras Elisabeth apuraba hasta la última gota. Cuando lo hubo agotado, miró el recipiente con tristeza pensando que este se había convertido en un oasis seco y que ella era el desierto donde jamás germinaría nada. Meneó la cabeza ante esos absurdos e improcedentes pensamientos.

«¿Por qué pensaré en mi maternidad frustrada cuando no hay más soles para mí? ¿Será la locura que precede a la muerte?», se preguntó, «¿Y mi mano, dónde está mi mano?»

—¿Y mi mano? ¿Dónde está mi mano? —repitió en voz alta.

—Aquí la tengo querida, sobre la cama, por si me pica la espalda dado que olvidé el rascador.

—Debería haberos amputado con los dientes ese irrisorio pedazo de carne al que llamáis pene, mi señor conde Flácido.

El conde, en un alarde de autocontrol e ingenio, se contuvo a la hora de abofetearla y dejó su palma congelada en el aire. Mostró su mueca más depravada y, sin emitir sonido alguno, se alzó del suelo, se aproximó al lecho y tomó la mano cercenada de ella. Entre risas enloquecidas, volvió hasta Elisabeth para amenazarla y cruzarle la cara con su propia mano.

—¿Por qué insistís en golpearos, querida? ¿Os habéis trastornado? —chilló el conde en un desvarío próximo al éxtasis que alternaba carcajadas dementes, chillidos y contusiones.

Elisabeth trató de ignorar la repulsión asfixiante de ver tan de cerca su miembro ensangrentado, inerte y frío. Sin embargo, los continuos golpes y el roce helado en su rostro de aquella cosa que antes fue suya destruyeron sus muros defensivos, y estalló en un llanto doloroso y profundo que hirió el único reducto al que el conde nunca había logrado llegar y pisotear: su dignidad.

William se detuvo al ver los sollozos de su esposa y comenzó a dar alegres cabriolas en el aire.

—¡Así quería veros, mi señora condesa! Ya pensaba que no me daríais el gusto antes de partir de viaje... Habría sido muy feo por vuestra parte no verter ni una triste lágrima en la despedida de vuestro amado esposo.

La condesa escuchó el discurso de su marido en la lejanía, distorsionado por su propia voz, que se había convertido en un llanto tenaz e imparable.

—Casi lo olvidaba. ¡Tomad! —exclamó él mientras arrojaba la mano cercenada sobre las piernas de ella—. Soy hombre de honor y cumplo mi palabra. Ahí tenéis vuestra mano. Ya os la he devuelto.

Entonces recogió la bandeja y se sentó en la cama con ella, dispuesto a admirar su obra un rato más, hasta que su sadismo se viera colmado.

—Decís que no queréis, ¿verdad? —dijo William una vez más mientras agitaba la bandeja sobre sus rodillas.

Pero Elisabeth no lo escuchaba desde su torrente de lágrimas y dolor. El conde, contrariado, hubo de reconocer que el placer efímero de la caza comenzaba a diluirse. La pieza estaba tan herida y débil que ya ni siquiera presentaba batalla. Aburrido.

Decidió saciar su estómago al tiempo que la contemplaba apagarse. Cuando ella falleciera, nunca antes, gritaría hasta desgañitarse para que le abrieran la entrada. El conde trasladó por un momento la atención de ella a la comida. Rechazó el caldo, que ya presentaba la apariencia de un lago helado, y se decidió por la empanada de verduras y el pastel de carne.

Arrullado por el delicioso gimoteo de su esposa moribunda, atacó el contenido del primer plato. De cuatro bocados veloces y enormes, según era su estilo, acabó con el pastel de cordero y queso, vació la jarra de vino en su buche a la misma celeridad y, cuando estaba comenzando a masticar la empanada, cayó al suelo aquejado de fuertes dolores en el vientre.

La bandeja se desplomó junto a él en un fuerte estruendo de recipientes rotos. Elisabeth, sumida en su propio sufrimiento, continuaba aislada de cuanto aconteciera. Los llantos de ella se fundieron con los gritos del conde, que se quejaba una y otra vez de intensos agujonazos.

—¿Qué me habéis hecho, perra? —gritó William, aferrado a su estómago mientras su esfínter derramaba díscolamente todo lo que acababa de ingerir.

La agonía se intensificó hasta arrebatarle la respiración. Sentía un pie gigantesco que le pateaba una y otra vez el estómago. Entonces vomitó y llegaron las convulsiones. Elisabeth alzó, por fin, la cabeza y esbozó una sonrisa prestada.

—¡Demonios, señor conde! ¿Os cagáis de miedo? Sería un buen epitafio para vuestra tumba: «Aquí yace el conde cagón».

Este se esforzó por darle una réplica, pero solo consiguió envolverla con una mirada de odio. Sus vías respiratorias empezaban a cerrarse y sus cuerdas vocales enmudecieron. Trató de hablar una vez más sin fortuna. De su boca únicamente brotó un quejido lastimero de ahogo y sus ojos llenos de odio se

apagaron, fijos en ella, sin dejar de maldecirla.

—¿Señor conde, seguís conmigo? —preguntó tímidamente la esposa.

Mas ya no hubo respuesta ni movimiento. En esa habitación tan solo quedaba ella.

«¿Por cuánto tiempo? ¿Podré salir de aquí? ¡La llave! No, no podré», se dijo mirando el cuerpo hinchado del monstruo.

Capítulo 21

Cowland. Miércoles, 20 de julio de 2005. 08:55 a.m.

El señor Roberts arrojó una última palada de tierra sobre la improvisada tumba de Sugar e igualó el terreno con la herramienta.

—¿Quieres decir algo, cariño? —preguntó la señora Roberts a la vez que le acariciaba los hombros a su hija.

Victoria la miró desde la confusión.

—¿Algo cómo qué?

—Unas palabras a modo de panegírico, una despedida... Lo que tú quieras, lo que necesites —explicó el padre.

—Ohhhh —musitó ella antes de sumirse de nuevo en el silencio.

La madre observó a su hija llena de preocupación. Lo de menos eran esas marcadas y oscuras ojeras que parecían querer devorarle los ojos. Pero ese mutismo en ella... A su madre le rompía el corazón verla así: desolada, taciturna y como perdida. Su hija, una chica vivaracha que siempre tenía muchas cosas que decir, se negaba a hablar con ellos, a hablar de ello, igual que hace ocho años tras la muerte de Steve. Los padres miraron a su huésped con los ojos suplicantes. Segreto asintió con la cabeza y recogió el testigo.

—Victoria... —la llamó él mientras le rozaba fugazmente la palma de la mano.

Ella se limitó a enterrar su mirada en el pequeño foso en el que descansaba su amigo del alma. El concepto de amistad, las risas más sinceras, los juegos improvisados, los besos más espontáneos y sentidos..., todo ello enterrado junto a ese cuerpecito cálido que significaría para ella más que cualquier ser viviente que se cruzara en su camino. Sugar, su compañero de juegos y de vida, había dejado de existir.

Entonces se volvió a romper y lloró, lloró y lloró con renovadas lágrimas que creía agotadas, como solo puede hacerse cuando se tiene el corazón quebrado: sin medida ni contención, dejándose la garganta en carne viva.

—Sugar —musitó.

La madre se acercó a Victoria y la abrazó con fuerza engulléndola entre sus carnes, pues no había en el mundo palabras de consuelo para su hija.

—Todos lo echaremos de menos, mi niña. Incluso extrañaré que me robe los filetes de la cena —aseguró la madre tratando de provocar una sonrisa en Victoria y no desmoronarse con ella.

Pero no dio resultado.

El padre miró a su hija y meneó repetidamente la cabeza de derecha a izquierda. Demasiadas cosas no funcionaban bien. La noche anterior Victoria había rehusado dormir en su habitación. Gracias a la insistencia de los padres y del propio Segreto, habían logrado que al menos entrara en la granja con el cuerpecito de su amigo en brazos, todavía caliente. Había pasado la noche entera velándolo en el salón entre lloros y palabras confusas. Nadie en la casa había dormido en realidad esa noche ni se habían atrevido a hablar en voz alta de lo sucedido.

«Primero hay que dejar paso a la pena para que la mente se limpie», pensó Segreto, «No los culpo si prefieren quedarse con ese sentimiento. Es menos destructivo que el miedo que sienten, agazapado tras el dolor, preparado para morderlos y paralizarlos. ¡Cómo culparlos si yo mismo estoy cagado, qué cojones!».

—Victoria, señores Roberts... —comenzó Segreto, titubeante—. Creo que, dadas las circunstancias, lo mejor será que me hospede en el alojamiento que tenía reservado. Tener a un extraño en casa no creo que sea lo más conveniente en estos momentos, y no quiero ocasionar más molestias.

Andrew se encogió de hombros en un gesto que podría significar conformidad o todo lo contrario. Entonces Victoria levantó la cabeza, despegando su mirada de ese trozo de tierra en un esfuerzo titánico, y susurró:

—Quédate, Nick. Quédate.

Esas palabras acariciaron el interior de Segreto como el sol de otoño en la cara, infundiéndole calor y vida.

«No hay nada en el mundo a lo que le pueda decir que no...», se dijo, sorprendido ante tamaña revelación.

Esbozó una sonrisa derrotada, tomó su mano entre las suyas y asintió mirando alternativamente a los tres.

—Si tus padres están de acuerdo y crees que puedo ser de ayuda, está bien —respondió él mientras los aludidos asentían de inmediato—. Pero, si me quedo, tendremos que hablar de lo sucedido. Y necesito saberlo TODO (sea leyenda o historia) sobre ese castillo y los condes.

Victoria se lanzó a sus brazos en un inesperado abrazo que pilló a todos de sorpresa. Segreto se dejó llevar por esa sensación a mar que le sobrevino

cuando ella lo abrazó, por el olor de la sal y el sonido del mar quebrándose en olas y en conversaciones de gaviotas. Cerró los ojos y aspiró su olor maldiciendo y disfrutando a partes iguales de esas mariposas ridículas que revoloteaban dentro de él.

—Es lo que quiero. Tenemos que acabar con ella —dijo Victoria al fin, separándose tan bruscamente de él como se había aproximado.

—¿Con quién, cariño? —intervino la madre, que no había llegado a ver nada y se mostraba reacia a creer lo que los demás decían haber visto.

—Con la mano asesina, mamá. La mano de la condesa que ha roto el cuello a mi Sugar —dijo, permitiendo el paso a la furia.

La señora Roberts se llevó las manos a la boca y los contempló como si todos a su alrededor estuvieran locos. Se dio media vuelta, incapaz de lidiar con esa historia, y entró de nuevo en la casa llorando.

—¿Papá? —suplicó ella.

—Está bien. Entremos y os contaré todo lo que sé. Quizá acabemos con esta locura si encontramos el modo entre todos —terció él después de rodear a Victoria con el brazo derecho—. ¿Eres periodista o algo así, Nick?

—Algo así...

* * *

—Lo siento, pero me niego a participar en esta chaladura —respondió la madre alzándose de la silla—. ¿Fantasmas? ¿Asesinos sobrenaturales? ¿Una mano amputada matando a un perro? ¿Os habéis vuelto locos? Me niego.

Andrew, Victoria y Segreto la vieron abandonar la estancia, sulfurada y nerviosa.

—Nunca había visto a mamá así.

—Está asustada, pequeña. Dale su tiempo —contestó el padre—. Bien, Nick, ¿continuamos la historia?

—Por favor...

Los tres, sentados en las sillas del comedor, formaron un círculo cerrado y tenso en el que intercambiaron un baile expectante de miradas. El padre carraspeó para aclararse la garganta y comenzó:

—Como te contaba anoche, el conde llegó a un punto de locura en el que amputó la mano de su mujer. Pero algo salió mal porque tampoco consiguió salir él de esa habitación con vida. Hay quienes opinan que murió envenenado por ella, pero me temo que son puras especulaciones.

—¿Y la condesa entonces?

—Elisabeth chilló y chilló hasta la extenuación. Les amenazó con matarlos a todos y vengarse de ellos si no la sacaban de ahí. Trató de que le abrieran la puerta, cerrada con llave por el conde, de todas las maneras imaginables: suplicando, llorando, amenazando e insultando, pero todo fue en vano. Nadie se atrevió a liberarla, pues William había amenazado con castigar severamente a quien pusiera un pie en los aposentos matrimoniales sin su permiso por muchos gritos o ruidos que oyeran, de modo que nadie quiso exponerse a ser torturado o asesinado y la dejaron morir ahí, sin comida ni agua, desangrándose lentamente junto al cadáver de su verdugo.

—¡Dios mío! —musitó Victoria, quien, a pesar de conocer la historia por encima, no pudo dejar de conmoverse al imaginarse la situación.

—No comprendo. Si él ya estaba muerto, ¿por qué ella no salió sin más con la llave del otro? —la cabeza de Segreto trataba de encajar las piezas en un puzle incompleto y confuso.

—Parece que el conde se deshizo de la llave por si la condesa trataba de apoderarse de ella. Por eso mismo nadie la creyó cuando dijo a gritos que no había peligro, que el conde estaba muerto. Nadie la creyó..., hasta que fue demasiado tarde. Cuando encontraron los cuerpos, descubrieron las marcas de sangre y los restos de uñas adheridos a la puerta de la única mano que le quedaba. Se había dejado la piel y la vida arañando esa puerta.

Victoria se levantó ahogada por la contradicción. No quería sentir compasión por el ser que le había arrebatado a Sugar. Eso le haría dudar en el futuro y la duda era debilidad.

—Lo siento —se disculpó—. Yo tampoco puedo seguir escuchando. No me viene bien pensar que esa cosa asesina es la misma «persona» de la historia. No quiero ni puedo creérmelo. Si es verdad, prefiero no saberlo y odiarla. Después de todo, no hay pruebas reales de que las cosas ocurrieran así. ¿Y si él le cortó la mano para defenderse de ella? ¿Y si ella era la asesina? Al fin y al cabo, su marido murió primero, ¿no?

Segreto se levantó también y estiró los brazos hasta apoyarlos en los hombros de ella buscando tanto la conexión visual como darle apoyo. Aunque el gesto era más bien paternal, no pudo evitar estremecerse por el contacto.

—Antes me has pedido que me quede y me he quedado. Quiero ayudarte. Ayudaros —se corrigió mirando al padre—. Y ahora soy yo quien te pide que te quedes. Es importante que sepamos todos los detalles por si alguno de nosotros ve algo que el resto no, porque estamos juntos en esto y porque

queremos vengar a Sugar («A Fernando») y acabar con esto antes de que sucedan más crímenes.

—¡Tú no eres periodista! —exclamó ella con los ojos entrecerrados por la suspicacia.

Segreto sonrió al ver el brillo y la viveza en sus ojos de nuevo. Era deliciosa incluso en sus peores momentos.

—No lo soy, no. Pero dejemos ese tema para otro momento y en la más absoluta intimidad de estas paredes. ¿Nos volvemos a sentar?

—De acuerdo —terció ella.

—Sigue, por favor, Andrew —le animó el italiano.

—Bueno... Los enterraron en un nicho compartido y después del entierro comenzaron a sucederse extrañas muertes entre el personal del castillo: misteriosos accidentes, desapariciones, suicidios sospechosos y asesinatos de lo más macabro. Uno por uno, fueron cayendo como moscas en un tarro de miel. Ahí se forjó la leyenda de la mano asesina de la condesa. Se cuenta que todos los años vuelve, en el aniversario de su fallecimiento, para ocuparse de los descendientes del castillo de Cowland. Un muerto por año y, normalmente, con algún testigo de por medio.

«Mi hombre Mermelada», se dijo el inspector.

—Entiendo. Digamos que esa parte es la histórica, la del pasado — sintetizó él sin poder evitar dirigir la conversación como en un interrogatorio —. Vayamos ahora al presente... Sabemos que están desmantelando el castillo por piezas.

—Bueno, en primer lugar, llamar castillo a lo que era una casa bastante grande con una torre como adorno resulta algo exagerado —matizó el señor Roberts—. Pero tenía detalles artísticos de cierto mérito: algunas ventanas, la capilla, un par de arcadas, la portalada principal... De no haber sido por eso, habría resultado una construcción vulgar.

—La portalada es muy artística, papá —intervino Victoria en un esfuerzo por seguir con ellos en lugar de volar hacia Sugar.

—Es cierto, aunque técnicamente nunca ha sido un castillo. Perdona, Nick. ¿Decías?

—Sí. ¿Cuándo empezaron los nuevos avistamientos de la mano fuera de su aniversario?

—Nunca, en realidad. Me refiero a que siempre hay algún loco o infeliz que quiere llamar la atención en cualquier época del año y son constantes las anécdotas sobre ella. Pero es cierto que, desde que empezaron a desarmar la

construcción, el número de rumores se ha disparado.

—¿Hace cuánto que comenzaron con las obras? ¿Os importa? —preguntó Segreto mientras sacaba su gastada libreta del bolsillo interior de su chaqueta.

—Por favor —asintió Roberts—. ¿Debemos llamarte teniente, detective, inspector...?

—Nick está bien, gracias —respondió con una sonrisa amable, pero reacio aún a compartir con ellos su mundo. Se sentía bien siendo Nick.

—Muy bien, Nick. Hará cosa de un año que comenzaron las obras. Se rumorea que la actual propietaria y condesa de Cowland lo vende por motivos económicos, ya que está al borde de la ruina y el título heredado no le genera ningún beneficio real. Pero... los de la zona sospechamos que se esconde una razón más poderosa —Roberts bajó la voz por vez primera como si temiera que lo escucharan o fuera invocar la presencia del fantasma con su sola mención.

—¿Qué razón? —preguntaron al unísono Victoria y Segreto, lo que provocó un tímido intercambio de miradas y unas leves sonrisas.

Cuanto más se miraban, más unidos se sentían los dos. Volvieron a sonreírse cómplices y centraron la atención en Andrew.

—El miedo. No quedan muchas personas vivas descendientes directos del conde o de todos aquellos de quienes Elisabeth juró vengarse. La nueva condesa cree que, si se desliga de la casa o la destruye, tendrá más posibilidades de librarse de la maldición de Cowland.

—Ajá...

—Así que se le ocurrió venderla por piezas.

—Y la oferta ha tenido éxito —explicó Victoria—. Por lo que sé, han sido media docena de compradores en total, aunque aún faltan tres o cuatro piezas más por vender. Se llevan trozos del edificio para recomponerlos en sus residencias y darles así cierta pátina de antigüedad que las hagan más atractivas.

—Por eso me dijiste que el fantasma de la condesa no tendría sitio donde descansar —apuntó el otro—. Aunque, siendo justos, tampoco el conde...

Un nuevo escalofrío, revestido de un sabor amargo, le desbordó hasta cortarle la respiración.

—¿Lo habéis notado? —dijo en cuanto recobró el habla.

Padre e hija negaron con la cabeza, sorprendidos, pero sin dudar de sus palabras.

—¿El qué? —preguntó ella con miedo.

—Algo ha estado aquí. Algo diferente. No era la condesa —respondió él, convencido de sus dotes de sabueso—. Algo que ya ha estado aquí antes y que merodea desde mi llegada...

El viento ululó fuera arañando las puertas y ventanas con fuerza inusitada, rebotando una y otra vez como el ariete de un ejército.

—Se acerca una tormenta de verano, nada más. No os preocupéis —dictaminó el padre sin convencimiento después de echar un vistazo a las ventanas.

—Andrew... —lo llamó Segreto con una idea rondándole por la mente—. ¿Adónde puede dirigirse uno que esté interesado en comprar alguna de las piedras del castillo?

Las cejas de este se arquearon en un gesto de sorpresa.

—¿Quieres...?

—Tal vez —bromeó él—. No, pero creo que puede ser un buen punto de partida para investigar. Puedo presentarme allí fingiendo ser un comprador interesado y tratar de averiguar quiénes son los demás compradores. Tengo una teoría y me gustaría comprobarla.

—¿Ah sí? —preguntó Victoria boquiabierta.

—Sí, pero me temo que no puedo contaros nada por ahora.

—Bien. Si tiene que ser así, así será —asintió el padre, dándole un pequeño apretón en el brazo como signo de confianza—. Tendrás que entenderte con Robert Richmond. Es el representante legal de la actual propietaria y condesa, y reside en Edimburgo. El señor Richmond es el único que puede autorizar o denegar la venta de las piedras y quien puede proporcionarte una lista de los compradores. Aunque no sé cómo te las vas a apañar para lograrlo. ¡Es más seco que la mierda de una vaca en agosto!

—¡Papá!

—Es cierto, Victoria.

—Sí, bueno. Tú es que le tienes un poco de tirria, papá —lo acusó ella—. Necesito hablar con Sugar, ¿me disculpáis? —añadió mientras se levantaba de nuevo del asiento.

—¿Con este viento? —preguntó el padre, preocupado y arrepentido al instante de hablar, pues la determinación habitual de su hija volvía a estar presente en su mirada—. Está bien, pero vuelve enseguida si notas que algo va mal o no te sientes segura.

—Por supuesto, papá —respondió ella a la vez que lo besaba en la frente—. Vuelvo ahora mismito.

—Espérame y salimos juntos —añadió el detective levantándose también—. Voy por el coche y parto hacia Edimburgo ya mismo. No tenemos tiempo que perder...

Capítulo 22

Cowland (Inglaterra). Domingo, 3 de abril de 1707.

Elisabeth se arrastró hacia la puerta, decidida a pelear hasta el último aliento, y comenzó a golpear la estructura de madera maciza con la única mano que le quedaba.

—¡Sacadme, sacadme de aquí! ¡Os lo imploro! —gritó, poniendo tanto empeño y energía en su voz como en los golpes.

Golpeó y golpeó hasta hacerse sangrar los nudillos, hasta que estos también lloraron. Igual que sus ojos, igual que ella. Se miró la mano intacta y reparó en que apenas le quedaban unas horas de existencia. Su piel estaba lívida, más propia de la muerte que de la vida. Había perdido demasiada sangre. Volvió la cabeza hacia el cadáver del conde y comparó su tono de piel con el suyo. No diferían en mucho.

«Acaso, ni una hora tenga...»

Las vendas del muñón estaban empapadas de rojo y habían comenzado a gotear en el suelo con impertinente insistencia. La debilidad, el mareo y la falta de alimento se aliarían en su contra para que fuera ella quien perdiera en la batalla por su vida.

—Saldré de aquí, lo juro —dijo en voz alta, como se deben hacer las promesas solemnes.

Se levantó del suelo tambaleante, apoyándose en la pared con las dos extremidades. El dolor le arrancó un alarido impúdico y descarado. La pared se tiñó de la sangre de su muñón. Luchó contra el mareo y las arcadas constantes y, en cuanto se aseguró de que no iba a caerse o desmayarse, se soltó de la pared y la puerta. Con paso inseguro, como el de un bebé que comienza a dar sus primeros pasitos, retrocedió sobre sus huellas y embistió contra la puerta con la ingenua intención de derribarla.

La puerta permaneció inalterable y silenciosa, sin darse por aludida incluso cuando el hombro de la condesa crujió de un modo antinatural y espantoso. Cayó de rodillas, exhausta.

—¡Abridme, os lo ruego, abridmeeeeeee! El conde está muerto y no os hará nada. ¡Abridme, por favor!

—¿Será una estratagema? —preguntó en cocina Judith.

Samantha se encogió de hombros y continuó preparando el menú del almuerzo para su señor. La rabia de saberla con vida la mantenía en pie. Pero, al menos, si su señora no mentía, el conde habría pagado. Eso estaba bien. Sonrió para sus adentros y siguió como si fuera ajena a todo. No dejaría Cowland hasta verlos muertos a ambos, a los asesinos de su hijo.

—¡Abridme! ¿No os dais cuenta de que no miento? ¿Acaso veis al conde en cualquier otro lugar? Seguro que algún de vosotros lo ha visto entrar. Pero ¿no es cierto que no lo habéis visto salir? ¡El conde está muerto! ¡Os lo juro!

La voz de Elisabeth atravesó la puerta y voló por los corredores del castillo, por cada estancia de la construcción. Los trabajadores se miraban unos a otros preguntándose con los ojos, pidiéndose permiso para hacer algo o no hacerlo. El miedo y la duda se alimentaron de todos ellos hasta que, al final, acabaron negando con la cabeza y fingiendo sordera repentina.

—¿Y si es verdad? —dijo Anna, la hija pequeña de Samantha y hermana del difunto Henry—. ¿Y si es verdad?

—¿Y si no lo es, niña? —le preguntó Margaret, el ama de llaves, con una mirada furiosa. Y, luego, suavizando un tanto su voz, añadió—: No puede serlo, pequeña, porque entonces ella misma habría salido de ahí. No tiene más que asir la llave del conde, si tan muerto está, y abrir la puerta. ¿Has visto que lo haya hecho? —la niña negó entre pucheros—. Y vosotros... —alzó la voz de modo que llegó a ocultar los llantos y gritos de su señora mientras señalaba a cuantos tenía cerca—. Yo no pagaré por vuestros arrebatos heroicos ni por vuestras temeridades. Si alguien osa abrir esa puerta, me encargaré personalmente de decírselo al conde. No voy a morir por vosotros. ¡Ni por nadie!

Y diciendo esto, se alejó deprisa, acompañada del frenético frufnú de sus faldas, hasta desaparecer tras una puerta.

—Entonces, ¿qué hacemos? —susurró una de las criadas.

—Vivir —respondió Judith agachando la cabeza y volviendo a la cocina mientras la espontánea reunión del personal en los corredores comenzaba a disolverse.

Todos tenían trabajo que hacer, se dijeron, y cada cual tornó a su puesto y a sus tareas.

Dentro, en la habitación convertida en prisión, la condesa no había dejado de intentarlo en su lucha a contrarreloj. Apenas le quedaba ya un hilo afónico de voz, pues la había consumido toda suplicando que la abrieran. Se había dejado también las uñas tratando de mellar la puerta y ahora tenía los dedos en carne viva. Agotada, dolorida y aterrada, se separó de la ingrata puerta y se lanzó al suelo. Ya no le quedaban fuerzas. Lo notaba. Hasta su cerebro se iba a apagando y le embargaba una profunda somnolencia.

—No quiero morir así, por favor. No quiero morir sola y encerrada en este sitio. Dios mío, ayúdame como hija tuya que soy. ¡Ayúdame, Padre! —rogó mirando al techo.

Aguardó unos instantes, como si de verdad esperase una respuesta divina. Como nada sucediera, sacó fuerzas de flaqueza y, en un último intento, gritó desquiciada:

—¡Yo os maldigo! ¡Os maldigo a todos por ser cómplices de mi asesinato! ¡Porque sois tan asesinos como él! ¡A todos los que estáis en este castillo ahora y me habéis negado el auxilio que os he pedido! ¡A vosotros y a vuestros hijos, y a los hijos de vuestros hijos! ¡Y a los hijos de los hijos de estos hasta que vuestra sucia estirpe se extinga para siempre! ¡Os maldigo, gentes de Cowland, y prometo venganza! ¡Lo juro! ¡Pagaréis por lo que habéis hecho y no descansaré hasta ver cumplido mi juramento!

Trató de levantarse una vez más. Quizá, en un último intento, lograrse que la puerta cediera ante ella. Se apoyó en la mano, pero esta tembló por el esfuerzo y volvió a caer. Ni siquiera moriría en la cama o de pie. No. Ahí, en el suelo, junto alapestoso e hinchado cadáver de su asesino.

«¡La llave, sí! ¡Tienes que hacerlo, Elisabeth! Es tu última oportunidad...», le dijo su cordura, escondida en algún punto de su cerebro.

—Lo había olvidado... ¡La llave! —musitó.

Buscó con ojos impacientes la hachuela asesina. ¡Estaba bajo la cama! Se arrastró hacia ella, dejando un reguero rojo tras su paso, y la cogió con mano temblorosa. Pesaba demasiado para alguien diestro como ella. Se la colocó sobre los muslos y emprendió el camino hacia el cuerpo, siempre arrastrándose con lentitud.

—¡Puedes hacerlo, Elisabeth! —se animó ella.

Empuñó el arma y le dio un tajazo trémulo a la altura del estómago. La carne de William se abrió libertina para ella escupiendo sangre y tejidos. La visión de los órganos le revolvió el estómago y se sintió desvanecer.

«No seré capaz de escarbar en esto. Sí, sí lo serás. No, no puedo», se contradecía.

No obstante, lo hizo. Cerró los ojos a la vez que contenía el aliento y metió su mano en las asaduras del conde en busca de su salvación. Unos segundos más tarde, que ella sintió como horas, sus dedos chocaron con algo duro. Palpó el hallazgo incrédula sin atreverse a abrir los ojos y extrajo del abdomen el objeto metálico. Levantó los párpados con miedo y únicamente entonces se permitió sonreír. ¡La llave era suya!

Recuperó la hachuela, se la colocó de nuevo sobre las piernas junto a la llave y regresó por el mismo reguero de sangre por el que había emprendido el camino de ida. La adrenalina comenzaba a abandonarla y los párpados triplicaron su peso. Ella lo obvió forzando su cuerpo a continuar.

«Un poco más, y otro poco más. No queda nada...»

A punto de alcanzar la deseada puerta, su cuerpo se negó a seguir y tuvo que detenerse a descansar.

—Unos momentos de reposo para recuperar fuerzas y prosigo —fueron sus últimas palabras pronunciadas.

«Cerraré los ojos solo un segundo».

Lo que Elisabeth ignoraba es que jamás volvería a abrirlos. Dos pasos la separaban de la cerradura, dos pasos que nunca llegó a dar.

Capítulo 23

Edimburgo. Miércoles, 20 de julio de 2005. 11:40 a.m.

Robert Richmond era todo un hombre de negocios. De buena estatura y mejor traje, repeinado con gomina, delgado y de mirada felina, clara y penetrante. Pero, sobre todas las cosas, era joven, mucho más joven de lo que Segreto había esperado, más joven que él. Supuso que rondaría los treinta.

Después de escuchar su petición, guardó de silencio durante un par de segundos como si reflexionase sobre la propuesta.

«Sus modales son muy correctos», juzgó el policía, «Pero no le veo por ningún lado el palo de escoba que decía Roberts metido en su culo. ¿Será algo personal entre ellos?»

—De modo que quiere comprar dos capiteles de columna del castillo de Cowland —dijo el gestor al fin con un exquisito acento británico.

—En efecto —mintió el otro—. No son muy grandes, pero están perfectamente conservados.

—Así es. El artista esculpió en su piedra la historia de la condesa Elisabeth. Usted la habrá oído, supongo.

—Desde luego, señor Richmond. Me resultan muy decorativos y...

—De eso no tengo la menor duda. Ahora bien, de momento no puedo darle una contestación en firme ni en un sentido o en otro.

Segreto se sintió muy sorprendido al escuchar aquellas palabras.

—¿Cómo? ¿Acaso no puede autorizar la operación? Me habían informado de que era usted quien dirigía las ventas de las propiedades.

—Hasta cierto punto —admitió el inglés con una sonrisa de funcionario—. Antes de cerrar el trato, la propietaria quiere conocer los informes de los compradores. Es muy puntillosa con eso.

—Supongo que usted se refiere a mi solvencia económica... —dedujo Segreto.

—No exactamente, dado que el pago es por adelantado, con lo que ese problema queda resuelto de modo automático —le explicó de corrido, como una oración aprendida y repetida a diario—. A la dueña le gusta saber a qué manos van a parar los restos de su herencia familiar. Una vez que ella acceda,

usted depositaría el dinero en la cuenta bancaria que yo mismo le proporcionaría y entonces se le concedería el permiso oportuno para llevarse su adquisición.

—En fin... Así lo haré. Aunque me temo que no sé qué tipo de informes necesita y cómo proporcionárselos. He hecho un viaje en coche hasta aquí pensando que bastaría con hacer el pago —se lamentó Segreto afectando contrariedad—, ya que me dijeron que usted era el representante legal de...

—No con plenos poderes —interrumpió Richmond—. Soy, más bien, el ejecutor de su voluntad. En cuanto tenga los informes en mi poder (que no es más que una especie de currículum vital suyo con todas las referencias y contactos que se se le ocurran), transmitiré su petición a la condesa y, en caso de que la respuesta sea afirmativa, me pondría en contacto con usted para comenzar las operaciones. Este es mi email —le dijo al tiempo que le tendía una pulcra tarjeta de visita, más típica del siglo pasado que de este—. Ahí puede enviarme, cuando guste, el informe. Si lo considero aceptable, se lo remitiré a ella para que lo valore.

«¡Maldición! Tengo que cambiar de táctica ahora mismo o me iré de aquí con las manos vacías».

—¡Qué lástima no poder hacerlo ya!, ¿sabe? Ayer mismo me di un paseo por las inmediaciones del castillo —improvisó Segreto, procurando que la conversación no finalizara y lo despachara de un momento a otro—. Los obreros habían terminado ya su labor del día y el lugar estaba solitario. Examiné las ruinas y vi los capiteles apeados de los fustes de sus columnas. En realidad, no les vi más valor que el derivado de su antigüedad, pero pensé que podrían decorar mi despacho y fue entonces cuando los Roberts me dieron su nombre y dirección.

—¿Los Roberts? —el rostro frío y discreto del joven abogado se iluminó un momento, dotándole de humanidad y fragilidad.

«¡Vaya, vaya!», vitoreó en su interior el inspector al dar con el punto débil del británico, «¡Así que nuestra Victoria es toda una rompecorazones y el apuesto abogado bebe los vientos por ella!»

Como un tiburón que ha rastreado el olor de la sangre, Segreto atacó por ahí haciendo caso omiso de la punzada de celos que le agujoneó el pecho.

—Sí. Soy amigo de la familia y me hospedo actualmente en su casa. Victoria me animó a que viniera a verle, y me rogó que le saludara y diera recuerdos de su parte —explicó Segreto mostrando su sonrisa más encantadora.

—¿Victoria... —preguntó Richmond tragando saliva y tratando de no perder la compostura— me manda saludos?

—Así es. Sin su insistencia, no habría venido a verle. ¿Hace mucho que se conocen? —preguntó Segreto sin poder contenerse él tampoco.

—Era el mejor amigo de su hermano...

«¿Su hermano? ¿Victoria tiene un hermano?»

—Íbamos juntos a clase hasta que él... Ya sabe, hasta que falleció. Luego Victoria y yo salimos un par de veces en la universidad... —contestó él con el rostro ensombrecido por los recuerdos.

—Oh, sí —respondió aquel sin saber qué decir—. Una pérdida muy grande.

Richmond asintió, mostrándose de acuerdo; una pérdida muy grande, la de su amigo de la infancia y la de su frustrado amor platónico. Carraspeó para alejar la nuez formada en su garganta y se dirigió a su visitante:

—¿Entonces ha venido usted por mediación de ella?

«Ha mordido el anzuelo. Bien. Ahora tira del sedal, con firmeza pero con suavidad. Que no se te escape la cena con tirones mal dados o antes de tiempo. Nada de preguntas celosas (sí, celosas, reconócelo, señor inspector) sobre las relaciones de Victoria».

—Le seré sincero, señor Richmond... —comenzó Segreto, con lo que quería decir que nada de lo que dijera a continuación sería verdad—: No soy realmente un comprador, o no uno al uso, entiéndame. Dirijo una revista de arte y estoy escribiendo un artículo sobre castillos europeos de los siglos XVII y XVIII. Vine desde Italia para recorrerlos *in situ*, fotografiarlos, recabar información de la zona con sus anécdotas y leyendas locales... Uno de los pilares de mi artículo (al que le dedicaremos el número entero) es precisamente el castillo de Cowland y su leyenda de la maldición. Me llevé una gran decepción al encontrarme con su desmantelamiento por mucho que el señor Roberts afirme que no era verdaderamente un castillo.

—Comprendo —intervino el abogado, ardiendo en deseos de que hablara sobre Victoria.

—Entonces Victoria me animó a hablar con usted. Ella tuvo una idea fantástica. Ya la conoce... —sonrió mientras pronunciaba las últimas palabras, buscando camaradería.

—La conozco, sí —volvió a mostrarse de acuerdo el abogado asintiendo con la cabeza y con los ojos risueños.

Segreto sintió ganas de darle un puñetazo en su bonita cara de chupatintas,

pero se contuvo. Entrelazó sus dedos para calmar el picorcillo de los dedos y siguió con su sarta de embustes:

—Como decía, Victoria me dijo que conocía a la persona idónea para ayudarme a contactar con la actual condesa. Me habló maravillas de usted y dijo que, si había alguien en el mundo que pudiese conseguirme una entrevista con ella, ese era usted. Recalcó lo bondadoso que es y que, sin duda, haría lo posible por ayudarme...

Segreto calló un momento para dar tiempo a que las palabras le acariciaran y engordaran el ego, a que se enredaran en sus fantasías amorosas y le nublaran la vista. Supo que había dado en la diana al ver la cara de merluzo enamorado de su interlocutor.

«Pringaooooo».

—¿Eso dijo de mí? —preguntó él en modo bobalicón, sonriendo tanto que enseñaba indecorosamente las encías.

—Sí y más, pero... no quiero importunarle. ¿Cree que sería posible entrevistarme con la señora condesa?

El abogado dudó, se levantó del asiento de su escritorio, nervioso, y sacudió varias veces la cabeza mientras se aflojaba la corbata. Segreto lo observaba por el rabillo del ojo tratando de dejarle libertad mientras el inglés mantenía una acalorada discusión interna. Finalmente, se atusó el pelo en un gesto de echárselo hacia atrás que se había convertido en su *tic* recurrente, miró a los ojos a Segreto y volvió a ocupar su asiento. El italiano reprimió el aliento, preparado para llevarse al pececillo, y esperó.

—Querría ayudarle.

«Mal. Esto ha comenzado mal. El pez se está revolviendo y volverá al lago».

—Quiero ayudarle. No obstante, lo que usted me pide es del todo imposible. La condesa detesta las visitas y el contacto humano. Sería negligente y poco profesional por mi parte contravenir los deseos expresos de mi cliente, sin mencionar, por supuesto, que me despediría de inmediato. Sin embargo...

«¿Sin embargo?»

—Si me dice qué preguntas tiene para la condesa, quizá pueda respondérselas yo en su lugar. Tenga en cuenta que sé casi tanto del castillo como ella pues soy de Cowland, y crecí cerca del lago y de esa zona.

«Intentémoslo pues...»

—En realidad, querría anécdotas de la familia, curiosidades del lugar: si

había mazmorras en el subsuelo o túneles, secretos de la construcción y de sus ancestros de los siglos anteriores, si la nueva condesa cree en la leyenda... Pero creo que sí hay algo en lo que, quizá, pueda usted ayudarme de verdad: me gustaría hacer un reportaje sobre el destino de cada una de las piezas vendidas y, obviamente, para ello necesitaría que me facilitara una lista de los compradores. Tengo entendido que se ha vendido no solo el edificio, sino los enseres personales y muebles que contenía. ¿Es así?

—Así es. Lamento volver a darle una negativa... Los datos de los compradores son confidenciales.

Richmond bajó la cabeza apesadumbrado, pues veía que la oportunidad de agradar a Victoria (y de que ella se lo agradeciera en el futuro) se le escapaba de las manos.

—Quiero ayudarle, pero... —repitió, clavándole los insulsos ojos de agua azul de un modo tan triste que casi hizo que Segreto se apenara por él.

«¡Recoge, recoge el sedal!»

—Quizá haya un modo más fácil para ambos —sugirió Segreto como si la idea le hubiera surgido espontáneamente—. ¿Y si, simplemente, me facilita la dirección del domicilio de la condesa? Ella nunca sabrá que usted me la ha proporcionado y yo, por supuesto, no se lo diré. Si consigo hablar con ella o no, será cuestión mía y usted no se verá implicado de ningún modo. Y Victoria se pondrá contenta por haberme ayudado.

«¡Ahora, pececito! ¡Eres mío!»

El apuesto abogado tamborileó en la mesa con ambas manos, reflexionó otro par de segundos, y le devolvió una sonrisa triunfal.

«¡Mío!»

—Me parece perfecto siempre que mi nombre no salga de su boca si llega a establecer contacto con ella, ¿de acuerdo? —expuso el abogado mientras le tendía con alegría la mano.

—De acuerdo, señor Richmond.

«¡Ya tengo la cena!»

Los hombres cerraron el trato con un sólido apretón de manos. A continuación, Richmond se agachó sobre los cajones del escritorio y extrajo una tarjeta de visita de un color desvaído y amarillento propio de los noventa.

—Tome, esta es su dirección en Londres. Y recuerde: no me conoce, no hemos hablado nunca. Invéntese una coartada o historia y mucha suerte en su artículo, señor Segreto.

El inspector tomó la cartulina entre sus manos y, cuando estaba a punto de

ponerla a resguardo, una corriente gélida atravesó la habitación y la hizo volar de entre sus dedos. Los hombres intercambiaron miradas de desconcierto, pues tanto las ventanas como la puerta estaban cerradas, imposibilitando cualquier corriente de aire natural. La tarjeta danzó sobre sus cabezas y se desplomó repentinamente a los pies del policía.

Segreto se agachó a recogerla con una mueca de fastidio. Al volver a posar su mano sobre ella, el frío penetró en él, un frío que le arrancó un castañeteo de dientes y que llegó acompañado por un olor que conocía demasiado bien: el de la muerte. Aspiró, como solía hacer en la escena de un crimen, para detectar los olores subyacentes y encontró el hedor de hojas muertas, madera podrida, humedad y sangre.

«¿Dónde te ocultas, maldita mano?»

Recogió la tarjeta y se incorporó con ella en el bolsillo, aún tiritando de frío.

No vayas, no vayas... Es una trampa. ¡Morirás, no vayas!, gritó la voz extraña dentro de él, la voz amarga y dura que lo perseguía y acosaba desde su llegada a Cowland.

—¿Lo ha notado? —preguntó perplejo el abogado.

—¿Usted también? —preguntó a su vez el inspector, incluso más sorprendido que el primero.

—Sí. Ha sido extraño. He oído un susurro ininteligible de palabras. ¿Usted lo ha escuchado entonces?

—¡Vaya que sí! Aunque yo tampoco lo he entendido. Será algún efecto sonoro del viento —mintió Segreto antes de despedirse de él con un leve apretón de manos.

—Mucha suerte. ¡Leeré su artículo! —exclamó el inglés cuando el italiano abandonaba su despacho.

—¡Seguro que sí! —respondió Segreto mientras acariciaba por encima de la ropa la tarjeta de visita de la condesa.

Capítulo 24

Cowland (Inglaterra). Martes, 6 de abril de 1707.

—Pero ahora Cristo ha resucitado de los muertos^[6] —oró el presbítero en el mausoleo donde reposarían, para siempre, los cuerpos del matrimonio—. Porque, por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre fue la resurrección de los muertos. Porque, así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados, mas cada uno en su orden.

El presbítero miró a los presentes, excesivamente escasos para ser los funerales de dos nobles, cabeceó contrariado al calcular escasas quince personas (en su mayoría, empleados del castillo) y volvió a posar sus ojos en los ataúdes que tenía frente a él.

—Luego, el fin, cuando entregará el reino a Dios y al Padre, cuando habrá quitado todo imperio y potestad. Porque es menester que Él reine hasta poner a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será deshecho será la muerte —prosiguió, centrándose en su misal—. Y cuando dice...

—¿Sabes lo que dicen? —susurró una de las criadas a Judith.

—¿Qué dicen? —preguntó la otra, muerta de curiosidad.

—Nora, la camarera de las habitaciones, me lo ha contado todo... ¿No lo sabes?

—No. Cuenta, cuenta. pero en voz baja o el padre Bryan nos fulminará con la mirada y nos excomulgará de la Iglesia —la animó Judith—. ¿Qué se dice?

—Mas dirá alguno: ¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Con qué cuerpo vendrán? Necio, lo que tú siembras no se vivifica si no muriere antes. Y lo que siembras, no siembras el cuerpo que ha de salir, sino el grano desnudo, acaso de trigo o de otro grano. Mas Dios le da el cuerpo como quiso, y a cada simiente, su propio cuerpo. Toda carne no es la misma carne...

—Ayer se decidieron a abrir por fin la puerta cuando, tras varias horas de espera, dejaron de escuchar ruidos en los aposentos de la condesa. Además, los porquerizos aseguraron haber visto al conde entrar en ellos y las perras continuaban sin atender...

—Sí, eso ya lo sé. Nadie había visto al conde desde las primeras horas del domingo. ¡Cuéntame lo que descubriste! —rogó la otra en un hilo de voz—. Estando en cocinas nadie me cuenta nada, y Samantha parece haber perdido la voz y la razón desde que su hijo... Ni siquiera atiende a Anna.

—Así también es la resurrección de los muertos —la voz del presbítero se alzó repentinamente con fuerza—. Se siembra en corrupción, se levantará en incorrupción. Se siembra en vergüenza, se levantará con gloria. Se siembra en flaqueza, se levantará con potencia.

El viento se levantó a su vez, amenazador y chirriante, clavando sus uñas en ambos ataúdes y en los oídos de los presentes. El mausoleo recibió un vendaval de hojas húmedas y podridas. Las mujeres se llevaron las manos a la boca y la nariz de forma instintiva ante el olor a putrefacción y a algo indefinido, y el padre Bryan se vio obligado a gritar para que su voz sobreviviese al viento.

—ESTO EMPERO DIGO, HERMANOS, que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción. He aquí que os digo un misterio: ciertamente no todos dormiremos, mas todos seremos transformados en un momento, en un abrir de ojos, a la trompeta final. Porque será tocada la trompeta, y los muertos serán levantados sin corrupción, y nosotros seremos transformados.

En el exterior, un árbol sacó sus raíces del suelo como si hubiera cobrado vida. Los criados prorrumpieron en gritos y se apelotonaron inconscientemente junto al sacerdote y los sarcófagos.

—¡Es como dice el padre! ¡Es la condesa levantándose y cobrando vida! ¡Viene a cumplir su venganza! —gritó el herrero.

El árbol pareció continuar su avance hacia ellos hasta que, finalmente, se desplomó del todo a escasos metros del mausoleo. Todos callaron intercambiando incómodas miradas de temor, culpabilidad e incredulidad.

—Continuad, Padre, os lo rogamos —intervino Margaret, que se había

adjudicado el mando como buena ama de llaves—. Estas almas deben ser enterradas cuanto antes con la bendición del Señor para que todos podamos reposar.

Un murmullo de voces se mostró de acuerdo con finalizar el sepelio y abandonar lo antes posible el lecho de los muertos.

—*Porque es menester que esto corruptible sea vestido de incorrupción, y esto mortal sea vestido de inmortalidad* —continuó él, titubeante—. *Y cuando esto corruptible fuere vestido de incorrupción, y...*

—¿Has visto eso? ¡Te prometo que me ha dado tal impresión que a punto he estado de orinarme encima! —exclamó la criada en tono confidencial.

—¡Nellie! ¡Cuéntame qué te ha contado, Nora, por favor! —exclamó Judith.

—Sí, cierto... Es que aún estoy temblando, ¿sabes? Pues bien, cuando vieron que el conde no daba señales de vida ni se escuchaba ya a la condesa, Margaret ordenó a Nora que abriera las habitaciones como si nada para hacer la limpieza y cambiar las sábanas. Y entonces...

—*Y entonces se efectuará la palabra que está escrita: sorbida es la muerte con victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? Ya que el aguijón de la muerte es el pecado y la potencia del pecado, la ley.*

—¿Sí?

—Yo no lo vi. Pero lo vieron casi todos... Era un espectáculo macabro. A Elisabeth le habían cercenado la mano derecha a la altura de la muñeca. Estaba muerta junto a la puerta, llena de sangre. Pero la otra mano no se quedaba atrás: se había arrancado las uñas de tanto arañar la puerta y presentaba cortes, fracturas y golpes por toda la cara.

—¿Y el conde? —preguntó Judith con interés genuino.

—*Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es vano.*

—Eso es lo más extraño y desagradable de todo. Le habían rajado y

abierto como a un cerdo. Estaba también en el suelo pero más alejado, junto al lecho, con todas las tripas fuera. Nora dice que no puede evitar vomitar cada vez que cierra los ojos ya que le acude constantemente esa imagen a la cabeza. Estarás tranquila sabiendo que está muerto, ¿no?

—¿Yo, por qué? —preguntó la otra enrojeciendo súbitamente.

—Hombre, por...

—*Por ello os digo, hermanos, que la vida eterna será nuestra* — concluyó el presbítero después de lanzar una mirada reprobatoria a las dos mujeres del fondo que no cesaban de cuchichear—. Finalicemos las pompas fúnebres con esta oración por sus almas:

—¡Por nada! —le cortó la otra, visiblemente molesta.

—Discúlpame, pero tenía entendido que era a ti a quien el conde Sangre visitaba noche sí, noche también, en su habitación... —contestó Nellie a la par que dibujaba un gesto obsceno con el dedo índice de la mano derecha y otros dos dedos de la izquierda cerrándose en circunferencia.

—¡No sabes de qué hablas! —le escupió con odio la joven ayudante de cocina—. Ese hombre...

—*El hombre nacido de mujer,
corto de días y harto de sinsabores,
que sale como una flor y es cortado,
y huye como la sombra,
y no permanece.*

—Perdóname, de verdad. Entonces sí eras tú... Lo siento —se disculpó la criada—. Si te consuela, también entró en mi cuarto. Fueron dos veces al principio de entrar a servir en la casa. Tuve suerte de ser fea, imagino, porque no tornó a estorbarme más.

—Yo... no he sido tan afortunada —resumió Judith mientras se acariciaba el vientre—. Él siempre estaba en...

—*En medio de la vida estamos en muerte.
¿A quién acudiremos por socorro sino a ti, oh Señor,
que estás indignado justamente por nuestros pecados?*

—Entiendo. Tranquila, no se lo contaré a nadie —prometió Nellie con solemnidad—. Oye, ¿quieres saber otra cosa curiosa que me contó Nora?

—Por supuesto.

—La llave y la hachuela estaban en poder de ella. ¿No te parece todo muy extraño?

Judith asintió sin palabras con las pupilas clavadas en los féretros.

*—Con todo eso, oh Señor Dios Santísimo,
oh Poderosísimo Señor,
oh santo y muy misericordioso Salvador,
no nos entregues a las amargas penas de la muerte eterna.
Tú conoces, Señor, los secretos de nuestros corazones.
No cierres tus misericordiosos oídos a nuestro ruego.
Mas perdónanos, oh Señor Santísimo, Dios todopoderoso, santo y
misericordioso Salvador, dignísimo y eterno Juez, y no permitas nos
apartemos de Ti en la hora extrema
por muchos que sean los dolores de la muerte.*

El padre Bryan alzó los ojos hacia los asistentes y aguardó unos minutos.

—¿Alguien desea añadir algo en memoria de los condes de Cowland?
¿Unas palabras por el alma de estos piadosos hijos de Dios?

El viento tornó a azotar la zona, gimiendo y ululando con una tristeza y furia mal canalizadas.

—Perdonadme, Elisabeth, perdonadme —musitó Margaret sin ser apenas consciente de haberlo dicho en voz alta.

Entonces se giró hacia la casa con la pequeña Anna aferrada a su mano, pensando en cuánto había por hacer en el castillo hasta recibir nuevas órdenes de los herederos del conde. A su izquierda se les unió la costurera de la aldea, una antigua amiga de la condesa que había acudido al funeral.

—¿Por qué no ha venido la familia de la condesa? —quiso saber la niña.

—Su madre murió de parto al traerla al mundo, sin más hermanos. Su padre volvió a casarse y se despreocupó enseguida en cuanto la casó con el señor conde.

—¿Y los parientes del conde?

—Muertos. No quieras saber cómo. Solo eres una niña y hay cosas que es mejor no saber a tu edad. A ninguna edad, en realidad...

Habían dejado ya el mausoleo y se encontraban cerca del árbol abatido por el temporal cuando el viento volvió a soplar con fuerza desmedida. Las hojas se levantaron del suelo como olas de mar embravecidas que les salpicaban el rostro y el cuerpo, impidiéndoles avanzar. La niña se aferró con fuerza a Margaret, quien la abrazó mientras se esforzaban por regresar a la casa a ciegas, pues a su alrededor todo eran hojas en continuo y frenético movimiento. Dos pasos más adelante la costurera se tropezó con una de las raíces sueltas del árbol moribundo y cayó al suelo, llevándose a la niña y a Margaret consigo en su caída. Anna creyó escuchar un sonido ahogado, como un breve quejido, pero las hojas seguían nublándole la visión.

—¿Margaret? —preguntó la cría palpando al ama de llaves, sobre la cual había caído.

—Estoy aquí —gimió una voz débil.

—¿Y de quién es este cuerpo rígido e inmóvil? —chilló la pequeña.

Las hojas se desvanecieron a una como dirigidas por la batuta de un director de orquesta invisible, y dieron paso a una imagen desoladora: la costurera se mostraba inerte en el suelo con las ramas del tierno árbol explorando curiosas las cuencas de sus ojos.

—¿Margaret? —repitió la niña, llorosa—. ¡Esa mujer tiene ramas en los ojos! ¿Dónde están sus ojos, Margaret?

—¡Dios mío! ¡No mires, Anna! —le gritó ella.

Margaret comprendió que esas ramas la buscaban a ella y a sus ojos, pero la casualidad había hecho que, por esa vez, se salvara. Abrazó a la niña y grabó en su retina la horrible imagen de la costurera.

—Es obra de la condesa. Y yo soy la siguiente —musitó.

Los criados comenzaron a llegar con pasos apresurados.

—¡Es la condesa! ¡La condesa la ha matado! ¡Nos va a matar a todos! ¡A TODOS!

Capítulo 25

Londres. Miércoles, 20 de julio de 2005. 17:20 horas.

Miró ceñudo la tarjeta de visita que Richmond le había proporcionado y volvió los ojos hacia el inquietante caserón que se alzaba ante él antes de comprobar, una vez más, que aquella era la dirección correcta.

«Sí, aquí es. ¡Por todos los demonios! Si mantiene esta vivienda, no puede estar en la ruina...»

Agarró el ostentoso aldabón dorado de medio kilo y lo hizo sonar varias veces. La puerta despertó de su letargo y protestó en potentes gemidos a modo de bostezo. La casa tembló.

«La limpieza brilla por su ausencia, ¡qué asco!», pensó Segreto mientras se limpiaba el polvo de la mano en la pernera de su pantalón.

Momentos más tarde apareció una doncella con un vestido negro rematado con una cofia y los puños blancos.

«¡Con servicio y todo! ¡Y uniforme del siglo pasado! ¡Qué mona ella!»

—¿Sí, señor? —preguntó con una sonrisa aséptica.

Segreto decidió hacer una jugada arriesgada y loca, aunque tenía un plan B si su primera opción fallaba.

—He quedado con la señora Emily Payne. Llego diez minutos antes de lo previsto, así que tenga la bondad de avisarla de que ya estoy aquí —enunció sin pestañear.

—Por supuesto... Espere en el recibidor, por favor —contestó ella haciéndose a un lado de la puerta.

Segreto entró con paso decidido mirando a su alrededor con ojos escrutadores. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no dejar traslucir su impresión al ver tanta opulencia y derroche entre aquellas paredes. Habría quedado como un paleta si hubiera permitido a su boca abrirse a su antojo solo por ver unos pocos kilillos de oro en forma de candelabros y objetos decorativos variados.

«¿En la ruina? ¡Y una mierda! Aquí hay más riqueza de la que ganaré yo en toda mi vida...»

—La señora Payne dice que pase a la salita del té, señor... Segreto. Ella

le aguarda allí.

La señal de peligro se activó de inmediato en el inspector. No le hacía falta ninguna voz ajena y amenazadora que le instara a salir de ahí pitando, pues su cuerpo se lo pedía a gritos. En esa ocasión ignoró su instinto con la obsesiva determinación del que quiere llegar hasta el final de un misterio y forzó a sus pies a dirigirse hacia la estancia.

«Me va a dejar ciego tanto brillo. ¿Dónde estarán mis gafas de sol, maldita sea?»

Emily Payne, la actual condesa de Cowland, se encontraba de espaldas tanto a él como a la entrada, admirando (o fingiéndolo) el enorme tapiz que presidía la pared frontal, en la que se relataba una cruenta escena de caza donde un tierno cervatillo tenía todas las de perder.

—¿Condesa? —preguntó Segreto desde el umbral sin atreverse a adentrarse en sus dominios.

Ella se volvió súbitamente y le sorprendió con una sonrisa cálida y encantadora.

—¿Sí?

«¡Vaya!», se sorprendió él, «Esperaba hallarme a una viejecita decrepita y amargada, y me encuentro con una joven bellísima de apariencia angelical...»

—Adelante. No sea tímido, señor Segreto. Nick Segreto, ¿verdad? —preguntó ella, envolviéndolo con su sonrisa y sus ojos grises.

—Sssssí —silabeó el policía confuso en cuanto se adentró en la salita.

Sal de ahí de inmediato, ¡Sal de ahí!, gritó la voz gélida mientras sentía la presión de una mano helada y huesuda clavándose en su nuca.

«Debería hacer caso a la voz de ultratumba y largarme de aquí», pensó a la vez que se acercaba hasta la blanca mano que le tendía la condesa.

Sin saber muy bien por qué, se vio a sí mismo tomándola entre las suyas y besándola a modo de saludo.

«¿Pero qué cojones?»

—¿Nos sentamos? —le invitó ella antes de hacer sonar una pequeña campanita de plata que sostenía en la mano izquierda.

Segreto obedeció, sintiéndose como un niño pequeño en una reunión de señoras mayores. Profundamente cohibido, aguardó hasta que ella tomara o le diera la palabra. La criada de la cofia y vestido negro apareció enseguida realizando una tímida genuflexión al entrar.

«Como tenga que inclinarse cada vez que la atiende o se topa con ella por la casa, la pobre va a acabar fatal de la espalda y las rodillas», pensó él en

broma para destensarse.

—Rose, tráiganos un té con pastas y retírese —le dijo la condesa en un tono que coqueteaba paradójicamente con la amabilidad y la frialdad.

—Sí, señora condesa.

El policía aprovechó el breve diálogo entre ambas para pasear sus ojos de memoria fotográfica por el recinto, analizándolo todo al detalle. Cuando quiso regresar a la condesa, comprobó que esta había hecho lo mismo con él y lo estudiaba sin tapujos.

—¿Cómo sabe mi identidad, señorita Payne? —le espetó Segreto sin rodeos, harto de sentirse el ratoncito bajo la mirada lasciva del gato.

—Richmond, querido, Richmond —respondió ella reclinándose en su butacón—. ¡No me diga que esperaba alguna explicación sobrenatural o algo así! —añadió entre risas alegres que invitaban a imitarla.

—Ohhh, ya veo —contestó el italiano, cada vez más incómodo.

Sal de ahí. No la mires, no la toques. No aceptes nada suyo. ¡Sal sin mirar atrás!, gritó la voz chirriante oculta en alguna parte de su cabeza.

—Yo solo soy una mujer más que tuvo la suerte (o la desgracia) de heredar el apellido, las posesiones y el título de condesa de Cowland, pero no tengo nada que ver con la condesa original. Como ve, yo aún poseo las dos manos —bromeó mostrándoselas—. Gracias, Rose. Deja la camarera aquí mismo. Yo serviré personalmente el té a nuestro invitado. No te necesitaré ya por hoy —añadió dirigiéndose a la criada.

Segreto se había quedado paralizado ante la visión de las manos marmóreas de la condesa. Además de su extremada belleza y palidez, la condesa lucía en el anular una llamativa sortija rematada en un rubí de tamaño indecente que despedía cambiantes reflejos que, según la iluminación, parecían en ocasiones lanzas de fuego. Era la misma sortija que el difunto hombre Mermelada había descrito pero, sobre todo, era con la que él había soñado la noche previa a su muerte. ¡La misma! Sintió que el pecho se le helaba y se le congelaba el aliento. Era hora de salir de ahí. Había sido una locura entrar en esa casa.

La condesa lo miraba, sonriente y divertida, adivinando quizá el discurrir de sus pensamientos. Entonces volvió a tomar la palabra:

—¿Le gusta quizá mi anillo, señor Segreto? —preguntó ella melosa al tiempo que acercaba su mano para que él pudiera contemplarlo desde cerca—. Efectivamente, es una réplica exacta del anillo de la condesa, el de la leyenda. Quizá le parezca... retorcido. Yo prefiero considerarme excéntrica nada más.

Y, por favor, no se marche aún. ¿No habrá conducido hasta Londres para irse sin cumplir su objetivo? No sería muy propio de usted, inspector.

Segreto dio un doloroso respingo en su asiento. Era del todo imposible que Richmond hubiera averiguado su identidad.

—¿Cómo? —balbuceó él.

—Ohhh, querido Nick, o Nicola... —rio de una forma encantadora—. Yo también tengo mis métodos.

Segreto contempló a la joven condesa sin saber muy bien si era un ángel o un demonio lo que tenía delante. La mujer, alta y esbelta, se levantó de su mullido asiento y se puso a rebuscar entre los cajones de una librería de la sala. El italiano la siguió con la mirada. Aunque ahora únicamente podía contemplarla de espaldas, tenía algo que creaba adicción al mirarla. Su piel era tan blanca que transmitía una sensación inquietante de transparencia que contrastaba de modo violento con la abundante cabellera negra y la larga túnica roja que llevaba por vestido.

—¡Aquí está! —exclamó en tono triunfal.

Extrajo algo del cajón y regresó a su asiento tan velozmente que pareció que nunca lo hubiera abandonado.

—Tenga, Nick... Es lo que buscaba, ¿no? —le dijo ella sin abandonar su sonrisa ni un instante mientras le ofrecía un pequeño papel doblado.

—¿Qué es?

—Las respuestas que quería. Ahora, váyase. Debo ocuparme de algunos asuntos urgentes —le dijo sin levantarse esta vez de su asiento.

—De acuerdo. Un placer, señorita Payne —contestó el hombre alzándose y sin saber cómo comportarse.

—Condesa Payne, señor Segreto, condesa Payne —le rectificó ella clavándole su intensa mirada gris—. Márchese. Volveremos a vernos, no se preocupe...

Sin apenas tiempo para procesar sus palabras o darle una respuesta, se vio saliendo por la puerta con el misterioso papel en la mano. Para cuando quiso replicar, se encontraba ya en la calle contemplando desde fuera la enorme puerta de la fortaleza y la aldaba que instantes antes había hecho sonar. Agachó la mirada hacia el papel y lo abrió entre palpitaciones y sudores fríos.

Ahí estaba: la lista íntegra de los compradores del castillo de Cowland. Siete nombres. Uno de ellos, tachado. Segreto sonrió abiertamente. Estaba en lo cierto después de todo; su teoría se cumpliría.

Ahora debía buscar a los seis restantes...

Capítulo 26

Cowland (Inglaterra). Miércoles, 7 de abril de 1707.

La figura se fundió con las paredes, oculta entre las sombras, alimentándose de ella y de la oscuridad, creciendo paulatinamente, más y más.

MÁS Y MÁS.

MÁS.

Desde allí extendió sus tentáculos hacia el techo, se derramó en silencio por el suelo y abrazó sibilina las paredes contiguas llenando su dormitorio, invadiéndolo todo.

La mujer de cabellos rojizos lo supo de inmediato. La notó como se nota un olor en exceso desagradable, un olor que te golpea en la cara con tal fuerza que no puedes obviarlo, que te marea y embriaga hasta arrebatarte el aliento. Amortajada entre sus sábanas y el cobertor, la cocinera abrió los ojos.

—Me esperabas... —habló, sin palabras, la Oscuridad.

Samantha sonrió alzando sus brazos cansados hacia ella.

—Te esperaba —pensó a su vez la mujer—. Llevadme con él, os lo suplico. Llevadme con mi hijo Henry.

—Él no se encuentra allí donde tú vas —respondió la Sombra reagrupándose en una masa amorfa ante ella.

—¡Henryyyy! —se lamentó la cocinera—. ¿Él no...?

—Él, no. El Infierno te espera.

La oscuridad danzó ante sus ojos meciendo los brazos como una bailarina oriental, solidificándose, haciéndose más densa e intensa. Un destello rojo brilló en su deformidad informe y cambiante. Ahí estaba...

Samantha fijó los ojos en ella sabiendo que aquella sería la última imagen que viera. No obstante, no tenía miedo, no, mientras veía engendrarse aquellos dedos mortales, aquel anillo del color de la sangre, aquellas uñas afiladas regresadas de la tumba para cumplir su promesa.

No tenía miedo.

Quizá porque esperaba, ingenuamente, una muerte presta y sin dolor. Quizá.

De otro modo, habría chillado.

Habría chillado hasta despertar a toda la gente del castillo, hasta desfallecer, pero se daría cuenta demasiado tarde: cuando ya el dolor la hubiera destrozado por dentro y su voz se hubiera consumido.

La mano detuvo su baile en la nada, la señaló con el dedo índice y se abalanzó contra su cara para tirar con brutalidad de su lengua como se arrancan las malas hierbas, desbrozándola y desarraigándola para siempre de su boca.

Los ojos de Samantha se abrieron sin medida ante el horror, la sorpresa y el sufrimiento del acto, horadando la oscuridad. El apéndice penetró entonces por su boca y volvió a quebrarse en un sinfín de densas gotas negras que anegaron sus venas y su cuerpo con lentitud estudiada. Dolorosas punzadas recorrieron su organismo: cabeza, ojos, cara, garganta, tórax, brazos... Miles de agujas asediándola una y otra vez.

Samantha trató de gritar, pero el chillido se quedó escondido entre el dolor en un rincón de su cuerpo. Murió sin poder emitir ni un simple quejido pensando que jamás volvería a ver a su Henry.

Capítulo 27

Cowland. Jueves, 21 de julio de 2005. 09:20 a.m.

Los obreros continuaban, incansables, en su tarea de demolición y desmembramiento del castillo. Sin pausa, sin piedad. Segreto se apeó de su Picasso de alquiler, aplastó el cigarro con la suela del zapato y sonrió al verla. Estaba de perfil, con la mirada perdida o fija en las ruinas. El italiano se preguntó en qué estaría pensando con esa pose entre absorta y concentrada. El sol bañaba su rostro compitiendo estúpidamente en belleza con ella.

Nada brillaba más que Victoria...

Segreto se tocó el pecho: su corazón galopaba a lo loco y debía hacerle volver al trote o le daría un infarto de miocardio ahí mismo. Luego se encaminó hacia ella. Victoria no lo vio llegar.

—La tengo —dijo él sin rodeos.

La chica se sobresaltó un segundo, pero de inmediato se giró hacia la voz del policía y se abalanzó contra sus brazos. Segreto la envolvió con ellos sin tiempo para pensarlo mientras aspiraba, de nuevo, su fragancia a mar, flores y sol. Olía a vida, a felicidad y a algodón de azúcar. Olía a sueños dormidos dentro de él, que se desperezaron en ese momento con ella entre sus brazos.

—Victoria... —susurró.

—Te he echado de menos —le dijo ella a su vez al oído, lo cual le provocó un cosquilleo naciente en el lóbulo de la oreja que se derramó por todo su cuerpo.

Sintió un súbito de deseo de probar sus labios, pero ella se separó de repente con la vitalidad de un chiquillo nervioso y este se tragó a duras penas las ganas.

—¿Qué tienes? —preguntó ella con una sonrisa a medio hacer.

—La lista de los compradores —respondió él triunfal mientras le mostraba el papelito plegado.

Ella se lo arrebató con curiosidad genuina y estudió los nombres.

—Me suenan todos menos el primero —dijo ella cuando repasó la lista tres o cuatro veces—. Es una mujer española, ¿verdad? ¿Por qué está tachada?

—Porque está muerta, me temo —contestó Segreto sombrío al recordar

la imagen de la fallecida señora Olivares en el *Grand Hotel Vesuvio* de Nápoles.

—¿La... condesa? —preguntó ella bajando la voz con las manos ocultándose la boca.

—Así es. Por eso estoy aquí —comenzó él, sorprendido por su confesión. Estaba desbocado, estaba claro—. La mujer española fue la primera de una larga estela de crímenes: ella, el único testigo de su muerte, Sugar y vete a saber quién más...

—Sugar —repitió ella reprimiendo las lágrimas.

Segreto volvió a experimentar un intenso impulso de fundirse con ella, de beberse sus lágrimas y su dolor. Agachó la cabeza buscando algún alivio.

—Eres *poli*, detective o algo así, ¿no? Y has venido a resolver este caso, ¿a que sí? —le dijo ella, aproximándose sin reparo a él mientras tomaba su mentón cuadrado entre las manos y lo obligaba a mirarla.

—Lo soy, pero... —luchó en su interior el detective, que había desviado la vista hacia un punto indefinido—. No me hagas mirarte o tendré que besarte, Victoria.

—Mírame entonces, Nick —respondió ella con naturalidad, sin coqueteos ni juegos—. Mírame y bésame.

Bésala, bésalaaaa, dijo la voz fría y podrida dentro de él.

Esta vez estuvo de acuerdo con esta. El calor de los ojos de Victoria caldeó el frío que trajo la voz consigo. Segreto envolvió su estrecha cintura con el brazo derecho, la miró incrédulo a los ojos preguntándose cómo se había podido creer vivo hasta entonces y le acarició la mejilla con adoración.

—Si no me besas tú, italiano, lo haré yo. O mejor —habló apuntándole amenazadora con el dedo índice—. Buscaré mi *kit* de psicópata despechada y me haré un traje contigo —dijo entre risas tintineantes.

El policía la miró entre la perplejidad y la fascinación, como si fuera un ser mitológico o mágico. Entonces aumentó la presión de su abrazo, atrayendo su cuerpo hacia el de él, dudó otro segundo más y, finalmente, se perdió en aquella boca entreabierta que lo aguardaba. Sus lenguas intercambiaron un diálogo silencioso de sensaciones e ideas. Él le habló de su soledad, de su desarraigo y sus batallas, de su mundo de oscuridad y muerte. Ella, a su vez, le contó mil secretos sobre un mundo desconocido y exótico, lleno de color y de risas. Lo bañó de una luz tan potente que germinó en él una idea tan extraña como placentera: ella era la primera persona que le importaba que no fuera él mismo. No podría dejarla marchar jamás.

—¡Guauuuu, italiano! —exclamó ella al separarse de él, arrobada y casi sin aliento—. Va a ser cierto lo que dicen de vosotros...

—¿Qué dicen? —preguntó él, sintiéndose tonto por momentos.

—¡Que besáis como los ángeles! —exclamó ella guiñándole un ojo traviesa.

—¡Ohhhh! No sé... —carraspeó él—. Y, dime, ¿qué hacías aquí?

—Pensaba... En Sugar y en cuánto lo extraño, en Steve y en estas piedras malditas que se van, ¿sabes?

«¿Steve? ¿Será su hermano?», se preguntó lleno de novedosos celos.

—Nick, creo que el espíritu de la condesa quiere seguir vagando en estas tierras en las que vivió antes de su brutal muerte. Pero yo ahora solamente deseo que pague, que pague y que no descanse.

—Sí, entiendo. Aunque mi objetivo es acabar con ella, que descanse para siempre. Por eso esta lista de nombres es un buen punto de partida... Estoy convencido de que todos los que se han atrevido a comprar partes de su morada están en peligro. La condesa irá tras ellos. Debemos encontrarlos, uno por uno, o morirán.

Victoria asintió con la cara empañada por el dolor.

—No sé cómo hemos podido estar tan ciegos, Nick, pero creo... creo que mi hermano no se ahogó realmente en el lago. Creo que fue asesinado también por ella.

—¿Qué dices?

—¡Que la mano mató también a mi hermano! —gritó descontrolada.

Los obreros, que habían adelantado sospechosamente su pausa para la hora del bocadillo, se habían estado deleitando con los arrumacos de la pareja como viejas cotillas aburridas en un cine de verano. Pero, ante el inesperado grito de Victoria, intercambiaron cuchicheos nerviosos y apresurados cargados de miedo. Todos habían conocido y querido a Steve.

Aprovechando el pequeño caos de pareceres y opiniones, Peter (el mismo que había transportado a Segreto el día del desmayo) se alejó con disimulo de la zona y, fingiendo atarse los cordones de sus zapatillas, recogió un pequeño objeto brillante que asomaba entre los cascotes. Se lo guardó entonces en el bolsillo, con idea de estudiarlo en casa con tranquilidad.

«Si tengo suerte y es de oro como pienso, este año me voy de vacaciones bien lejos», se felicitó palmeándose el bolsillo.

Ignoraba cuánta razón tendría el pobre desgraciado...

Capítulo 28

Cowland (Inglaterra). Jueves, 8 de abril de 1707.

—¿Oyes eso? ¿Qué sucede? —preguntó el porquerizo en la habitación de los criados.

—¿Qué hora es? —replicó el hombre que dormía junto a él, inmerso en una batalla encarnizada contra sus legañas para poder abrir los ojos.

—El reloj de la torre acaba de dar las cinco —respondió el primero sin dejar de empujar al segundo para que despertara y reaccionara—. Lo oyes, ¿verdad, «Jardines»?

«Jardines» era un viejo atolondrado cuya época de esplendor ni lograba recordar ya. Había malvivido y sobrevivido esos últimos años disimulando su incapacidad para el trabajo a costa del de Henry, su ayudante.

Más allá de su naciente sordera, se abrieron paso unos aullidos lastimeros y terroríficos. Los hombres se asieron las manos en la oscuridad buscando un contacto que aliviara su desasosiego. Cruzaron sus miradas en busca de respuestas, pero solo consiguieron sumar más interrogantes. El miedo se adueñó del recinto y el aire se tornó más denso. El tiempo se ralentizó.

«Jardines» se incorporó en el camastro de paja. Su cuerpo emitió tantos quejidos como el mueble, que crujió bajo amenaza de partirse.

—¿Qué es eso? —preguntó «Jardines» espantado.

—Parecen... parecen los perros, ¿no crees? —preguntó el porquerizo.

—Tengo miedo. ¿Por qué aúllan así? ¿Cómo pueden hacer ese ruido tan espantoso? —preguntó a su vez el viejo—. Jamás he escuchado a unos perros emitir semejante sonido.

Unos pasos ágiles y silenciosos se aproximaron al dormitorio de los hombres. Estos pasos llegaron teñidos de urgencia y desaprobación. La penumbra retrocedió, herida ante la luz que emanaba el candil que portaba con ella la nueva presencia. Esta, malhumorada, alzó la lámpara de aceite sobre los rostros agarrotados de los dos hombres.

—¿Sois varones o gallinas? —escupió Margaret llena de desprecio reprobatorio—. Levantaos ahora mismo de vuestras camas y acompañadme para averiguar qué está acaeciendo en la canera.

Los hombres se miraron de nuevo maldiciendo en su fuero interno porque el resto de trabajadores no pernoctase en el castillo. Así pues, eran ellos dos los únicos varones entre aquellos muros de piedra. ¡Maldición! Nadie más asumiría el rol de protectores de las féminas y gestores de cualquier inconveniente. Se levantaron del lecho tragándose el miedo y el instinto de supervivencia, que les decía a gritos que no salieran de allí, se acomodaron las calzas y las botas, y siguieron cabizbajos la estela de luz del ama de llaves.

«Camino al matadero», pensó el porquerizo.

Los aullidos y chillidos aumentaron en intensidad y horror. Lo que fuera que estuviera sucediendo ahí fuera debía de ser espantosamente terrible para enloquecer de ese modo a los canes. Margaret continuó presidiendo la expedición suicida, rasgando la oscuridad con la luz.

—¿Y las demás mujeres? —preguntó el porquerizo.

—En sus habitaciones —dijo ella glacial—. No pretenderás que sean ellas las que hagan el trabajo de un hombre, ¿verdad?

—No —contestó aquel, avergonzado—. Quería asegurarme de que estuvieran bien —añadió, pero ni siquiera él llegó a creerse su respuesta.

A cincuenta pasos de alcanzar la canera, los aullidos se fusionaron en uno solo. Un grito único de espanto y dolor se izó sobre sus cabezas para traerles imágenes de sangre y horror. Margaret corrió intrépida hacia la llamada de auxilio y los hombres se lanzaron junto con ella a la carrera.

Súbitamente, el sonido cesó como si el mundo se hubiera detenido. Ni un llanto, gemido o ladrido.

Nada.

Margaret apoyó la mano en la portezuela de madera de la canera, se santiguó tres veces seguidas, y empujó la puerta ante el gélido silencio imperante.

—Dejadme a mí, Margaret —se ofreció el porquerizo haciendo acopio de valor—. Alzad el candil cuanto podáis, pero permitidme que entre en primer lugar.

El ama de llaves asintió satisfecha y se hizo a un lado para que el hombre ocupara su lugar. Este le propinó una patada a la puerta, dispuesto a usar los puños por una vez en su vida, pero el gesto murió en el aire cuando la tenue luz de la lámpara iluminó la matanza.

—¡Santísimo Dios! —exclamó repugnado.

—¿Cómo? ¿Quién? —aportó «Jardines» en su sabiduría infinita repleta de

respuestas.

Los perros del conde aparecían abiertos en canal, mostrando sus órganos impúdicamente. Sin excepción, sin supervivientes. Los tres retrocedieron horrorizados al percibir un objeto blanco deslizándose por la pared del fondo junto al ventanal que hacía las veces de respiradero.

—¡Virgen santísima! —exclamó el ama de llaves impresionada—. Es ella... ¡Es la mano de la condesa!

La mano hizo una cabriola ante ellos a modo de presentación burlesca, trepó hasta el techo y se abalanzó desde ahí hacia uno de los cuerpos caninos, donde se dio un grotesco chapuzón con la sangre. A continuación, se encaramó a la pared y simuló un baile sobre la superficie antes de desaparecer por el ventanuco. Margaret dio unos pasos titubeantes hacia el interior de la perrera y dirigió el candil hacia la pared para iluminar el mensaje de sangre que la mano asesina había dejado para ellos.

—¡Dios! —acertó a decir.

Los hombres, analfabetos, miraron las letras rojizas sin comprender su significado.

—¿Qué pone? —inquirió «Jardines».

—**TODOS. MUERTOS TODOS** —recitó ella en voz alta.

Capítulo 29

Cowland. Jueves, 21 de julio de 2005. 10:00 a.m.

—Chissssssstt —pidió el italiano al reparar en los pares de ojos y oídos que los seguían—. Ven...

—Pero... pero... ¡fue ella quien mató a Steve! —replicó Victoria, derramando lágrimas furiosas—. ¿Cómo no lo hemos visto ninguno?

—Ven conmigo.

Segreto le tomó el brazo a Victoria con intención de alejarla de las obras y de sus indiscretos trabajadores, y se encaminó con ella hacia el lago. Victoria se dejó llevar, repentinamente silenciosa, mientras reclinaba su cabeza en el hombro masculino.

—¿Nos sentamos? —ofreció Segreto señalando un banco de piedra.

Victoria asintió y contempló con desasosiego la cruel belleza del lago. El sol se enredaba entre las gotas de agua, jugueteando y arrancando destellos de colores que, en otro tiempo, le habrían hecho suspirar. Era bonito, sí, pero admirarlo le resultaba tan doloroso que no había vuelto a bañarse en él o a disfrutar de su tranquila belleza desde aquel día...

Segreto le acarició la mejilla, fascinado ante el magnífico paisaje de ojos violetas y cabellos trigueños que tenía ante él. Ni siquiera había mirado dos veces la imponente masa de agua que había capturado al sol entre sus garras.

—¿Por qué aquí? —preguntó al final ella sin apartar la vista del agua.

—¿Cómo? —respondió el inspector lleno de perplejidad.

—Sí, Nick. ¿Por qué justamente me has hecho venir al lago cuando te he mencionado su muerte? —se explicó ella sin mirarlo.

—¡Ohhh! —exclamó Segreto, sorprendido por su inusual torpeza—. Ni lo he pensado. Quería alejarte de esos hombres y buscar un sitio tranquilo para hablar. Y yo...

—Está bien. Es solo que... no había vuelto a estar tan cerca de este lugar desde aquella tarde. Yo solo era una niña, ¿sabes? —le confesó ella, volviendo por fin los ojos hacia él.

Segreto asintió para animarla a hablar mientras él se obligaba a recuperar su faceta racional y detectivesca, y a abandonar la pose de mendrugo

suspirador enamorado.

—No lo pensé. Te juro que no lo había pensado. No hasta hace un rato —comenzó Victoria—. Lo que no comprendo es que nadie más reparara en ello, ni ahora ni entonces.

El italiano se reclinó hacia ella y le acarició la mano en un gesto reconfortante que le infundiera coraje para compartir con él su historia.

—Yo tenía ocho años en aquella época. Mi hermano Steve era Dios para mí y yo siempre estaba donde él estaba, ¿sabes? —relató la chica con los ojos soñadores, teñidos de recuerdos—. Lo perseguía siempre que podía y muchas veces él se enfadaba conmigo porque los adolescentes de dieciséis años quieren sentirse libres para hacer cosas imposibles de hacer si cargan con la mocosa de su hermana. Él y Robert habían empezado a fumar a escondidas y a tontear con las chicas, así que en aquellos días me regañaba mucho.

«Robert...», repitió con acritud el monstruo de los celos en el estómago de Segreto.

—Ese día me había echado una bronca enorme porque no dejaba de atosigarlo. Enorme. Me dijo que, como no lo dejara en paz, se chivaría a nuestros padres de que había sido yo quien se había dejado abierta la verja del corral. Robert y él habían quedado con unas chicas para hacer manitas —explicó Victoria torciendo el morro—. Le prometí que no le molestaría más, pero era sábado por la tarde y no tenía muchas cosas que hacer. Me pareció que sería divertido espiarlos, ver cómo se besaban y tonteaban.

—Y lo seguiste... —se adelantó Segreto, inmerso en la historia.

—¡Vaya que sí! —se rio ella resplandeciendo fugazmente—. Cuando Robert vino a buscar a Steve, me aposté tras la puerta y les escuché decir, entre cuchicheos, que irían al castillo. Querían impresionar a dos chicas de su clase, hacerse los gallitos entrando ahí y no sé qué más. Les di un tiempo para que llegaran sin que me descubrieran. Cuando los alcancé, las chicas estaban discutiendo con ellos porque no querían entrar. Tenían miedo de la leyenda de la maldición y se negaron a poner un pie en el castillo por temor a que la mano de la condesa las atacara en sus sueños.

—¿Y...?

—Pues que Steve era demasiado chulo como para dejarlo ahí. Trató de convencer a Robert para que lo siguiera al castillo en ruinas. Se trataba de entrar, coger un recuerdo de su bravuconada y salir pitando. Pero Robert se negó del todo.

—Y tu hermano entró solo...

—Sí. ¿Sabes? Había olvidado esta historia por alguna extraña razón. Solamente recordaba lo que sucedió al día siguiente, el día de su fallecimiento...

—¿Qué ocurrió cuando tu hermano entró en el castillo? —redirigió el inspector con cierta inquietud.

—Para entrar tuvo que romper el vallado de una ventana lateral. Le arreó dos patadas y listo. No sé qué cogería ahí dentro porque jamás llegué a verlo. Salió con su *souvenir* en la mano y se lo regaló a su novieta con gesto triunfal. Y al día siguiente... —la voz de Victoria se quebró en múltiples fragmentos.

—Tranquila —susurró Segreto mientras la envolvía en un abrazo.

Tenerla tan cerca hacía puré sus defensas y su raciocinio. Su «yo» frío y profesional sufría una especie de catatonía, y su cerebro pasaba a ser gobernado por su otro «yo»: un ser extraño para él que se comportaba de ese modo estrambótico, deshojando margaritas en su cabeza y recitando chorradas de amor que harían vomitar incluso a Ned Flanders.

—Victoria, ¿qué pasó aquel día en el lago? —consiguió decir Segreto mientras se felicitaba en su interior por haber pateado al ñoño de las margaritas y ser capaz de centrarse.

—Ese día... Le di pena y accedió a hacer de niñera, así que me llevó al lago a nadar con ellos. Fuimos los cinco: Robert y Steve, Rosemary y Andrea (las novias de ambos), y yo. Era un domingo de verano y el lago presentaba un aspecto similar al de ahora: tranquilo en apariencia, letal en realidad. Nunca he entendido cómo un nadador excelente, en tan buena forma física, se ahogó de ese modo estúpido.

—¿Cómo fue? ¿Te importa que tome notas? —intervino Segreto, que había recuperado por completo el dominio sobre sí mismo.

Victoria se encogió de hombros mientras Segreto extraía a su ajada compañera de interrogatorios.

—El agua estaba tranquila. Después de todo, no es el mar, ¿no? Yo jugaba en la orilla con Andrea. Robert se nos unió con el pretexto de jugar a las palas con nosotras, aunque lo que quería era arrimarse a ella todo lo que pudiera, y dejar a mi hermano y a su chica haciéndose arrumacos en el agua. Rosemary empezó a gritar a lo lejos. Gritaba y gritaba diciendo que algo le había atrapado el pie y tiraba de ella hacia el fondo. Steve estaba a su lado y se sumergió para ayudarla, pero ninguno de los dos volvió a salir.

—¿No encontrasteis sus cuerpos? —interrogó Segreto conmocionado.

—¡Oh, sí! Claro que sí. Me refiero a que no salieron por sí mismos,

VIVOS. Robert se metió corriendo en el agua mientras Andrea me abrazaba y acariciaba la cabeza. Creo que le tranquilizaba más a ella que a mí —divagó Victoria mientras espantaba a manotazos las lágrimas de sus mejillas—. Cuando Robert llegó hasta ellos, solo pudo encontrar sus cuerpos sin vida. Ninguno ha sabido jamás que estuve espiándolos la tarde anterior en el castillo, pero estoy convencida de que tanto Robert como Andrea llegaron a la misma conclusión que yo hoy.

—¿Cuál es? —preguntó a pesar de haber atado suficientes cabos.

—Siempre pensé que Steve se había ahogado por culpa de esa niñata —dijo con rabia mal disimulada—. Pero claro que había algo tirando de ella (y luego de mi hermano) que hizo que se ahogaran. Fue la mano de la condesa, oculta bajo el agua, esperándolos. ¿Y sabes por qué?

El inspector asintió mientras se prendía un cigarro. Así ocultaría, por unos segundos, el mal sabor de boca que empezaba a sentir en el cielo del paladar. Su cuerpo se puso en alerta, como siempre sucedía cuando iba a entrar en acción.

—Murieron las dos personas que habían molestado a la condesa: tu hermano, por entrar y robar algo de su casa; y la chica, por quedárselo. ¿Y dices que no sabes de qué se trataba?

—No, pero quizá se lo podamos preguntar a Andrea o a Robert —sugirió ella—. Estoy segura de que ellos sí saben qué era. Además, el nombre de Andrea figura entre la lista de compradores curiosamente.

—¿Ah, sí? —se sorprendió el policía, que empezó a desplegar de nuevo la hoja.

—¡Mira! —exclamó la joven con los ojos llenos de terror señalando la lista.

—¡Me cago en la puta! —respondió Segreto, experto en encontrar las palabras idóneas para cada momento—. ¡El nombre de Andrea aparece tachado!

CINCOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO, gritó la voz podrida dentro de él.

—¿Qué sucede, Nick?

—Tenemos que encontrar a estas cinco personas antes de que mueran. ¡Vamos!

Capítulo 30

Cowland (Inglaterra). Jueves, 8 de abril de 1707.

—Y ahora, ¿qué? —inquirió «Jardines», siempre preparado para aportar serenidad e ideas.

Margaret apartó los ojos del tétrico mensaje de la pared, ladeó la cabeza y lo bañó con una mirada de profunda aversión.

—Si Henry no te hubiera salvado el culo tantas veces deslomándose para realizar tanto su trabajo como el tuyo, estarías muerto en estos instantes, ¿lo sabes? El conde Sangre habría alimentado a estos perros contigo como hizo con él, y ahora serían tus trozos a medio digerir en sus tripas los que estarían desparramados.

—Margaret, yo creo que... —salió en su defensa el porquerizo mientras «Jardines» mostraba sus encías desdentadas en una mueca torcida de incredulidad y agravio.

—¿Tú crees? ¿Tú crees? ¡Vosotros no creéis nada! ¡Nunca lo habéis hecho! ¡Valientes holgazanes cobardes! Si no llego a acudir a buscaros, ¡jamás os habríais dignado a levantaros de vuestras piojosas camas! —les increpó.

Era su forma de llorar, de desahogarse y no romperse. Su manera de no desmontarse era herir a quien tuviera cerca. Cualquier cosa con tal de evitar que el Miedo se apoderase de ella y le impidiera respirar. Pero era tarde y se ahogaba. Se ahogaba en la espantosa certeza de saberse la siguiente.

Los hombres hundieron sendas cabezas en un instinto de supervivencia que les hizo alcanzar la más absoluta sapiencia, cercana al nirvana, y guardaron silencio. No era buena idea discutir con la leona cuando te tenía entre sus fauces.

—«Jardines», ya es hora de que te ganes el sueldo y el rancho que te comes —ordenó el ama de llaves al salir de la canera con ambos trabajadores siguiéndola muy de cerca—. Ve al cobertizo de herramientas, y prepara palas y todo lo que creas conveniente para una exhumación.

—¡Una exhumación! —exclamaron ellos boquiabiertos.

Margaret frunció el entrecejo, negó con la cabeza y los puños apretados, y prosiguió:

—Cuando lo hayas reunido todo, llévalo al mausoleo de los condes y agúrdanos ahí. Mark —señaló al porquerizo—. Te vienes conmigo. Acompáñame a los dormitorios de las mujeres. Les contaremos lo que ha pasado en la canera, pero omitiendo el mensajito que nos ha dejado la condesa. No es necesario que se mueran de miedo. Después de todo, si lo llegaran a ver, tampoco sabrían leerlo. Les pedimos que se reúnan con nosotros en el mausoleo lo antes posible. Tú harás guardia fuera de los dormitorios para que se sientan seguras —hizo un mohín de burla—, mientras se atavían los vestidos. Ya está amaneciendo. ¡Apresurémonos!

«Jardines» trató de moverse rápidamente y se alejó renqueante hacia el cobertizo. El porquerizo corrió tras la estela negra de las faldas del ama de llaves. A mitad de camino, los gritos de las mujeres de la casa les obligaron a apresurar todavía más el paso. Llegaron jadeantes y sin aliento. Margaret se apoyó en la pared, desfallecida, y Mark se adentró en el dormitorio de estas, que no dejaban de llorar, gritar y vomitar.

—¿Qué sucede?

—¡Samantha! —gritó Judith, que tenía el brazo extendido y señalaba hacia la cama de la cocinera entre temblores.

El porquerizo desvió la mirada hacia el punto señalado y no lo soportó más, vomitando lo sólido y lo líquido que su estómago albergaba.

—¡Madre no tiene lengua! ¡No tiene lengua y está rota! —sollozó la pequeña Anna apretándose contra Nora, la camarera.

—¿Qué suc...? —la frase expiró en los labios de Margaret al ver a la cocinera deslenguada en su lecho con esa expresión desfigurada que relataba el miedo y el dolor atroz que debía de haber sentido.

Margaret, en un esfuerzo sobrehumano, se forzó a acercarse a ella. Su lengua yacía olvidada sobre el camisón a la altura del estómago y su piel presentaba una inquietante tonalidad grisácea. Cara, manos, cuello, piernas... Todo su cuerpo era gris, como si la hubieran teñido desde dentro.

—Vestíos y salid de aquí de inmediato, ¿de acuerdo? No os demoréis, por favor —les dijo al fin.

Las mujeres clavaron sus ojos en ella espantadas. Margaret no habría dicho «por favor» a un subordinado ni azotándola. Esto les asustó mucho más y comenzaron a vestirse entre mocos, gimoteos y miradas de soslayo al cadáver, a Margaret y entre ellas.

—¿Adónde vamos? —preguntó Nellie.

—Al mausoleo.

—¿A enterrar a madre y a Henry? —preguntó la pequeña huérfana.
Judith rompió a llorar y la abrazó con las pocas fuerzas que le quedaban.

* * *

—¡Nellie! —susurró Judith a la criada de camino al cementerio al tiempo que tiraba de sus mangas.

—¿Qué? —preguntó inquieta la aludida después de mirar a su alrededor.

Formaban una extraña comitiva: una niña, cuatro mujeres y un hombre marchando a ritmo marcial bajo un sol que aún no había despertado del todo, camino a la tumba de sus señores fallecidos.

—Quédate con Anna, hazme el favor —suplicó la joven cocinera deteniéndose.

—¿Y tú? —quiso saber Nellie.

—Necesito que me disculpes, que les digas que necesitaba evacuar.

—No vas a regresar, ¿verdad?

Judith se mordió el labio inferior tratando de reprimir las lágrimas.

—No, amiga. No volveré. Debo irme de aquí antes de que me encuentre y me mate.

—¿Quién?

—Ya lo sabes... Tengo que intentarlo. Si me alejo de aquí, quizás consiga salvarme.

Las dos amigas se abrazaron llorosas, conscientes de que sus caminos se separaban para siempre y no volverían a cruzarse.

—¡Cuídate, Nellie!

—¡Cuídate, Judith! ¡Ojalá lo logres! —se despidió la criada mientras la observaba alejarse entre los árboles frutales.

—¿Adónde se va, Nell? —preguntó Anna dándole la mano.

—A encontrarse con la vida, pequeña, a encontrarse con la vida.

«Ojalá lo consigas», deseó ella antes de reemprender la marcha para reunirse con los demás.

Capítulo 31

Londres. Jueves, 21 de julio de 2005. 15:10 horas.

La puerta principal era imponentemente maciza, de esas de seguridad a prueba de balas, de ladrones o de súper poderes. Segreto la observó ceñudo y giró la cabeza hacia su espalda, donde lo esperaba Victoria, en el asiento del conductor dentro del Xsara Picasso. Le había costado Dios y ayuda convencerla de que se quedara en el coche, a salvo de lo que pudieran encontrarse en aquella casa. Victoria levantó la mano con timidez y le regaló una sonrisa tranquilizadora. Prefería que ella no lo viese en acción o sospecharía del monstruo que habitaba en él. Le devolvió el saludo mediante un guiño de ojos travieso y se enfrentó a la puerta.

Con descaro y violencia, la golpeó con los nudillos de la mano izquierda a la vez que mantenía pulsado el timbre, sin tregua ni descanso, con la derecha. No había tiempo para andarse con chiquitas. Escuchó ruidos en el interior de la casa. Muchos. Pero quienquiera que estuviese dentro se estaba demorando demasiado. Desdobló el papel que contenía la lista de compradores con una pésima sensación. Había regresado el sabor amargo a su boca y podía intuir la proximidad de la voz podrida preparándose para hablar en su mente.

—¿Qué es lo que miras? —preguntó una voz de ángel tras él.

—¡Victoria! ¿No habíamos acordado que, al menos por esta vez, te quedarías en el coche hasta mi señal? —preguntó el inspector entre enfadado y admirado.

—Lo sé —replicó ella chantajeándolo con un mohín adorable.

—Deja de ponerme morritos, ¡mira! —señaló él.

Ambos observaron atónitos el papel desdoblado. Un tercer nombre, el perteneciente al propietario de la casa a la que intentaban acceder, se estaba rayando delante de sus propios ojos, y un cuarto nombre empezó a pixelarse de modo que su lectura se hizo borrosa e ilegible.

—¿Qué crees que significa ese borrón? —preguntó ella desconcertada.

—Sabemos que los tachones son «sujetos eliminados» —resumió el italiano—, pero este borrón... Este borrón tiene que significar otra cosa. Es como si la mano no quisiera, de repente, que encontráramos a esa persona. ¡No

puedo leerla!

O quizá lo contrario, imbécil, señaló la voz podrida, trayendo consigo un olor a muerte.

Victoria alzó la cabeza olfateando el aire como habría hecho su pequeño Sugar.

—Lo hueles, ¿verdad? —quiso confirmar Segreto.

Ella asintió con sus ojos violeta puestos en él. Luego los hizo deslizar hasta sus manos y el papel que sostenía.

—Trae. Déjame a mí —le dijo la chica arrebatándole el trozo de papel ante la cara de asombro del policía—. Recuerda que conocía a la mayoría de los compradores, bien de oídas, bien en persona, y que memoricé la lista de nombres. Déjame ver quién falta...

—Eres increíble —habló la parte besuga del inspector mientras se cagaba en todas sus muelas por no ser capaz de recordar el nombre pixelado y por cada uno de los despistes que estaba mostrando en ese caso.

¿Cómo no había copiado la lista en su libreta y en su móvil? Imperdonable...

—¡Sí! ¡Lo tengo! —exclamó ella con una sonrisa arrebatadora—. Se trata de Dan Jackson...

El otro la miró desconcertado.

—¿Quién?

—¡Dan Jackson! ¿Quién no conoce a Dan Jackson? —se sorprendió Victoria.

Segreto se encogió de hombros y meneó la cabeza con inocencia.

—Se trata de un excéntrico escritor de novelas de misterio que, precisamente, reside en Londres. No me preguntes dónde.

—¿Cómo sabes esas cosas? —inquirió el otro.

—¿Pero de dónde te has escapado tú, Nick? —dijo ella riendo y cogiéndole de la mano.

El contacto provocó chispas. Ambos se abrazaron con los ojos, enredados en las pupilas del otro, y se imaginaron en otro lugar, en otros menesteres y con menos ropa. Piel con piel. Conociendo las líneas, los escondites y las curvas del otro. Sonrieron ruborizados.

—Tú también, ¿eh? —dijo ella con la voz entrecortada por la potencia de las imágenes y de las sensaciones.

—Sí. ¿Eres consciente de que, aunque a ninguno de los dos nos haya disgustado, lo que acabamos de experimentar nos lo ha provocado alguien?

Ella movió la cabeza en sentido afirmativo.

—¿Quién y para qué?

—No lo sé, pero se nos acumulan las incógnitas, Victoria. No sé, pero creo que ahora debemos centrarnos en entrar en esta casa y luego averiguaremos cómo localizar a ese Dan Jackson. Le haremos una visita a él y a tu viejo «amigo» Robert. Creo que sabe más de lo que aparenta. Después de todo, él estuvo aquel día en el lago, vio el objeto robado y seguro queató cabos. Él nos dirá qué fue lo que sacó tu hermano del castillo. Seguro que, cuando te vea, no se resiste a contarte...

Victoria ignoró el tonito de voz y negó.

—Creo que nos estamos equivocando en algo. No sé en qué, pero tengo la sensación de que vamos directos a la boca del lobo.

—Lo sé. La condesa quiere asegurarse de que vayamos a esa casa y no la defraudaremos en esta ocasión. Eso sí, esta vez tú no sales del coche —le dijo él con el índice amenazador sobre su carita.

—¡Ni de coña, italiano! Mi tierra, mis reglas —dijo ella sacándole la lengua—. ¿Volvemos a llamar?

—Sí, aunque sea solo para asegurarnos de que, efectivamente, este hombre ha muerto también. ¡Odio sentirme un peón de ajedrez y que jueguen conmigo! —exclamó con crispación antes de volver a llamar al timbre, esa vez sin tanta urgencia.

CUAAAAATRO, le arañó la voz podrida enredando entre sus tripas, revolviéndole hasta el espíritu.

La puerta retrocedió lentamente hasta mostrar la cara compungida y llorosa de una anciana.

—¿Sí, jovencitos? —preguntó con una voz temblorosa que hacía juego con sus manos de bailarín de *break dance*.

—¿Señora Martin? —tomó la palabra Segreto mientras apostaba mentalmente sobre la identidad de la mujer—. Somos... éramos... amigos de su hijo. Venimos a velarlo.

La anciana mostró un rictus de ingenua perplejidad.

—¿Cómo lo saben? No hace ni una hora que se nos ha ido y apenas hemos avisado a nadie. Ha sido todo tan, tan... extraño —explicó entre sollozos—. Encontrarlo de ese modo...

—¿Nos permite? —preguntó Segreto con el instinto policial activado mientras se adentraba en la casa sin esperar a que lo invitase.

—¡Joven, joven! —protestó la anciana con escasas fuerzas para luchar.

—¡Cuántísimo lo lamento! —intervino Victoria abrazándola, mitad por compasión y por tranquilizarla, mitad por darle a Segreto tiempo para que «hiciera su trabajo»—. ¿Podría pedirle un vaso de agua, por favor?

La anciana, totalmente desvalida y superada, dejó pasar a la chica y rompió a llorar en sus brazos.

—¡Mi hijo, mi pobre hijo!

—Lo siento, de veras. Lo siento —respondió la joven acariciando los cabellos grises que se apoyaban en su pecho.

* * *

—¿Quién es usted? —preguntó la joven lacrimosa que custodiaba el cuerpo.

—Un amigo de Fred —contestó el italiano sin vacilar y sin apenas mirar a la chica.

—¿Y qué hace aquí? —preguntó llena de desconfianza—. Conozco a los amigos de mi hermano y jamás le he visto a usted.

—Es... una larga historia —contestó él aireando la mano en un gesto que podía significar cualquier cosa, con los ojos fijos en el cuerpo y en la escena del crimen.

El hombre, de gran envergadura, había presentado batalla y tardado en morir. No había duda. Los ojos mostraban síntomas de asfixia por estrangulamiento: protrusión de los globos oculares, cianosis, punteado petequial... No necesitaba al cabronazo de su patólogo forense (y compañero de borracheras) para el diagnóstico. Además, contaba con la inestimable ventaja de saber que el asesino era un muñón, y pocas cosas podría hacer ese trozo de carne para matar, ¿no?

«A no ser que cambie su estilo y los mate ahora a cosquillas», pensó él con su habitual y retorcido sentido del humor.

¡Te equivocas!, gritó de nuevo la voz dentro de él con tanta intensidad que tuvo la sensación de que alguien tocara el arpa con sus intestinos.

—Le pido que se marche ahora mismo, por favor —exigió la joven—. ¡Esto es inaudito! ¿Qué hace ahí de pie mirando el cuerpo de mi hermano?

—¿Le oyeron gritar? —preguntó él haciéndose el sueco mientras se inclinaba sobre el cadáver.

—Sí, gritó —respondió ella después de analizarlo. Parecía más calmada pero desconcertada—. ¿Es usted policía?

—Inspector —corroboró él sin mostrarle la placa italiana—. Haga el favor de llamar a la policía, ¿de acuerdo? Que analicen la zona y a ver si ellos pueden averiguar qué ha sucedido en esta habitación para que la mandíbula de... Fred se haya desencajado de ese modo.

—¡Pero aquí no había nadie más aparte de mi madre, él y yo! —se explicó ella confusa.

—Créame, señorita, nadie se abre así la mandíbula sin ayuda de alguien. Tome, le dejo mi número por si recuerda algo, por si vio algo o la policía local hace averiguaciones. Los acompaño en el sentimiento.

Segreto realizó una leve inclinación de cabeza, enfiló el pasillo a grandes zancadas y tomó del brazo a Victoria, que estaba entreteniéndola a la anciana con gran éxito y soltura.

—¡Vamos! —le dijo cogiéndola al vuelo y saliendo por la puerta a la velocidad del rayo.

Capítulo 32

Cowland (Inglaterra). Jueves, 8 de abril de 1707.

—¿Por qué no se oye ladrar a los perros? —preguntó la pequeña y perspicaz Anna, asida de la mano de Nellie.

—Cierto —susurró la mujer después de mirar de soslayo hacia la canera—. ¿Quizá están durmiendo?

—¿Como madre?

—Ohhhh, sí... Exactamente como tu madre —respondió la criada con desasosiego.

Prosiguieron el camino en silencio y a marchas forzadas con Margaret siempre a la cabeza. Detrás de ella y a corta distancia, la seguía Mark, el porquerizo, ataviado ridículamente con una horca de madera. Nora corría tras ellos volviendo la cabeza cada pocos segundos, preguntándose dónde se había metido Judith.

—Se están alejando mucho de nosotras —se lamentó atemorizada la niña—. ¡Es mi culpa!

—No te preocupes, Anna. Tus piernas son más cortas y no puedes correr más. Además, ya ha amanecido y sabemos adónde van, así que no tengas miedo. En un ratito los alcanzamos y nos reunimos con ellos, ¿de acuerdo?

La niña torció la boca de ese modo infantil y encantador que solo saben hacer los niños pequeños, y se frotó los ojos tratando de mantener a raya a las lágrimas.

—Estás siendo muy valiente, mi niña. Henry, la costurera, tu madre... Demasiado para una pequeñuela como tú —le dijo Nellie mientras se agachaba a su altura para pellizcarle cariñosamente los mofletes.

—¿Me das un abrazo, Nellie? Madre no me ha abrazado hoy —dijo con devastadora ingenuidad.

—¡Todos los que quieras, Annita! —respondió la muchacha con los ojos vidriosos.

Una frase más de la pequeña y la criada se rompería... Hincó las rodillas en el camino polvoriento para ponerse a la altura de la niña, y la cubrió de besos y abrazos.

—¡Ohhhh, cariño! ¡Qué fuerza tienes! —exclamó sorprendida Nellie.
Como única respuesta, brotó una risa gutural y adulta de su boquita.

—¡Anna! ¡Me haces daño! —exclamó la criada tratando de zafarse de los tentáculos infantiles que la oprimían cada vez más.

La risa se tornó más clara y osada esta vez, alzándose sobre ella e invadiendo su cabeza.

—¿Anna? No puedo respirar, ¡suéltame, por favor! —rogó en un hilo de voz entrecortado.

El dolor era ya insoportable y sus pulmones protestaron en el pecho por la falta de oxígeno.

—¿Por favor, eh? —habló la pequeña.

Pero no era su voz.

—¿Condesa? —consiguió decir la criada.

—¡Vaya! Ahora parece que sí me oyes, ¿eh? ¡Qué extraño!, ¿verdad? —dijo la voz, fría como el hielo, dentro del cuerpo de la pequeña mientras los brazos estrangulaban su pecho con más fuerza aún—. Aquellos días todos parecíais aquejados de una misteriosa sordera mientras moría, sola y desangrada, junto al putrefacto cadáver del conde. Pero ahora me oyes bien, ¿no es así?

—Os oigo, condesa. Por favor, soltadme y dejad libre a Anna —suplicó al borde del desmayo.

—Ohhh, por la niña no te preocupes. No recordará nada cuando la suelte. Todavía no he decidido qué hacer con ella. Después de todo, era lo más parecido a una hija que tendré jamás —dijo Elisabeth sombría.

La criada luchó una vez más para liberarse de sus tenazas aprovechando que Elisabeth, dentro del pequeño cuerpo, había aflojado levemente la presión. La condesa se sintió súbitamente triste con su maternidad malograda. Fue un recuerdo tan intenso y doloroso que casi le hizo volver a sentirse viva.

—No obstante, contigo sí sé qué hacer —añadió entonces y tomó de nuevo el control apretando su tórax con una fuerza descomunal.

—¡Ahhhhhhhhhhhhhhhhhh! —chilló la joven cuando varias costillas se quebraron dentro de ella.

Anna, o Elisabeth, cubrió la boca indiscreta de la criada. Esta abrió los ojos en exceso al ver que la mano de la niña lucía el anillo con el rubí de la condesa.

—Yo... Perdonadme —escupió a duras penas la joven entre bocanadas de dolor y sangre.

—Te perdono, por supuesto. Te perdono... —contestó la niña condesa mientras hacía hablar al resto de las costillas de Nellie hasta que se astillaron y convirtieron en polvo.

Solo entonces liberó el cuerpo inerte de la criada, que cayó al suelo pesadamente. Lo miró con curiosidad y se dio la vuelta en un trote alegre e infantil camino al mausoleo.

—¿Por qué estás sola? —le espetó Margaret al ver llegar a la niña sin más compañía—. ¿Y Judith? ¿Y Nellie?

—Sííí, se han quedado atrás dialogando de cosas de mayores. Me han dicho que me reuniera con vosotros aquí y que luego vendrían ellas —contestó la enana sonriendo—. No tardarán mucho.

«Pobrecita. No sabe qué hacer, decir o sentir con tantas muertes», se compadeció Mark.

—Quizá quieras acompañarlas, Mark —sugirió la niña mirándolo con fijeza.

El porquerizo se sintió súbitamente violento y empequeñecido ante las palabras y la mirada de la cría, y negó aturdido.

—Quizá más adelante si no vienen... —respondió buscando la confirmación en Margaret, que afirmó con la cabeza.

—Quizá más adelante, sí —repitió la niña mientras se acercaba a Nora y le pedía la mano.

—¿Procedemos? —intervino «Jardines», preparado para desenterrar a los condes.

Capítulo 33

Londres. Viernes, 22 de julio de 2005. 01:45 a.m.

La puerta principal era imponentemente maciza, de esas de seguridad a prueba de balas, de ladrones o de súper poderes. Segreto la observó ceñudo y giró la cabeza hacia su espalda, donde lo esperaba Victoria, en el asiento del conductor dentro del Xsara Picasso.

—Un momento —dijo en voz alta con grandes dosis de acojone—. Esto ya lo he vivido antes.

Victoria levantó la mano con timidez y le regaló una sonrisa tranquilizadora. Prefería que ella no lo viese en acción o sospecharía del monstruo que habitaba en él.

—¡Joder! ¿Qué pasa aquí?

En contra de su voluntad, Segreto le devolvió el saludo junto a un guiño de ojos travieso y después se enfrentó a la puerta.

—En serio, ¿qué cojones hago aquí otra vez? —gritó Segreto al cielo sin importarle si armaba un espectáculo o la gente lo tomaba por loco—. ¿En esta puerta, con los mismos sucesos y pensamientos que ya han tenido lugar? ¡Me cago en la lechuga! ¿Qué pasa aquí?

Golpeó la puerta con los nudillos de la mano izquierda a la vez que mantenía pulsado el timbre, sin tregua ni descanso, con la derecha. No había tiempo para andarse con chiquitas.

—¡Pero si Fred Martin ya está muerto, coño! ¿Qué pinto aquí? —volvió a protestar.

Escuchó ruidos en el interior de la casa. Muchos. Pero quienquiera que estuviese dentro se estaba demorando demasiado. Desdobló el papel que contenía la lista de compradores con desgana. Ya sabía lo que había en ella y todo lo que ocurriría a continuación.

—¿Qué es lo que miras? —preguntó una voz femenina a su espalda.

Segreto se dio la vuelta, fastidiado en primer lugar, sorprendido después.

—¡Vaya, señorita Emily Payne! —acertó a exclamar—. No esperaba verla por ¿aquí?

—Condesa, prefiero condesa —comunicó la joven belleza mientras le

tendía la lánguida mano a la espera de recibir su beso—. Por cierto..., su amiga se ha marchado, inspector.

El policía se inclinó hacia la derecha, ya que la condesa le ocultaba la visión del coche, y comprobó extrañado que no había rastro del Xsara ni de Victoria.

—No entiendo nada, pero ahora mismo me va a usted a explicar... —comenzó Segreto en tono amenazador, harto de situaciones que no comprendía.

—Venga, le invito a un café —susurró la condesa ignorando su violencia mal contenida mientras le acariciaba el antebrazo sin pudor—. Olvídense de esa puerta. Ahí no hay nada para usted, ¿no cree? —añadió con la voz acariciadora, como una gatita ronroneadora de ojos grises y melosos.

Es el momento... ¡Entra, entra!, gritó la voz podrida dentro de él, *¡Ignórala y adéntrate en la casa! ¡Ella no puede pasar! Te espeeeeeeeeeero.*

La condesa retrocedió unos pasos con el rostro contraído por el terror.

—¿Có... cómo? —balbuceó.

—¿Condesa? ¿Qué sucede? —inquirió Segreto, sobrepasado por las circunstancias.

No entendía un carajo de nada. Quería largarse de ahí. Quería darle a la condesa un par de tortazos y, luego, un buen meneo por alguna extraña razón. Quería encontrar a Victoria y alejarse de esa asquerosa puerta. Y, sobre todo, quería fumarse un Marlboro pero se había dejado el paquete en el coche.

«Mierda».

Segreto se centró de nuevo en la mujer felina de inquietantes ojos grises, que se clavaron en los suyos. Azul verdoso contra gris en un duelo silencioso. La condesa reuló unos centímetros más a la vez que su piel y carne comenzaban a reblandecerse y a replegarse repulsivamente sobre sí mismas.

—¡Venga ya! —exclamó el policía mientras acariciaba su arma con un leve picor en las yemas de los dedos.

Segreto tocó el timbre sin dejar de observar, con malsano interés, la forma en que el rostro y el cuerpo de la condesa se derretían como la cera de una vela.

—Esto no puede ser verdad, ¿no me jodas! —exclamó tocando el líquido grumoso bajo el que ya empezaba a desaparecer la mujer.

Cuando la condesa Payne no era más que un enorme charco de cera roja en el suelo, reparó en que aún sostenía entre sus manos el papel desplegado. De mala gana, posó sus ojos en él esperando ver enanos saltimbanquis sobre la

hoja o cualquier otra historia surrealista. Sus expectativas se vieron del todo satisfechas cuando la lista comenzó a desangrarse. Era una sangre espesa y oscura, casi negra, cuyo olor nauseabundo acuchilló sus sentidos. Arrojó el papel asqueado, soltó un «Ahí te quedas» y se giró de nuevo hacia la puerta.

—Ya que estoy aquí... miremos —se animó acariciando su arma.

La puerta retrocedió con lentitud y mostró la cara compungida y llorosa de una anciana. Segreto suspiró, pues se sabía de memoria el guion de la película.

—¿Sí, jovencito? —preguntó con una voz temblorosa que hacía juego con sus manos de bailarín de *break dance*.

—¿Señora Martin? Soy... era... amigo de su hijo. Vengo a velarlo.

La anciana mostró un rictus de ingenua perplejidad.

—¿Cómo lo sabe? No hace ni una hora que ha fallecido y apenas hemos...

—...avisado a nadie. Ha sido todo tan, tan... extraño —finalizó Segreto, impaciente—. Lo sé, lo sé. Ahora llame a su hija, haga el favor, y que la acompañe un rato a tomarse un té mientras yo visito a Fred, ¿de acuerdo? —le ordenó echándola a un lado mientras le enseñaba la pistola con una fría sonrisa.

La anciana se llevó las manos a la boca, asustada, y rompió a llorar desconsoladamente. Segreto ni se detuvo a mirarla, no fuera que se convirtiera también en cera o en sangre.

«¡Con lo fáciles que son los asesinos de carne y hueso, me cago en todo!», pensó de camino al dormitorio del muerto.

—¡Mi hijo, mi pobre hijo! —lloriqueó la anciana en algún punto de la casa.

—¿Quién es usted? —preguntó la joven lacrimosa que custodiaba el cuerpo.

—Un amigo de Fred que bla, bla, bla... ¡Largo de aquí ahora mismo y no vuelva hasta que yo me marche! ¿Entendido? —le gritó encañonándola.

Nunca había actuado así con un «inocente», ¡pero qué cojones! La situación lo requería. La chica abandonó la habitación sin rechistar, como debía ser, y Segreto se acercó hacia la cama en la que reposaba el fiambre.

—Veamos qué diablos hay aquí, qué es lo que se supone que tengo que encontrar y por qué se me ha escapado...

Como la vez anterior, a Segreto no se le escapó que era un hombre de gran envergadura que no se lo habría puesto fácil a su estrangulador.

—Tardó en morir, en efecto.

Se acercó de forma morbosa a su cara, como si pretendiese despertar al

asesinado durmiente con un beso Disney de amor. Observó sus facciones. Lo de siempre: protusión de los globos oculares, cianosis, punteado petequial y esa mandíbula inquietantemente desencajada que le recordaba al asesino de *Scream*.

—¡Joder! ¡No veo nada nuevo! —exclamó furioso.

Entonces el olor a muerte anegó la estancia, acompañado de un viento glacial. Los ojos del muerto brillaron de vida y se movieron. Primero, levemente. Después, de forma inequívoca. Los brazos del cadáver encajaron la mandíbula divorciada en su rostro en un sonido chirriante y enloquecedor.

«Me echaría un cigarro ahora mismo», dijo Segreto observando al cadáver, que se estaba acicalando para él.

—Oye, tú dirás —le espetó el italiano.

A estas alturas, se la pelaban un poco el decoro, la educación y todo ese rollo.

—*Debes marcharte de aquí y alejarte de ella. ¡Ya!* —dijo la voz podrida y muerta dentro del cadáver del pobre Fred Martin.

—¡Ohh, vaya! ¿Y me preparas todo este *show* para decirme que me vaya de aquí y me aleje? Por cierto, ¿y tú quién eres? —le interrogó Segreto sin dejarse amilanar por un cadavercillo cualquiera en fase de descomposición.

—*¿Qué quién soy yooooo?* —bramó la voz podrida en el cuerpo prestado. Sus ojos se habían agrandado tanto que parecían enormes cucarachas criadas a biberón—. *Hijo, te mereces una buena paliza. Aléjate de esa zorra y sálvate. ¡No volveré a decírtelo más!*

—¿Quién eres? —repitió fríamente Segreto sin dejar de apuntarle con el arma.

—*Hijo, recuerda: lo que está muerto no se puede matar* —rio el cadáver con una risa cascada y asmática.

—Pero se podrá rematar, ¿no? —señaló el otro antes de volarle la tapa de los sesos con su arma reglamentaria.

—*Tú lo has querido, Nick. ¡Tú lo has querido!* —cantó la voz podrida en el aire—. *¡Coge el teléfono, vamos!*

—¿Qué?

—*¡El teléfono!*

¡Ringgggggg, ringgggggg, rinnnnnnggggggg! ¡Ringgggggg, ringgggggg, rinnnnnnggggggg!

—¿Diga? —dijo la voz adormilada de Victoria al descolgar el teléfono de la habitación del hotel en el que habían decidido hacer noche.

En el otro extremo de la cama, Segreto encendía la lamparita de noche y la miraba impactado, ansiando y temiendo las noticias que vinieran del otro lado de la línea. Victoria abrió los ojos como platos, buscó la mirada cómplice de Segreto y finalmente exclamó un «¡Dios mío!» mientras se llevaba una mano a los labios. Asintió un par de veces más y colgó el teléfono después de dar las gracias.

—Victoria...

—Se trata de Peter, el obrero del castillo que me ayudó a llevarte a Lake Farm. Lo han encontrado muerto en su casa hará una hora con la garganta totalmente destrozada por lo que parece ser la zarpa de una enorme fiera. Pero...

—¿Sí? —preguntó él acariciándole los cabellos.

—Habían escrito tu nombre en el suelo, Nick, con la propia sangre de Fred. Por eso han llamado mis padres. Están preocupados. Mi madre quiere que regrese a Cowland mañana mismo y que no vuelva a verte. Tiene miedo.

—Le harás caso, ¿verdad? Es peligroso.

—Por supuesto... —dijo ella con una sonrisa somnolienta— ¡...que no! ¡Ni en un millón de años te dejo solo en esto, señor policía! No voy a olvidar lo que he hecho a mi Sugar. ¡Por supuesto que no!

Capítulo 34

Cowland (Inglaterra). Jueves, 8 de abril de 1707.

—¿Procedemos? —repitió «Jardines» buscando el consentimiento de Margaret.

—Comenzad, sí. Cuanto menos tiempo pasemos en este condenado sitio, mejor. ¿No creéis? —dijo ella, mirando alternativamente a los dos hombres.

«Jardines» y Mark asintieron con un leve gesto con la cabeza, se remangaron las camisas y se pusieron manos a la obra. Nora observaba la escena con la pequeña y dulce Anna a su lado reclamando sus abrazos.

—Margaret —susurró Nora—. ¿Qué estamos haciendo aquí?

—Es evidente, ¿no? —replicó con una mirada desdeñosa.

—Sí, desenterramos a los condes, ¿pero para qué? —se atrevió a preguntar de nuevo.

—Vamos a quemar la mano de la condesa —anunció decidida con la vista fija en los sarcófagos.

—¡Ohhhh! —susurró Nora.

Una fría corriente de aire penetró en el recinto y magulló los rostros de las mujeres. Nora se abrazó a la niña temblando de miedo; Margaret alzó la testa, orgullosa y desafiante. El viento se encolerizó y arremetió con furia contra los presentes sin dejar de azotarlos y envolverlos en negra frialdad, como si la noche hubiera regresado de repente. El ama de llaves prendió la lámpara y la alzó para que los hombres pudieran rematar la faena. El aire golpeaba los cristales del candil buscando rendijas para extinguir la luz que los salvaba de la oscuridad.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué es de noche otra vez? —preguntó Annita en voz alta.

Era la pregunta que todos ellos tenían en mente, la pregunta para la que nadie tenía respuesta. Los empleados, ansiosos por salir de esa Casa de la Muerte y de ese viento que parecía tener vida, comenzaron a trabajar a un ritmo frenético como una forma de paliar sus temores. Hasta «Jardines» hacía algo más que fingir que trabajaba. El viento gimió malhumorado. Alaridos espeluznantes se alzaban y bailaban alrededor de ellos.

—¿Escucháis eso? —preguntó Margaret, que vigilaba cada recodo del recinto por si «algo» regresaba.

—¿Los sollozos del viento? —intervino «Jardines» en su pausa obligada por cada diez minutos de duro trabajo.

—Me refiero a lo que se escucha de fondo. Prestad atención. Es como... —dijo ella inquieta.

—Música —remató el porquerizo irguiendo la cabeza.

—¡Dios mío, sí! —concordó Nora—. Se oyen unas notas musicales tétricas. Parecen haber sido compuestas en el mismo Averno.

Eran notas de muerte y dolor profundo, notas que se introducían por sus oídos y dejaban a su paso un reguero de maldad e inquietud. Notas destinadas a trastornar a aquellos que les prestasen demasiada atención. Cantos letales de sirena, corruptores de almas y corazones.

—¡Aprisa, moveos! —rogó Margaret mientras se unía a los hombres en su trabajo—. ¡Debemos abrir la tumba de Elisabeth y quemar su maldita mano!

MALDITA TÚÚÚÚÚÚÚÚ, cantó el viento mecido por las notas infernales.

—¡Dejadme a mí! —gritó ella apartando de un empujón al viejo y abriendo la tumba.

—¡La mano no está! ¡La mano no está! —chilló enloquecido el porquerizo antes de empezar a darse golpes en la cara con un apero de labranza.

El viento alzó su voz aún más, llenando el espacio de notas enloquecedoras. El cuerpo de Mark cayó al suelo entre espasmos y gorjeos incomprensibles. La música crecía y crecía, acompañada del hedor de la carne en putrefacción, de sangre corrupta y bilis. Nora reprimió una arcada.

—No te preocupes, Margaret. Madre siempre decía que las cosas, al final, siempre salen bien —siseó con una sonrisa de medio lado Anna, que se había agarrado a ella silenciosa como una pluma golpeando el suelo.

El ama de llaves la miró con un desconcierto que pronto se transformó en recelo y, este, en ira.

—¿Dónde están Judith y Nellie? ¿Por qué no han venido todavía? —le dijo zarandeándola con inesperada violencia—. ¡Dime!

«Jardines» había comenzado a estamparse la cabeza contra la pared y sangraba profusamente mientras escupía dientes y recuerdos inconexos de su juventud.

Una y otra vez. Una y otra vez.

Por su parte, Nora había decidido probar en sus carnes la sensación de

jugar con una horca enumerando las ocasiones en las que se la iba clavando en el abdomen en un cántico inquietante.

Una y otra vez. Una y otra vez.

Anna observó a todos satisfecha. Luego volvió la cabeza hacia su interlocutora, adoptó su sonrisa de pequeñuela adorable y contestó de puntillas para hablarle lo más cerca posible:

—¿Qué dónde están, preguntas? Creo que estamos a punto de reencontrarnos con ambas. O, al menos por ahora, con una de ellas, Margaret.

El ama de llaves la miró con pavor y se alejó corriendo de ella tratando de impedir que Nora llegara al número ocho en su morboso juego mortal. La cría se aproximó a la lámpara de aceite, se la vertió por encima y salió del lugar entre risas infantiles dando vueltas y vueltas sobre sí misma.

Una y otra vez. Una y otra vez.

Un rayo la alcanzó en ese momento convirtiéndola en una antorcha humana. Todavía seguía riéndose cuando su cuerpo inició a calcinarse.

Margaret observó con horror el panorama: la pequeña Anna, carbonizada en el exterior con su risa aún danzando en el aire; Nora, desangrándose entre sus brazos; Mark, con la cara desgarrada e inmóvil por completo hacía segundos; y «Jardines» daba sus últimos estertores con medio cráneo hundido.

—¿Por qué? —gritó ella al viento—. ¿Por qué yo no he enloquecido? ¿Qué quieres de mí?

El viento la empujó hasta arrojarla en interior del ataúd donde yacían los restos de la condesa. El rostro de Margaret se desencajó de terror.

—¡No, por favor! ¡Eso no! —gritó con las pupilas dilatadas—. ¡No! ¡No quiero morir así!

YOOOO TAMPOCOOO QUERÍAAAAAAA, gritó el viento cesando su canción.

Un torbellino de aire furioso cerró de nuevo la tapa, haciéndola encajar tan perfectamente que la tumba parecía inviolada. Nadie oyó los gritos de angustia y desesperación dentro del sarcófago ni los arañazos en la superficie de la tumba. Cuando llegaron los empleados diurnos, no encontraron nada: ni cuerpos, ni sangre, ni señales de lucha. Jamás supieron qué había sido de los perros ni de los otros empleados.

Hasta que les llegó su turno, por supuesto...

Capítulo 35

Londres. Viernes, 22 de julio de 2005. 08:15 a.m.

—Ya, pero hay algo que no me cuadra, ¿sabes? —respondió Segreto con la vista fija en la carretera.

—Sigue recto hasta tomar la siguiente salida, Nick. ¿Qué es lo que no te cuadra? —dijo Victoria.

—En realidad, varias cosas... ¿Sigo por aquí? —apuntó Segreto.

—Sí. A diez kilómetros está nuestra salida, a la derecha —respondió ella mirando el navegador del móvil del italiano—. Dime.

—Bien. La primera... ¿Por qué ese hombre, Peter, ha muerto si no está en la lista de compradores? Es... extraño.

—¡Vete a saber! Se me ocurren muchas teorías. Que pueda estar emparentado con los antiguos trabajadores de los condes y que le haya llegado su turno. Quizá simplemente ha molestado a la condesa de algún modo. Ya sabes, como le pasó a Steve... —añadió con la voz quebrada.

—Sí. Lo siento, Victoria —se condolió él mirándola fugazmente antes de volver la vista a la calzada—. Quizá deberíamos investigar esa teoría tuya, ver si se llevó algo del castillo. Quizá...

—¿Por qué te callas? ¿Qué has pensado?

—Algo que espero que solo sea una hipótesis descabellada mía, porque si no... Acabo de caer en la cuenta de que los obreros podrían ser también objetivos de la ira de la condesa.

—¿Y eso por qué? —preguntó sobresaltada.

Victoria se había criado con la mayoría de los obreros que participaban en la demolición del castillo. La pena estranguló su cuello al imaginárselos muertos.

—Pues porque son tan culpables como los compradores —sentenció el policía.

—¿Pero qué dices? ¡Ellos solo están haciendo su trabajo! —protestó la joven como si sus argumentos pudieran cambiar la realidad y provocar remordimientos en la mano asesina.

—¿Crees que eso le importa al fantasma de la condesa? Compradores o

asalariados, todos han contribuido a deshacer su mansión, a dejarla sin morada en la que reposar.

—¡Ohhhh, cojones! —exclamó la joven al percatarse—. ¡Pero entonces podría haber una segunda lista!

—Exacto. Quizá deberías regresar a Cowland y prevenirles de...

—¡Tú quieres librarte de mí! —lo acusó Victoria entre el enfado y la broma.

—Nunca, pequeña, pero así podremos abarcar más. Podrás tranquilizar a tus padres, hacer averiguaciones *in situ*, buscar respuestas y avisar a los trabajadores. Necesito tus ojos allí, Victoria.

—¡Vaya! Te pones de un atractivo insoportable cuando tienes razón, ¿lo sabías? —dijo ella jugueteando con dos de sus dedos, que hizo caminar pícaramente sobre su muslo.

El inspector rio encantado. Nunca se había sentido tan vivo y tan bien. Reprimió el impulso de detener el coche en el arcén y medirla a besos para comprobar si seguía teniendo el mismo tamaño que recordaba.

—Para o no respondo de mí —le amenazó él con la voz salpicada de sonrisas—. Necesito concentrarme en la conducción. ¿Queda mucho para llegar a la mansión del tal Dan Jackson?

—Según este cacharro, en cinco minutos deberíamos llegar al desvío y enseguida la veremos. Es escandalosamente pomposa.

—De acuerdo. Entonces esta misma tarde regresas a Cowland, ¿sí? Yo seguiré visitando a los compradores de la lista que aún están sin tachar y quizá le haga otra visita a tu amigo, el abogado.

—En ese caso, creo que sería mejor que te acompañase. Como tú mismo dijiste, será más provechoso si estoy delante, ¿no crees? Y, bueno, estoy convencida de que a mí me dirá cosas que a ti no te diría ni en broma.

«Estoy seguro...», protestó Segreto para sus adentros.

—Y luego vuelvo a Lake Farm. Ahí sí. Te lo prometo.

—Eres buena negociando y argumentando, preciosa brujilla. No te lo discutiré. Esta es la salida, ¿no? —preguntó a la vez que señalaba con la cabeza el desvío que aparecía ante él.

—Justo. Bueno, no te lo negaré —presumió ella sacándole la lengua—. Oye, Nick... Habías dicho que no te cuadraban algunos hechos en plural. ¿Qué es lo que te tiene tan preocupado? Puedo leer en tu cara tan fácilmente como este mapa, ¿lo sabías?

—Sí —respondió él con el rostro sombrío. Giró en el desvío y detuvo

finalmente el coche en el arcén—. Victoria, ¿cómo sabía tu madre en qué hotel nos alojábamos, su teléfono, el número de la habitación? ¿Se lo dijiste tú? Y, de ser así, ¿cuándo lo hiciste?

La chica palideció, se tapó la boca con ambas manos y contuvo un murmullo de histeria mientras sus ojos se cubrían de lágrimas.

—Nick, pensaba avisar a mis padres de que hacíamos noche en Londres para que no se preocuparan demasiado, pero no pude hacerlo. Cuando fui a enviarles un SMS, vi que se me había consumido la batería del móvil. Busqué el cargador en el bolso, pero soy un desastre: siempre me olvido de él y debí de dejarlo en casa. Luego tú y yo... —añadió con su piel tiñéndose ligeramente de rubor—, en la habitación todo el tiempo... No llegué a llamarlos.

—¿Entonces cómo es posible? —pensó el inspector en voz alta—. Y, otra cosa, ¿por qué llamaría tu madre a esas horas de la madrugada? ¿No es extraño que no estuvieran durmiendo ya? ¿No sería lo lógico que se hubieran enterado de la muerte de Peter esta mañana al levantarse?

Victoria tragó saliva y asintió con la cabeza muy lentamente.

—Joder, Nick. Tengo miedo... Te juro que era la voz de mi madre y sonaba, más que preocupada, histérica. Pero es cierto, ella no tenía modo de saber dónde estábamos ni me habría llamado a esas horas. ¿Qué está pasando?

—¡Que me aspen si entiendo una mierda de lo que pasa! Tienes que llamar cuanto antes a casa, Victoria. Tengo un terrible presentimiento.

—Sí... Le pediré al señor Jackson que me deje usar su teléfono mientras tú te entrevistas con él. No quiero cargarme tu batería, que también la tienes a mínimos, Nick. Saca la lista, por favor.

Segreto desplegó el papel.

—¡Hay dos cambios, maldita sea! —blasfemó irritado—. Me siento como un pato siguiendo un estúpido rastro de miguitas de pan que conducen a una enorme olla.

—¿Cuáles son, por favor? —rogó ella tragándose el llanto por si sus padres aparecían en esa lista.

—El nombre de Dan Jackson aparece nuevamente legible, y otro de los compradores, Jacques Arnadeau, está tachado. Según esto, solo quedan con vida Jackson y tres compradores más: Susan Phillips, Patrick O'Donnell y Mike Doherty.

—Creerás que soy un monstruo —respiró ella aliviada—, pero, por un momento había creído que... mis padres...

El italiano se giró hacia Victoria y se fundió en un abrazo de oso con ella.

—Eres humana. Es normal. Yo también me alegro de que no estén ahí —le respondió él al oído mientras callaba lo que su intuición le decía a gritos.

«No, por favor, no. Que mi olfato se equivoque esta vez. No quiero verla sufrir, no puedo verla llorar».

Segreto aumentó la intensidad de su abrazo y Victoria sorbió en silencio aquellas lágrimas saladas. Sabía muy bien lo que él estaba pensando.

Capítulo 36

Cowland (Inglaterra). Jueves, 8 de abril de 1707.

La sentía detrás de ella, acechante y escurridiza.

Decidió seguir corriendo.

Adelante. Siempre adelante.

Su miedo a girar la cabeza y encontrársela frente a ella era aún más terrible que el de que la atrapara por sorpresa asiéndola del cabello o del cuello.

Siguió corriendo.

«No mires atrás o te partirás la crisma contra un árbol. Tropezarás con alguna raíz en el suelo, te chocarás con cualquier cosa y, entonces, ella te atrapará. Corre. Tú corre. Hasta que no te quede aliento. ¡Corre!», se dijo a sí misma presa de un pánico profundo.

Llevaba unas tres horas moviéndose a través de los bosques sin agua ni reposo. Los pies le sangraban por los innumerables traspiés y las rozaduras de ramas y piedras. Pronto no podría aguantar más.

Sería su fin.

Dio un nuevo empuje a su exhausto cuerpo con la cara arrasada por las lágrimas.

Estaba sobre su cabeza. Ahí arriba, en la copa de los árboles. Se agitaba furiosamente provocando una lluvia de hojas sobre ella, que se le enredaban en el pelo y le dificultaban la visión. Lágrimas y hojas serían su tumba, pues apenas conseguía ver más allá de ellas.

—¡Por favor, por favor! —gritó aterrorizada.

Como respuesta, una nueva cascada de hojas se precipitó sobre ella. Judith alzó los ojos sin esperanza y la vio moverse con velocidad de vértigo.

Blanco y rojo mezclándose entre las hojas, blanco y rojo desdibujándose en el movimiento. Blanco y rojo abalanzándose sobre ella para acabar con su vida.

Judith se acarició el vientre, que ya empezaba a asomar bajo la tosca tela del uniforme. Cerró los ojos y aguardó su muerte. Se negaba a registrar la visión del muñón acabando con su vida.

No.

Su último recuerdo, su último pensamiento y su última mirada serían para el pequeño corazón que latía en su interior acompañado con el suyo; no para la mano amputada de la condesa.

Apretó aún más los párpados, hasta que le dolieron.

—Lo siento, pequeño. No llegarás a ver mis ojos ni la luz del día. Y yo no llegaré a ver los tuyos ni tu luz —susurró rota y desesperanzada mientras acariciaba la vida que crecía dentro de ella.

La mano cayó sobre su cuello en aquellos instantes. Judith sintió el tacto pegajoso y frío de esta sobre su piel acariciando su nuca, paseándose por su garganta.

«¿Qué hace? ¿Qué está tramando? ¿Por qué no me mata de una vez?», se preguntó entre temblores.

—Queréis que abra los ojos —habló Judith. Las palabras se peleaban con la angustia para salir al mundo y emergían entrecortadas de sus labios—. ¿No es eso, señora condesa? ¿Queréis verme el horror dibujado en mis ojos y que yo os vea a vos! ¿Pues no lo haré!

La mano se deslizó hacia su pecho y de ahí fue bajando muy lentamente hacia su vientre, oculto por las propias manos de la joven ayudante de cocina. Judith lloraba y temblaba de miedo al notar cómo el miembro cercenado se las separaba cruelmente del estómago e interrumpía el roce con su bebé nonato. A continuación, el apéndice se apoyó sobre él como si estuviera descansando. Luego, súbitamente, el contacto desapareció. Judith trató de «ver» algo con el resto de sus sentidos. Afinó el oído y escuchó un leve tintineo de hojas.

«¿Qué sucede? ¿Es una trampa?»

Aguardó una eternidad de segundos en esa postura, de pie en mitad del bosque, con los ojos cerrados, temblando, llorando y moqueando de frío, miedo y angustia.

Sin atreverse a moverse. Sin atreverse a abrir los ojos.

ESTÁS ENCINTAAAAAAAAAAAAAAAAA, coreó una llovizna de hojas y flores que se desplomó sobre ella.

Entonces abrió los ojos sin comprender y contempló como la blanca mano ensortijada se alejaba vertiginosamente brincando de árbol en árbol. Alejándose de ella. De su bebé.

La condesa le había permitido vivir.

Judith se enjugó el llanto y continuó renqueante su camino a través del bosque. Lo lograrían. Los dos lo lograrían. Ella y su hijo...

Capítulo 37

Londres. Viernes, 22 de julio de 2005. 08:40 a.m.

—¿Preparada? —preguntó él después de quitarse las gafas de sol y dejar al descubierto sus ojos del color del mar.

—Ajá...

Segreto pulsó el timbre del videoportero situado en las altas verjas de seguridad que rodeaban la mansión mientras apretaba la mano de Victoria para reconfortarla y ayudarla a espantar sus miedos.

—¿Diga? —preguntó un hombre con voz de barítono al otro lado.

Se trataba de un hombre ya entrado en años y canas, pero de belleza y atractivo innegables. Iba en un batín hortera de raso de color vino.

—¡Es él, Nick! ¡Es el mismo Dan Jackson! —vitreó ella, que había activado el «modo fan».

Unas risas espontáneas y francas surgieron de la garganta del escritor.

—¿Sois lectores míos? —preguntó el escritor con gran curiosidad—. ¿Cómo habéis dado con mi residencia?

—No, no lo somos... —se adelantó el inspector lanzando una mirada reprobatoria a Victoria—. Bueno, ella sí y se da el caso de que es una gran seguidora de su obra, pero no venimos por eso. Soy inspector de policía —le explicó, enseñándole durante un segundo su placa y absteniéndose de añadir que lo era en otro país—. Ha habido una serie de muertes que le involucran de algún modo y querría mantener con usted una breve charla. Extraoficial, ya sabe. No se trata de tomarle declaración...

Las verjas de la mansión se abrieron con irritante parsimonia. El italiano se quitó el cigarro de la boca y lo convirtió en colilla bajo la suela de su zapato. Victoria entrelazó sus dedos con él y avanzaron hacia la fachada central de la vivienda.

—¡Joder, qué casoplón! —exclamó impresionado el policía.

—Sí, es millonario —le explicó ella mientras cruzaban el terreno que los separaba de la propia vivienda—. Claro que no me extraña: vende millones de libros en todo el mundo y es uno de los autores más prolíficos que existen. Hay años en los que ha llegado a publicar diez obras distintas. ¡No me puedo

creer que no te suene de nada ni hayas leído algo suyo! ¡Si hasta tiene adaptaciones al cine de sus novelas!

—No, no lo sé... No suelo leer mucha ficción, pero sí me gusta el cine. Dime algún título a ver si me suena... —la animó él.

—¡Dios! ¡Tiene tantas y tan buenas! Por ejemplo, *Marrie*, *El misterio de Londres Lot*, *La villa verde*, *Cementerio de crustáceos*... ¡Son cientos de títulos!

—No, lo siento, no me suenan. Pero me quedo con los títulos para leerlos en el futuro, que últimamente solo leo manuales sobre patología forense, criminología, *serial killers* y demás.

—¡Qué cuqui eres, de verdad! —respondió ella mirándolo con admiración y deseo.

Segreto puso los ojos en blanco y suspiró. Ella aprovechó para robarle (o regalarle) un beso fugaz en los labios.

—¡Victoria! —la regañó intentando sonar convincente—. ¡Estamos en un caso, así que compórtate! Tu famoso escritor nos está mirando desde el umbral de su casa...

—¿Y? ¿Acaso los polis no tenéis sexo ni besos? —replicó ella mostrándole la lengua.

—¡Eres imposible!

—Me lo dicen mucho —respondió ella exhibiendo una media sonrisa.

Él la dejó continuar. Conocía mejor que nadie los extraños comportamientos que tenía la gente bajo presión cuando se veía sometida a grandes niveles de estrés, miedo o preocupación. Victoria los sufría todos y trataba de soportarlos centrándose en otros temas y banalidades.

—¡Bienvenidos a Villa King! —exclamó Dan Jackson cuando estaban a unos treinta metros de la puerta.

—Muchas gracias por su amabilidad al recibirnos —respondió Segreto tendiéndole la mano—. Nos ha sorprendido que usted mismo contestara al portero.

—Sí, bueno... —se rio él—. Pese a la opulencia evidente y al servicio, hay cosas que me gusta hacer por mí mismo. Y una de ellas es atender a las visitas y decidir quién entra o no en mi casa.

—Le alabo el buen criterio —contestó cortésmente el otro mientras estrechaban sus manos.

—¿Pasamos? —les invitó—. En la salita estaremos más cómodos y no despertaremos a mi familia, que no son tan madrugadores como ustedes.

Síganme, por favor...

—Señor escritor —habló Victoria con el cerebro cortocircuitado ante la presencia de su adorado ídolo—, necesito hacer una llamada urgente a mis padres. ¿Tendría la amabilidad de dejarme usar su teléfono mientras hablan?

—Por supuesto, pero puedes llamarme Dan. Lo de «señor escritor» se lo dejamos a los críticos literarios cuadrículados que condenan mis obras, ¿no crees? —dijo el señor Jackson guiñándole un ojo.

Segreto se sorprendió de comprobar lo agradable que era hablar con él. Tenía la inusual virtud de facilitar las cosas. Era un hombre carismático, empático y con buen juicio. Habría sido un buen poli...

—¡Ohhh, muchas gracias! ¡Soy una gran admiradora de tu obra! —replicó ella sonriente.

—Eso es magnífico. Quizá quieras que te firme un autógrafo antes de marcharos. ¿Qué crees, jovencita? ¿Te gustaría? —Ella asintió con la cabeza—. Si me dices cuál es tu obra favorita, quizá pueda regalarte un ejemplar dedicado.

—¡Oh, Dios mío! ¿De verdad? —dijo ella dando pequeños saltos de alegría—. Uffff, ¡si es que me gustan todos! Quizá, no sé, *El esplendor*. Y la versión cinematográfica protagonizada por Jack Popolson es bestial.

—¡Buena elección! —dijo con una amplia sonrisa—. Mira, en esta habitación de aquí podrás sentarte y hablar cómodamente con tus padres. Nosotros estaremos dos puertas más adelante, ¿de acuerdo? Tómame el tiempo que necesites, jovencita.

—Muchas gracias, señor Jackson.

Victoria se sentó en una butaca mullida y llena de cojines con el teléfono inalámbrico en la mano. Comenzó a marcar ansiosamente las teclas con una sensación de ahogo inminente. Volvía a golpearla con fuerza la preocupación. Completó el número de teléfono de Lake Farm y esperó, con el corazón en la boca, a que diera tono.

* * *

—Entiendo —dijo el escritor mientras le ofrecía un cigarro a su visita sorpresa—. Y tiene usted miedo de que yo sea el siguiente en morir. ¿Por qué hay algo que me dice que no me lo está usted contando todo? ¿Qué motivo puede tener alguien, llamémosle «asesino en serie», para cargarse a los compradores del castillo? Porque usted es policía..., ¿no creará en la leyenda

de la condesa de Cowland, no? —añadió suspicaz.

—Solo le prevengo. No sé quién es el asesino —«No puedo decírtelo, más bien, o me echarías a patadas de tu casa por chiflado»—, pero no puede ser casualidad que la mitad de los compradores se hayan muerto y en condiciones, si no inexplicables, sí misteriosas.

—Creo que sería una magnífica trama para una de mis novelas —dijo el intrépido escritor encantado—. No le extrañe que se convierta en mi próxima novela: una serie de asesinatos conectados por la compra de las ruinas de un castillo. Interesante...

—Y real —apostilló el policía con cuidado.

—Y real, ciertamente. Y, dígame, ¿cuántos dice que han muerto ya?

—Asesinados, no muertos —contestó incómodo Segreto. La mano les había conducido al escritor, ¿pero por qué? ¿Qué quería que vieran?—. Cuatro que sepamos, quizá algunos colaterales más.

—¡Vaya! No sé qué decir. Lo cierto es que es... inquietante.

—Señor Jackson, ¿puede decirme o mostrarme qué es lo que compró usted del castillo de Cowland?

—Oh, por supuesto. Sin ningún problema. Adquirí tres piezas: la portalada, que no puedo mostrarle porque la están restaurando antes de pasar a embellecer nuestra fachada principal; la chimenea del salón principal, que está también recibiendo un pequeño lavado de cara; y ese magnífico cuadro que tiene a su espalda —señaló con tranquilidad el afamado escritor de terror.

Segreto comenzó a darse la vuelta controlando la respiración. Debía prepararse para recibir el golpe de efecto que su afilado instinto le susurraba.

Te avisééééé, dijo por última vez la voz podrida y muerta.

El italiano elevó la mirada hacia la pared señalada y se encontró de frente con la pintura. Era un retrato al óleo de tamaño natural en el que se veían tres figuras: un perro, una mujer y un hombre con la cara difusa, emborronada.

«No, emborronada no, rasgada por las zarpas de un animal», se dijo Segreto entre escalofríos.

El hombre iba vestido con un traje de cazador y sostenía en la mano izquierda una espada de combate. Junto a él, un perro de caza reposando a sus pies y, a su derecha, una joven belleza de ojos grises engalanada con ricos ropajes y una sonrisa forzada.

Segreto trastabilló y se sintió súbitamente mareado.

—¿Son... ellos? —balbuceó mientras la habitación empezaba a bailar alrededor de él.

—En efecto, son los condes de Cowland. Siéntese de nuevo, venga —intervino Jackson asiéndolo del brazo—. Está pálido... ¡Ohhhhh, vaya! ¡Va usted a caerse! No sé qué le sucede, amigo, pero es como si hubiera visto a un fantasma en ese cuadro. ¿Me lo cuenta? Me está dando usted tanto material narrativo en unos minutos que no voy a dejar que se marche —bromeó el escritor.

—Tengo que irme ahora mismo, disculpe... —dijo Segreto, sobrepasado y desorientado.

—¿Qué sucede? —preguntó Victoria irrumpiendo en la salita.

—Nos vamos, Victoria. Tenemos un sitio al que ir de forma urgente —le dijo Segreto por respuesta—. ¿Y tus padres?

—No cogen el teléfono. He llamado unas cinco veces a casa y otras tantas a sus móviles. Y nada —cabeceó con preocupación y los ojos líquidos—. ¿Adónde vamos?

—A ver a la actual condesa, a la señorita Emily Payne. Quizá pueda explicarme por qué es exacta a la joven de ese cuadro, la antigua condesa de hace trescientos años.

—¿La señorita Payne? ¡Si la condesa actual tiene la edad de mi abuela! ¿Qué dices? —se extrañó ella.

—¡Mecagüenlaputa! ¡Vamos, Victoria! —exclamó este corriendo hacia la salida. Su anfitrión los siguió intrigado—. Gracias por su ayuda y hospitalidad, señor Jackson. Ha sido una visita extremadamente fructífera. Se lo agradezco. Ahora, cuídese. No quiero verle encabezando la lista de fallecidos, por favor. Y, si todo sale bien, vendremos otro día para compensarle su tiempo.

—¡Y a recoger el libro con la dedicatoria! —se escuchó la voz de ella desde el exterior de la casa.

—¡Prometido, jovencita! —gritó el escritor. Que ya maceraba ideas y proyectos basados en todo lo que acababa de vivir.

«¡Qué filón tengo aquí, qué filón!», se dijo frotándose las manos de ansia narrativa mientras cerraba la puerta de la casa y observaba alejarse rápidamente a sus visitantes.

Capítulo 38

Southampton (Inglaterra). Domingo, 16 de julio de 1707.

La mujer se limpió las lágrimas que resbalaban por su cara al contemplar a su hija. Aún era una niña a sus ojos. Nueve meses en su vientre y veinte años de existencia no eran suficientes para ella. La mujer la observó con melancolía y luego sus ojos se estamparon contra aquella masa imponente que la alejaría para siempre de su vida.

—¿De verdad quieres hacerlo, hija mía? —preguntó por enésima vez—. Ahora que te había recuperado de nuevo...

—Madre, Padre no me quiere en casa. Lo sabéis. Es mejor que me vaya, que empiece en otro lugar donde mi hijo y yo tengamos una oportunidad de vivir, donde la condesa no... —se interrumpió Judith.

—Nunca debimos llevarte a trabajar al castillo de Cowland, cariño mío —se lamentó la madre sin escucharla apenas—. Pero, para cuando supimos de los rumores que circulaban sobre el conde Sangre, ya era tarde para reclamarte. Y ahora que habías regresado a nosotros, aunque sea con esa tripa pecaminosa, ¿te vas? ¿Es esta tu forma de castigarme?

—¡Madre, por favor! No os estoy castigando. Busco mi felicidad y un sitio en el que pueda crear algo parecido a un hogar. Sabéis que Padre me desprecia desde que supo que estaba encinta sin estar desposada. ¿Creéis acaso que no sé que planea entregar a mi bebé a una familia de ricachones? ¿O debería decir «vender», Madre?

La mujer estalló en ruidosos llantos que acompañó con grititos y exagerados golpes de pecho.

—¡Hija mía, perdóname! ¡Pero no te vayas, por favor! ¡Convenceremos a tu padre, verás! ¿Qué clase de madre sería yo si permitiese que una de mis hijas viajara sola en ese horrible barco, en un estado de gestación tan avanzado, para cruzarse los mares hasta un país extranjero? ¿No sería yo una madre terrible?

—No más que enviarme a servir a los condes con apenas dieciséis años, como a mis hermanas, porque nuestra manutención no os salía rentable, Madre.

La mujer retrocedió dolida, acariciándose la mejilla como si hubiera

recibido el impacto de una bofetada.

—Yo... yo... —balbuceó.

—Perdonadme, Madre. Sé que vos sí me queréis —«No como Padre»—. Pero, creedme, tomando ese barco mi hijo y yo tendremos una posibilidad de ser felices, de crear algo bueno en verdad. Lo amo, ¿sabéis? —añadió acariciándose con mimo el abultado vientre—. Aunque me lo haya hecho un monstruo, aunque sea fruto de una relación forzada... A pesar de todo eso, lo amo. Él no tiene culpa alguna. Es un inocente, como lo era yo. Y haré lo que sea para darle una vida feliz, para salvarlo y alejarlo de cualquier peligro. Lo siento crecer dentro de mí y yo crezco con él, revivo con él. Me comprendéis, ¿Madre?

—¡Pequeña mía...! —exclamó la madre envolviéndola con sus brazos y regalándole en ese momento todos los abrazos, los besos y el cariño que le debía.

—Os quiero, Madre —dijo Judith antes de separarse de ella y recoger su humilde valija.

Las dos contemplaron el barco que llevaría a su destino a Judith.

—¡Espera, hija! Aún quedan unos minutos para zarpar. ¿Adónde vas? ¿Con quién? ¿Cómo podré contactar contigo y saber que has arribado sana y salva?

—Madre, no me escucháis... —esbozó una sonrisa cansada. Casi todos los viajeros habían embarcado ya—. La hermana de Violet tiene una amiga en un hospicio de Nápoles en el que acogen a mujeres... como yo... Estaré bien allí. No os preocupéis. Prometo escribiros en cuanto sea posible o nazca mi bebé.

—¡Último aviso para embaaaaaaaarcar! —gritó una voz masculina tras ella.

—¡Madre, marchó o perderé mi barco! ¡Cuidaos! —gritó ella alejándose a toda prisa.

La madre se quedó allí clavada contemplando cómo la más joven de sus hijas desaparecía por la pasarela del barco y era engullida para siempre por esa máquina del demonio. Se santiguó ochocientas veces, más o menos, y no se movió del sitio hasta que la nave marítima se hubo convertido en un minúsculo punto lejano en el horizonte.

Capítulo 39

Londres. Viernes, 22 de julio de 2005. 09:50 a.m.

—¿Y qué crees que sucede? —preguntó Segreto.

—Realmente no lo sé, Nick. Mi padre es igual de desastre que yo y se le suele apagar el móvil por no cargarlo. En cambio, mi madre... ¿Qué razón puede haber para que su móvil también esté apagado y que no cojan el fijo tampoco?

—Tengo miedo de decírtelo en voz alta, pero ¿sabes...?

—Sí —le interrumpió Victoria—. Lo sé. Pero no, no lo digas en alto, por favor, o se cumplirá. ¡No lo digas!

—De acuerdo —contestó él mientras maniobraba para aparcar frente a la mansión de la condesa Payne—. Pero esta vez te quedas en el coche sin rechistar, ¿eh?

—¡En absoluto! —exclamó ella saliendo del coche de un salto—. Estamos juntos en esto más que nunca y no voy a dejar que entres ahí solo con una condesa que tú juras que es joven y guapa cuando en realidad es una octogenaria arrugada. ¡No, señor! Vamos, señor policía. Entremos en este horrible sitio... ¿No te da escalofríos?

—Quizá... Tiene pinta de abandonado pero luego es todo lujo por dentro. Vamos. Cuanto antes entremos, antes podremos largarnos de aquí y volver a Cowland.

Atravesaron la verja de hierro oxidado y tuvieron que zigzaguear todo el camino hasta la entrada para no chocarse con la infinidad de plantas y malas hierbas que habían conquistado el lugar de forma salvaje y anárquica.

—No recuerdo tanto abandono —reseñó el inspector cagándose por lo bajo en todo—. Mira, ¡qué extraño!

—¿El qué, Nick?

—La puerta, la aldaba... Recuerdo haberme manchado de polvo la mano al ir a llamar, pero no hay rastro de mis huellas, ¿ves? La capa de polvo está intacta y uniforme, al mismo nivel que el resto, como si no la hubiera tocado nunca.

—¿Estás seguro de que vive aquí? Esto parece totalmente deshabitado y da

muy mal rollo, Nick.

Segreto le dirigió una mirada fulminante y tensa.

—¡Está bien, está bien! —se defendió ella—. No estaba poniendo en duda lo que dices, ¿eh? Era un modo de hablar y ya no sé ni qué me digo, jolín.

—¿Sabes que te pones muy mona cuando te disculpas? —le preguntó él para su sorpresa.

Tuvo el efecto esperado en ella al sacarle una sonrisa y ambos se relajaron de inmediato. El ambiente tenía algo de tóxico, de venenoso, que hacía que ambos se enfurecieran y agriaran si no se poseía un importante autocontrol.

—¡Vamos allá! —se animó a sí mismo y a ella en voz alta mientras la palma de su mano volvía a fundirse con el polvo incorrupto del aldabón.

En el segundo toque la puerta se abrió entre chirridos y amenazas. Los dos amantes se miraron, aproximaron sus cuerpos para protegerse el uno al otro y penetraron en el caserón. Hedía a cerrado, a mohó, a polvo y maldad.

—¡Por los cojones de Cafarnaón! —blasfemó Segreto al hallarse de frente con sus temores.

La casa estaba vacía, desposeída de cualquier mueble u objeto. Se había convertido en la morada de insectos, telarañas y pequeños animales. Y de algo más. Algo pesado y grande que llenaba y vaciaba la casa a la vez, que se tragaba la luz y la regurgitaba en... ¿perversidad?

—¡Me estoy hartando de estos juegucitos, señora condesa! —gritó enfurecido a la casa, haciendo que esta despertara de mal humor y prorrumpiera en lamentos y temblores.

—¿Oyes eso, Nick? ¿Lo notas? —preguntó Victoria abrazándose a él—. ¿Notas el temblor de los cimientos, ese sonido apagado que recuerda a un corazón? ¿Tú también sientes cómo se mueve algo a nuestro alrededor, y esa sensación a humedad y podredumbre?

—Sí. No mires hacia las paredes, ¿de acuerdo? —le pidió él al ver cómo estas se ondeaban y escupían una sustancia viscosa y oscura.

—¿Qué sucede? —quiso saber la chica con la cabeza enterrada en el pecho de él—. ¡Déjame ver, déjame!

Segreto, que ya la conocía, mantuvo la presión de la mano sobre su nuca para impedir que se alejara de él y levantara la vista.

—Es como... —titubeó él tratando de explicarle—. Como si la casa llorase sangre negra, sangre podrida —concluyó asqueado, presionando todavía más el cuello de la joven sobre su pecho.

—¡Déjame verlo, maldito hijo de puta! ¡Déjame verlo y quita tus sucias

manos de mí! —gritó fuera de sí Victoria con otra voz, con otro timbre y con mucha rabia—. ¡Ya me has tocado bastante, bastardo!

Segreto la soltó boquiabierto sin saber qué pensar y, finalmente, dio dos pasos hacia ella, los que Victoria se había alejado.

—Victoria, tus ojos...

—¿Qué les pasa a mis ojos? ¿No quieres verme mejor el chochito o las tetitas, eh, mierdoso? —le dijo esta alzando los puños sobre él y descargándolos con furia sobre su cara.

—¡Victoria, no eres tú! ¡Lucha! ¡No te dejes! —exclamó Segreto mientras la cosa negra le golpeaba, llena de odio, a través del cuerpo de la joven.

—¿No soy yo, no soy yo? —le imitó en tono burlesco—. ¡Soy tu puta madre si quieres! Ven, ven aquí, ¡que te dejo que le des tu zanahoria a mi conejito!

—La casa se te está metiendo dentro, Victoria, y a mí también. Lo noto. Tengo ganas de hacerte cosas terribles, de quitarte la piel... ¡Vámonos de aquí ya mismo!

—¡No nos vamos a ningún lado hasta que yo no lo diga! —gritó ella antes de sacar de la nada uno de los vistosos candelabros que había visto en su visita anterior, cuando todo parecía opulento y soberbio y olía a flores.

El inspector, con los reflejos siempre en forma, esquivó el candelabro que le había dirigido esa Victoria extraña de ojos negros como el alquitrán. Unos centímetros más y el objeto le habría atravesado la garganta. Él se horrorizó, no tanto por comprender que ese golpe habría resultado mortal para él, sino por imaginarse a sí mismo haciendo auténticas bestialidades con ella, dignas de un sádico. Inspiró profundamente, cogió impulso y le pegó un derechazo en toda la cara que dejó a Victoria fuera de juego. La cogió en volandas, colocándola cual saco de patatas sobre su hombro, y salió de allí propinando patadas a todo cuanto se movía, gruñía o respiraba.

Cuando alcanzó el coche, la colocó sobre el asiento del copiloto con una mezcla de confusión y culpa, y arrancó echando leches de ahí. La nariz de Victoria sangraba sin timidez y ella empezaba a despertarse del dolor entre quejas y pequeños gemidos.

—¿Estás bien, cariño? —le dijo él parando de inmediato el coche.

«Ehhhh, ¡un momento! ¿La he llamado “cariño”?», se preguntó con un temblor de pánico como si aquella palabra le provocara más miedo que lo que acababan de vivir en la mansión abandonada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Victoria con los ojos confundidos—. ¿Por

qué estoy sangrando de la nariz y me duele una barbaridad? ¿Me has llamado «cariño»?

«Mierda puta».

El policía tensó los labios en una semi sonrisa incómoda antes de hablar.

—Te respondo por orden, ¿vale? Algo te ha poseído; te he partido la nariz antes de que me hicieras un *piercing* en la garganta del tamaño de una naranja; y sí, te lo he llamado.

—¡Ohhhh! —exclamó ella como respuesta.

«Pobrecilla, la he dejado tonta...»

—¿Estás bien, Vic?

—¿Me has partido la nariz? ¡Me has partido la nariz!

—Sí... ¿No es romántico? ¡Nuestra primera pelea de enamorados! —contestó el italiano sin saber qué decir—. Pero fue solo después de que quisieras matarme, ¿eh? ¡Eso tiene que contar!

—Hummmmm... Supongo —dijo ella todavía incrédula. No recordaba absolutamente nada—. Vamos a mi casa ahora, ¿verdad? Estoy preocupada por mis padres.

—Sí, allá vamos. Y presiónate la nariz para detener la hemorragia —le pidió Segreto antes de arrancar el motor y reemprender el camino.

* * *

—¡Papá, mamá! —gritó Victoria sin esperarse a entrar en la casa en cuanto pusieron un pie en la granja—. ¡Papá, mamá!

—¡Espera, Victoria! —la retuvo él cuando esta se disponía a abrir la puerta—. Quizá... no sé, quizá debería entrar yo primero por si...

—¡Ohhh, Dios mío! Está bien —asintió—. Dame otro pañuelo para la nariz, por favor. Por si vuelve a sang...

—¡Cariño, estás aquí! —exclamó la alegre voz de la señora Roberts asomando el rubicundo rostro tras la puerta principal.

—¡Mamá! —gritó ella alborozada arrojándose a sus brazos—. ¡Mamá! ¡No sabes lo feliz que estoy de volver a verte! ¿Y papá?

—Estará al caer. Ha ido a la granja de los Hollister a devolver no sé qué. ¿Qué te ha pasado en la nariz? —preguntó ella mientras paseaba sobre ambos una mirada interrogante—. ¿Algo que contar? —preguntó de nuevo, mirando esta vez al italiano fijamente.

—¡Oh, no, mamá! ¡Por favor! ¡No ha sido él! —saltó ella al comprender

las suposiciones de su madre—. ¿Cómo puedes pensar eso? ¡Ha sido un accidente! ¡Me comí una puerta que no vi!

La señora Roberts agachó la cabeza, esbozó una sonrisa de disculpa y le tendió la mano.

—Perdóneme, Segreto. No es propio de mí, pero entiéndalo. Llega usted a nuestra granja, envuelto en incógnitas y muertes extrañas, se lleva a nuestra hija, y se suceden más muertes y hechos terribles e inexplicables. Estábamos nerviosos y preocupados, y no teníamos modo de contactar con la única hija que nos queda —dijo ella con la voz temblorosa y los ojos líquidos—. Y ahora nos la devuelve con la nariz partida. Y, bueno...

—Señora Roberts, yo... —comenzó Segreto.

—¡Mamá! —exclamó la joven—. Comprendo tus nervios, pero sé cuidar de mí, no te preocupes. Ya tengo veintidós años, no soy una adolescente alocada como... —Victoria se contuvo.

—Sí, como Steve —le cortó su madre—. Supongo que él nunca podrá crecer, ¿no? Es lo que tiene la muerte, que no envejeces. Nuestro pequeño quedará convertido para siempre en un muchacho de dieciséis años. No conocerá el desamor, jamás le romperán el corazón ni volverá a llorar...

—Mamá, tú no eres así, ¡no hablas así! No dices estas cosas, y menos delante de otros. Tú te las tragas, sonríes y sigues adelante por todos nosotros. Me estás asustando. ¿Qué ha pasado, mamá?

—Entrad, vamos —dijo ella como única respuesta después de limpiarse las lágrimas—. Os prepararé un té, ¿o preferís un refresco?

—¿Victoria? —se oyó la voz del señor Roberts al otro lado de la puerta.

—¡Sí, papá, estamos aquí! ¡Acabamos de llegar!

Roberts estrechó a su hija con verdadera alegría, y esta se dejó achuchar entre risas de alivio y complicidad.

—¿Y esa nariz, pequeña?

—Se comió una puerta la muy torpe —intervino la madre poniendo los ojos en blanco de forma cómica.

—¡Vaya, Victoria! Pues debería vértela un médico. Está hinchada y tiene toda la pinta de estar rota.

—Lo sé. Me duele un montón, papá, pero tenía que veros antes. Pensaba que os había perdido y... ¿Nos sentamos? Tengo (tenemos) que contaros algo importante.

—Sí. Nosotros también. Será mejor que nos sentemos.

—Nick... —le saludó el padre invitándolo a pasar con la mano al interior

del salón.

—Andrew... —respondió el poli con una leve inclinación de cabeza.

Sentados alrededor de la mesa del salón, los cuatro se miraron y estudiaron unos segundos como en un juego de cartas en el que tienes que averiguar quién es el ladrón, quién miente u oculta algo. Ahí todos se ocultaban información preguntándose si no sería mejor callársela para proteger al resto.

Todos inocentes, todos culpables.

Todos decidieron hablar.

—Cariño —tomó la palabra la intrépida señora Roberts—. Peter, nuestro vecino, murió anoche.

Victoria y el inspector, sentados uno frente al otro, se buscaron con la mirada.

—Lo descubrieron esta mañana en su casa muerto —prosiguió ella—. Tenía la garganta como Sugar, totalmente abierta. Unos dicen que fue un oso, ¡qué tontería! Otros, en cambio, sostienen que fue la mano de la condesa y hay gente, gente cabal, dispuesta a jurar ante la Biblia que la ha visto.

Victoria tembló ante el inquietante *déjà vu* que estaba viviendo. Su madre narrándole la misma historia dos veces en el mismo día. Las mismas palabras, la misma voz. El estómago le dio un vuelco.

—Mamá, anoche... No sé cómo preguntarte o decirte esto... ¿Anoche tú y yo hablamos por teléfono?

Ahora eran los padres los que se perseguían la mirada, pálidos y excesivamente serios.

—Cielo —habló el padre ahora—. Los teléfonos no funcionan en Cowland desde ayer por la tarde. Ninguno. Por eso no te hemos podido llamar al móvil, por eso estábamos tan preocupados. Es todo muy extraño, pero no hay un solo teléfono, fax o conexión a Internet que esté operativo en todo el condado. Nada. No hay señal. Estamos incomunicados.

—Tampoco la emisora local de radio puede retransmitir —añadió su esposa—. Es como si estuviéramos rodeados por una barrera invisible que nos aislara del mundo. ¡Menos mal que tenemos las carreteras!

—Están viniendo técnicos a ver qué narices ocurre. Esto es... —les hizo saber el padre.

—¡Joder! —exclamó Segreto revolviéndose en su asiento.

El cuerpo le pedía levantarse de la silla y pasar a la acción.

—Nick, ¡rápido!, ¡comprueba tu móvil a ver si te funciona! —sugirió Victoria, incapaz de asimilar un relato tan fantástico.

El policía sacó el móvil de su chaqueta y lo observó con una sonrisa tranquila.

—Aunque apenas me queda batería, todo está correcto. Tiene cuatro rayas de cobertura —apuntó él.

—Prueba a llamar —pidió la señora Roberts.

—¡Mierda! No, no da tono. Pero esto es tan ¿absurdo?, ¿increíble? —apuntó él mientras seguía probando, en vano, con varios números de teléfono—. Nada. No funciona, ¡maldita sea!

—Victoria, ¿vas a contarnos qué es eso de que hablaste anoche con mamá? —inquirió Andrew a la vez que tomaba con cariño las manos de su hija entre las suyas.

—Todo esto es tan demencial... —habló Victoria en un suspiro derrotado—. Mirad, papá y mamá, lo de la nariz no ha sido por una puerta. Fue otra «cosa», pero eso prefiero contároslo otro día. Anoche, a la una y pico de la mañana, cuando ya estaba dormida, me despertó el teléfono. La recepcionista del hotel me pasó una llamada. Eras tú, mamá. O alguien que parecía ser tú.

Ella retrocedió en su asiento, impresionada.

—Estabas histérica y me contaste la misma historia sobre la muerte de Peter. La misma, con la misma voz y las mismas palabras que acabas de usar. Me pediste que volviera a casa. Insististe. Querías que volviera a toda costa. Eso fue lo que me pediste, lo que me pidió tu voz.

—¡Virgen santísima! ¡Yo no puedo con esto! ¡No puedo con esto! —exclamó la madre alzándose de la silla sin dejar de menear negativamente la cabeza y agitar sus brazos.

—Por alguna razón, la condesa te quería aquí en el condado que maldijo y que ahora está incomunicado —apuntó sombrío el policía mientras acariciaba su paquete de tabaco, nervioso.

«Quizá nos quería a los dos aquí. A ti y a mí, Victoria», pensó. Pero eso se lo reservó para él.

—¿Por qué? No lo comprendo —intervino Roberts—. Quiero decir: no casa con lo que sabemos de ella, con su forma de ser, con su promesa de venganza y su *modus operandi*. Ella juró vengarse de quienes fueron cómplices de su tortura, su muerte y su dolor. ¿Pero qué tiene que ver eso con asesinar a un pobre perro, matar a un obrero y vete a saber cuántas personas

más, y dejarnos aislados a toda una comunidad?

—Juro por Dios que jamás pensé que iba a decir esto —contestó el poli meneando la cabeza—. Pero, si la condesa de Cowland fue humana en su día, hace mucho tiempo que dejó de serlo. Perdió su humanidad, su propósito real, sus dolores. Quizá, con el paso de los siglos, solo ha quedado en ella un deseo retorcido y un concepto deformado de la venganza que le hace no discriminar. Esa cosa ya no es humana. Lo que la retuvo aquí en su día, esa ira, ese dolor, se la ha comido por dentro para dar paso a un nuevo monstruo, uno que exige más carne humana, más sangre...

—La de Cowland —apuntó Victoria.

—Exacto.

Capítulo 40

Nápoles (Italia). Domingo, 4 de septiembre de 1707.

El sudor le empapaba frente y espalda. Y la sangre, esa sangre que no dejaba de salir de ella... ¡Dios, cómo dolía! Miró la fría estancia con los ojos semi cerrados sin lograr focalizar la vista en un punto concreto.

—¡AHHHHHHHHHHH! ¡Dueleeeee! —gritó con desesperación.

—¡Vamos! ¡Con fuerza! ¡Empuja, empuja! —le gritó la religiosa.

Judith se agarró a la novicia que estaba junto a ella y le presionó la mano con ferocidad. Ambas gritaron al unísono: una, por el dolor del parto; la otra, por una posible rotura de falanges. Una segunda religiosa observaba la situación desde el otro lado de la cama custodiando una pila de paños mojados, un barreño con agua templada y otros útiles necesarios. La tercera monja estaba concentrada en dar la bienvenida a aquel bebé que se resistía a nacer.

—¡Empuja ahoraaaaa! —volvió a gritar la religiosa partera—. ¡Vamos, de nuevo!

—¡AHHHHHHHHHHH! ¡No puedo más, no puedo más, por favor! —gimió ella, exhausta de dolor y cansancio. Había perdido demasiada sangre.

—¡Muy bien, Judith! Un poco más, que ya asoma la cabecita, y todo habrá acabado —la animó otra vez—. ¿No quieres ver a tu bebé? Pues un empujoncito más, ¡venga!

Judith empujó con todas sus fuerzas, cerrando los ojos hasta que le dolieron y empezó a ver lucecitas de colores.

—¡Eso es! —exclamó triunfal la matrona—. ¡Aquí lo tenemos! ¿O deberíamos decir «la» tenemos? ¡Es una niña preciosa!

—¡Dejadme cogerla! ¡Dejadme cogerla en brazos, por favor! —suplicó Judith extendiendo los brazos temblorosos hacia su niña.

—A ver que le limpie un poco la carita... Así... Muy bien. La envolvemos en esta mantita y aquí tienes a tu precioso bebé —dijo la monja con el rostro decorado en una sonrisa sincera mientras le tendía a la pequeña.

Judith la recibió con brazos acogedores y los ojos inundados de ella.

—Es... es... preciosa.

Y rompió a llorar de felicidad y emoción contenida.

—¿Cómo la vais a llamar? —preguntó la novicia de la mano magullada, que se había olvidado de su propio dolor al presenciar la contagiosa estampa de felicidad.

—Pensaba que sería un niño, de modo que no sé... Será un nombre italiano para que señale nuestra nueva etapa, nuestro nuevo comienzo y vida —dijo la joven inglesa sin poder apartar sus ojos de esa cosita perfecta que se movía ante ella—. Sí, ¡ya lo tengo! Se llamará Nicolasa. ¡Bienvenida a Nápoles y al mundo, preciosa Nicolasa! —añadió llenándola de besos tímidos.

—Debemos cortar su cordón umbilical y asearla —irrumpió con incomodidad la religiosa situada a su izquierda—. Luego te la retornaremos para que puedas darle el pecho, ¿de acuerdo?

Judith asintió, pero se aferró inconscientemente a ella. Separarse de su Nicolasa, aunque fuera un segundo, se le antojaba más doloroso e insoportable que cualquier otra cosa en el mundo. Retuvo las lágrimas y, finalmente, accedió a que unas manos ajenas se llevaran a su corazón. Quizá debía ser así a partir de ahora. Quizás ser madre consistía precisamente en eso: sentir que tu corazón se lo lleva tu hijo y tú te quedas con un pecho vacío de latidos, lleno de nada.

La monja enemiga que se llevaba a su niña salió de la pequeña habitación paritorio junto con la novicia de la mano herida. La tercera, la que había ayudado a que alumbrara a su princesa, se asomó entre sus piernas negando con la cabeza.

—Estás perdiendo mucha sangre —dijo en un hilo de voz.

—¿Se detendrá? —preguntó Judith, tomando al fin consciencia de su propio cuerpo.

—Esperemos... —contestó la otra antes de hundirse entre sus muslos para realizar su tarea—. Esto es... inusual —dijo al cabo de un rato.

—¿Qué sucede?

—Juraría que...

—¿Qué? —preguntó la inglesa llena de inquietud.

—¡Que viene otro en camino!

Capítulo 41

Cowland. Viernes, 22 de julio de 2005. 12:20 horas.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Victoria.

—¿Qué pretendes que hagamos? —contestó el padre con desazón—. Las obras del castillo se han paralizado, ¿sabíais? Hoy los obreros se han negado a seguir trabajando. Ni ofreciéndoles el doble de dinero han querido poner un pie allí de nuevo. Se ha desatado la locura. Entre la muerte de Peter y el inexplicable bloqueo de teléfonos, antenas y demás..., la gente ya habla a gritos de la maldición de la condesa y de nuestra aldea; incluso los menos crédulos, incluso los escépticos que se burlaban de todas esas supersticiones y leyendas. Muchos están abandonando Cowland o lo harán a lo largo del día. Nadie quiere arriesgarse a hacer noche aquí y no volver a despertar. Tienen miedo de ser los siguientes, de que los encuentren como esta mañana a Peter.

Un silencio tejido de miedo y de dudas se apoderó de ellos durante unos segundos.

—¿Qué quieres decir con eso, papá?

—Pues, cariño, que lo único sensato que podemos (y vamos) a hacer es abandonar Lake Farm antes de que oscurezca.

—¿Y adónde iremos? —preguntó la señora Roberts, que odiaba la idea de abandonar su casa y a los animales que dependían de ellos.

—Lejos. Lo más lejos que podamos. Conduciremos mientras haya luz y luego nos hospedaremos en el primer hotel que veamos —sentenció en un tono que no admitía discusión.

—¿Y mañana? —preguntó la señora Roberts.

—Dios dirá... Venga, demos de comer a los animales, que pasten las vacas y hagamos el equipaje. Saldremos justo después de comer —anunció el padre alzándose de su asiento.

—No —intervino entonces el italiano.

—¿No, qué? —se encaró el padre fríamente—. No olvides, Nick, que aquí eres un invitado. Mi propuesta ni siquiera te incluye. Esta es mi familia y haré lo que sea para protegerla. No volveré a perder a nadie más —dijo con dureza mientras daba un puñetazo sobre la mesa.

—Andrew, perdóname, pero... —contestó Segreto sin amedrentarse—. ¿No te extraña que la condesa se preocupe por incomunicar a todo un condado vía telefónica y por cualquier otro medio de comunicación, y que, en cambio, deje libres los accesos por carretera? ¿Qué tipo de incomunicación es esa? Si quieres aislar a un pueblo, lo primero que haces es asegurarte de que nadie pueda entrar ni salir.

Roberts lo miró con gran interés. Seis pares de ojos se posaron sobre él, atentos a sus palabras.

—Habla, por favor —pidió Roberts con una sonrisa de disculpa mientras recuperaba su silla.

—Bien... Por alguna razón, la mano (o lo que sea) quería evitar que nos llamáramos entre nosotros. Quizá busque incomunicar a la totalidad de Cowland, quizá solo a unas determinadas personas. O bien, como he dicho antes, simplemente pretendía asegurarse de que Victoria («o ambos») regresara. Si es así, deberíamos preguntarnos: ¿por qué no ha restablecido ya las comunicaciones? ¿Qué gana con eso?

—Miedo, caos —intervino Victoria siguiendo el hilo de pensamientos del policía.

—Exacto. Quiere sembrar el miedo y el caos. ¿Pero por qué y para qué? —continuó él.

—Puede que se alimente de ellos tanto como de la venganza. ¿No has dicho eso antes? —sugirió la señora Roberts.

—O tal vez su propósito sea otro —dijo Victoria—, y quiera espantar a la gente para quedarse en estas tierras sola y en paz... Eso explicaría por qué la carretera continúa completamente accesible, quiere ponérselo fácil.

—Hummm, no sé —dudó Segreto—. ¿Y por qué hacerlo ahora? ¿Por qué no lo hizo desde el principio cuando empezaron a desmontar su casa? ¿Qué ha cambiado ahora para que os quiera echar? ¿Qué se propone?

—¿Una venganza colectiva? —volvió a proponer la madre. Segreto y su familia la miraron con curiosidad—. Digo..., algo como ¿matarnos a todos cuando estemos en la carretera, retenidos en plena caravana, con un alud de piedras?

Segreto sopesó su teoría y asintió. Era una idea interesante y demencial a partes iguales, lo cual describía perfectamente esa situación.

—No, no es eso —dijo el padre convencido—. Su tumba.

Los tres se giraron entonces hacia el cabeza de familia y aguardaron a que volviera a hablar.

—Tú lo has dicho hace un rato, Victoria. No nos quiere aquí porque quiere preservar su tumba. Hace un año que comenzaron a desarmar la capilla (o el mausoleo, como queráis llamarlo) donde estaban las lápidas de los condes, pero solo hace un par de días que se llevaron las últimas piezas. Se está aferrando a ella y a ese pedazo de tierra, como decía la leyenda —caviló Roberts.

—Interesante —concedió el inspector.

—Victoria, cielo —se dirigió Roberts a ambas—, seguiremos con el plan inicial. Corred a preparar vuestro equipaje por si necesitamos irnos pitando de aquí. Nick y yo tenemos una visita que hacerle a la condesa, ¿no es verdad?

—Perfecto. Tengo un par de cuentas pendientes con ella... —dijo Segreto animado mientras acariciaba a su arma reglamentaria sobre la americana.

—Y las mujeres, a hacer maletitas, ¿no? ¡Machistas! —protestó Victoria enfadada.

—De eso, nada. Tú ahora mismo te vas con tu madre a ver el doctor a que haga algo con esa nariz que me llevas, ¡venga! —exclamó el padre simulando una regañina.

Solo jugando de esa manera se podía convencer a Victoria.

—¿Vamos a ver a tumba de la condesa? —preguntó Segreto al tiempo que le sostenía caballerosamente la puerta como un novio en el baile de fin de curso.

—Pensé que jamás me lo pedirías —contestó Roberts guiñándole un ojo y haciendo reír al italiano.

—¿Crees que esta vez nos hará caso a alguno de los dos o se escapará y aparecerá en la tumba a hurtadillas? —susurró Segreto convertido súbitamente en cómplice del padre.

—Creo que esta vez la hemos convencido, ¡vamos!

Capítulo 42

Nápoles (Italia). Domingo, 4 de septiembre de 1707.

—¿Otro? —preguntó boquiabierta la joven cocinera—. ¡Dios Santo! ¡No voy a ser capaz!

—¡Por supuesto que lo serás! Recuerda lo que has sentido al ver la cara de tu hija recién nacida y vuelve a empujar —le instruyó la religiosa.

—¡Ohhhhhh! —lloriqueó ella porque recordaba más, en realidad, el padecimiento de las contracciones y de la salida de la pequeña—. Sin embargo, hermana, ¡esta vez no siento a ningún bebé dentro!

—Estás agotada. Créeme, ¡viene otro en camino! Empuja con fuerza, ¡vamos!

Judith tensó la espalda de nuevo y empujó, empujó, empujó. Piernas, sangre, dolor. Empujar más y más. Agotamiento y lágrimas. Otra vez. Más.

—¡Asoma, ya asoma! —vitoreó la monja partera—. Ya veo sus deditos... ¡Virgen María! ¿Qué es esto?

—¿Todo bien? —logró preguntar la inglesa, jadeante.

—¡Qué dedos tan grandes, Jesús, María y José! —exclamó la italiana—. ¡Prepárate con un último empujoncito, que viene muy grande!

La religiosa se adentró un poco más entre los muslos de la joven y asió el trocito de carne blanca que parecía querer aferrarse a ella. Tiró un poquito más y el horror se clavó en sus pupilas cuando una mano amputada emergió, inesperada, de la vagina de Judith como el monstruo de un lago. Era femenina y portaba una enorme sortija en su dedo anular. Era blanca, terriblemente blanca y fría, como la muerte. La mano ejecutó una cabriola hacia ella.

—¿Qué sucede? —preguntó Judith ahogada por la inquietud.

Algo había desertado de su interior, algo que no podía ver desde la posición en que se hallaba. Mas supo, desde la certidumbre más aterradora, que aquello «nacido» no era hijo suyo.

La monja emitió un extraño murmullo. Judith se semi incorporó en actitud alerta y aún tuvo tiempo de ver a la religiosa desplomándose sobre el suelo con los ojos vacíos y ciegos. La cocinera se persignó al toparse de nuevo con *ella*. Pero en aquella ocasión la estaba mirando de frente y ya era demasiado

tarde para cerrar los ojos.

—Habéis regresado, condesa —pronunció Judith por última vez.

El muñón se encaramó a su camastro, flexionó los dedos arriba y abajo dibujando una afirmación, y dio un salto mortal hacia ella. El mundo se oscureció para la joven inglesa, aunque a ella no le importó en exceso, pues tenía los ojos tan llenos de su Nicolasa que solo vio su pequeña carita enrojecida mientras abandonaba el mundo de los vivos.

—Sor Mar... —dijo la monja que se había llevado a la niña entornando la puerta de la habitación.

La puerta, al igual que sus palabras, se quedaron a medio camino, sin llegar a abrirse ni a materializarse del todo.

—¡Socorro, hermanas, socorro! —gritó en cuanto consiguió reaccionar—. ¡Socorro! ¡Sor María y la chica inglesa están muertas!

La religiosa se apoyó en el umbral sin atreverse a entrar o a salir. Se quedó ahí, inmóvil y en tierra de nadie, con los ojos fijos en la sangrienta estampa, atraída por la fascinación y el horror de la muerte. Su compañera yacía inerte en el suelo sin signos evidentes de violencia, con la cara deformada por un rictus de horror. Los ojos, dilatados por el pánico, amenazaban con saltar de sus cuencas. La visión de la joven mamá era todavía más inquietante, con aquella garganta abriéndose en un gran bostezo y una extraña mueca en su rostro.

—¿Está... sonriendo? —se preguntó en voz alta, aferrada a su rosario.

Un batallón sordo de hábitos impacientes la alcanzó entonces. La hermana se echó a un lado para que sus compañeras penetraran en el cuarto y entonces creyó ver algo extraño al otro lado de la ventana.

«¿Eso es... una mano?»

Capítulo 43

Cowland. Viernes, 22 de julio de 2005. 13:40 horas.

El lugar se dibujaba silencioso y solitario. Las aguas del lago parecían haberse convertido en una imagen estática, casi como una fotografía. No corría ni un poco de brisa, lo cual empeoraba la sensación térmica de aquel día inusualmente tórrido y asfixiante.

Roberts y Segreto se apearon del coche con sendas muecas de disgusto. A esas horas, el sol golpeaba sin piedad sus cabezas. Tenían por delante un duro trabajo físico y ninguno había hecho siquiera una comida sólida en todo el día. El detective reconoció el perímetro con la vista, siempre vigilante.

—¿Cogemos el material? —propuso Roberts.

—¡Vayamos, va! ¡Cuanto antes mejor!

Rodearon el coche desde el lado contrario y se reunieron en el maletero. Dejaron sus chaquetas en su interior, se remangaron y extrajeron con rapidez una gran bolsa de deporte, palas, botellas de agua y un par de sombreros de paja para protegerse del cruel Lorenzo. Se repartieron el peso y encaminaron sus pasos hacia la parte este de lo que restaba del castillo.

El suelo mostraba con claridad el contorno del antiguo mausoleo. Poseía forma de U y unas medidas de veinte metros de largo por diez u once de ancho. Parte de los cimientos, un par de hileras de sillares, habían sido levantados también junto con el resto de la construcción.

—El mausoleo no parece muy grande —apuntó Segreto después de observar con atención las marcas en el suelo.

—La mansión de Cowland no era precisamente Balmoral —sonrió el otro—. Piensa que lo de mausoleo era el nombre con pretensiones que se le dio en su día a lo que no era más que una modesta capilla ardiente para dos tumbas.

—Sí, es cierto. Recuerdo tus puntualizaciones: la propiedad no era un castillo realmente.

—Exacto.

—¿Llegaste a ver las lápidas de los condes antes de que se las llevaran?

—Por supuesto. Eran muy simples: dos lápidas de granito con el nombre y título de cada uno en la suya, y una cruz al pie del altar.

—Pero ¿dónde estaban? No veo las losas por ninguna parte —quiso saber el inspector mientras reconocía la zona un tanto perdido.

—Ha pasado más de un año desde que se llevaron esta parte. Ha crecido la hierba y también echaron encima la tierra extraída para dejar los sillares de los cimientos al descubierto —explicó el padre de Victoria—. Pero juraría que estaban más o menos por... aquí.

—¡Manos a la obra entonces! —exclamó Segreto tratando de sonar animado ante la tarea.

Cuarenta minutos más tarde y a cuatro manos incansables, los hombres habían despejado de tierra y maleza un espacio de unos tres o cuatro metros cuadrados hasta dejar al descubierto varias losas de cemento.

—¡Bingo! —exclamaron a la vez.

Segreto golpeó una de ellas con el mango de la pala y esta le devolvió un precioso sonido a hueco. Sonriendo satisfecho, se dispuso a levantarla con una barra y una piqueta.

—¿Puedo? —preguntó impaciente.

—¡Por supuesto! Las señoritas primero —bromeó el padre después de aniquilar la última botella de agua.

Estaban celebrando la gracia cuando algo aporreó la losa de cemento desde dentro. Segreto retrocedió un paso. El sudor de la frente se convirtió en escarcha helada.

—¡Coño! Por favor, Andrew, dime que tú no has oído nada —pidió el italiano volviéndose hacia su acompañante.

La mirada temerosa y el rostro desencajado de Roberts le ofrecieron una respuesta rotunda. El inglés negó con la cabeza, incrédulo.

—No, no sé... —respondió al fin, reculando a su vez unos pasos.

—¡Me cago en la puta! —exclamó el otro antes de golpear de nuevo la losa para cerciorarse.

Los sonidos se repitieron desde el interior. Parecían unos nudillos llamando a una puerta, débiles e irregulares. Ya no cabía ninguna duda: alguien (o algo) se encontraba bajo aquella sepultura abandonada hacía siglos. Los dos hombres se buscaron la mirada. Roberts asintió limpiándose el sudor frío, y Segreto empuñó la piqueta y la barra de hierro.

—¡Que sea lo que Dios quiera! —exclamó mientras atacaba la losa con ferocidad.

Esta se quebró en gran estruendo al tercer ataque del italiano. El inspector arrojó los instrumentos a un lado y comenzó a retirar con sus manos los fragmentos de la losa de cemento. Una extremidad increíblemente pálida emergió entonces por el borde de la abertura agitando los dedos con tranquilidad. Dentro de la sepultura, se escuchó un gemido.

—¡La mano de la condesa! —señaló horrorizado el inglés al ver materializada la leyenda.

—¡Calma, calma! Creo que esta mano viene con el brazo y el resto del cuerpo incluidos —dijo Segreto tirando de la escuálida mano—. ¡Ayúdame a desenterrarla del todo y a sacarla!

Roberts tragó saliva, espiró con profundidad y se situó junto al italiano para liberar a la propietaria de la mano. Codo con codo, atacaron las juntas de unión con la barra de hierro para desencajar la segunda losa del conjunto. A los pocos minutos, habían dejado un hueco suficiente para que pudiera pasar una persona sin dificultades. Los brazos de la mujer asomaron suplicantes por la abertura. Retiraron los escombros restantes y libraron de esa cárcel de piedra a una anciana arrugada que parecía un tanto desorientada.

—¡Por la Reina Madre! ¡Es la condesa, la condesa! —apuntó Roberts.

—¿Qué dices? ¿Has perdido la cabeza?

—¡Me refiero a la actual condesa! ¡Es Emily Payne!

La anciana reaccionó al escuchar su propio nombre como si el encantamiento se hubiera deshecho y hubiera despertado del *shock* en que estaba. Entonces se giró hacia ellos con cara de pocos amigos.

—Jóvenes —habló la anciana tiritando—. ¿Qué hago aquí? ¿Qué día es hoy?

—¿Es usted la actual condesa de Cowland? ¿La verdadera condesa Emily Payne? —preguntó Segreto, apoderándose del interrogatorio.

—¿La verdadera? —preguntó ella extrañada—. ¡Soy la única condesa Emily Payne, jovencito descarado! ¿Me ayudáis a incorporarme, por favor? — Los hombres la izaron de inmediato sin rechistar—. Repito: ¿dónde estoy, qué hago aquí y qué día es hoy? —pronunció de forma imperativa.

—¿Quiere decir que no recuerda nada sobre cómo ha llegado a esta tumba, que estaba enterrada bajo capas y capas de tierra y hierba? —preguntó Roberts impresionado.

—Nnnno lo comprendo —titubeó ella borrando temporalmente el carácter agrio y déspota que le caracterizaba—. Si hago memoria, lo último que recuerdo es estar en mi salita tomando el té. Algo cayó sobre mí y luego

desperté dentro de... eso —explicó señalando la tumba—. No sabía dónde estaba, solo que era un lugar estrecho, frío y oscuro. No podía ver nada ni moverme ni chillar. Llamé y grité muchas veces para que me abrieran. Y creo que luego me dormí, o me desmayé, hasta que unos ruidos me despertaron. Los vuestros. Y volví a llamar.

—Señora condesa... —intervino Segreto.

—Señorita, por favor. Nunca me he casado —apostilló ella.

—Señorita condesa, ¿cuándo fue eso?

—El jueves 21. ¿Qué día es hoy?

—Eso explica que aún siga con vida —le dijo en voz baja a Roberts—. Señorita, es viernes 22. Ha pasado usted casi unas veinte horas ahí dentro. Si llegamos a venir un par de días más tarde, no lo habría contado. Ha sido usted muy afortunada.

—Afortunada, afortunada... —rezongó malhumorada la anciana—. Esta mierda de herencia sanguínea me ha destrozado la vida. No me he casado. No he tenido hijos porque me niego a verlos morir como al resto de mi familia por culpa de la maldición de la condesa de Cowland, cuyo título ostento como un agravio, como una vergüenza. Y ahora ese condenado espíritu me entierra viva junto a sus propios huesos. ¡Maldita seas, Elisabeth! ¡Perra de los demonios! —gritó la señora con los puños en alto.

—Andrew, por favor —le pidió al oído Segreto—. ¿Puedes llevarte a la condesa contigo? Hay algo que me preocupa y quiero inspeccionar bien esa tumba.

—¿Por qué? ¿Qué hay? —dijo una voz cantarina tras ellos.

—¡Victoria! —exclamaron los hombres al unísono y enfadados.

—¡Holaaaa! —saludó ella pizpireta y haciéndose la loca.

—¿Cuánto tiempo llevas espíándonos? —preguntó Segreto.

—Desde tu primer «Me cago en la puta» más o menos —dijo conteniendo la sonrisa.

—¡Me cago en la puta! —bramó el inspector de forma espontánea, haciendo que los demás se rieran.

—Nos vamos a casa ya mismo —intervino Roberts, mirando a su hija con desaprobación.

—¡Pero papá...!

—¡Pero nada! Vamos a llevar a la señorita Payne a que la vea el médico y A TI TAMBIÉN. Tu nariz precisa atención urgente. Y luego nos iremos de aquí pitando, ¿me has oído? Me dan igual los planes que tenga ese fantasma

vengador y rencoroso para nuestro condado, pero con nosotros que no cuenta...

—¿Vienes con nosotros, Nick? —preguntó ella, haciendo pucheros de impotencia.

—Adelantaos, por favor. Meted todas las herramientas en el coche y lleváoslo. Yo iré dentro de un rato, cuando haya inspeccionado hasta el último hueco y línea de la tumba.

—Adiós, Nick... —se despidió ella antes de seguir el camino marcado por su padre y la condesa.

—No me digas nunca «adiós», preciosa. Dime «hasta luego» para que no se convierta en una despedida definitiva, ¿quieres? —le dijo el policía con un guiño de ojos.

—¡Hasta luego entonces, Nick!

Y echó a correr tras su padre conteniendo las ganas de arrearle un buen beso de tornillo al hombre que se había quedado a su espalda.

Capítulo 44

Nápoles (Italia). Lunes, 5 de diciembre de 1707.

La pequeña gorjeaba y agitaba las manitas con intención de alcanzar cualquier objeto que se moviera ante ella: los cabellos ondulados de la mujer que la sostenía, sus propios piececitos... La mujer la observó arrebatada, enamorada de ella.

—¿Y decís que la madre falleció en el parto? —preguntó a la religiosa mientras la acunaba en sus brazos.

Un murmullo de cuchicheos procedentes de otras monjas llenó la estancia.

—Sí, eso es. La madre, lamentablemente, feneció ese mismo día... —contestó la monja sin sonrojarse mientras miraba a los futuros padres adoptivos de Nicolasa, la niña maldita.

—¡Ohhhh, Paolo! ¿No creéis que es simplemente perfecta? —preguntó la mujer a su esposo.

Este se inclinó hacia la niña y sonrió complacido.

—Admito que buscaba un varón, pero supongo que podremos adoptar más en el futuro —dijo él acariciando la piel de la bebita—. Es preciosa, querida.

La pareja se observó con amor y luego volvieron los ojos hacia esa pequeña vida perfecta que sonreía ante ellos. Ya eran una familia, un corazón unido.

—Queríamos llevárnosla —sentenció el hombre—. Como sabéis, pertenecemos a una familia acomodada y podríamos darle una vida colmada de atenciones, amor y lujos.

—Vuestra es si la deseáis —dijo la religiosa.

—¿Así de sencillo? ¿No debemos rellenar instancias, escribir alguna misiva, firmar algún tipo de contrato? —preguntó él sorprendido.

La monja negó con la cabeza y esbozó una nueva sonrisa fingida que ocultara su impaciencia por librarse de la mocosa.

—¿Cuánto...? —intervino la mujer un tanto incómoda, como siempre que debía tratar cuestiones monetarias.

—¡Ohhhh! —exclamó la religiosa abriendo los ojos y frotándose las manos—. Realmente es vuestra sin más, peeeero, si queréis hacer algún

donativo para nuestra congregación, siempre será una ayuda...

—Por supuesto —respondió el marido sacando de inmediato una bolsa de tela con varias monedas de oro—. Confío en que esto os ayude...

La religiosa inclinó la cabeza en señal de agradecimiento y recogió la bolsa de oro con mal disimulada avidez.

—¡Gracias, muchas gracias! Que Dios os recompense por vuestra generosidad —dijo la religiosa sin alzar la cabeza.

—¡Oh, creo que Dios acaba de hacerlo poniéndonos en el camino a nuestra anhelada hija! —exclamó la mujer al borde del llanto.

—Marchad pues en paz —les deseó la religiosa mientras los invitaba con la mano a abandonar el recinto.

—¡Que Dios os bendiga, hermanas! —se despidieron los flamantes padres al salir del convento.

—¡Y a vosotros! —contestó ella saludando con la mano—. Falta os hará, desde luego... —añadió por lo bajo.

—¿Se la han llevado ya? —susurró una novicia a otra.

—¡Eso parece! —respondió la segunda persignándose—. ¿Cuánto crees que tardará esta vez en regresar?

—¡Dios mío, espero que nunca! Esa cría está maldita... Su madre, sor María y los anteriores padres adoptivos que se la llevaron... ¡Todos están muertos! Y qué muertes tan horribles las suyas, ¿verdad?

—¿Qué les sucedió a los últimos que la adoptaron? Escuché que no llegó a estar ni un mes con ellos. No obstante, se han escuchado tantos rumores que...

—Un día aparecieron todos muertos en la casa con los cuellos quebrados. No sé si ese bebé es el diablo, pero rezaré para que no vuelva a traspasar estos muros.

—¡Sí, yo también! ¡Mejor que no vuelva! —remató la segunda novicia—. ¡Que no vuelva!

Capítulo 45

Cowland. Viernes, 22 de julio de 2005. 14:55 horas.

Segreto observó cómo se alejaban en su coche los tres y luego dirigió su atención nuevamente a la tumba abierta.

—Veamos qué tenemos por aquí...

Sacó una pequeña linterna, la sujetó con los dientes y, agarrándose con las dos manos a la estructura, se deslizó por el hueco por el cual habían ayudado a salir a la vieja condesa. Una vez dentro de la tumba, se sorprendió al descubrir que el espacio era más pequeño aún de lo que había calculado. Segreto no tenía problemas con las alturas, las serpientes o las ratas ni con los sitios cerrados... Con nada en realidad, las fobias le resultaban totalmente ajenas y desconocidas pero, dentro de ese lugar estrecho y húmedo, comenzó a ahogarle una sensación creciente y malsana de claustrofobia.

Aunque sabía que la octogenaria no había llegado a estar en su interior ni veinticuatro horas, no dejó de maravillarle que la mujer hubiera sobrevivido a esa prisión de tierra, no tanto por la escasez de oxígeno limpio o de movilidad, ni siquiera por la falta de abrigo o de agua a esa edad, sino por salud mental.

—¿Cómo le ha aguantado el corazón en un sitio tan terrible? Es un milagro que no le haya dado un infarto o enloquecido —dijo en alto.

Su propia voz contribuyó a mantener a raya sus temores y esa incomodidad extraña que le hacía sentirse como si calzara unos zapatos varios números más pequeños. Cabeceó y apuntó hacia los restos óseos de la tumba con la linterna. El haz de luz le devolvió la visión de dos esqueletos en lugar de un único cuerpo como cabría esperar.

—¡Dos mujeres! —exclamó él tras analizar rápidamente los restos.

—¿Cómo sabes que son dos mujeres, y no dos hombres o dos niños? —preguntó una voz curiosa en el exterior.

—¡Victoria! —exclamó Segreto sobresaltado, golpeándose la cabeza contra el techo.

—¡Holi!

—¿Pero...? ¡Si os acabáis de ir hace nada! ¿Qué carajo haces aquí? —

preguntó el otro desde dentro y sin poder verla.

Victoria rio al otro lado, encantada.

—Ya sabes que tengo mis recursos... He convencido a mi padre para que me deje volver.

—¿Cómo? —preguntó Segreto sin creerse ni una sola palabra.

—Chantaje emocional —sonó la voz de ella, triunfal y orgullosa—. Le he dicho que no podíamos dejarte aquí solo. Aunque no fuera por la condesa, aunque fuera solo por seguridad ya que podría haber un derrumbe o algo. Vamos, que le he convencido de que debía acompañarte en tu inspección para asegurarnos de que estás bien y, a cambio, le he prometido que saldremos corriendo de aquí súper rápido para que me vea el médico y luego a casa.

—Ya veo.

—Cuando le he señalado la posibilidad de que te pasase algo, no ha tenido más remedio que dejarme —se felicitó la chica.

—¡Eres incorregible, Victoria!

—¡Lo sé!

—¡No era un cumplido! —protestó él.

—¡Lo sé! —repitió de nuevo ella entre risas—. Dime, te he oído decir que ahí dentro hay dos cuerpos de mujer. ¿Cómo lo sabes? ¿Por sus ropas? ¡Cuenta, cuenta o me meto ahí contigo!

—¡Ni se te ocurra venir, Victoria! Esto es muy estrecho y sería peligroso para ambos. La estructura es frágil. No, los cuerpos ya no conservan su ropa. Hace tiempo que se deshicieron, como es natural. Lo sé por su estructura ósea: son huesos más pequeños y finos que los de un hombre, caderas más anchas... —explicó él.

—Comprendo —dijo la voz de la joven—. ¿Y qué es lo que buscas exactamente?

—Aún no lo sé. Pistas, cualquier cosa... ¡Ohhh!

—¿Qué ocurre, Nick? ¿Estás bien? —preguntó Victoria intranquila.

—Es extraño. ¿No dijo tu padre que a la condesa la enterraron con su mano?

—Es lo que cuenta la leyenda, sí.

—¡Pues no está aquí! Al último cadáver, al que está debajo del todo, le falta la extremidad derecha. Eso desde luego, pero no hay falanges ni nada suelto más allá del cuerpo. ¿Y si lo que sucede es, precisamente, eso, Victoria?

—¿El qué?

—¿Que no puede descansar en paz porque su cuerpo está incompleto? ¿Y si es la mano perdida lo que la retiene aquí? No importa que la enterraran en tierra sagrada si su cuerpo está corrupto.

—Y su alma —añadió Victoria.

—A estas alturas, no pienso discutirlo.

—¿Y ahora qué? ¿Le cortamos la mano a alguien y la enterramos con ella? ¿Cómo se supone que haremos que repose de una vez por todas y deje de morir gente? —preguntó ella.

—¿Sinceramente? Ni puta idea —contestó el policía en un susurro entristecido—. Después de trescientos años, ¿qué vamos a hacer?

—¡Jopé! Oye... ¿Y de verdad habéis sacado a la condesa de ese agujero? ¿Cómo podía haber en ese espacio con dos cuerpos más?

—Pues igual que quepo yo. Esa no es la pregunta. La pregunta es cómo ha podido sobrevivir alguien tantas horas aquí dentro sin volverse loco. Esto estaba totalmente cerrado. La hierba crecía sobre capas de tierra por encima del ataúd. ¿Cómo es posible que alguien tan mayor haya podido salir con vida de aquí sin abrigo, comida ni agua?

—Bueno, fueron unas horas, ¿no? Nadie se muere por unas horas a no ser que esté enfermo.

—Ya, o muy viejo. Déjame comprobar una cosa...

Segreto guardó silencio, alumbró a varias partes de la caja, palpó, manipuló y volvió a palpar con total concentración. Victoria carraspeó con impaciencia ante su silencio.

—¿Y bien? —preguntó ella sin aguantarse más.

—¡Respiraderos! ¡Hay pequeños respiraderos por los que se filtraba el aire! —exclamó.

—¿Y la tierra no los tapaba? —le discutió ella.

—De modo desigual e imperfecto. La tierra no se acumulaba por igual en el área cuando nos pusimos a excavar —contestó él.

—¿Quieres decir que estaba hecho a propósito para que no se le acabara el aire? ¿Con qué motivo?

—Con el mismo que en las demás muertes: por sadismo y venganza. Por ganas de hacer sufrir al máximo a quienes ella culpa de haberle hecho lo mismo.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella.

—No sé. Tenía una idea rondándome en la cabeza, una teoría, pero aquí no hay nada más. Estoy perdido, Victoria. Ayúdame a salir, por favor.

—¡Oye! —exclamó ella llena de euforia repentina—. ¿Y si lo que buscas, tu teoría o incluso la mano, se encuentran en la tumba contigua?

—¿Quieres decir que pudieron enterrar al conde con la mano de la condesa?

—¿Por qué no? Quizá lo hicieron por error o por satisfacer al conde con su premio. Ya sabes, le tenían miedo y era su señor. Igual buscaron contentarlo con ese trofeo. ¿No enterraban en la antigüedad a los egipcios con sus riquezas?

—No perdemos nada. ¡Tienes razón! Quizá encontremos algo...

—¡Dame la mano, va!

Segreto salió de la tumba ayudado por Victoria, quien se lanzó a sus brazos de inmediato.

—¡Me moría de ganas de hacer esto! —exclamó ella mimosa mientras le mordía el labio.

El italiano cerró los ojos y se dejó llevar por ese beso rápido, húmedo y apasionado que le erizó la piel. Se separaron, Segreto bebió una vez más de sus grandes ojos violeta y echó un vistazo a la tumba de al lado.

—¡Maldición! —se lamentó—. Le pedí a tu padre que se llevara las herramientas para no tener que cargarlas a pie a mi vuelta. Aparta, por favor.

Dio un pequeño impulso y la emprendió a patadas contra la tumba del conde. La estructura protestó. Con cada patada cedía un poco más. Segreto seguía inagotable arreándole coces. Al fin, la superficie se rindió ante las sacudidas. El inspector de policía se arrodilló junto al hueco, asomó la cabeza por él e iluminó el interior de la tumba.

—¡Me cago en todos mis muertos! —dejó escapar el italiano.

—¿Qué? ¿Qué hay? —preguntó ella a su espalda tratando de ver algo.

—¿Qué no hay, dirás? Aquí no hay ningún cuerpo —dijo él moviendo la luz de un lado a otro.

Capítulo 46

Nápoles (Italia). Sábado, 3 de mayo de 1777.

Los novios hicieron su majestuosa entrada en el salón engalanado para la ocasión. Ella estaba preciosa, radiante. Se casaba con el hombre al que amaba y eso, en aquellos tiempos, era decir mucho. Miró a su apuesto marido y se dijo que no podría haber en el mundo doncella más dichosa que ella. No, señor. Luego sus ojos verdes buscaron a su amada abuela.

Ahí estaba.

Se disculpó un momento y fue a su encuentro, enternecida. Su anciana abuela la seguía con la mirada, como cada día de su vida, alternando sonrisas, lágrimas de felicidad y alerta perenne.

—¡Abuela! ¿Lloráis? —dijo la joven reclinándose sobre ella. Tan pequeña, tan dulce, tan frágil y fuerte a la vez.

—¿Cómo no hacerlo, Nicolasita? Pensaba que mis ojos jamás volverían a ver un día alegre... No obstante, me apeno tanto por ti, pequeña... Que no tengas a tus padres en tu enlace matrimonial es terrible, querida.

—¡Pero os tengo a vos, abuela Nicolasa! Además, seguro que ellos me protegen desde el cielo y bendicen mi casamiento.

—Quizá tengas razón. Solo así se explica que hayas sobrevivido a la maldición que me persigue desde mi nacimiento... —se lamentó la anciana entre lágrimas.

—¡Abuela! ¿Nuevamente con eso? ¡Es un acontecimiento festivo y alegre! No quiero volver a escuchar cómo murieron tus diversos padres adoptivos ni tus hermanastros, ni las muertes en el orfanato o el propio fallecimiento del abuelo. Y, por supuesto, aún menos deseo rememorar hoy el asesinato de mis padres por aquellos maleantes —dijo la joven con la voz dura y el gesto tierno mientras le acariciaba el dorso de la mano.

La anciana enjugó sus lágrimas y asintió afirmativamente con la testa.

—Pero yo... —balbuceó.

—Pero nada, abuela. Os amo sobre todas las cosas del mundo y sé que vos también perdisteis a una hija, a un yerno y a un nieto aquel día. Sé que me habéis protegido de todo con uñas y dientes, y lo habéis conseguido. Disfrutad hoy, por favor, de esta celebración. No va a pasaros nada. Ni a vos ni a mí. Dejad de preocuparos, abuela. Desde hoy ya soy una Segreto, y mi esposo y su familia recogerán el testigo por vos.

—Sí, pero...

—Miradlo, abuela... Giovanni Segreto: gallardo, noble, poeta, apuesto y galante. Él es mi futuro. Si lo que decís es cierto, hoy escaparé de la maldición de Cowland al adoptar el apellido familiar. No tenéis nada que temer.

—Yo también me esposé, y vuestra madre. Eso no... —trató de explicarse ella.

—A mí no me sucederá, abuela. ¡Os lo prometo por el amor que os profeso! —respondió cantarina ella, tratando de alejar los malos augurios que planeaban a su alrededor.

—¿Cómo así abandonáis a vuestro flamante esposo minutos después de la ceremonia? —dijo Giovanni Segreto sonriente al acercarse a las damas.

—Perdonad a esta pobre anciana tonta que os ha robado a vuestra esposa —se excusó ella con una sonrisa triste.

—Nada hay que perdonaros, abuela Nicolasa. Solamente bromeaba. Sé lo que vos significáis para ella y cuánto os habéis sacrificado. Solo por eso ya os amo también a vos —dijo el joven antes de arrodillarse frente ella y besándole la mano.

—¡Joven, sois un encanto y todo un conquistador! —dijo la anciana ruborizada, alternando toses y risas—. Agachaos, nietecita querida mía...

La novia se aproximó a su abuela hasta que sus rostros se rozaron y le susurró al oído:

—Decidme, abuelita.

—Es un buen chico. Disfruta de él y que te dé hijos cuanto antes. Es tu único modo de salvarte. Miradme a mí: seis conseguí engendrar. Ninguno ha quedado vivo.

—¡Abuela, por cortesía!

—Está bien, está bien, querida. Pero recuerda: hijos... Ahora, dadle a vuestro esposo el baile que os está reclamando.

—Abuela... —dijo Giovanni inclinando la cabeza antes de tomar la mano de su esposa y salir corriendo al centro del salón entre risas.

Los invitados centraron sus miradas en ellos. Los esposos se tomaron las

manos, hicieron una genuflexión teatral y se dejaron llevar por la música de cuerda que inició la orquesta.

—Estáis bellísima —le dijo él mientras danzaban.

—Y vos, tan elegante... —contestó ella bajando la mirada como dictaba el decoro.

—¿Qué haremos con vuestra abuela? ¡Es tan mayor! No querría que se quedara sola, pero...

—Lo sé. Teméis por lo que se cuenta de ella y de la maldición, pero son supercherías. ¿Cómo explicáis, si no, que yo sobreviviera aquel día en el bosque cuando nos asaltaron esos vándalos?

—Quizá tengáis razón... —concordó él, inseguro—. Miradla. No os quita ojo de encima.

—Se preocupa tanto por mí... —respondió ella mirándola a su vez desde la pista de baile.

Pero erraban en casi todo.

La abuela Nicolasa no podía verlos. Ni a ellos ni a nadie, porque acababa de exhalar su último suspiro sentada en aquella silla.

Una lágrima solitaria corría mejilla abajo.

Y la maldición no acababa más que empezar...

Capítulo 47

Cowland. Viernes, 22 de julio de 2005. 15:30 horas.

—¿Qué estás diciendo? ¿Que el cuerpo del conde no está ahí? —quiso saber Victoria—. ¡A ver...! ¿Puedo, puedo?

—No, no puedes, pesada —replicó Segreto desde la tumba mientras la recorría con los ojos y la linterna—. Todo esto es muy extraño y descorazonador. No tenemos la mano de la condesa ni al conde, ni ninguna otra pista que nos ayude a detenerla. ¿Qué cojones ha pasado con su cuerpo?

—Quizá la condesa se negó en su día a permanecer junto a él, tumba con tumba, y se deshizo del cadáver —sugirió la voz de Victoria en el exterior.

—Es posible, sí. Pero seguimos sin saber dónde está la mano amputada, ¡joder! Y el tiempo se nos está acabando. Aguarda un segundo...

—¿Qué haces? Cuéntamelo todo si no quieres que me asome.

—Estoy buscando la lista de compradores en mi bolsillo. Y ni se te ocurra bajar o nos meteremos en problemas —advirtió él tajante—. No hemos vuelto a mirarla desde que entramos en aquella casa endemoniada... ¡Aquí estás!

—¿Qué pone, qué pone?

—¡JODER! No pone nada. ¡La lista está vacía!

—¿Cómo? ¿Estás seguro de que es ese papel?

—Claro que estoy seguro, ¡coño! Todos los nombres han desaparecido. No hay ningún nombre escrito.

—¿El de Dan Jackson tampoco? —preguntó ella asustada.

—Tampoco.

—¿Y eso significa que...?

—Que, de repente, la condesa se ha convertido en el espíritu bueno del bosque y les ha perdonado la vida a los que quedaban. O que ya no hay ninguna lista porque están todos...

—Muertos —completó ella lúgubrementemente.

—Exacto.

—¡Dan Jackson! —repitió ella con voz apenada.

—¡Joder! —volvió a maldecir el policía golpeando la estructura con la suela del zapato.

Esta le devolvió un sonido a hueco que a Segreto le pareció celestial.

—Victoria, voy a agacharme y dejarás de verme del todo, igual que yo a ti. Creo que aquí, bajo mis pies, hay algo.

—Oh, de acuerdo. No te preocupes. ¿Me prestas tu móvil? Yo también quiero hacer una comprobación —pidió ella.

—Claro, toma —respondió sacando la mano por el orificio y ofreciéndole el móvil.

—Gracias, «cariño» —respondió la otra mientras cogía el móvil tendido.

—Payasa... —sonó la voz de él en el interior.

La risa de la chica le llegó desde el otro lado. Segreto se agachó en aquel reducido espacio y palpó el suelo con ambas manos. Golpeó con los nudillos y volvió a escuchar la musicalidad peculiar de un pequeño espacio vacío, un falso suelo que podría albergar lo que estaba buscando. Por las rendijas vislumbró una serie de objetos que se entremezclaban con la tierra. Golpeó esta vez con el zapato y la madera, carcomida por el paso del tiempo, protestó con mil crujidos. No sería difícil levantarla. Sacó su navaja suiza y, usándola de palanca, la hizo saltar en otras tantas astillas.

—¡Síííí! —exclamó con sensación de triunfo.

Sujetó la linterna con la boca y, más tumbado que sentado, logró atrapar el pequeño tesoro que ocultaba el hueco. Formaban un grupo curioso de objetos, pero lo que más había llamado la atención a Segreto fue una pequeña hachuela con restos de lo que parecía sangre fresca. Sin saber qué pensar, palpó los restos con la yema del dedo índice y se lo llevó a la boca.

—¡Sangre, sin duda! —exclamó él, atravesado por un escalofrío.

Un hedor repentino a putrefacción conquistó el lugar. El napolitano se cubrió las fosas nasales con la mano izquierda y prosiguió en su investigación: hilachas de ropa, broches metálicos, un cuaderno de gastos... Nada importante salvo un objeto.

Uno.

Era una reproducción exacta, pero a menor escala, del cuadro de los condes que Dan Jackson tenía colgado en su mansión. Segreto iluminó el retrato y sintió que el pulso se le aceleraba al toparse de frente con el rostro del conde, que no había llegado a ver el día anterior.

Era él.

No había duda. Sus mismos ojos, del color verdeazulado del mar, el cabello negro y ensortijado, la misma mandíbula fuerte y masculina...

Sus músculos se contrajeron y replegaron sobre sí mismos en tensión

extrema, y Segreto chilló de dolor. La perturbadora visión a la que se estaba enfrentando se sumó al silencio aterrador del otro lado. Victoria no había abierto la boca hacía rato y tendría que haberlo escuchado gritar.

—¿Victoriaaaaaa?

Nadie respondió ahí fuera.

Segreto no podía apartar los ojos de su versión de sí mismo trescientos años atrás, ataviado con esos ropajes. Era hipnótico. Sin dejar de mirar su propia imagen en el cuadro, gritó otra vez:

—¿Victoriaaaaaa?

—¿Sí, querido? —contestó al fin la voz juvenil de ella.

Haciendo un sobreesfuerzo, Segreto apartó la mirada del cuadro-espejo y asomó la cabeza por el hueco de acceso a la tumba. Victoria estaba de pie tecleando el móvil con el rostro concentrado. Segreto frunció el ceño, extrañado.

—¿No me oías, Vic? ¡Me has dado un susto de muerte al ver que no contestabas!

—Sí, perdona, Nicola... Resulta que ya funcionan los móviles y le estoy escribiendo un SMS a papá para que no se preocupe —dijo ella guiñándole un ojo—. Perdona, de verdad. Estaba tan concentrada escribiendo que... A veces soy como un varón y no puedo hacer dos cosas a la vez —añadió con una risita.

—¡Ohhhh! ¡Buena noticia lo de los móviles! —exclamó él tratando de disimular la sensación insidiosa que le acometió—. ¿No vas a preguntarme qué he descubierto ahí abajo ni por qué he gritado?

Victoria volvió a reír sin apartar los ojos del móvil.

—Déjame que le dé a «enviar mensaje» y enseguida estaré contigo, querido —contestó ella, siempre pendiente del aparato y sin alzar la vista.

Estaba arrebatadoramente bella con el cabello trigueño suelto, esa expresión de máxima concentración, el entrecejo fruncido y esa naricita graciosa y pecosa. Segreto sintió un latigazo de dolor dentro de él que le cortó la respiración por unos segundos. Todas sus alarmas se accionaron a la vez en un concierto cacofónico y abrumador.

—Victoria —susurró el inspector en cuanto recuperó el habla—. Tu nariz... está perfecta. Ya no está rota.

Victoria volvió a reír juguetona y alzó los ojos al fin.

—¡Enviado, querido! —exclamó ella—. ¡Vaya, Nicola! ¿Y no te gusta más así? —añadió poniendo morritos mientras se la acariciaba—. Yo creo que está

mejor así que rota, ¿no crees?

—Perdona, ¿cómo me has llamado?

—Nicola. ¿No es tu verdadero nombre? —contestó la chica entre risas.

—No comprendo —dijo Segreto, haciendo el amago de salir de la tumba, pero sin conseguir moverse ni un milímetro, inmovilizado como estaba.

—No, no os mováis, querido —respondió la voz de Victoria antes de enfrentarse a su mirada—. No es necesario que os levantéis por mí esta vez, mi señor.

Segreto le ordenó a su cuerpo que se moviese, que saliera de ahí, pero este se había declarado en huelga.

—Tus ojos...

—Sí, querido. Mis ojos son grises, como siempre lo fueron. ¿No los recordáis, mi señor conde? —siguió ella, henchida de placer—. No tratéis de salir. ¿Para qué, esposo mío, si volveréis a ocuparla en breve?

—¡Yo no soy el conde! ¡Soy Nicola Segreto, inspector de policía en Nápoles! —protestó él con los músculos paralizados.

—Bueno, bueno... Como os hagáis llamar ahora. Para mí siempre seréis William, el Conde Flácido de Cowland. Y es tiempo de volver a vuestro hogar. No sé cómo pudisteis escapar.

—¿Y Victoria? —inquirió Segreto mientras reunía fuerzas para salir de aquel cubículo—. ¿Dónde está la verdadera Victoria?

—Pues con su padre, naturalmente. ¿O acaso no la visteis partir? Ni siquiera os habéis dado cuenta de que no era ella, ni cuando os he besado. ¿Y vos os atrevéis a pensar que la amáis? ¡Todos los hombres sois igual de embaucadores! Engañáis tanto, tanto, tanto que os creéis vuestros propios embustes.

—Yo no...

—Vos, sí...

Acto seguido, la hachuela oxidada de la tumba apareció en la mano de la falsa Victoria, quien la empuñaba hacia él entre sonrisas tan cálidas que cualquiera se quedaría confuso en extremo.

—Será solo un momentito. No os dolerá, lo prometo —dijo la mujer, acercándose peligrosamente con el arma brillando sobre él.

—Me buscarán. Victoria y su familia me buscarán —afirmó él con desesperación al ver que su cuerpo no le obedecía.

—Lo dudo mucho, mi señor. Acabáis de enviarle un mensaje desde vuestro aparato informándoles de que os vais de Cowland porque debéis volver con

vuestra verdadera familia.

—¡No se lo tragarán jamás! —apuntó él.

—¿Realmente importa? No hallarán jamás vuestro teléfono —dijo y lo destruyó con una mano como si fuera un trozo de papel—. Ni siquiera saben cómo os llamáis en realidad. No sabrían cómo ni dónde buscaros, si es que se molestan en hacerlo. Y, si lo llegaran a intentar, tampoco os encontrarían. Extended la mano como un niño bueno, vamos.

—¡No! —gritó Segreto mientras veía, lleno de pánico, cómo su mano derecha se extendía hacia ella implorando su decapitación.

—Os mentí —dijo ella entre risas siniestras—. Os dolerá un poquito. Más o menos como a mí aquel día. La única diferencia es que no podréis moveros ni hablar hasta que la Muerte os devore en vuestra tumba.

—¡Yo no soy el coooooooooooooooooohhhhhh! —gritó Segreto, invadido por el dolor terrible y salvaje de la amputación de su miembro.

La mano cayó apática al suelo ante su mirada acuosa. El mundo se convirtió en una neblina dolorosa para él.

—¿Ya os retiráis, querido? Descansad, conde William. Enseguida me reúno con vos. Es hora de que toméis vuestro lugar en la tierra, el lugar que os habéis ganado junto a mí... ¿Cómo era, querido? ¡Ah, sí! ¡Hasta luego!

Segreto se desplomó en el interior del ataúd en una bruma inconsciente, y este se cerró sobre él. Maderas, tierra y hierba ocultaron para siempre la tumba y las huellas del policía. Elisabeth tomó su forma original y sonrió con satisfacción. Por fin podría descansar. Su esposo había regresado al hogar...

* * *

—Tengo una mala sensación, papá —dijo ella desconectando el móvil del cargador—. No deberíamos haberlo dejado solo.

—Teníamos que llevar a la condesa Payne, y a ti, a que os viera el médico. No podíamos hacer otra cosa —replicó el padre, testarudo—. Pero, si no da señales de vida en un rato, iremos a recogerlo y nos iremos de aquí. No te preocupes.

—¡Rápido, poned la tele! —gritó la madre desde la cocina—. ¡Hemos recuperado las líneas y todo lo demás, y están hablando de ello en un informativo especial!

—¡El móvil! —dijo Victoria abalanzándose sobre él para encenderlo—. ¡Voy a llamarlo!

El pitido de los mensajes le llegó cuando estaba buscando el número de Segreto en la agenda de contactos.

—¡Es un mensaje de Nick! —exclamó ella contenta al ver su nombre junto al símbolo del sobre.

Ahogada por los nervios y las prisas, lo abrió entre risas y carraspeos. Las risas se transformaron pronto en incredulidad, luego en decepción y cabreo y, finalmente, en apatía.

—¿Qué sucede, pequeña? —preguntó Roberts.

Victoria le tendió el teléfono sin mediar palabra con los ojos bañados en lágrimas. Andrew aceptó el teléfono que le pasaba su hija y leyó:

Me lo he pasado muy bien estos días contigo, pero debo volver a casa. A mi mujer la han ingresado y mis hijos, mi familia, me necesitan. Lo siento. Gracias por las vacaciones.

—¡Maldito bastardo! —vociferó el padre abrazando a una Victoria confusa y deprimida.

—No es posible, papá. ¿Y cómo se ha ido tan de repente, así, sin despedirse de mí?

—La vergüenza, hija mía. Los hombres que engañan a sus esposas suelen ser cobardes por naturaleza y no se habrá atrevido a decírtelo en persona. Tú lo has leído. Tiene mujer e hijos. ¡Qué sinvergüenza! ¡Cómo nos ha engañado a todos!

—¿Y cómo ha salido de Cowland si nos hemos llevado su coche? ¡Es imposible, papá!

—¡Vamos! —la animó él siguiendo una corazonada.

* * *

Las ruinas del castillo parecían más abandonadas que nunca. El sol seguía abrasando a todo incauto que veía, lo cual convertía el paraje en un auténtico desierto.

Victoria y su padre salieron del coche a la carrera en dirección a las tumbas de los condes, pero sus pies se detuvieron en seco unos metros antes de llegar a ellas. No era necesario continuar. Padre e hija intercambiaron miradas de desconcierto. Había desaparecido toda huella del trabajo realizado hacía una hora y la tumba de la condesa volvía a estar invisible bajo un manto

de hierba y flores.

—¿Qué es esto, papá?

—Los muertos quieren descansar en paz, hija. Solo eso. Los muertos quieren descansar en paz.

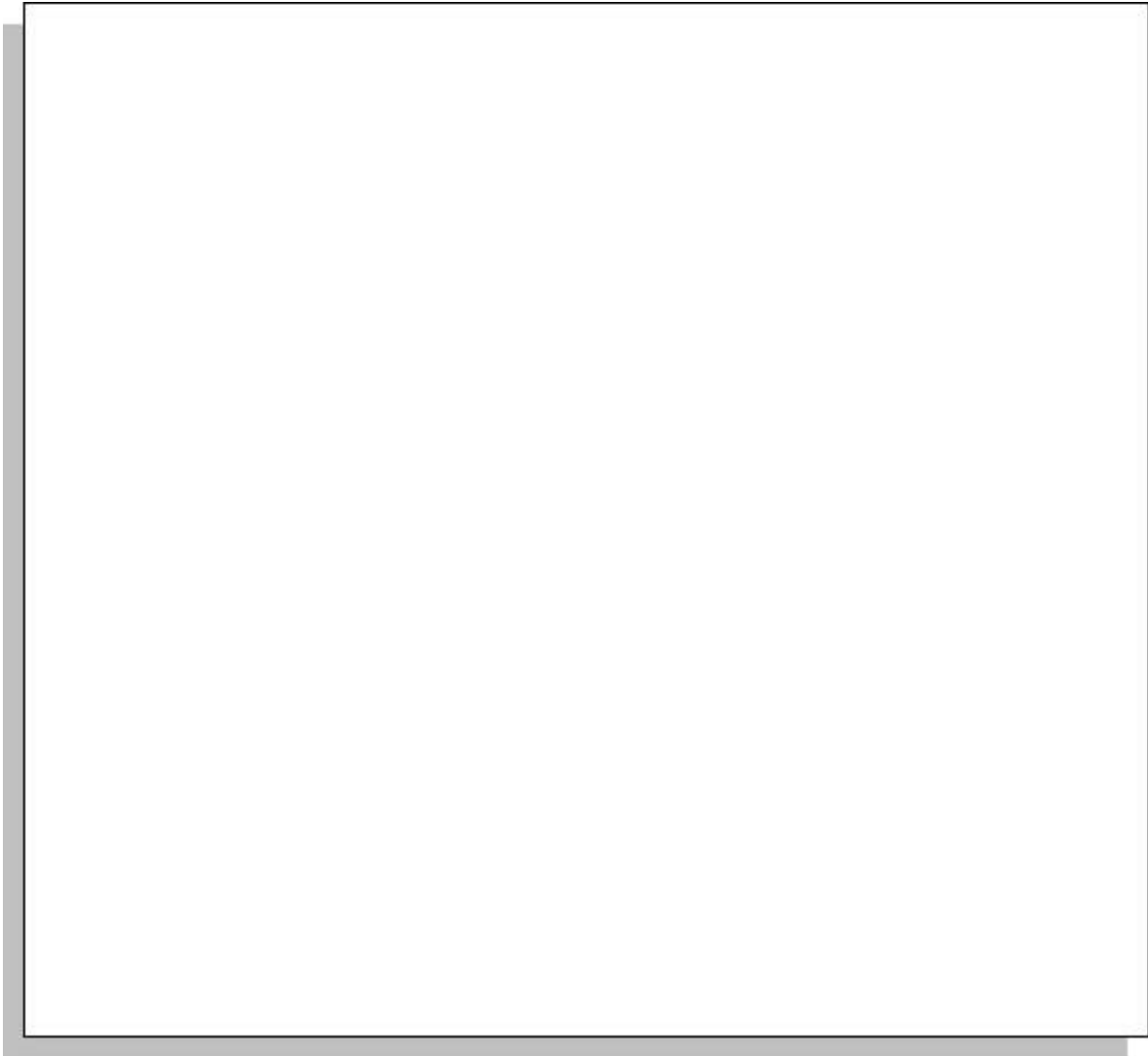
—Ya, muy bien. Los muertos quieren descansar en paz y han cubierto mágicamente su morada para que no les molestemos, pero ¿y él dónde está?

—Es evidente, querida. Ha vuelto a su hogar —respondió el padre—. Como debemos hacer nosotros, como ha hecho la condesa. La maldición ha terminado.

Victoria rompió a llorar desconsoladamente. Sabía que estaba siendo infantil, ¿pero a quién porras le importaba la maldición cuando acababa de descubrir que su primer amor la había engañado y abandonado mediante un estúpido mensaje? Sin una despedida real, sin una mirada, sin un adiós a la cara...

—¡Hijo de puta! —balbuceó ella—. Vámonos a casa, papá. No quiero estar más aquí.

Andrew asintió con gravedad y volvieron hacia el coche ya sin prisa. Victoria seguía llorando de rabia, dolor e incomprensión. Su padre la acogió entre sus brazos y le acarició el pelo mientras tarareaba una melodía muy antigua. Sus ojos eran gélidos, del color del cielo antes de una tormenta, de color gris «condesa».



Querido lector:

Hago un alto en el camino para dirigirme a ti y contarte que acabas de llegar al final de esta historia. Sí, pero no del todo... ¿Recuerdas lo que te conté en el prólogo o eres de los que no lo leen? Pues atento porque quiero sorprenderte con algo ligeramente inusual.

El capítulo 47 que acabas de leer es el final oficial, el que concebí para esta historia como autora. Sin embargo, me encanta escucharos a vosotros, los lectores, e incorporar vuestras ideas, sugerencias y comentarios; en definitiva, haceros partícipes de la historia y que vuestros gustos se vean reflejados. Por eso os ofrezco un segundo final, el que muchos me pedíais, uno más tierno y amable.

¿Mi consejo? Lee el final alternativo solo si el primero no te ha

satisfecho, si te ha dejado un poso amargo. O bien si te mueres de curiosidad porque, quién sabe, quizá en un mundo paralelo, este segundo final sea el que estén viviendo sus personajes en verdad.

Léelos ambos, qué narices, y decide cuál te gusta más. Y luego me lo cuentas...

Final alternativo

Cowland. Viernes, 22 de julio de 2005. 15:30 horas.

—¿Qué estás diciendo? ¿Que el cuerpo del conde no está ahí? —quiso saber Victoria—. ¡A ver...! ¿Puedo, puedo?

—No, no puedes, pesada —replicó Segreto desde la tumba mientras la recorría con los ojos y la linterna—. Todo esto es muy extraño y descorazonador. No tenemos la mano de la condesa ni al conde, ni ninguna otra pista que nos ayude a detenerla. ¿Qué cojones ha pasado con su cuerpo?

—Quizá la condesa se negó en su día a permanecer junto a él, tumba con tumba, y se deshizo del cadáver —sugirió la voz de Victoria en el exterior.

—Es posible, sí. Pero seguimos sin saber dónde está la mano amputada, ¡joder! Y el tiempo se nos está acabando. Aguarda un segundo...

—¿Qué haces? Cuéntamelo todo si no quieres que me asome.

—Estoy buscando la lista de compradores en mi bolsillo. Y ni se te ocurra bajar o nos meteremos en problemas —advirtió él tajante—. No hemos vuelto a mirarla desde que entramos en aquella casa endemoniada... ¡Aquí estás!

—¿Qué pone, qué pone?

—¡JODER! No pone nada. ¡La lista está vacía!

—¿Cómo? ¿Estás seguro de que es ese papel?

—Claro que estoy seguro, ¡coño! Todos los nombres han desaparecido. No hay ningún nombre escrito.

—¿El de Dan Jackson tampoco? —preguntó ella asustada.

—Tampoco.

—¿Y eso significa que...?

—Que, de repente, la condesa se ha convertido en el espíritu bueno del bosque y les ha perdonado la vida a los que quedaban. O que ya no hay ninguna lista porque están todos...

—Muertos —completó ella lúgubrememente.

—Exacto.

—¡Dan Jackson! —repitió ella con voz apenada.

—¡Joder! —volvió a maldecir el policía golpeando la estructura con la suela del zapato.

Esta le devolvió un sonido a hueco que a Segreto le pareció celestial.

—Victoria, voy a agacharme y dejarás de verme del todo, igual que yo a ti. Creo que aquí, bajo mis pies, hay algo.

—Oh, de acuerdo. No te preocupes. ¿Me prestas tu móvil? Yo también quiero hacer una comprobación —pidió ella.

—Claro, toma —respondió sacando la mano por el orificio y ofreciéndole el móvil.

—Gracias, «cariño» —respondió la otra mientras cogía el móvil tendido.

—Payasa... —sonó la voz de él en el interior.

La risa de la chica le llegó desde el otro lado. Segreto se agachó en aquel reducido espacio y palpó el suelo con ambas manos. Golpeó con los nudillos y volvió a escuchar la musicalidad peculiar de un pequeño espacio vacío, un falso suelo que podría albergar lo que estaba buscando. Por las rendijas vislumbró una serie de objetos que se entremezclaban con la tierra. Golpeó esta vez con el zapato y la madera, carcomida por el paso del tiempo, protestó con mil crujidos. No sería difícil levantarla. Sacó su navaja suiza y, usándola de palanca, la hizo saltar en otras tantas astillas.

—¡Síííí! —exclamó con sensación de triunfo.

Sujetó la linterna con la boca y, más tumbado que sentado, logró atrapar el pequeño tesoro que ocultaba el hueco. Formaban un grupo curioso de objetos, pero lo que más había llamado la atención a Segreto fue una pequeña hachuela con restos de lo que parecía sangre fresca. Sin saber qué pensar, palpó los restos con la yema del dedo índice y se lo llevó a la boca.

—¡Sangre, sin duda! —exclamó él, atravesado por un escalofrío.

Un hedor repentino a putrefacción conquistó el lugar. El napolitano se cubrió las fosas nasales con la mano izquierda y prosiguió en su investigación: hilachas de ropa, broches metálicos, un cuaderno de gastos... Nada importante salvo un objeto.

Uno.

Era una reproducción exacta, pero a menor escala, del cuadro de los condes que Dan Jackson tenía colgado en su mansión. Segreto iluminó el retrato y sintió que el pulso se le aceleraba al toparse de frente con el rostro del conde, que no había llegado a ver el día anterior.

Era él.

No había duda. Sus mismos ojos, del color verdeazulado del mar, el cabello negro y ensortijado, la misma mandíbula fuerte y masculina...

Sus músculos se contrajeron y replegaron sobre sí mismos en tensión

extrema, y Segreto chilló de dolor. La perturbadora visión a la que se estaba enfrentando se sumó al silencio aterrador del otro lado. Victoria no había abierto la boca hacía rato y tendría que haberlo escuchado gritar.

—¿Victoriaaaaaa?

Nadie respondió ahí fuera.

Segreto no podía apartar los ojos de su versión de sí mismo trescientos años atrás, ataviado con esos ropajes. Era hipnótico. Sin dejar de mirar su propia imagen en el cuadro, gritó otra vez:

—¿Victoriaaaaaa?

—¿Sí, querido? —contestó al fin la voz juvenil de ella.

Haciendo un sobreesfuerzo, Segreto apartó la mirada del cuadro-espejo y asomó la cabeza por el hueco de acceso a la tumba. Victoria estaba de pie tecleando el móvil con el rostro concentrado. Segreto frunció el ceño, extrañado.

—¿No me oías, Vic? ¡Me has dado un susto de muerte al ver que no contestabas!

—Sí, perdona, Nicola... Resulta que ya funcionan los móviles y le estoy escribiendo un SMS a papá para que no se preocupe —dijo ella guiñándole un ojo—. Perdona, de verdad. Estaba tan concentrada escribiendo que... A veces soy como un varón y no puedo hacer dos cosas a la vez —añadió con una risita.

—¡Ohhhh! ¡Buena noticia lo de los móviles! —exclamó él tratando de disimular la sensación insidiosa que le acometió—. ¿No vas a preguntarme qué he descubierto ahí abajo ni por qué he gritado?

Victoria volvió a reír sin apartar los ojos del móvil.

—Déjame que le dé a «enviar mensaje» y enseguida estaré contigo, querido —contestó ella, siempre pendiente del aparato y sin alzar la vista.

Estaba arrebatadamente bella con el cabello trigueño suelto, esa expresión de máxima concentración, el entrecejo fruncido y esa naricita graciosa y pecosa. Segreto sintió un latigazo de dolor dentro de él que le cortó la respiración por unos segundos. Todas sus alarmas se accionaron a la vez en un concierto cacofónico y abrumador.

—Victoria —susurró el inspector en cuanto recuperó el habla—. Tu nariz... está perfecta. Ya no está rota.

Victoria volvió a reír juguetona y alzó los ojos al fin.

—¡Enviado, querido! —exclamó ella—. ¡Vaya, Nicola! ¿Y no te gusta más así? —añadió poniendo morritos mientras se la acariciaba—. Yo creo que está

mejor así que rota, ¿no crees? Más bonita...

—Perdona, ¿cómo me has llamado?

—Nicola. ¿No es tu verdadero nombre? —contestó la chica entre risas.

—No comprendo —dijo Segreto, haciendo el amago de salir de la tumba, pero sin conseguir moverse ni un milímetro, inmovilizado como estaba por alguna fuerza invisible.

—No, no os mováis, querido —respondió la voz de Victoria antes de enfrentarse a su mirada—. No es necesario que os levantéis por mí esta vez, mi señor.

—¿Esta vez? ¿De qué hablas, Vic?

Segreto le ordenó a su cuerpo que se moviese, que saliera de ahí, pero este se había declarado en huelga.

—Tus ojos...

—Sí, querido. Mis ojos son grises, como siempre lo fueron. ¿No los recordáis, mi señor conde? —siguió ella, henchida de placer—. No tratéis de salir. ¿Para qué, esposo mío, si volveréis a ocuparla en breve?

—¿Yo no soy el conde, por Dios! ¿Me llamo Nicola Segreto y soy inspector de policía en Nápoles! —protestó él con los músculos paralizados.

—Bueno, bueno, como os hagáis llamar ahora. Para mí siempre seréis William, el Conde Flácido de Cowland. Y es tiempo de volver a vuestro hogar. No sé cómo pudisteis escapar.

—¿Y Victoria? —inquirió Segreto mientras reunía fuerzas para salir de aquel cubículo—. ¿Dónde está la verdadera Victoria?

—Pues con su padre, naturalmente. ¿O acaso no la visteis partir? No os habéis dado cuenta de que no era ella, ni siquiera cuando os he besado. ¿Y vos os atrevéis a pensar que la amáis? ¡Todos los hombres sois igual de embaucadores! Está en vuestra naturaleza. Engañáis tanto que os llegáis a creer vuestros propios embustes.

—Yo no...

—Vos, sí...

Acto seguido, la hachuela oxidada de la tumba apareció en la mano de la falsa Victoria, quien la empuñaba hacia él entre sonrisas tan cálidas que se diría que tenía intención de volver a besarle.

—Será solo un momentito. No os dolerá, lo prometo —dijo la mujer y se acercó peligrosamente al agujero con el arma brillando sobre la cabeza del hombre.

—Me buscarán. Victoria y su familia me buscarán —afirmó él con

desesperación al ver que su cuerpo no le obedecía.

—Lo dudo mucho, mi señor. Acabáis de enviarle un mensaje desde vuestro aparato informándoles de que os vais de Cowland porque debéis volver con vuestra verdadera familia.

—¿Mi verdadera familia? ¡No se lo tragarán jamás! —apuntó él sin dejar de luchar por moverse.

—¿Acaso importa? No hallarán jamás vuestro teléfono —dijo y lo destruyó con una mano como si fuera un trozo de papel—. Ni siquiera saben cómo os llamáis en realidad. Es lo que tienen las mentiras, que se vuelven contra uno. No sabrán cómo ni dónde buscaros, si es que se molestan en hacerlo. Y, si lo intentan, tampoco os encontrarían, ¿no es cierto? Extended la mano como un niño bueno, vamos.

Segreto, lleno de pánico, vio cómo su mano derecha se acercaba temblorosa hacia ella como si implorara su decapitación.

Dile lo siguiente, muchacho, o no podré salvarte..., sonó la voz podrida dentro de su cabeza.

—¡Has vuelto! —exclamó aturdido el inspector a la vez que se llevaba ambas manos a la sien al sentir un pinchazo aturdidor.

La condesa abrió la boca y le arrojó una mirada sorprendida.

—¿Con quién habláis, William? ¿Cómo habéis podido mover los brazos si no es ese mi deseo?

Dile que soy yo...

—¿Que le diga que eres tú? —repitió Nicola con la mente embotada por el dolor—. ¿Quién eres tú?

Sentía que dos fuerzas extrañas tiraban de él desde extremos opuestos, tensando la cuerda tanto tanto tanto que su mente corría el riesgo inminente de quebrarse.

—¿Con quién habláis? —repitió Elisabeth desde el cuerpo de Victoria con el hacha todavía en alto.

Nicola quiso replicar, confesar que había una voz en su cabeza rechinando de modo horrendo, pero la voz podrida se adueñó de su garganta del mismo modo en que había sucedido en la casa de Fred Martin.

—¡Cuánto tiempo, querida! —pronunciaron los labios del italiano con la antigua voz del conde.

Elisabeth dio un leve respingo y ladeó la cabeza con los ojos entrecerrados. El sol quemaba en lo alto y las chicharras lo festejaban con un coro de voces eufóricas. Nicola sintió cómo se formaban nuevas gotas de

sudor en su frente antes de resbalar sobre su cara. Los ojos le escocían. El cuerpo había dejado de responderle y las palabras que salían de su boca tampoco eran suyas. Solo podía luchar por no perder la conciencia ni la cordura. Debía ocultarse en un rincón de su mente para que la apisonadora que había entrado en ella no le destrozara. Si se desmayaba, estaba perdido. Nunca había experimentado algo semejante, ignoraba que el pánico pudiera percibirse físicamente, que llegara a doler de verdad, que...

—¡William! —respondió al fin la impostora con una sonrisa perfecta—. Os escapasteis de mí, ¿eh?

—Bueno, ya me conocéis. Siempre corriendo de cama en cama..., ¿verdad? —bromeó la voz podrida—. ¿Podéis recuperar vuestra apariencia si no es mucha molestia? No me agradan esas vestimentas masculinas de ahora. ¡Damas con pantalones! ¿A quién se le ocurre? —cabeceó contrariado.

Ella tuvo que darle la razón, aunque eran bastante más cómodos que sus antiguos vestidos.

—Está bien.

Y Elisabeth tomó su forma original con una sonrisa de satisfacción al verse con su vestido «atrapamiradas». Segreto se dobló en una genuflexión y salió de un salto de la tumba para tener de frente a su señora condesa.

—¡Vaya! ¡Cuánto tiempo ha transcurrido sin ver vuestros arrebatadores ojos grises, querida!

La mujer se ruborizó a su pesar, hecho que redobló su furia en cuestión de segundos.

—Pues ahora volveréis a verlos eternamente —ladró ella, hachuela en mano—. Os mentí, querido —reconoció entre risitas siniestras—. Os va a doler un poquito. Más o menos como a mí aquel día.

—Deteneos, querida —respondió la voz del conde sin amilanarse—. ¿Los siglos que habéis pasado como espíritu vengador han reblandecido vuestro cerebro? ¿No os dais cuenta de que le vais a cortar la extremidad a este hombre en vez de a mí, el verdadero conde?

Ella lo miró furiosa.

—Es vuestro último descendiente e idéntico a vos, de modo que servirá: cumpliré mi venganza y descansaré al fin.

El hombre rio de forma odiosa y arrogante. Segreto, escondido en algún rincón del cerebro, tembló de miedo. ¿Qué pretendía esa voz estúpida, que lo fileteara en trocitos pequeños y se los diera de comer a las palomas?

Te estoy ayudando, muchacho. No seas estúpido, resonó la voz del conde,

A estas horas tu mano ya habría sido amputada y estarías bajo tierra con ella.

—Volvería a irme y vos volveríais a buscarme, ¿no es así?

—Vos me amputasteis la mano, vos me asesinasteis —replicó ella apuntándole a la cara con el filo coqueteando con sus pestañas—. A mí, a Henry y a muchos otros más. Sois un sádico, un asesino, un malnacido...

—Y todo eso, querida mía, también lo sois vos —susurró la boca del inspector con la voz intrusa.

Elisabeth reculó dos o tres pasos de forma inconsciente. Aquellas palabras le habían dolido y horripilado.

—Yo no...

—Vos sí —se adelantó el cuerpo de Segreto hacia ella—. ¿A cuántos inocentes habéis matado que nada tenían que ver conmigo y con los que os traicionaron? —ella fue a responder, pero él se adelantó a sus intenciones—: ¿A cuántas familias habéis destrozado, familias que nunca oyeron hablar de vos ni de mí? ¿Cuántos bebés no han nacido en este mundo por vuestros actos? ¡Vuestras manos están más manchadas de sangre que las mías, condesa!

—Yo no...

—Niños, bebés, perros... ¿Dónde se quedó vuestra humanidad con los inocentes, vuestro deseo de ser madre? ¿Dónde?

Ella pestañeó dolorida para espantar las lágrimas de sus ojos.

—¡Vos me hicisteis esto!

—No... yo os corté la mano. Fuisteis vos la que se ha pasado trescientos años asesinando aquí y allá. ¿Qué venganza es esa?

—¡La mía, maldito William! ¡Vos me enloquecisteis! ¡Vos me convertisteis en lo que soy ahora! —exclamó la mujer, que había empezado a llorar a mares.

Segreto, a su vez, se asombró al darse cuenta de que las piernas le hormigueaban. Volvía a sentirse, poco a poco, dueño de su cuerpo. A la expectativa y preparado para defenderse en el momento propicio, continuó escuchando a la voz que había tomado prestado su cuerpo.

—Pues es hora de detenerse, ¿no creéis? Habéis segado tantas vidas, tantas posibilidades, tantos amores... ¿No veis que os habéis convertido en aquello que despreciabais?

Elisabeth negó una y otra vez, fingiendo no comprender.

—Os habéis convertido en mí, querida mía. Es hora de que volvamos a estar juntos... —le dijo él tomándole la mano.

La duda asaltó a la mujer. Quería aceptar esa mano que le ofrecía y

regresar con él, pero también deseaba, más que nada en el mundo, cortársela y culminar su promesa. Ese hombre que poseía el mismo rostro que su esposo, ¿por qué debía vivir dichoso cuando ella murió desdichada?

—Porque él no soy yo, querida —contestó a sus pensamientos el conde Sangre—, y porque alguien debe vivir la historia de amor que nunca os di. Porque, si les dejamos con vida, podremos sentir su amor a través de ellos, redimirnos, ser felices y traer nuevas vidas que compensen tantas muertes.

—Habéis cambiado, querido —contestó ella mientras se decidía por una de las dos opciones: vida o muerte.

—Vos también lo habéis hecho.

Ella esbozó una sonrisa lastimera y, sin mediar palabra, se abalanzó sobre él. Segreto sintió un dolor intenso y sordo antes de desplomarse al suelo en una bruma inconsciente.

* * *

—Tengo una mala sensación, papá —dijo ella desconectando el móvil del cargador—. No deberíamos haberlo dejado solo.

—Teníamos que llevar a la condesa Payne, y a ti, a que os viera el médico. No podíamos hacer otra cosa —replicó el padre, testarudo—. Pero, si no da señales de vida en un rato, iremos a recogerlo y nos iremos de aquí. No te preocupes.

—¡Rápido, poned la tele! —gritó la madre desde la cocina—. ¡Hemos recuperado las líneas y todo lo demás, y están hablando de ello en un informativo especial!

—¡El móvil! —dijo Victoria abalanzándose sobre él para encenderlo—. ¡Voy a llamarlo!

El pitido de los mensajes le llegó cuando estaba buscando el número de Segreto en la agenda de contactos.

—¡Es un mensaje de Nick! —exclamó ella contenta al ver su nombre junto al símbolo del sobre.

Ahogada por los nervios y las prisas, lo abrió entre risas y carraspeos. Las risas se transformaron pronto en incredulidad, luego en decepción y cabreo y, finalmente, en apatía.

—¿Qué sucede, pequeña? —preguntó Roberts.

Victoria le tendió el teléfono sin mediar palabra con los ojos bañados en lágrimas. Andrew aceptó el teléfono que le pasaba su hija y leyó:

Me lo he pasado muy bien estos días contigo, pero debo volver a casa. A mi mujer la han ingresado y mis hijos, mi familia, me necesitan. Lo siento. Gracias por las vacaciones.

—¡Maldito bastardo! —vociferó el padre abrazando a una Victoria confusa y deprimida.

—No es posible, papá. ¿Y cómo se ha ido tan de repente, así, sin despedirse de mí?

—La vergüenza, hija mía. Los hombres que engañan a sus esposas suelen ser cobardes por naturaleza y no se habrá atrevido a decírtelo en persona. Tú lo has leído. Tiene mujer e hijos. ¡Qué sinvergüenza! ¡Cómo nos ha engañado a todos!

—¿Y cómo ha salido de Cowland si nos hemos llevado su coche? ¡Es imposible, papá!

—¡Vamos! —la animó él siguiendo una corazonada.

* * *

Las ruinas del castillo parecían más abandonadas que nunca. El sol seguía abrasando a todo incauto que veía, lo cual convertía el paraje en un auténtico desierto. Victoria y su padre salieron del coche a la carrera en dirección a las tumbas de los condes. El cuerpo del policía se veía a lo lejos, inerte y tendido en el suelo junto a las excavaciones. Victoria miró a su padre con miedo.

—Ve —dijo él—. ¡Corre, hija!

Ella asintió y aceleró para llegar al italiano cuanto antes. Atrás, su padre, incapaz de seguir corriendo a ese ritmo, se detuvo y marcó en su móvil el teléfono del buen doctor. Victoria se arrodilló junto al cuerpo con una sensación de angustia. No se apreciaba sangre por ningún lado, ni tampoco heridas a la vista salvo una fractura en la nariz idéntica a la suya. ¿Con quién se habría peleado si ahí no había nadie? ¿Y quién le había enviado entonces ese horrible mensaje de texto?

—Nick, soy yo... Nick. ¡Despierta! —le pidió ella, pero él no despertaba.

Colocó la cabeza de él sobre su regazo y volvió a rogarle entre lágrimas que despertara, que dejara de hacer el tonto de una vez por todas. Después le besó todas las zonas de la cara que le había manchado de lágrimas, que eran todas, y le confesó al oído que le quería, que se había enamorado de él y que

lo mataría como no abriera los ojos enseguidísima.

—Y solo he tenido que fingir que estaba muerto para que me lo digas —susurró débilmente el inspector después de abrir sus preciosos ojos del color del mar—. ¡Vaya!

—¡Imbécil! —protestó ella con una enorme sonrisa—. ¡Qué susto me has dado! Pensaba que te había perdido. Y yo...

—No, esta vez no, Elisabeth. Esta vez haremos las cosas bien, como os he dicho. Viviremos nuestro amor a través de ellos.

Los ojos violeta de Victoria se oscurecieron hasta adquirir la tonalidad del cielo antes de una tormenta, color gris «condesa». Ella asintió y lo besó.

—Así es, querido William, así es.

Los condes se miraron sonrientes con las manos entrelazadas. Para cuando el señor Roberts se acercó a la pareja, los ojos de Victoria volvían a ser azules.

—El médico viene de camino —les informó a ambos.

Segreto gimió un agradecimiento y se llevó la mano a la nariz.

—Gracias, papi... —respondió la chica con la voz alegre.

Y se abrazó a Andrew Roberts mientras tarareaba una melodía muy antigua que curvó los labios de Segreto en una sonrisa plena.

Agradecimientos

A mi compañero y *tester* principal, **Juanma Martín**, por implicarte en el proceso casi tanto como yo, por la paciencia, los consejos y por las peloterías que te monté en su escritura. Gracias, amigo. Te quiero.

A mis *testers* secundarios, que revisaron, leyeron y comentaron la obra una vez finalizada. Esta obra siempre será vuestra, **Benjamín Ruiz** (te he dicho que te quiero, ¿verdad?), **Encarni Prados** (tú y yo tenemos un reencuentro y un abrazo pendientes, baby) y **Marah Villaverde** (eres, sin duda, una de las mejores cosas de este horrible 2018. Preciosa. Espero abrazarte pronto).

A la selva amazónica por cortarme la liana y obligarme a salir de mi zona de confort porque, de no ser así, yo me habría quedado tan ricamente en mi cocotero sin explorar el mundo, sin conocer nuevos árboles y otros compañeros de alma y letras.

A mi editor por apostar por mí.

Un agradecimiento especial a mis mecenas de oro por patrocinar mi trabajo, por creer en mí y estar ahí: **Núria Casas- Salat** (eres la confirmación de que la magia existe y de cómo un autor y un lector se unen de forma indisoluble a través de sus letras), **Daniel Pacheco Soria** (no hay nada que no te haya dicho ya con unas tortitas de por medio, pero es un lujo tenerte en mi vida), **Emilia Serrano** (si la literatura me ha dado cosas bonitas, tú estás en los primeros puestos, Tin), **Esther Recio** (gracias por ayudarme en mis sueños, preciosa), **Emma Palenzuela** (eres increíble. Lo primero que veo cuando me levanto es siempre tu saludo de buenos días), **Noelia Fernández** (eres un ser humano extraordinario culpable de muchas de mis sonrisas), **Esther Mor** (buaah, ¿qué puedo decirte aparte de que te quiero y que eres una escritora grandiosa?), **Ana Álvarez Benito** (no miento si digo que eres una de mis lectoras favoritas en el mundo mundial y que me muero por darte un abrazo inmenso en persona), **Ángela Molina** (si es que cuando se tiene a gente tan maravillosa cerquita es difícil no repetirse. Te quiero, niña), **Sierra López**

(nuestro primer contacto siempre será una anécdota divertida y espero que pronto podamos vernos. Es un lujo tener lectores como tú porque eres única y especial), **Joel Martínez** (amigo mío, ya sabes cuánto te quiero. Gracias) y **Leila Shan** (eres grande y maravillosa, compañera).

A todos mis mecenas por caminar conmigo en mis sueños: Alfred Pié, Anemi Castilla, Beatriz Betegón, Daniel, Carlos Dones, Dolors López, Eva M^a Soler, Fulgen Martínez, Fulgencio Panduro, Hj Pilgrim (Kike), Janna Álvarez, Jesús Salas, Jesús Gragera, José Antonio Ortega, Laura Mazaira, M^a José Ramos, Marisa Armesto, M^a Ángeles Cascales, M^a Loreto Navarro, M^a Luz Muñoz, Noemí Cortazar, Nortxu López, Núria Márquez, Patricia M^a Gallardo, Perla Negra, Raúl López, Toni Martín, Vanesa Villalba, Vanessa García, Yolanda Tejero.

Y, por supuesto, a TI, LECTOR, que has decidido escogerme entre tanta oferta. Gracias por confiar en mí.

Sobre la autora

Samantha E. King es el pseudónimo de la autora vasca Eba Martín Muñoz, nacida en Barakaldo (Vizcaya), aunque en la actualidad reside en Ciempozuelos (Madrid).

Licenciada en Filología Hispánica con un máster en ELE, sus primeros años como docente trabajó como profesora de Español para extranjeros dentro y fuera de España, de Italiano e Inglés para empresas, y como diseñadora de cursos, aunque sus diez últimos años en la enseñanza los disfrutó como profesora de instituto en las asignaturas de Lengua y Literatura castellana, Inglés y Latín, que compaginaba con la creación literaria y la corrección de textos.

Finalmente, la autora decidió dejar las aulas en 2016 y apostar por su carrera literaria a tiempo completo. Ahora reparte su tiempo entre la corrección profesional de novelas, la traducción y la posesición y, por supuesto, a la escritura de nuevas obras.

Para contactar con la autora, pedirle un libro dedicado a casa o seguir su avance en sus novelas, puedes hacerlo a través de su twitter: @ebamiren o entrar en sus páginas de Facebook: <https://www.facebook.com/EbaMartinMunoz/> y <https://www.facebook.com/Seresmalditos/>

Y, si además **quieres tener un personaje en uno de sus libros, que te incluya en la sección de dedicatorias, y recibir contenido exclusivo, regalos y sorpresas**, entra en www.patreon.com/ebamartin donde, por solo un euro al mes, contribuyes a que la autora pueda seguir escribiendo libros y ser parte de su éxito.

Otras obras tuyas son:

LOS OJOS DE LA MUERTE
(Psicotriller intimista)

Sinopsis:

Cuando la joven Natalia abandona el orfanato para reunirse con un padre totalmente desconocido, no se podía imaginar que la verdadera pesadilla estaba a punto de comenzar para ella. A través de los diarios de su madre muerta, descubrirá una realidad que llevaba oculta largo tiempo. Los fantasmas despiertan y una oscura amenaza se cierne sobre ella hasta que abandona el hogar.

Años después, la pesadilla volverá a comenzar. Sólo que, quizá, esta vez no haya escapatoria...

1. La Muerte ha regresado.
2. Tiene hambre.
3. Te está buscando.
4. No la mires a los ojos.
5. Si tu ventana aparece abierta, ¡huye!

Apuntes de la autora: Esta novela, publicada bajo un sello de Penguin Random House, es un psicotriller de corte intimista donde se combinan temas como el terror psicológico, la locura y la maternidad a lo largo de varias generaciones en una familia. Una historia muy especial narrada en una mezcla también especial y original de diferentes formatos: diarios, cartas, periódicos, entrevistas, conversaciones telefónicas y mucho más.

ÁNGELA

(La esperada secuela de *Los ojos de la muerte*)

¿Cómo empezó la maldición de la familia Aguirre? ¿Qué ocurrió con David? ¿Y con Natalia? Todos estos interrogantes, y muchos otros, se desvelarán en esta novela, donde seguiremos los pasos de Ángela y descubriremos miles de secretos ocultos. ¿Preparado para enfrentarte a la verdad y la Muerte?

SAGA SERES MALDITOS **(novela gótica, fantasía oscura)**

Actualmente, están publicadas las cuatro primeras entregas de las seis que están previstas.

Sinopsis:

Dos niños con cualidades mágicas se conocen en un orfanato. Desde el inicio, ambos reconocen en el otro sus facultades, además de un espectacular parecido físico. ¿Qué misterios encierra esa fuerte conexión que sienten? ¿Qué sucede en el futuro para que ambos busquen la muerte del otro? ¿Quién matará a quién?

A su vez, una serie de seres sobrenaturales poblará su existencia y se mezclarán con ellos en un sinfín de aventuras llenas de contrastes: violencia y ternura, misterio y dolor, terror y humor, erotismo y amor.

Prepárate para sumergirte en un mundo de fantasía oscura que te hará emocionarte, horrorizarte y sorprenderte. SENTIRÁS, EN MAYÚSCULAS.

Seres malditos. El origen (Libro 1)

Seres malditos. La conversión (Libro 2)

Seres malditos. Metamorfosis (Libro 3)

Seres malditos. Venganza (Libro 4)

SEGUNDAS OPORTUNIDADES

(Colección Elige tu destino. Serie «Eros», nº 1)

¿Alguna vez has pensado cómo habría sido tu vida de haber cambiado una sola de tus decisiones? ¿Qué habría sucedido si ese día hubieras hecho aquello otro? ¿Dónde estarías ahora? ¿Con quién? ¿Serías más feliz? Ahora tienes la oportunidad de hacerlo y de vivir, varias veces, múltiples vidas según tus elecciones.

Ven, toma mi mano y adéntrate en esta novela, TU NOVELA, pues lo que ocurra dentro de ella (y el final) dependen exclusivamente de ti.

Un extracto del prólogo:

Bienvenido a Elige tu destino, una colección de novelas independientes donde tú eres el protagonista absoluto. Tu destino, tu futuro, dependerán exclusivamente de ti y de las decisiones que tomes a lo largo de la lectura. Eso sí, piénsalo bien, ya que no podrás volverte atrás; como en la propia vida, cada decisión que escojas te llevará a uno u otro final. ¡Y deberás elegir varias veces a lo largo de la lectura!

La colección se escinde en dos series: «Eros», con argumentos que versan sobre las preocupaciones y relaciones sociales: el amor, la amistad, los sentimientos y el erotismo (entre otras); y la serie «Thanatos», de tono más oscuro, que mezclará en ocasiones los elementos de la primera con misterios que resolver, muertes y asesinatos.

[1] Condado de Cowland, localización ficticia situada en Inglaterra.

[2] En inglés, «Has tratado de salvarlo».

[3] Se traduce como *Pastel del Moribundo*, ya que en el siglo XVII era el plato con el que las enfermeras practicaban la [eutanasia](#) a los pacientes terminales. De hecho, era proverbial el dicho de "*Be careful guy, because a Shepherd's Pie is on your way*" (Pórtate bien, chico, o te encontrarás una sorpresita a la hora de almorzar), usado por las esposas a modo de advertencia a sus maridos.

El plato consiste en carne picada de cordero, puré de patata y [queso](#), y actualmente es el plato típico del país en los acontecimientos fúnebres: funerales y velatorios.

[4] En la [mitología griega](#), Medusa era un monstruo [ctónico](#) femenino que convertía en piedra a quienes la miraban fijamente a los ojos. Perseo logró derrotarla al hacer que viera su propio rostro reflejado en el escudo que portaba.

[5] En inglés, Granja del Lago.

[6] Extraído y adaptado de 1 Cor. xv. 20